

Sharpe



y sus fusileros
Bernard Cornwell

Lectulandia

La toma de Badajoz (1812), uno de los episodios más sangrientos en los que se vieron implicadas las tropas británicas en suelo español, es el escenario en el que se desarrolla esta nueva aventura de Richard Sharpe.

Sharpe tiene poderosas razones personales para enfrentarse a las defensas de la ciudad (su esposa e hija se encuentran en el interior), pero además tendrá que lidiar con un sargento sediento de venganza en la retaguardia. Como bien sabe nuestro protagonista, en el campo de batalla sólo puede confiar en el frío acero de su espada para librarse de los peligros que se ciernen sobre él.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y sus fusileros

Richard Sharpe - 13

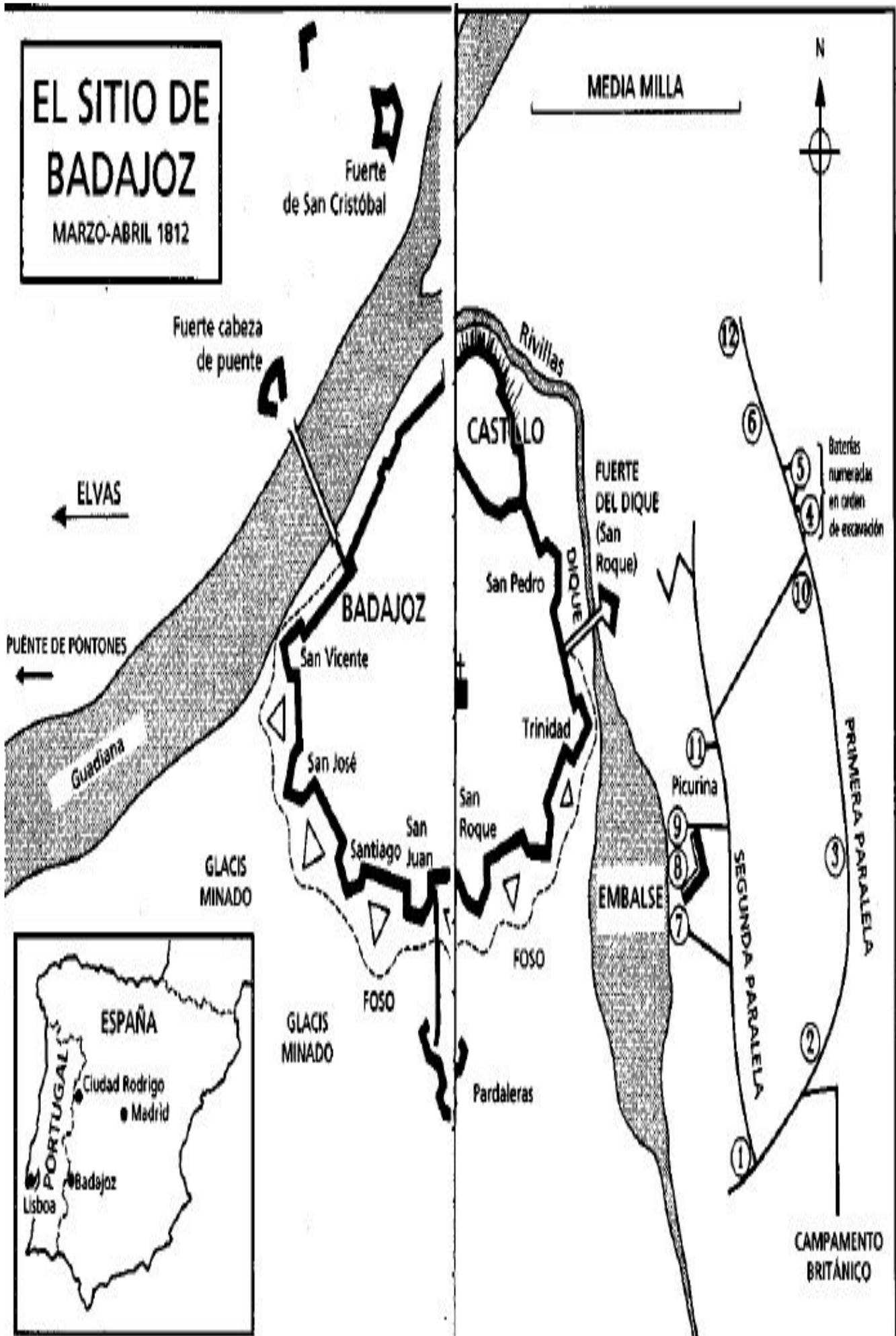
ePub r1.0

viejo_oso 23.06.13

Título original: *Sharpe's Company*
Bernard Cornwell, 1982
Traducción: Carmen Soler Rodríguez

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



PRIMERA PARTE

Enero de 1812

Capítulo 1

Cuando al amanecer se ve un caballo bayo a una milla de distancia significa que la noche ha terminado. Los centinelas se pueden relajar, los batallones se pueden retirar, porque el momento de un ataque por sorpresa de madrugada ya ha pasado.

Pero ese día, no. Un caballo bayo apenas se vería a un centenar de pasos, menos aún desde tan lejos; y el amanecer, veteado con el humo sucio de los cañonazos, se mezclaba con la ventisca. Sólo un ser viviente se movía en el espacio grisáceo que se extendía entre las líneas británicas y las francesas; un gorrioncillo daba saltitos afanosamente sobre la nieve. El capitán Richard Sharpe, acurrucado en su capote, observaba al pájaro y le obligó a levantar el vuelo. «¡Muévete, tonto! ¡Vuela!» Odiaba parecer supersticioso. Había descubierto el pajarillo y, de repente y de forma espontánea, se le ocurrió que a menos que el pájaro levantara el vuelo en treinta segundos, el día acabaría de forma desastrosa.

Iba contando. Diecinueve, veinte, y el maldito pájaro seguía saltando en la nieve. No sabía qué clase de pájaro era. El sargento Harper seguro que lo sabría, el enorme sargento irlandés conocía todos los pájaros, pero saber qué pájaro era no le iba a suponer ninguna ayuda. «¡Muévete!» Veinticuatro, veinticinco, y con desesperación y de cualquier manera formó una bola de nieve y la hizo rodar cuesta abajo, de manera que el pajarillo, asustado, se elevó de un salto hacia la maraña de humo cuando aún le sobraban dos segundos. A veces el hombre ha de procurarse su propia suerte. ¡Cielos! ¡Qué frío hacía! Los franceses lo tenían bien. Estaban al otro lado de las ingentes defensas de Ciudad Rodrigo, resguardados en las casas de la ciudad, y se calentaban ante amplias chimeneas, pero las tropas portuguesas y británicas estaban en campo abierto. Dormían cerca de grandes fogatas que se extinguían durante la noche y ayer, de madrugada, se había encontrado a cuatro centinelas portugueses muertos por congelación junto al río con los capotes helados pegados al suelo. Los habían echado al río, después de romper la fina capa de hielo del Águeda, porque nadie quería cavar más tumbas. El ejército ya había cavado bastante; a lo largo de doce días no habían hecho otra cosa; baterías, paralelas, zapas y trincheras, y ya no querían cavar más. Querían luchar. Querían llevar sus largas bayonetas por el glacis de Ciudad Rodrigo, abrir una brecha, matar a los franceses y hacer suyas esas casas y esas chimeneas. Querían sentir su calor.

Sharpe, el capitán de la compañía ligera del regimiento South Essex, estaba sobre la nieve y observaba por su catalejo la brecha más ancha. No veía gran cosa. Incluso desde la ladera de la loma, a medio kilómetro de la ciudad, la pendiente cubierta de nieve del glacis lo ocultaba todo, salvo los últimos pies del extremo superior de la muralla principal de Ciudad Rodrigo. Se veía que los cañones británicos habían causado daños y él sabía que las piedras y los cascotes habían caído como en cascada

al interior del foso oculto y habían formado una especie de rampa, tal vez de unos treinta metros de ancho, que permitiría a los atacantes subir y penetrar en el corazón de la fortaleza. Le hubiera gustado ver el otro lado de la brecha, los callejones que se extendían al pie de la torre de la iglesia, tan cercana a las murallas, toda ella marcada por el impacto de los disparos.

Allí, los franceses debían andar atareados construyendo nuevas defensas, colocando un cañón nuevo, para que cuando los atacantes salvaran el montón de escombros de la brecha se encontraran con un horror de llamas y metralla planeado con precisión; para que se encontraran de noche con la muerte.

Sharpe estaba asustado.

Se trataba de una sensación extraña, que sólo él conocía y de la cual se avergonzaba. No era cierto que el ataque tuviera que ser ese día, pero el ejército, con el instinto del soldado que sabe que el momento ha llegado, estaba seguro de que Wellington ordenaría el asalto esa misma noche. Nadie sabía qué batallones iban a ser los escogidos, pero cualesquiera que fueran las unidades que emprendieran el asalto no serían los primeros atacantes los que escalaran la brecha. Eso era sólo un trabajo para voluntarios cuya misión suicida sería atraer el fuego de los defensores, obligarles a poner en funcionamiento sus trampas cuidadosamente preparadas y abrirles un camino sangriento a los batallones que vendrían detrás. Pocos serían los supervivientes de ese destacamento suicida. El teniente que estuviera al mando, si sobrevivía, se convertiría en capitán allí mismo y sus dos sargentos pasarían a ser alféreces. Las promesas de ascenso se hacían alegremente porque en muy pocas ocasiones se tenían que cumplir, y sin embargo nunca faltaban voluntarios.

El escuadrón suicida era para los valientes. Podía ser un valor fruto de la desesperación, o de la temeridad, pero a fin de cuentas era valor. Los hombres que sobrevivían a una misión así quedaban marcados de por vida, se hacían famosos entre sus compañeros y eran la envidia de hombres de menor categoría. Tan sólo los regimientos de fusileros otorgaban una insignia a los supervivientes, una corona de laurel que se cosía en la manga, pero Sharpe no buscaba medallas. Él solamente quería sobrevivir a una prueba, la prueba suprema de la muerte, probablemente porque no había estado nunca en un escuadrón suicida. Era un deseo estúpido, y lo sabía, pero así era.

No era solamente una prueba. Richard Sharpe quería el ascenso. Se había alistado en el ejército a los dieciséis años, de soldado raso, y recorrió su camino en la tropa hasta llegar a sargento. En la batalla de Assaye le salvó la vida a sir Arthur Wellesley y lo recompensaron con un catalejo y un ascenso. El alférez Sharpe, salido de los bajos fondos pero ambicioso, todavía necesitaba demostrar un día tras otro que era mejor soldado que los hijos de los privilegiados que se compraban los ascensos e iban subiendo en la escala de oficiales gracias a su dinero. El alférez Sharpe se había

convertido en el teniente Sharpe, y con un nuevo uniforme, el verde oscuro de los fusileros del 95, había luchado en el norte de España y Portugal; la retirada de La Coruña, Rolica, Vimeiro, el paso del Duero y Talavera. Consiguió hacerse con un águila del imperio en Talavera; el sargento Harper y él se abrieron camino a golpe de espada hasta un batallón enemigo, derribaron al portador del estandarte y llevaron el trofeo a Wellesley,^[1] quien se convirtió en el vizconde Wellington de Talavera. Y a Sharpe lo ascendieron a capitán, justo antes de la batalla. Era el ascenso que más deseaba, pues le daba la oportunidad de mandar su propia compañía, pero ya hacía dos años y medio de aquel ascenso y todavía no había sido ratificado.

Apenas se lo creía. En julio volvió a Inglaterra y pasó allí los últimos seis meses de 1811 reclutando soldados para el mermado regimiento del South Essex en Londres y en los condados de Leicestershire, Northamptonshire y Rutland. Lo agasajaron en Londres, le ofrecieron una comida en el Fondo Patriótico y le obsequiaron con una espada de cincuenta guineas por la captura del águila francesa. El *Morning Chronicle* le puso el apodo de «el héroe con cicatriz del campo de Talavera» y de repente, y al menos por unos pocos días, todo el mundo quería conocer al alto fusilero de cabello castaño, con la cicatriz que le otorgaba a su cara una expresión poco natural y burlona. Se había sentido fuera de lugar en la suavidad tapizada de los salones de Londres y ocultó esa incomodidad refugiándose en sí mismo bajo un cauteloso silencio. Esa reticencia les pareció peligrosamente atractiva a sus anfitrionas, que procuraron mantener a sus hijas alejadas de él y se quedaron al capitán de fusileros para sí.

Pero el héroe del campo de Talavera no era más que un estorbo en el cuartel general del ejército de la Guardia Real. Cometió un error, un error estúpido, visitar Whitehall. Lo acompañaron a una fría sala de espera. La lluvia de otoño salpicaba la sala a través de una gran ventana rota mientras él estaba sentado, con su enorme espada cruzada sobre las rodillas, y un funcionario picado de viruela intentaba averiguar lo que había sucedido con el boletín oficial en el que aparecía su ascenso. Sharpe tan sólo quería saber si era de verdad capitán, y si la Guardia Real había aprobado realmente su nombramiento o era tan sólo un teniente con una graduación temporal. El funcionario le hizo esperar tres horas, pero finalmente regresó a la habitación.

—¿Sharpe? ¿Con una «e»?

Sharpe asintió con la cabeza. Alrededor de él un grupo de oficiales retirados, enfermos, mutilados o medio ciegos, pero curiosos, escuchaban con atención. Todos ellos buscaban nombramientos y esperaban que Sharpe también se sintiera decepcionado. El funcionario retiró de un soplido el polvo que había en los papeles.

—Es irregular. —Echó una mirada a la casaca verde oscura de Sharpe—. ¿Ha dicho el regimiento South Essex?

—Sí.

—Pero eso, sí no me equivoco, y es raro que yo me equivoque, ¿no es el uniforme del 95? —preguntó el funcionario soltando una risita de satisfacción, como si celebrara una pequeña victoria.

Sharpe no contestó. El llevaba el uniforme de los fusileros porque estaba orgulloso de su antiguo regimiento, porque el trabajo con el South Essex tan sólo lo consideraba como algo temporal, y ¿cómo iba él a contarle a este burócrata estirado lo que era mandar a un grupito de fusileros desde el horror que había supuesto la retirada de La Coruña hasta reunirse con el ejército en Portugal, donde de forma arbitraria los juntaron con los casacas rojas del South Essex? El funcionario se tiró de la nariz y sorbió.

—Irregular, señor Sharpe, muy irregular. —Escogió la primera hoja de papel con sus dedos manchados de tinta—. Aquí está el documento.

Le entregó el nombramiento a Sharpe, como si el documento pudiera contagiarle de nuevo la viruela.

—¿Le hicieron capitán en 1809?

—Sí, lord Wellington. —Ese nombre no causaba impresión en Whitehall.

—Debería saberlo. ¡Dios mío, señor Sharpe, tendría que saberlo! Es irregular.

—¿Pero seguramente no es desconocido? —Sharpe reprimió el impulso de descargar su irritación sobre el funcionario—. Yo creía que era su trabajo aprobar estos documentos.

—¡O no aprobarlos! —El funcionario soltó de nuevo otra risita y los oficiales en situación de retiro sonrieron burlones—. ¡Aprobar, señor Sharpe, o no aprobar!

La lluvia descendía por la chimenea y al caer sobre el fuego mortecino hacía saltar pavesas de las ascuas. El funcionario se echó a reír por lo bajo sacudiendo sus hombros delgados, sacó unas gafas de algún escondrijo de su ropa y se las colocó en la nariz como si el ascenso, visto a través de un cristal sucio, pudiera revelarle nuevos motivos de alegría.

—Los rechazamos muy a menudo. Se acepta uno y se aceptan todos. Eso es perjudicial para el sistema, ¿sabe? ¡Hay reglas, reglamentos! —Y el funcionario sacudió la cabeza porque resultaba obvio que Sharpe no entendía nada de cómo funcionaba el ejército.

Sharpe esperó a que cesara el movimiento de cabeza.

—Al parecer les está llevando mucho tiempo tomar una decisión respecto a este nombramiento.

—¡Y aún no se ha tomado! —dijo el funcionario con orgullo, como si quisiera mostrar que dedicarle mucho tiempo probaba la sabiduría de la Guardia Real. Entonces se ablandó y sonrió a Sharpe como con arrepentimiento—. Lo cierto es, señor Sharpe, que ha habido un error. Un error lamentable, y afortunadamente esta

visita permite rectificar la equivocación. —Asomó los ojos por encima de las gafas y miró al alto fusilero—. Todos nosotros le estamos profundamente agradecidos por hacer que nos fijáramos en ese error.

—¿Error?

—Estaba mal archivado. —El funcionario tiró de otro trozo de papel que tenía en la mano izquierda—. El teniente Robert Sharp, sin «e», que murió en 1810. Sus papeles estaban, por otro lado, en perfecto orden.

—¿Y los míos no?

—Pues no, pero todavía está vivo. —El funcionario miró con malhumor a Sharpe—. Cuando un oficial es trasladado a la gloria tenemos ocasión de poner orden. —Se quitó las gafas y se las limpió con la hoja doblada del nombramiento de Sharpe—. Nos ocuparemos de ello, señor Sharpe, con premura. Se lo prometo. ¡Con premura!

—¿Pronto?

—Eso es lo que he dicho, ¿no es así? Sería un error decir algo más. —El funcionario se volvió a colocar las gafas—. Ahora, si me disculpa, ¡estamos en guerra y yo tengo otros deberes!

Sharpe se dio cuenta después de que fue un error visitar Whitehall, pero ya estaba hecho y lo único que podía hacer ahora era seguir esperando. Seguramente, se decía a sí mismo una docena de veces al día, no podrán rechazar el nombramiento. No después de que hubiera conseguido el águila imperial francesa ni después de que sacara el oro de una Almeida^[2] en llamas, ni después de que embistiera las mejores tropas francesas en las trampas mortales de Fuentes de Oñoro. Se quedó mirando con melancolía bajo la nieve y a través de la cicatriz que le valió la defensa de Ciudad Rodrigo. Sabía que tenía que haberse presentado voluntario para el escuadrón suicida. Si lo hubiera mandado, y hubiera sobrevivido, nadie podría negarle entonces el ascenso a capitán. Se hubiera probado a sí mismo, se hubiera hecho con el rango, y los burócratas picados de viruela de Whitehall podrían seguir rascándose hasta la eternidad porque no podrían hacer nada, absolutamente nada, para negarle el ascenso a capitán. ¡Era como una china en el zapato de todos ellos!

—¡Richard Sharpe! —Era una voz baja que sonaba tras él, llena de alegría, y Sharpe se dio la vuelta.

—¡Comandante!

—¡Yo notaba un cosquilleo en los pulgares! Sabía que tenía que estar de vuelta en el ejército. —El comandante Michael Hogan se deslizó por la nieve hacia él—. ¿Qué tal está?

—Estoy bien. —Sharpe sacudió los pies. Se quitó la nieve del capote y le estrechó la mano enguantada a Hogan.

El ingeniero se rió de él.

—Parece un pollo remojado, pero me alegro de verle. —Su voz irlandesa era

cálida y dulce—. ¿Y qué tal está Inglaterra?

—Fría y húmeda.

—Ah, bueno, es un país protestante —añadió Hogan, sin hacer caso de la helada humedad del campo español que se extendía a su alrededor—. ¿Y cómo está el sargento Harper? ¿Se lo pasó bien en Inglaterra?

—Así es, se pasó el tiempo engordando y riendo tontamente.

Hogan soltó una carcajada.

—Un hombre sensato. ¿Le dará recuerdos de mi parte?

—Se los daré.

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente la ciudad. Los cañones de asedio británicos, de hierro de veinticuatro libras, seguían disparando: sus detonaciones se oían amortiguadas sobre la nieve, sus disparos arrojaban ráfagas de nieve y piedras desde las murallas a ambos lados de la brecha principal. Sharpe echó una mirada a Hogan.

—¿Es un secreto que vamos a atacar esta noche?

—Es un secreto. Todo el mundo lo sabe, por supuesto, siempre lo saben. Incluso antes que el general. Se rumorea que a las siete.

—¿Y el rumor incluye al South Essex?

Hogan negó con la cabeza; él estaba destinado en el estado mayor de Wellington y sabía lo que se planeaba.

—No, pero yo desearía, y mucho, poder convencer al coronel de que me deje su compañía.

—¿La mía? —Sharpe se sintió complacido—. ¿Por qué?

—No para gran cosa. No quiero a sus chicos en la brecha, pero los ingenieros andan escasos de mano de obra, como siempre, y son muchos los trastos que hay que acarrear por el glacis. ¿Le gusta la idea?

—Por supuesto.

Sharpe no sabía si confesarle a Hogan el deseo que tuvo de ir con el escuadrón suicida, pero sabía que el ingeniero irlandés pensaría que estaba loco, así que no dijo nada. En su lugar le dejó su catalejo a Hogan y esperó en silencio mientras el ingeniero observaba la brecha. Hogan soltó un gruñido.

—Es practicable.

—¿Está seguro?

Sharpe cogió la lente y con sus dedos palpó instintivamente la chapa de bronce: «En agradecimiento, AW. 23 de septiembre de 1803».

—Nunca estamos completamente seguros. Pero no veo cómo podría mejorar.

Los ingenieros tenían la misión de dar su opinión sobre si una brecha era «practicable» cuando, a su juicio, la infantería atacante podía ascender por la pendiente de cascotes. Sharpe miró al comandante, un hombre bajito y de mediana

edad.

—No se le ve muy contento.

—Por supuesto que no. A nadie le gusta un asedio.

Hogan estaba intentando imaginar, tal como Sharpe hizo anteriormente, los horrores que los franceses habrían preparado en la brecha. Un asedio era, en teoría, la lucha más científica que había. Los atacantes abrían boquetes en las defensas y ambas partes sabían cuándo las brechas eran practicables, pero eran los defensores los que llevaban ventaja. Sabían por dónde vendría el ataque principal, cuándo y, aproximadamente, cuántos hombres podían penetrar por esa brecha. Hasta ahí llegaba la ciencia. Se necesitaba mucha habilidad para colocar las baterías, para avanzar zapando, pero una vez la ciencia de los ingenieros hubo abierto la brecha, se dejaría a la infantería que escalara los muros y muriera sobre los escombros. Los cañones de asedio hacían lo que podían. Disparaban hasta el último momento, como hacían ahora, pero pronto las bayonetas entrarían en juego y tan sólo la furia bruta conduciría a los atacantes entre el horror que les habían preparado. Sharpe volvió a sentir el miedo a penetrar en una brecha.

Parecía que el irlandés leyera sus pensamientos. Le dio un golpe en el hombro a Sharpe.

—Tengo un presentimiento respecto a esto, Richard. Irá bien. —Cambió de tema

—. ¿Sabe algo de su mujer?

—¿Cuál de ellas?

Hogan resopló.

—¡Cuál! Teresa, por supuesto.

Sharpe negó con la cabeza.

—Desde hace dieciséis meses no. No sé por dónde anda.

«Ni siquiera —pensó—, si todavía sigue con vida.» Ella luchaba contra los franceses en la guerrilla, y las colinas y peñascos por los que transcurrían sus batallas no estaban lejos de Ciudad Rodrigo. No la había visto desde que se separaron en Almeida y, al pensar en ella, sintió un súbito anhelo en su interior. Ella tenía cara de águila, delgada y cruel, cabellos y ojos negros. Teresa era bella como una espada fina, delgada y dura.

Después, en Inglaterra, conoció a Jane Gibbons, cuyo hermano, el teniente Christian Gibbons, había intentado matarlo en Talavera. Gibbons había muerto. Jane era bella, ese tipo de belleza con el que sueñan los hombres; rubia y femenina, esbelta como Teresa, pero a eso se reducía todo el parecido. La muchacha española sabía desmontar el seguro de un fusil Baker en treinta segundos, podía matar a un hombre a doscientos pasos, sabía cómo tender una emboscada y proporcionarle a un francés capturado una muerte prolongada, para que pagara por la violación y la muerte de su propia madre. Jane Gibbons sabía tocar el piano, escribir una carta bonita, sabía hacer

uso del abanico en un baile de condado y le encantaba gastar dinero en la sombrerería de Chelmsford. Eran tan diferentes la una de la otra como el acero y la seda, sin embargo Sharpe las quería a ambas, aunque sabía que tales sueños eran vanos.

—Está viva —dijo Hogan con voz tranquila.

—¿Viva?

—Teresa.

Hogan debía saberlo. A pesar de la escasez de ingenieros, Wellington había destinado a Hogan a su estado mayor. El irlandés hablaba español, portugués y francés, sabía descifrar los mensajes de los enemigos y había pasado mucho tiempo trabajando con los guerrilleros y con los oficiales exploradores de Wellington que cabalgaban, solos y de uniforme, detrás de las líneas francesas. Hogan recopilaba lo que Wellington llamaba su «inteligencia» y Sharpe sabía que si Teresa seguía luchando, Hogan tendría noticias.

—¿Qué ha oído?

—Poca cosa. Ha estado ella sola en el sur durante bastante tiempo, pero he oído que ha venido aquí. Su hermano dirige la banda, ella no, pero todavía la llaman «La Aguja».

Sharpe sonrió. Él era el que le había puesto ese apodo: «La Aguja».

—¿Por qué se fue hacia el sur?

—No lo sé. —Hogan le sonrió—. Alégrese. La volverá a ver. ¡Además, me gustaría conocerla!

Sharpe sacudió la cabeza. Había pasado mucho tiempo y ella no había hecho nada por encontrarlo.

—Debe haber una última mujer, señor, al igual que una última batalla.

Hogan soltó una risotada.

—¡Dios del cielo! Una última mujer. ¡Triste cabrón! Ahora me va a decir que está preparando los votos para sacerdote. —Se enjugó una lágrima de los ojos—. ¡Conque una última mujer! —Se volvió para mirar de nuevo la ciudad—. Escuche, amigo, tengo mucho que hacer, si no seré el último irlandés en el estado mayor de Wellington. ¿Se cuidará?

Sharpe sonrió burlescamente y asintió.

—Sobreviviré.

—Ese es un engaño útil. Me alegro de que haya vuelto.

Sonrió y empezó a caminar por la nieve hacia el cuartel general de Wellington. Sharpe se volvió hacia Ciudad Rodrigo. Supervivencia. Era una mala época para luchar. El cambio de un año a otro era el momento en que los hombres miraban al futuro, soñaban con placeres lejanos, con una casita y una mujer buena, y con los amigos de una noche. El invierno era la época en que el ejército se quedaba en los cuarteles, esperando que la primavera secase los caminos y fuera el período de estiaje

de los ríos, pero Wellington se había puesto en marcha en los primeros días del año y la guarnición francesa de Ciudad Rodrigo despertó una fría mañana y se encontró con que la guerra y la muerte se habían adelantado en 1812.

Ciudad Rodrigo sólo era el principio. Tan sólo había dos caminos desde Portugal hacia España que pudieran soportar el peso de la artillería pesada, el interminable chirrido de los carros de provisiones y el paso continuo de batallones y escuadrones. Ciudad Rodrigo defendía la ruta del norte y Wellington planeaba tomar la fortaleza esta madrugada, cuando la campana de la iglesia diera las siete. Luego, tal como sabía todo el ejército, tal como sabía toda España, había que tomar la carretera del sur. Para estar a salvo, para defender Portugal y atacar España, los británicos tenían que controlar ambas rutas, y para controlar el camino del sur primero debían tomar Badajoz.

Badajoz. Sharpe había estado allí, después de Talavera y antes de que el ejército español rindiera la ciudad a los franceses. Ciudad Rodrigo era grande, pero pequeña comparada con Badajoz; las murallas, con toda esa nieve, resultaban impresionantes, pero insignificantes si se las comparaba con los baluartes de Badajoz. Richard Sharpe dejó que sus pensamientos volaran hacia el sur, a la deriva con el humo de los cañones por encima de Ciudad Rodrigo, hacia el sur por encima de las montañas, hacia donde la enorme fortaleza proyectaba oscuras sombras sobre las aguas frías del río Guadiana. Badajoz. Dos veces habían fracasado los británicos en su intento de arrebatársela a los franceses. Pronto habrían de volver a intentarlo.

Se dio la vuelta para reunirse con su compañía al pie de una loma. Podía producirse un milagro, por supuesto. La guarnición de Badajoz podría coger la peste, el polvorín podría explotar, la guerra podría terminar, pero Sharpe sabía que no eran más que esperanzas vanas que se disiparían con el frío viento. Pensó en su ascenso a capitán, en su nombramiento, y aunque sabía que Lawford, su coronel, nunca le quitaría el mando de su compañía ligera, seguiría preguntándose por qué no se habría presentado voluntario para el escuadrón suicida. Eso le hubiera asegurado el ascenso y hubiera pasado la prueba de superar el miedo que todo hombre sentía al ser el primero en penetrar por una brecha defendida. Con anterioridad había probado su valentía en varias ocasiones, pero si no se presentó voluntario en la brecha de Ciudad Rodrigo y no pudo probarla allí, ahora tendría que esperar que se presentara otra ocasión. Y fue en Badajoz.

Capítulo 2

Las órdenes llegaron bien entrada la tarde, pero no sorprendieron a nadie. Sólo provocaron en los batallones una actividad callada. Se afilaron y aceitaron las bayonetas, los mosquetes se comprobaron una y otra vez, los cañones de asedio seguían golpeando las defensas francesas intentando derribar el cañón escondido en ellas. Y a esperar. De las baterías se elevaba un humo grisáceo que se unía a unas nubes bajas y panzudas que tenían el color de la pólvora mojada.

La compañía ligera de Sharpe, según había pedido Hogan, tenía que unirse a los ingenieros en los accesos a la brecha más amplia. Cargarían con grandes sacos de heno que luego lanzarían en la cara empinada del foso para formar una amplia colchoneta sobre la que pudiera saltar con seguridad el escuadrón suicida y los batallones atacantes. Sharpe observó cómo sus hombres entraban en fila en la trinchera, cada uno con uno de esos sacos rellenos toscamente. El sargento Harper dejó caer su saco, se sentó encima, le dio unos golpes para que resultara cómodo y se estiró.

—Mejor que una cama de plumas, capitán.

Casi uno de cada tres hombres del ejército de Wellington era, al igual que el sargento Harper, irlandés. Patrick Harper era un hombre alto, de casi dos metros de músculo y alegría, que ya no veía tan mal el hecho de luchar en un ejército que no fuera el suyo. Lo habían reclutado a causa del hambre en su Donegal natal y mantenía vivo el recuerdo de su patria, el amor a su religión y a su lengua, y un gran orgullo por sus antiguos héroes guerreros. Él no luchaba por Inglaterra, menos aún por el regimiento South Essex, él luchaba por sí mismo y por Sharpe. Sharpe era su oficial, un compañero fusilero y un amigo, si es que era posible que un capitán y un sargento fueran amigos. Harper estaba orgulloso de ser soldado, incluso en el ejército de su enemigo, porque un hombre podía sentirse orgulloso si realizaba bien su trabajo. Tal vez, un día luchara por Irlanda, pero no podía imaginarse cómo iba a suceder eso si el país estaba machacado y perseguido, las llamas de la resistencia se habían apagado de golpe y, sinceramente, tampoco pensaba mucho en esa posibilidad ni ponía muchas esperanzas en ella. De momento se encontraba en España y su trabajo consistía en inspirar disciplina, humor y en engatusar a la compañía ligera del South Essex. Lo hacía a las mil maravillas.

Sharpe hizo un gesto con la cabeza señalando el saco de heno.

—Seguramente está lleno de pulgas.

—Así es, capitán, probablemente lo esté. —Harper sonrió con sarcasmo—. Pero en mi cuerpo ya no hay sitio para una pulga más.

Todo el ejército estaba infestado de piojos y comido por las pulgas, pero estaban tan habituados a las incomodidades que apenas lo notaban. «Mañana —pensó Sharpe

—, en la comodidad de Ciudad Rodrigo, todos podrán espulgarse con humo, y aplastar las costuras del uniforme con una plancha caliente para acabar con las liendres.» Pero eso sería mañana.

—¿Dónde está el teniente?

—Se encuentra mal, capitán.

—¿Borracho?

Harper frunció el ceño.

—Yo no soy quién para decir eso, capitán.

Ya sabía Sharpe que eso significaba que el teniente Harold Price estaba bebido.

—¿Estará bien?

—Siempre lo está, capitán.

El teniente Price era nuevo en la compañía. Era un hombre de Hampshire, hijo de un armador, y las deudas de juego y algunos embarazos inesperados entre las chicas del lugar convencieron a su padre, hombre serio y de iglesia, de que el mejor lugar para el joven Price era el ejército. El constructor le compró a su hijo una graduación de alférez y, cuatro años después, pagaba gustoso las quinientas cincuenta libras que le aseguraban a Price el ascenso a teniente. El padre se alegró al saber que la vacante de teniente era en el South Essex, un regimiento que estaba en el extranjero, con lo cual la distancia entre su hijo menor y él era la mayor posible.

Robert Knowles, el anterior teniente de Sharpe, se había ido. Se compró el ascenso a capitán en un batallón de fusileros, dejando la vacante que Price había comprado, y a Sharpe, al principio, no le gustó el cambio. Le había preguntado a Price que por qué siendo hijo de un constructor de buques no se había alistado en la marina.

—Me mareo, capitán. No me aguantaría nunca de pie.

—Tampoco se aguanta en tierra.

Price tardó unos segundos en captarlo, pero luego su cara redonda, amigable y de falsa inocencia esbozó una sonrisa burlona.

—Muy bien, capitán. Gracioso. Pero incluso en tierra, capitán, ya me entiende, siempre hay algo sólido debajo. Quiero decir que si uno se cae, al menos uno sabe que es por la bebida y no por el maldito barco.

La antipatía no le duró mucho. Era imposible que a uno le cayera mal el teniente Price. Su vida era la búsqueda de un solo objetivo, el libertinaje que su familia, severa y temerosa de Dios, le había negado; y era lo bastante sensato como para asegurarse de que cuando se le suponía sobrio, estuviera, al menos, de pie. A los hombres de la compañía de Sharpe les gustaba; se mostraban protectores con él porque creían que no iba a estar mucho tiempo en este mundo. Estaban convencidos de que si no era una bala francesa la que lo matara, sería la bebida, o las sales de mercurio que tomaba para la viruela, o un marido celoso, o, tal como Harper decía

con admiración, el puro y condenado agotamiento. El enorme sargento levantó la vista de su saco de heno, señalando con la cabeza abajo hacia la trinchera.

—Aquí está, capitán.

Price dibujó una leve sonrisa burlona, hizo una mueca de dolor cuando al mismo tiempo veinticuatro libras de proyectil martilleaban en lo alto, en dirección a la ciudad. Luego miró boquiabierto a Harper.

—¿Dónde se ha sentado, sargento?

—En un saco de heno, teniente.

Price meneó la cabeza en señal de admiración.

—¡Cielos! Deberían repartirlos cada día. ¿Me lo presta?

—Por supuesto, teniente.

Harper se puso de pie y con la mano le hizo al teniente un gesto cortés señalándole el saco.

Price se desplomó y soltó un gemido de satisfacción.

—Despiérteme cuando nos llame la gloria.

—Sí, teniente. ¿La gloria de quién?

—El ingenio irlandés, oh Dios, el ingenio irlandés —dijo Price, y cerró los ojos.

El cielo se oscurecía, las nubes grises se volvían amenazantes, se acercaba el momento crítico. Sharpe sacó su larga espada unas pulgadas de la vaina, comprobó el filo bien afilado y la volvió a meter. La espada era uno de sus símbolos que, junto con el fusil, pregonaban que era un luchador. Como oficial que era de una compañía ligera, debería seguir la tradición que mandaba llevar un sable de caballería ligera. Él odiaba el sable curvo y ligero. En su lugar utilizaba una pesada espada de caballería, de hoja recta y mal equilibrada, que había cogido en un campo de batalla. Era un arma horrible, treinta y cinco pulgadas de acero pesado, pero Sharpe era lo bastante alto y fuerte para empuñarla con facilidad. Harper vio que Sharpe comprobaba el filo con el pulgar.

—¿Espera utilizarla, capitán?

—No. No iremos más allá del glacis.

Harper gruñó.

—Siempre queda la esperanza.

Estaba cargando su fusil de avispa de siete cañones, un arma falta de toda ortodoxia. Cada uno de los cañones medía media pulgada de ancho y los siete se disparaban con una única carga que lanzaba un chorro de muerte. El armero Henry Nock llegó a fabricar seiscientos, y se los había entregado a la marina, pero su retroceso brutal destrozaba los hombros de los hombres y retiraron el invento discretamente. Al armero le hubiera gustado ver cómo el gigantón irlandés, uno de los pocos hombres con la fuerza suficiente para empuñar el arma, cargaba meticulosamente cada cañón de veinte pulgadas. A Harper le gustaba el arma, le

otorgaba una distinción similar a la espada de Sharpe, y el arma había sido un regalo de su capitán, que se la había comprado a un tendero de Lisboa.

Sharpe se ajustó el capote y se asomó por el parapeto hacia la ciudad. No había mucho que ver. La nieve, brillando con una miríada de chispas metálicas, llevaba hasta la ladera del glacis que constituía una continuación de la loma sobre la que estaba construida Ciudad Rodrigo. Podía ver dónde se escondía la brecha, detrás del glacis, gracias a las manchas negruzcas que había en la nieve allí donde la artillería de asedio se había quedado corta al disparar. El glacis no estaba proyectado para detener a la infantería. Era una cuesta de tierra, fácil de escalar, que se inclinaba frente a las defensas y que hacía rebotar los proyectiles que silbaban por encima de los defensores; pero había obligado a Wellington a conquistar los fuertes que se levantaban en las lomas cercanas para que la artillería británica pudiera tener una posición elevada desde la cual disparar hacia abajo, por encima del glacis, hacia el interior de las murallas.

Pasado el glacis había un foso ancho, oculto para Sharpe, que debía tener las paredes de piedra y, más allá del foso, se erguían las murallas modernas que ocultaban, a su vez, la antigua muralla medieval. Los cañones habían abierto boquetes en ambas murallas, la nueva y la antigua, y las habían convertido en una faja de cascotes, pero los defensores habían preparado trampas horribles para proteger la abertura. Hacía nueve años que Sharpe no formaba parte de unas fuerzas de asedio, sin embargo recordaba perfectamente la dureza de la lucha cuando los británicos escalaron la colina hacia Gawilghur y se zambulleron en un laberinto de muros y fosos que los indios defendían con gran valentía. Él sabía que Ciudad Rodrigo iba a ser más difícil; no porque los hombres que protegieran esta ciudad fueran mejores soldados, sino porque, como Badajoz, era defendida con la ciencia de la ingeniería moderna. Había algo horriblemente preciso en las defensas, con sus murallas falsas y sus revellines, sus baluartes colocados matemáticamente y sus cañones ocultos, y solamente la pasión, la ira o la desesperación sin límite obligarían a que la ciencia se rindiera a las bayonetas. La desesperación no se iba a apaciguar con rapidez. Sharpe sabía que una vez los atacantes penetraran en la brecha, la sangre se les subiría a la cabeza y los hombres se volverían irrefrenables por las calles de la ciudad. Siempre era así. Si una fortaleza no se rendía, si sus defensores obligaban a los atacantes a derramar su sangre en un asalto, la vieja costumbre, la costumbre de los soldados, dictaba que todo lo que había en el interior de la fortaleza pasaba a ser botín de los atacantes. La única esperanza de Ciudad Rodrigo residía en mantener una lucha corta y poco cruenta.

Las campanas de la ciudad tocaron al ángelus. Los católicos de la compañía, todos irlandeses, se santiguaron burdamente y se pusieron enseguida en pie cuando apareció el honorable William Lawford, el oficial al mando del South Essex. Hizo

una señal a sus hombres para que no se levantaran, sonrió burlescamente al ver a Price roncando, le hizo un gesto amigable a Harper con la cabeza, y fue a juntarse con Sharpe.

—¿Todo en orden?

—Sí, señor.

Ambos tenían la misma edad, treinta y cinco años, pero Lawford había nacido para el rancho de oficiales. El sargento Richard Sharpe estuvo con él cuando era un teniente perdido y asustado en su primera batalla, guiándole como hacen a menudo los sargentos con los oficiales jóvenes. Luego, cuando ambos estuvieron en las cámaras de tortura del sultán Tippoo, Lawford enseñó a Sharpe a leer y escribir. Estas habilidades le permitieron a Sharpe, después de un acto de valentía suicida, ser ascendido a oficial. Lawford miraba fijamente por encima del parapeto hacia el glacis.

—Esta noche vendré con ustedes.

—Sí, señor.

Sharpe sabía que Lawford no tenía necesidad de estar allí, pero también sabía que no podía disuadirlo de que viniera. Echó una mirada a su superior. Como siempre, Lawford iba impecablemente uniformado; el cordón dorado brillaba por encima de las vueltas amarillas y limpias de la casaca escarlata.

—Póngase un capote, coronel.

Lawford sonrió.

—¿Quiere que me disfrace?

—No, coronel, pero se morirá de frío, y a todos nos encanta ver cómo disparan a un coronel elegante.

—Llevaré esto —dijo Lawford sosteniendo un capote de caballería, ribeteado de piel, muy lujoso. El cierre era una cadena de oro en el cuello y Sharpe vio que se inflaría y se abriría dejando al descubierto el uniforme.

—Eso no ocultará el uniforme, coronel.

—No, sargento —contestó Lawford sonriendo.

Había hablado en voz baja y el comentario era un reconocimiento de que su relación seguía siendo la misma, a pesar de los ascensos. Lawford era un buen oficial que había convertido el South Essex de un regimiento asustado en una unidad curtida y segura. Pero servir como soldado no lo era todo para Lawford; era un medio para sus fines políticos, y él quería conseguir éxitos en España y prepararse así el terreno para tener poder en casa. En la guerra todavía confiaba en Sharpe, un soldado por naturaleza, y Sharpe le agradecía la confianza y la libertad.

Al otro lado del río, hacia Portugal, las fogatas del campamento británico resplandecían a la luz del crepúsculo. En las trincheras los batallones que esperaban el asalto temblaban, bebían agradecidos el ron que les habían distribuido, y llevaban a

cabo los pequeños rituales que siempre precedían a una batalla. Se estiraban bien los uniformes, se acomodaban los cinturones, las armas se revisaban de forma obsesiva y los hombres se palpaban en los bolsillos y en las bolsas los talismanes que los mantenían con vida. Una pata del conejo de la suerte, una bala que casi los mata, un recuerdo de casa o simplemente un guijarro liso que les había llamado la atención cuando yacían bajo un fuerte fuego en un campo de batalla. Los relojes avanzaban de la media a la hora.

Los generales se impacientaban mientras intentaban convencerse a sí mismos de que sus planes eran lo más perfectos posible, los comandantes de brigada se preocupaban por las órdenes de último momento, mientras que los hombres mantenían esa mirada prudente y tensa que los soldados tienen antes de un acontecimiento que les exige la muerte para hacerlo memorable. Se apilaban las mochilas para que las vigilaran los hombres que esperarían en las trincheras, y las bayonetas se encajaban y se afianzaban en los cañones de los mosquetes a vuelta de rosca. El trabajo, había dicho el general Picton, se haría con hierro frío; no habría tiempo de recargar un mosquete en la brecha, simplemente se avanzaría empujando, con las bayonetas fuera, hacia el enemigo. Esperaban la noche. Bromeaban, luchaban con la imaginación.

A las siete ya se había hecho de noche. Las campanadas de la torre desconchada y llena de grietas por las balas de los cañones sonaron para dar la hora. El tañido se oyó claramente. Las órdenes llegarían pronto. Los cañones de asedio dejaron de disparar y se hizo un silencio repentino que parecía sobrenatural después de varios días de disparar contra las murallas. Sharpe oía a los hombres toser, golpear los pies contra el suelo, y los ruidos le resultaban un recordatorio terrible de cuan pequeños y débiles eran los hombres frente a las defensas de una fortaleza.

—¡Ya! —Los comandantes de brigada tenían por fin las órdenes—. ¡Ya!

Lawford tocó a Sharpe en el hombro.

—¡Buena suerte!

El fusilero se dio cuenta de que el coronel todavía no llevaba puesto el capote, pero ahora ya era demasiado tarde. Se oyó una agitación en las trincheras, un susurro cuando las pacas de heno eran empujadas al exterior de la trinchera, y vio que Harper estaba junto a él y, al otro lado del sargento, el teniente Price, con los ojos bien abiertos y pálido. Sharpe les sonrió burlonamente.

—¡Venga!

Escalaron por encima del parapeto, y se dirigieron en silencio hacia la brecha.

El año 1812 había empezado.

Capítulo 3

La nieve se quebraba y crujía bajo las botas de Sharpe, mientras él oía tras sí los resbalones de los hombres en la blancura, el resuello que raspaba el aire frío y el equipo que tintineaba mientras empezaban a subir la loma hasta el glacis.

En la cima de las defensas se dibujaba una niebla débil y rojiza allí donde las luces de la ciudad, los fuegos y las antorchas, resplandecían bajo la neblina de la noche. Parecía irreal, pero para Sharpe las batallas a menudo parecían irreales, en particular ahora que ascendía la ladera de nieve hacia la ciudad silenciosa que esperaba a cada paso la erupción repentina de un cañón y el traquido de la metralla. Sin embargo, los defensores permanecían en silencio, como si no fueran conscientes de los muchos hombres que removían la nieve en su paso a Ciudad Rodrigo. Al cabo de dos horas como mucho, Sharpe sabía que todo habría terminado. Talavera les había costado un día y una noche, Fuentes de Oñoro tres días, pero ningún hombre podía resistir el infierno de una brecha más de un par de horas.

Lawford estaba a su lado, sosteniendo todavía con un brazo el capote, y el galón dorado reflejaba una luz rojiza y pálida delante de ellos. El coronel sonrió a Sharpe con aire burlón; parecía, pensó el fusilero, muy joven.

—Tal vez los estemos sorprendiendo, Richard.

La respuesta fue inmediata. Delante de ellos, desde su izquierda y desde su derecha, los artilleros franceses encendieron con cerillas los tubos de cebar, los cañones recularon violentamente sobre las gualderas, y los botes de metralla salieron escupidos por encima del glacis. Parecía que de la cima de las defensas arrojaran nubes de humo que se iluminaban con llamaradas interiores y que iban desde la muralla y por encima del foso hasta atravesar las lenguas de luz hacia la pendiente de nieve. Tras el estruendo, tan cercano que no se distinguían los sonidos, se sucedían las explosiones de los botes de metralla. Eran latas metálicas rellenas de balas de mosquete que explotaban con una descarga de pólvora. Las balas caían como martillazos. La nieve se manchaba de carmín.

Se oyeron gritos a lo lejos, hacia la izquierda, y Sharpe entendió que la división ligera, que atacaba la brecha menor, pasaba al otro lado del glacis y entraba en tropel en el foso. Resbaló en la nieve, se levantó y gritó a sus hombres.

—¡Venga!

El humo se elevaba lentamente del glacis formando volutas, el viento nocturno lo arrastraba hacia el sur y luego era devuelto por la siguiente descarga de los artilleros. Los botes de metralla seguían estallando, la masa de hombres se apresuraba y los gritos de los oficiales y de los sargentos los conducían pendiente arriba hacia la dudosa seguridad del foso. Lejos, detrás de la paralela, tocaba una banda y Sharpe captó un fragmento de la melodía; luego ya se encontró en la cumbre de la cuesta con

el negro foso a sus pies.

Cabía la tentación de permanecer unos pies más abajo y lanzar las balas en la oscuridad con puntería, pero Sharpe hacía tiempo que había aprendido que los pocos pasos a los que teme un hombre son los importantes. Permaneció en la cima con Lawford y les gritó a sus hombres que se apresuraran. Las pacas de heno cayeron golpeando suavemente en la oscuridad.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Los condujo hacia la derecha, lejos de la brecha, su trabajo había terminado, pero los del escuadrón suicida seguían saltando hacia el interior del foso y Sharpe sintió una punzada de envidia.

—¡Abajo! ¡Abajo!

Los obligó a agacharse en la cima del glacis, pues los cañones retumbaban tan cerca de sus cabezas que la compañía ligera podía sentir el lengüetazo de su ardiente respiración. Detrás venían los batallones que seguían al escuadrón suicida.

—¡Cuidado con la muralla!

La mejor ayuda que ahora podía prestar al ataque la compañía ligera era disparar por encima del foso tan pronto como pudiera distinguir un objetivo.

La oscuridad era total. Se oía un ronroneo proveniente del foso; botas que se arrastraban, el roce de una bayoneta, un reniego apagado, y el hollar de los pies sobre los cascotes que informaba de que el escuadrón había alcanzado la brecha y ya estaba subiendo el montón de cascotes. Los destellos de los mosquetes brillaban en la cumbre de la brecha, era la primera oposición que encontraba el escuadrón suicida, pero el fuego no parecía denso y Sharpe aún oía a los hombres que seguían subiendo.

—Hasta ahora... —Lawford no acabó la frase.

Se oyeron gritos detrás y Sharpe se volvió y vio que los atacantes alcanzaban la cima y saltaban con temeridad al interior del foso. Los hombres chillaban cuando no caían sobre las pacas de heno, o encima de compañeros suyos, pero los batallones de vanguardia estaban en su sitio y avanzaban en la oscuridad. Sharpe oyó un gruñido que le recordó Gawilghur. Era un sonido misterioso producido por cientos de hombres en un lugar pequeño donde se apretujaban para penetrar en una brecha estrecha, y era un ruido que duraría hasta que la batalla estuviera decidida.

—¡Va bien! —gritó Lawford con voz nerviosa.

Iba demasiado bien. El escuadrón debía estar llegando al final de su larga escalada. Los del 45 y los del 88 los seguían de cerca, y hasta entonces la única reacción francesa había sido unos pocos disparos de mosquete y la metralla que seguía explotando detrás, a los lejos, al otro lado de las tropas de reserva que se iban apresurando. Algo más tenía que haber esperado en la brecha.

Una llama vaciló sobre las murallas, se propagó como fuego prendido en paja seca, se elevó en el aire y cayó al interior del foso. Siguió otra, luego otra, y la brecha

se iluminó como si fuera de día y las bombas incendiarias empapadas en aceite, hechas de paja bien prieta liada en lonas embreadas, se prendían y arrojaban al interior del foso para que los defensores pudieran ver sus blancos. Se oyeron gritos de victoria de los desafiante franceses, mientras las balas de los mosquetes apuntaban al escuadrón suicida que había sido descubierto cerca del extremo del montón de cascotes. El grito fue coreado por los batallones 45 y 88, que avanzaban corriendo como una masa oscura en el enredado laberinto del foso. El asalto empezaba a parecer fácil.

—¡Fusiles! —gritó Sharpe.

Le quedaban once fusileros, sin contar a Harper ni a sí mismo, de los treinta hombres que había sacado del horror de la retirada de La Coruña, hacía tres años. Eran el alma de su compañía, los especialistas con casaca verde, cuyos modernos fusiles Baker podían matar a trescientos pasos de distancia, e incluso a más, mientras que el mosquete de ánima lisa, el Brown Bess, era prácticamente inútil a más de cincuenta yardas. Se oía el inequívoco chasquido de las armas, menos amortiguado que los mosquetes, y vio a un francés que caía cuando intentaba lanzar otra bomba incendiaria cuesta abajo hacia la brecha. Sharpe hubiera deseado tener más fusiles. Había entrenado a algunos de sus casacas rojas en el uso del arma, pero hubiera querido tener más.

Se agachó junto a Lawford. Los franceses habían pasado a la metralla, que dejaba los cañones hechos un desastre. Oyó el silbido de las balas sobre su cabeza, vio una llama que descendía como un puñal al interior del foso sobre los batallones apiñados, pero a la luz del fuego vislumbró a los casacas rojas británicos que se estaban acercando al centro de la subida. El escuadrón suicida, todavía casi intacto, estaba a unos pasos de la cima, llevaban las bayonetas levantadas, y tras ellos la parte inferior de la brecha estaba oscurecida por la masa que formaba la columna de asalto. Lawford le tocó el brazo a Sharpe.

—¡Es demasiado fácil!

Unos mosquetes escupían su metralla sobre las fuerzas de asalto, pero no lo suficiente para detener el ataque. Los soldados del foso sentían la victoria cerca, ganada con facilidad, y la columna seguía avanzando hacia la brecha como una bestia que se va extendiendo. La victoria estaba cerca, tan sólo a unos segundos, de ahí que el gruñido se convirtió en vítores que se elevaron acompañando al avance de la columna.

Los franceses habían permitido que se acercaran. Dejaron que el escuadrón alcanzara la misma cima de la muralla derruida y descubrieron la defensa. Hubo una doble explosión, horrible y ensordecedora, y llamas al otro lado de la brecha. Sharpe hizo una mueca de dolor. Los vítores se entrelazaron con chillidos, salpicados con el repiqueteo de la metralla, y vio que los franceses habían montado dos cañones en

unos armazones ocultos, bien empotrados en el centro de las murallas a ambos lados de la brecha, que podían disparar sobre los atacantes. No eran cañones pequeños, ni cañones de campaña, sino grandes piezas de artillería cuyas llamas atravesaban claramente los cien pies de anchura de la brecha.

El escuadrón suicida desapareció, arrebatado totalmente por un torbellino de llamas y metralla, y la cabeza de la columna quedó destrozada por el fuego de artillería que castigaba la mitad superior de la brecha y la despejaba con una facilidad pasmosa. El gruñido desfalleció, se convirtió en gritos de alarma, y la columna se alejó, no de los cañones sino de un nuevo peligro.

Aparecieron llamas entre los cascotes envueltos en humo, serpentina plomizas que vacilaban entre la piedra, relámpagos zigzagueantes que descendían por las piedras para tocar las minas escondidas en la brecha. Las explosiones retumbaron en la parte inferior de la cuesta, lanzaron a hombres y mampostería por los aires y convirtieron el primer ataque en una derrota. La máquina picadora en que se había convertido la brecha había empezado a funcionar.

Todavía se oía el retumbar de los cañones. Los hombres de Connaught y Nottinghamshire volvían a la brecha, pasando por encima de sus muertos mutilados, por los hoyos oscurecidos y humeantes excavados por las minas mientras los franceses les iban gritando insultos; les llamaban mariquitas y delicados, y detrás de los insultos venían más bombas incendiarias y trozos de madera o piedras que lanzaban como una avalancha por la pendiente y hacían que los hombres se volvieran a la base de la brecha bañada en sangre. Los cañones escondidos en armazones a cada flanco iban siendo recargados, listos para dispararlos contra los siguientes blancos que estaban allí, abriéndose paso a zarpazos hacia arriba, por la rampa resbaladiza de sangre, hasta que el trueno volvía a estallar, las llamas lamían la brecha y la mirada de trozos de metralla despejaba las piedras de golpe.

El asalto había sido rechazado de forma sangrienta, pero el único pensamiento era avanzar. Al pie de la rampa se apiñaban los hombres de los dos batallones que subían de nuevo con la valentía inconsciente y agitada que provoca un sitio.

Lawford agarró a Sharpe por el brazo y se inclinó para acercarse a su oído.

—¡Esos cañones de mierda!

—¡Lo sé!

Volvieron a disparar, y estaba claro que ningún soldado podría ascender si tenía que pasar por aquel fuego. Estaban colocados en el mismísimo corazón de la muralla baja y gruesa de la ciudad, y ningún cañón de sitio británico podía pretender alcanzarlos; a menos de que Wellington disparara contra las bombas incendiarias durante la semana hasta que toda la muralla se derrumbara como si estuviera llena de brechas. Frente a cada cañón, así lo habían descubierto las bombas incendiarias, había una trinchera que defendía a los artilleros de sus enemigos en la misma brecha.

Mientras los dos cañones continuaran disparando a uno y otro lado no podría conseguirse la victoria.

Las tropas volvían a ascender, más lentas ahora, teniendo cuidado de los cañones, e intentaban evitar las granadas ardiendo que los franceses arrojaban por la pendiente. Las rojas explosiones machacaban a los atacantes que estaban desperdigados. Sharpe se volvió hacia Harper.

—¿Está cargado?

El sargento asintió con la cabeza, sonrió burlonamente y levantó el fusil de siete cañones. Sharpe le devolvió la sonrisa.

—¿Nos unimos a ellos?

Lawford les gritó algo.

—¿Qué están haciendo?

Sharpe le señaló el lado más cercano de la brecha.

—Vamos a por el cañón. ¿Le importa?

—¡Tengan cuidado! —contestó Lawford encogiéndose de hombros.

No había tiempo para pensar, tan sólo para saltar al interior del foso y rezar para que no se les torcieran los tobillos o se les rompiera un hueso. Sharpe cayó mal, resbaló en la nieve, pero una manaza lo agarró por el capote, lo arrastró hasta ponerlo derecho, y los dos atravesaron el suelo del foso a todo correr. El salto había sido de seis metros y parecía que hubieran caído en el fondo de un caldero gigante, como el recipiente de cocción de un alquimista, pues las llamas entraban a raudales por arriba. Unas bombas incendiarias caían rodando, les llovían balas de mosquete y metralla de cañón desde arriba y el fuego se extendía por entre la carne viva y la carne muerta del foso y su color rojo se reflejaba en la parte inferior de las nubes bajas que rodaban en dirección sur, hacia Badajoz. Tan sólo había una manera de vivir en el caldero y ésa era subir. La columna volvió a ascender y al mismo tiempo Sharpe y Harper rodearon la masa de hombres, pero los cañones volvieron a hablar y el ataque fue rechazado por la metralla.

Sharpe había estado contando los intervalos entre los disparos y sabía que los artilleros franceses tardaban alrededor de un minuto en recargar cada cañón gigante. Contaba los segundos mentalmente mientras los dos hombres pasaban forcejeando por entre la masa de irlandeses de la izquierda de la brecha. Los dos se abrieron paso a brazo partido por entre tanta aglomeración, iban a apoderarse del borde mismo de la pendiente, pero la oleada de hombres los llevaba hacia adelante de forma que, por un momento, Sharpe pensó que los iban a transportar hacia la mismísima pendiente de cascotes. Luego los cañones volvieron a disparar y los hombres que tenían delante retrocedieron; a Sharpe algo húmedo le abofeteó la cara, luego el ataque se dispersó en pequeños grupos. Tenía un minuto.

—¡Patrick!

Se lanzaron al interior de la trinchera que estaba junto a la brecha, la trinchera que protegía el cañón. Esta ya estaba llena de hombres que se protegían de la metralla. Los artilleros franceses, por encima de sus cabezas, estarían pasando las esponjas y atacando con desesperación las enormes bolsas de sarga que contenían la pólvora dentro de los amplios cañones, mientras que otros hombres esperaban con las bolsas negras y abultadas de la metralla. Sharpe intentó olvidarse de ellos. Levantó la vista a la muralla hacia un saliente. Estaba bien arriba, bastante más arriba que lo que medía un hombre, así que apretó la espalda contra la pared, juntó las manos y le hizo una señal al sargento con la cabeza. Harper colocó su bota en las manos de Sharpe, levantó el fusil de siete cañones, y asintió con la cabeza. Sharpe levantaba y Harper empujaba hacia arriba, el irlandés pesaba como un toro. Sharpe hacía muecas con el esfuerzo y dos de los comandos de Connaught, al ver cuál era su intención, se unieron a ellos y empujaron a Harper hacia arriba por las piernas. El peso desapareció de repente. Harper se había agarrado al borde del saliente con una mano, sin hacer caso de las balas de mosquete que se estrellaban contra la muralla que tenía enfrente, lanzó el fusil de avispa al otro lado, apuntó a ciegas y apretó el gatillo. El retroceso lo lanzó hacia atrás contra el saliente opuesto de la trinchera, pero se puso de pie dando chillidos en gaélico. Sharpe sabía que les estaba diciendo a sus compatriotas que escalaran la muralla y atacaran a los artilleros del cañón mientras todavía estaban aturcidos por la explosión. Pero resultaba inútil intentar escalar la escarpada muralla, y Sharpe pensó en los artilleros supervivientes que estarían cargando el cañón.

—¡Patrick! ¡Súbame!

Harper agarró a Sharpe como si fuera un saco de avena, respiró hondo y lo estiró hacia arriba. Era como si lo elevara la explosión de una mina. Sharpe se sacudió, se le escurrió el fusil del hombro, pero lo cogió por el cañón, vio el saliente y alargó su mano izquierda. Se aguantaba, tenía una de sus piernas sobre la construcción de piedra; sabía que los mosquetes franceses disparaban contra él, pero no tenía tiempo de pensar en eso, pues un hombre corría hacia él con una baqueta levantada para golpearlo, pero Sharpe le dio un golpe con el fusil según venía. Fue un golpe afortunado. La culata de bronce le dio al francés en la sien y retrocedió tambaleándose. Sharpe se dejó caer al otro lado del saliente, se puso de pie y su enorme espada salió raspando de la vaina; aquello sí que era gozar.

Los artilleros habían recibido bien las siete balas que rebotaron alrededor del emplazamiento de piedra. Sharpe vio unos cuerpos debajo del cañón de hierro, pero todavía había hombres vivos y venían hacia él. Blandió la larga hoja hacia ellos, los hizo recular, dio unas espadadas y sintió la vibración del arma al partir un cráneo. Les gritó, atemorizándolos, resbaló en la sangre recientemente derramada, dio un tirón a la hoja para liberarla del cuerpo pinchado y volvió a blandirla. Los franceses retrocedieron. Eran seis contra uno, pero eran artilleros y estaban más acostumbrados

a matar a distancia que a hacerlo cuerpo a cuerpo viendo la cara del enemigo en el extremo de una espada desnuda. Retrocedieron acobardados y Sharpe se giró, volvió al borde del saliente y se encontró con un brazo que se agarraba con desespero a la construcción de piedra. Lo asió por la muñeca y levantó a un comando de Connaught hacia el interior del foso del cañón. Los ojos del hombre brillaban de excitación.

Sharpe le gritó.

—¡Ayude a los otros a subir! ¡Use el portafusil!

Una bala de mosquete le pasó cerca de la cabeza, haciendo temblar el cañón. Sharpe dio un giro y vio los uniformes familiares de la infantería francesa que bajaban corriendo las escaleras de piedra para rescatar el cañón. Fue a por ellos, enfurecido por el fragor de la batalla, y le vino a la cabeza la loca idea de que lo viera en ese momento aquel funcionario cabrón y malcarado de Whitehall. Tal vez entonces Whitehall sabría lo que hacían sus soldados, pero no había tiempo para pensar en eso, porque la infantería bajaba por el estrecho espacio que había junto al cañón. Saltó hacia ellos, gritando y arremetiendo con la punta de la espada para hacerles retroceder, sabía que eran superiores en número.

Se detuvieron, dejaron que se acercara y luego contraatacaron con sus largas bayonetas. ¡La espada no era lo bastante larga! Blandió su espada, aplastando bayonetas a ambos lados, pero uno se adelantó a su golpe y sintió que la hoja le daba en el capote. Agarró el cañón del arma con su mano izquierda, estiró del hombre hasta que perdió el equilibrio, y le golpeó en la cabeza con la empuñadura de bronce de su espada. Le obligaron a retroceder. Había otra bayoneta dirigida hacia él, se vio obligado a esquivarla y resbaló contra el cañón de asedio, su espada giraba y se agitaba buscando donde posarse cuando vio unas bayonetas sobre él. La ira le embargó. Todo fue inútil porque no podía rechazar.

El grito que oyó era en una lengua que él no conocía, pero la voz era la de Harper y el gigantón irlandés iba machacando al enemigo sosteniendo su fusil de siete cañones como si fuera un garrote. No le hizo caso a Sharpe, pasó por encima de él, riéndose de los franceses, blandió su arma en dirección a ellos y avanzó tal como sus antepasados habían hecho en hermosas batallas entre la niebla del amanecer. Cantaba las mismas letras que sus antepasados, y los hombres de Connaught estaban a su lado y ninguna tropa en el mundo hubiera podido enfrentarse a su furia y a su ataque. Sharpe se agachó junto al cañón, había más enemigos, ahora temerosos, desenvainó y levantó su espada y los hizo retroceder, acuchillándolos a mansalva mientras gritaba. Los franceses se peleaban por las escaleras de piedra al retirarse; los hombres con casacas rojas y verdes, en cambio, enloquecidos, avanzaban pisando los cuerpos, cortando y mutilándolos. Sharpe sintió que su hoja raspaba una costilla y la retiró. Y de repente los únicos enemigos eran los supervivientes que se agazapaban a los pies de las escaleras, gritando que se rendían. No podían hacer otra cosa. Los hombres de

Connaught perdieron amigos en la brecha, viejos amigos, y hacían servir sus armas con tajos cortos pero eficientes. Las bayonetas no paraban mientes en los gritos franceses, actuaban con rapidez, y el emplazamiento se llenó de olor a sangre fresca.

—¡Arriba!

Todavía quedaban enemigos sobre las murallas, enemigos que podían disparar hacia el foso del cañón. Sharpe subió las escaleras, con la espada por delante como un rayo de luz de lumbre que se reflejara, y de repente el aire de la noche se hizo cálido y claro y se encontró que estaba sobre la muralla. La infantería se había replegado en las murallas, temerosos de la carnicería que tenía lugar alrededor del cañón. Sharpe se quedó en el extremo superior de la escalera y los observó. Harper se reunió con él y un grupo de casacas rojas del 88, jadeaban tanto que su respiración los envolvía en niebla.

Harper se echó a reír.

—¡Ya han tenido bastante!

Era cierto. Los franceses se retiraban, abandonando la brecha, y tan sólo un hombre, un oficial, intentaba obligarlos a volver. Les gritaba, les pegaba con su espada, y luego, al ver que no lo conseguía, avanzó solo. Era un hombre delgado, con bigote fino y rubio bajo una nariz aguileña. Sharpe percibió el miedo en la cara de aquel hombre. El francés no quería llevar a cabo un ataque a solas, pero tenía su orgullo y esperaba que sus hombres lo siguieran. No lo hicieron. En lugar de eso lo llamaron, le dijeron que no fuera tonto, pero él siguió caminando y mirando a Sharpe. Su espada resultó ser ridículamente delgada cuando la levantó para ponerse en guardia. Le dijo algo a Sharpe, éste negó con la cabeza, pero el francés insistió y arremetió contra él. Este se vio obligado a dar un salto hacia atrás y levantar su enorme espada haciendo un torpe quite. La ira de Sharpe se disipaba con el aire fresco, la lucha había terminado y él se sentía irritado ante la insistencia del francés.

—¡Vete! ¡Vamos!

Intentó recordar las palabras en francés, pero no lo consiguió.

El irlandés se echó a reír.

—¡Póngaselo en la rodilla, capitán!

El francés era poco más que un muchacho, ridículamente joven, pero valiente. Volvió a avanzar con la espada horizontal, y esta vez Sharpe dio un salto hacia él, gruñó, y el francés retrocedió temblando.

Sharpe bajó la espada.

—¡Ríndete!

La respuesta fue otra arremetida con la que se acercó al pecho de Sharpe. Se echó hacia atrás y golpeó con la espada a un lado. Sentía que la ira le volvía. Maldijo al hombre, asomó la cabeza por las almenas, pero el tonto seguía avanzando irritado por la risa del irlandés, y de nuevo Sharpe tuvo que parar y obligarlo a retroceder.

Harper terminó con la farsa. Se había abierto camino hasta el oficial y, mientras el francés miraba a Sharpe buscando otro ataque, el sargento tosió.

—¿Señor? ¿*Monsier*?

El oficial se giró. El gigante irlandés le sonrió, se adelantó desarmado y muy lentamente.

—¿*Monsier*?

El oficial hizo un gesto con la cabeza a Harper, frunció el ceño y dijo algo en francés. El sargento asintió con la cabeza seriamente.

—De acuerdo, señor, de acuerdo.

Luego su puño nervudo se elevó desde algún lugar bien abajo, hacia arriba, directo a la barbilla del francés. Este se desplomó, los hombres de Connaught dejaron ir un vítor irónico, y Harper estiró el cuerpo sin conocimiento junto a la muralla.

—Pobrecito tonto.

Sonrió burlonamente a Sharpe, absolutamente complacido de sí mismo y le echó un vistazo a la brecha. La lucha continuaba, pero Harper sabía que la parte del asalto que le correspondía ya estaba hecha, y bien hecha, y que nada podía tocarlo esa noche. Levantó un pulgar hacia los comandos de Connaught y miró a Sharpe.

—Muchachos de Connaught, capitán. Buenos luchadores.

—Así es —contestó Sharpe sonriendo—. ¿Dónde está Connaught? ¿Gales?

Harper bromeó a costa de Sharpe, pero en gaélico, así que se vio obligado a escuchar las risas de buen humor de los comandos. Estaban de buen humor, contentos, como el sargento de Donegal; habían tenido un buen papel en la lucha de esta noche, un papel que se convertiría en una hermosa historia para ir urdiendo durante las largas noches de invierno en un futuro todavía inimaginable. Harper se puso de rodillas para rebuscar en los bolsillos del francés inconsciente y Sharpe se giró para mirar la brecha del muro.

El 45, en el otro extremo, estaba trabajándose el segundo cañón. Habían encontrado tablones abandonados en la trinchera, y los habían lanzado por encima hacia el reborde del armazón. Sharpe observaba, admirado, cómo los hombres de Nottinghamshire cargaban atravesando el camino peligroso y dirigían sus bayonetas contra los artilleros del cañón. El gruñido se había convertido en un grito de victoria y la oscura bestia se iba desenroscando en el foso, atravesaba la brecha indefensa y pasaba hormigueante por entre los dos cañones silenciosos hacia las calles de la ciudad. Se oyeron algunos disparos que provenían de puertas y ventanas, pero sólo unos pocos, y la horda británica descendió en tropel por los cascotes hacia donde la brecha había vencido a la antigua muralla medieval. Había terminado.

O casi. Había una segunda mina colocada en las ruinas de la muralla antigua. Habían atiborrado con pólvora negra el interior de una vieja poterna y los franceses encendían ahora la mecha y se adentraban corriendo en las calles. La mina explotó.

Las llamas se elevaron como un rayo en la oscuridad, las viejas piedras cayeron derribadas hacia afuera, humo ardiente y polvo, y junto con todo ello vino el hedor de la carne quemada; la cabeza de la columna victoriosa se vio inútilmente diezmada. Por un segundo se hizo un silencio de perplejidad, el tiempo justo de respirar, y luego el grito que se oyó no era de victoria, sino de venganza. Las tropas se llevaron su ira hacia el interior de las calles sin defensa.

Harper observaba como aquella turba que aullaba se iba desparramando por el interior de la ciudad.

—¿Cree que estamos invitados?

—¿Por qué no?

El sargento sonrió burlonamente.

—Bien sabe Dios que nos lo merecemos.

Iba balanceando en el aire un reloj de oro y una cadena y se adelantó hacia la rampa que conducía abajo, hacia las casas. Sharpe lo seguía y se detuvo bruscamente. Se quedó inmóvil.

Abajo, allí donde había explotado la segunda mina, iluminado por la llama vacilante de la madera vieja, había un cuerpo mutilado. Un lado parecía que brillaba con sangre fresca, un brillo manchado con el marfil del hueso, pero el otro lado era magnífico, con vueltas amarillas y galón dorado. Una capa de caballería ribeteada de piel le cubría las piernas.

—¡Oh, Dios!

Harper le oyó y vio dónde estaba mirando. Luego los dos hombres descendieron la rampa a todo correr, resbalaban en el hielo y en la nieve medio derretida, corrían hacia el cuerpo de Lawford. Habían ganado Ciudad Rodrigo; «pero no a este precio —pensó Sharpe—, Dios santo, no a este precio».

Capítulo 4

Se oían gritos provenientes de la ciudad, disparos de los soldados que abrían de golpe las puertas de las casas, y por encima de todo ello el runrún de voces triunfadoras. Después de la lucha, la recompensa. Harper llegó el primero hasta el cuerpo, separó la capa a un lado y se inclinó sobre el pecho sangrante.

—Está vivo, capitán.

A Sharpe le pareció una parodia de la vida. La explosión casi había arrancado el brazo izquierdo a Lawford, le había aplastado las costillas y se las había abierto de manera que sobresalían por entre lo que le quedaba de piel y de carne. La sangre le manaba bajo el uniforme immaculado. Harper, lleno de ira y de pesar, empezó a rasgar la capa haciéndola tiras con los dientes. Sharpe miró hacia la brecha allí donde los hombres todavía trepaban en dirección a las casas.

—¡Músicos!

Las bandas estuvieron tocando durante el asalto. Recordaba haber oído su música, y ahora de repente podía identificar la melodía que había escuchado: *La caída de París*. A estas horas, los músicos debían estar haciendo su otro trabajo, cuidar de los heridos, pero no veía a ninguno.

—¡Músicos!

Apareció, como por milagro, el teniente Price, pálido e inseguro, y con él un grupito de la compañía ligera.

—¿Capitán?

—Una camilla. ¡Deprisa! Y mande a alguien al batallón.

Price saludó. Se había olvidado de la espada que estaba desenvainada en su mano de tal manera que la hoja, curvada, casi rebana al soldado Peters.

—Capitán.

El grupo se fue corriendo.

Lawford estaba inconsciente. Harper le iba vendando el pecho, sus enormes dedos eran sorprendentemente suaves con la carne hecha trizas. Levantó la vista hacia Sharpe.

—Quítele el brazo, capitán.

—¿Qué?

—Es mejor ahora que luego, capitán. —El sargento señaló el brazo izquierdo del coronel que se aguantaba por una única tira de tela brillante—. Es posible que se salve, capitán, es posible, pero el brazo no.

Un trozo de hueso astillado sobresalía del muñón. El brazo estaba doblado de forma anormal hacia arriba, señalando la ciudad, y Harper le iba vendando el muñón corto para contener la hemorragia. Sharpe se dirigió con mucho cuidado hacia la cabeza de Lawford, pisaba con precaución pues el suelo estaba resbaladizo y no se

podía ver si era por la sangre o por el hielo. La única luz provenía de la viga en llamas. Bajó la punta de su espada hasta el bulto ensangrentado y Harper movió la hoja hasta que estuvo en el sitio adecuado.

—Deje la piel, capitán. Lo cubrirá.

No es que fuera diferente a destazar un cerdo o un buey, pero lo parecía. Se oían estallidos provenientes de la ciudad que se intercalaban entre los chillidos.

—¿Está bien así? —Sentía cómo Harper manipulaba la hoja.

—Ahora, capitán. Recto hacia abajo.

Sharpe empujó hacia abajo con ambas manos, casi como si estuviera clavando una estaca en el fango. La carne humana es resistente, resistente a todo menos a un golpe abrasador, y Sharpe sintió que se le revolvía el estómago cuando la espada encontró resistencia y él empujó con fuerza hasta que Lawford se retorció en la nieve fangosa y escarlata y sus labios dibujaron una mueca. Luego ya estaba, el brazo suelto, y Sharpe se agachó hasta los dedos muertos y sacó un anillo de oro. Se lo daría a Forrest para que lo enviara a casa junto con el coronel, o, Dios nos libre, para enviárselo a sus familiares.

El teniente Price había regresado.

—Ya vienen, capitán.

—¿Quién?

—El mayor, capitán.

—¿Una camilla?

Price asintió con la cabeza, parecía mareado.

—¿Vivirá, capitán?

—¿Cómo diablos voy a saberlo yo? —No estaba bien que desahogara su ira con Price—. ¿Pero él qué hacía aquí?

Price se encogió de hombros con tristeza.

—Dijo que venía a buscarlo a usted, capitán.

Sharpe se quedó mirando al elegante coronel y soltó un taco. Lawford no tenía nada que hacer en la brecha. Lo mismo, tal vez, podría decirse de Sharpe o de Harper, pero el fusilero veía una diferencia. Lawford tenía futuro, esperanzas, una familia que proteger, ambiciones al alcance de la mano, y sus ambiciones últimas no se quedaban en la vida de soldado. Todo podía echarse a perder por un momento de locura en una brecha, un momento en el que quería probar algo. Sharpe y Harper no tenían tal futuro, ni tales esperanzas, tan sólo sabían que eran soldados, tan buenos como lo hubieran sido en su última batalla, útiles mientras pudieran luchar. Ambos eran, pensaba Sharpe, aventureros que jugaban con sus vidas. Miró al coronel. ¡Qué pena!

Sharpe escuchaba el ruido que provenía de la ciudad, sonidos de regocijo y de victoria. Pensó que tal vez en algún tiempo un aventurero tendría futuro, cuando el mundo fuera libre y una espada fuese el pasaporte para cualquier deseo. Ahora no.

Todo estaba cambiando con una rapidez y un ritmo que resultaban desconcertantes. Tres años atrás, cuando el ejército derrotó a los franceses en Vimeiro, fue con un ejército pequeño, casi un ejército íntimo, y el general podía pasar revista a todas sus tropas en una sola mañana y tenía tiempo de reconocerlas, recordarlas. Sharpe conocía a la mayoría de oficiales que estaban en el frente, por su cara si no por su nombre, y era bienvenido en sus fuegos nocturnos. Ahora no. Ahora había generales de esto y generales de aquello, de división y de brigada, y jefes de policía militar y capellanes castrenses, y el ejército era demasiado grande para poder verlo en una sola mañana o incluso marchar por un único camino. Wellington se había vuelto distante a la fuerza. Había burócratas en el ejército, defensores de los archivos, Sharpe sabía que pronto un hombre tendría menos importancia que las hojas de papel, como aquel nombramiento doblado y olvidado en Whitehall.

—¡Sharpe! —le gritaba el comandante Forrest, apresurándose sobre los cascos. Conducía un grupito de hombres, algunos de ellos acarreaban una puerta, la camilla para Lawford.

—¿Qué ha sucedido?

Sharpe señaló las ruinas que había a su alrededor.

—Una mina, señor. Le cogió de pleno.

Forrest sacudió la cabeza.

—¡Oh, Dios! ¿Qué hacemos?

La pregunta no resultaba sorprendente proviniendo del comandante. Era un hombre amable, un buen hombre, pero no un hombre con decisión.

El capitán Leroy, el legitimista americano, se inclinó para encender su cigarro oscuro y delgado en las vacilantes llamas de la viga de madera.

—Debe haber un hospital en la ciudad.

Forrest asintió con la cabeza.

—A la ciudad. —Se quedó mirando horrorizado al coronel—. ¡Dios mío! ¡Ha perdido un brazo!

—Sí, comandante.

—¿Vivirá?

—Sabe Dios, señor —contestó Sharpe encogiéndose de hombros.

De repente el frío se intensificó, el viento alcanzaba la brecha y helaba a los hombres que hacían rodar al coronel, todavía misericordiosamente inconsciente, sobre la camilla improvisada. Sharpe limpió la hoja de su espada con un jirón de la capa de Lawford, la envainó y se subió el cuello del capote.

No era la entrada en Ciudad Rodrigo como él la había imaginado. Una cosa era luchar para atravesar una brecha, vencer el último obstáculo y sentir el júbilo de la victoria, pero seguir a Lawford en una marcha lenta casi funeraria estaba destrozando el triunfo. También resultaba inevitable hacerse otras preguntas en ese momento,

aunque Sharpe se odiara por pensar en ello.

Habría un coronel nuevo en el South Essex, un extraño. El batallón cambiaría, tal vez para mejor, pero probablemente no sería para favorecer a Sharpe. Lawford, cuyo futuro rezumaba entre el vendaje tosco, había aprendido a confiar en Sharpe hacía años; en Seringapatam, Assaye y Gawilghur, pero Sharpe no podía esperar favores de un hombre nuevo. La sustitución de Lawford daría sus deudas por liquidadas, sus propias ideas, y los antiguos vínculos de lealtad, amistad, e incluso de gratitud que habían mantenido unido al batallón se desharían. Sharpe pensó en el nombramiento. Si era rechazado, y seguía pensando que así podía suceder, Lawford no hubiera hecho caso del rechazo. Hubiera mantenido a Sharpe como capitán de la compañía ligera, pasara lo que pasara, pero no era así. El hombre nuevo establecería sus propias disposiciones y Sharpe sintió un escalofrío de incertidumbre.

Se adentraron en la ciudad, por entre grupos de hombres determinados a obtener una recompensa por el esfuerzo de la noche. Un grupo del 88 había abierto una bodega a hachazos, habían astillado la puerta con las bayonetas y ahora habían establecido su propio negocio vendiendo el vino robado. Algunos oficiales intentaban restablecer el orden, pero estaban en inferioridad numérica y no les hacían caso. Unas piezas de tela caían en cascada de una ventana superior y cubrían con ropajes la calle estrecha creando una grotesca parodia de día de fiesta, al paso de unos soldados que destrozaban lo que no querían saquear. Un español yacía junto a una puerta, la sangre le chorreaba por una docena de regueros de su cuero cabelludo, mientras que en la casa de detrás se oían chillidos, gritos y sollozos femeninos.

La plaza principal era como un manicomio en el que se hubiera puesto en libertad a todos los locos. Un soldado del 45 pasó delante de Sharpe tambaleándose y agitó una botella en la cara del fusilero. El hombre estaba absolutamente bebido. «¡El almacén! Hemos abierto el almacén.» Cayó al suelo.

El almacén francés de bebidas había sido destrozado. Se oían gritos que provenían del interior del edificio, porrazos de los barriles que se rompían y disparos de mosquete de hombres enloquecidos que luchaban por su contenido. Una casa cercana estaba en llamas y un soldado, con su casaca roja decorada con las vueltas verdes del 45, se tambaleaba de dolor, con la espalda ardiendo e intentando sofocar las llamas vertiendo una botella por encima del hombro. El alcohol de batalla prendió, le quemó la mano, y el hombre cayó retorciéndose; moriría sobre las piedras. Al otro lado de la plaza una segunda casa estaba ardiendo y unos hombres gritaban pidiendo ayuda desde las ventanas superiores. Sobre la acera, unas mujeres gritaban señalando a sus hombres atrapados, pero las mujeres fueron cogidas en brazos por unos casacas rojas que se las llevaron chillando a un callejón. Cerca de allí estaban saqueando una tienda. Lanzaban barras de pan y jamones que se ensartaban en bayonetas extendidas, y Sharpe vio el temblor de las llamas en el interior del edificio.

Algunas tropas habían mantenido la disciplina y habían seguido a sus oficiales en las inútiles intenciones de detener el alboroto. Un jinete cabalgó hacia un grupo de borrachos agitando una espada envainada, disolvió el grupo, y salió con una joven gritando colgada de su silla. El jinete llevó a la muchacha hacia un montón de mujeres protegidas por tropas sobrias y volvió a dirigir su caballo hacia la confusión. Chillidos y gritos, risas y lágrimas, el bullicio de la victoria.

Observándolo todo, con un temor reverencial, los supervivientes de la guarnición francesa se reunieron en el centro de la plaza para rendirse. La mayoría todavía llevaba armas, pero se rendían pacíficamente a las tropas británicas que se abrían paso hasta los perdedores y los saqueaban. Algunas mujeres se aferraban a los maridos y amantes franceses, y a estas mujeres las dejaban en paz. Nadie se vengaba de los franceses. La batalla había sido corta y había poca inquina. Sharpe había oído una sugerencia, que flotaba como un rumor antes del asalto: que los supervivientes franceses habían de ser masacrados, no como venganza, sino como un aviso para que la guarnición de Badajoz supiera lo que les esperaba si decidían resistir en su fortaleza. No era nada más que un rumor. Estos franceses, silenciosos en el centro del alboroto, serían conducidos a Portugal por las rutas de invierno hasta Oporto, y luego en barco a las fétidas prisiones o incluso a la flamante prisión, construida para prisioneros de guerra, en el desolado Dartmoor.

—¡Santo Dios! —El comandante Forrest abrió los ojos y miró fijamente a las tropas que saqueaban sus soldados—. ¡Son bestias! ¡Auténticas bestias!

Sharpe no replicó. Había pocas recompensas para un soldado. La paga no haría rico a ningún hombre, y los campos de batalla que proporcionaban botín eran pocos y poco frecuentes. Un sitio era la lucha más dura y los soldados siempre habían considerado que la victoria en una brecha era una razón para descuidar toda disciplina y tomar su recompensa de la fortaleza conquistada. Y si la fortaleza era una ciudad, mucho más que pillar, y si los habitantes de la ciudad eran tus aliados, pues mala suerte; estaban en el lugar inoportuno en el momento inoportuno. La vida siempre había sido así y así seguiría siéndolo, porque ésta era la vieja costumbre, la costumbre de la soldadesca. En realidad Ciudad Rodrigo no estaba sufriendo mucho. Había, a los ojos de Sharpe, muchas tropas sobrias y disciplinadas que no se habían unido al saqueo y que por la mañana recogerían a los borrachos y se ocuparían de los cadáveres. El sufrimiento de la ciudad acabaría en un agotamiento ético. Miró a su alrededor intentando identificar un hospital.

—¡Capitán! ¡Capitán!

Sharpe se giró. Era Robert Knowles, el que había sido su teniente hasta el día anterior, pero que ahora era capitán. Lo de llamarlo «capitán» era simplemente hábito.

—¿Cómo está?

Knowles sonreía satisfecho. Llevaba el uniforme de su nuevo regimiento. Sharpe señaló el cuerpo de Lawford y al joven capitán se le cambió la cara.

—¿Cómo?

—Una mina.

—¡Cielos! ¿Vivirá?

—Sabe Dios. Necesitamos un hospital.

—Por aquí. —Knowles había penetrado en la ciudad por la brecha más pequeña por la que había atacado la división ligera, y condujo al grupo hacia el norte, entre la multitud, hasta adentrarse en una calle estrecha.

—Pasé delante viniendo hacia aquí. Un convento. Crauford está allí.

—¿Herido? —Sharpe creía que Black Bob Crauford era indestructible. El general de la división ligera era el hombre más duro del ejército.

Knowles asintió con la cabeza.

—Un disparo. Está mal. No creen que viva. Allí. —Señaló a un gran edificio de piedra rematado con una cruz que daba a un claustro con arcos iluminado por antorchas. Había hombres heridos que yacían en el exterior, atendidos por amigos, mientras que de las ventanas superiores salían gritos desesperantes; tras ellas los cirujanos ya estaban manos a la obra con sus hojas dentadas.

—¡Dentro!

Sharpe se abrió paso a empujones entre los hombres que había en la puerta de entrada sin hacer caso de una monja que intentaba detenerlo. Fue abriendo paso a la fuerza para la camilla del coronel. El suelo embaldosado brillaba con sangre reciente que parecía de color negro a la luz de las velas. Una segunda monja empujó a un lado a Sharpe y miró a Lawford. Sus ojos se fijaron en el galón dorado y en la elegancia del uniforme manchado de sangre, y dio órdenes a las hermanas. Llevaron al coronel por una puerta en arco hacia cualquiera de los horrores que le infligieran los cirujanos.

Los hombres del grupo se miraron los unos a los otros, sin rechistar, pero en los rostros de cada uno se notaban profundamente el cansancio y la tristeza. El South Essex, que había conseguido tanto bajo el mando de Lawford, estaba a punto de cambiar. Los soldados pueden pertenecer a un ejército, llevar el uniforme de un regimiento, pero viven en un batallón y el comandante del batallón es el que les proporciona o les quita la alegría. Todos compartían el mismo pensamiento.

—¿Y ahora qué? —dijo Forrest afligido.

—Vaya a dormir un poco —dijo Leroy crudamente.

—¿Revista por la mañana, señor? —Sharpe se acababa de dar cuenta de que Forrest estaba al mando hasta que ocupara el puesto el nuevo hombre—. El brigada tendrá las órdenes.

Forrest asintió con la cabeza. Señaló con la mano hacia la puerta por donde había

desaparecido Lawford.

—He de informar de esto.

Knowles posó una mano en el codo de Forrest.

—Yo sé dónde está el cuartel general, comandante. Le llevaré.

—Sí —contestó Forrest dudando. Vio una mano cortada sobre las baldosas ajedrezadas y casi le dan náuseas. Sharpe apartó la mano de una patada y la envió bajo un arcón oscuro de madera—. Vaya, comandante.

Forrest, Leroy y Knowles se marcharon. Sharpe se volvió hacia el teniente Price y el sargento Harper.

—Vayan en busca de la compañía. Asegúrense de que tienen alojamiento.

—Sí, capitán —contestó Price, que parecía sorprendido.

Sharpe le dio unos golpecitos en el pecho.

—Manténgase sobrio.

El teniente asintió con la cabeza, luego suplicó.

—¿Medio sobrio?

—Sobrio.

—Vamos, teniente —dijo Harper mientras se llevaba a Price. No había la menor duda de quién era el hombre que mandaba.

Sharpe observaba a los hombres que entraban en el convento: ciegos, cojos, heridos, franceses y británicos. Intentó hacer oídos sordos a los gritos, pero era imposible, los alaridos penetraban en los sentidos como el humo acre que flotaba en las calles de la ciudad esa noche. Un oficial de los fusileros del 95 bajó la escalera principal llorando y vio a Sharpe.

—Está mal.

No sabía con quién estaba hablando, salvo que Sharpe era otro fusilero.

—¿Crauford?

—Tiene una bala en la columna. No se la pueden sacar. El cabrón estaba de pie en la misma brecha, justo en el maldito centro, y diciéndonos que moviéramos el culo. ¡Le dispararon!

El oficial salió al exterior. La noche era fría. Crauford no les pedía nunca a sus hombres algo que no hiciera él mismo, y él debía estar allí, maldiciendo y escupiendo, haciendo avanzar a sus hombres, y ahora moriría. El ejército no sería el mismo. Las cosas estaban cambiando.

Un reloj dio las diez en punto y Sharpe pensó que ya habían transcurrido tres horas desde que se deslizaron por la nieve en dirección a la brecha. ¡Tan sólo tres horas! La puerta por la que se habían llevado a Lawford se abrió y un soldado arrastró hacia fuera un cadáver. No era el coronel. El cuerpo, que iban estirando por los talones, dejó una viscosidad gelatinosa de lodo ensangrentado sobre las baldosas. La puerta quedó abierta y Sharpe se aproximó, se apoyó en el quicio y se quedó

mirando hacia el interior del osario a la luz de las velas. Recordó la oración del soldado, día y noche, que Dios los librara del cuchillo del cirujano. Lawford estaba sobre una mesa bien sujeto con correas, con el uniforme cortado. Un ordenanza se apoyaba en su pecho tapándole la cara, mientras un cirujano, con el delantal tieso de sangre de color ocre quemado, gruñía y empujaba el cuchillo hacia dentro. Sharpe vio los pies de Lawford, todavía cubiertos por las botas con espuelas de cabeza de cisne, dando tirones de las correas de cuero. El cirujano sudaba. Las velas se derretían y él se giró con la cara salpicada de sangre.

—¡Cierren la maldita puerta!

Sharpe la cerró, perdiendo de vista los miembros cortados de los cuerpos que esperaban. Quería beber algo. Las cosas estaban cambiando. Lawford bajo el cuchillo, Crauford muriendo arriba, el año nuevo burlándose de ellos. Permaneció en la entrada, en la sombra oscura, y recordó la iluminación de gas que había visto en el Pall Mall de Londres hacía tan sólo dos meses. Una maravilla del mundo, le habían dicho, pero él no lo creía así. Iluminación de gas, energía de vapor, hombres estúpidos en despachos con gafas sucias y archivos ordenados, los nuevos ciudadanos de Inglaterra que paralizarían el mundo con tuberías, conductos, papel y sobre todo orden. El orden ante todo. Inglaterra no quería saber nada de la guerra. Un héroe era la admiración durante una semana, siempre que no tuviera cicatrices como los mendigos de las calles londinenses. Había hombres con tan sólo la mitad de la cara, cubiertos de llagas ulcerosas, hombres con las cuencas de los ojos vacías, con las bocas rasgadas, con muñones, andrajosos que pedían a gritos un penique para un viejo soldado. Había visto cómo los hacían salir para que no mancillaran la prístina y siseante luz del Pall Mall. Sharpe había luchado junto a algunos de ellos, los había visto caer en un campo de batalla, pero a su país no le importaba. Había hospitales militares, por supuesto, en Chelsea y Kilmainham, pero eran los soldados los que los pagaban, no el país. El país quería a los soldados lejos.

Sharpe quería beber algo.

La puerta de la habitación del cirujano se abrió de golpe y Sharpe se giró y vio que llevaban a Lawford en una camilla de lona hacia una escalera ancha. Se apresuró hacia los ordenanzas.

—¿Cómo está?

—Si no se pudre, capitán... —El hombre no terminó la frase. La nariz le goteaba, pero no podía enjugarse porque tenía ambas manos en la camilla. Se sorbió la nariz —. ¿Amigo suyo, capitán?

—Sí.

—No puede hacer nada esta noche, capitán. Vuelva mañana. Nosotros lo cuidaremos. —Señaló con la cabeza hacia arriba—. Los tenientes coroneles y oficiales de alta graduación están en el segundo piso, capitán. Un lujo sangriento. No

como los que están en los sótanos.

Sharpe ya se lo imaginaba, ya lo había visto bastantes veces, los húmedos sótanos donde se echaban los heridos en jergones piojosos. Una parte de la sala siempre la dejaban como depósito de cadáveres y allí los desahuciados se iban pudriendo. Dejó que se fueran y se dio la vuelta para marcharse.

Ciudad Rodrigo, la gran fortaleza del norte, había caído. Los libros de historia registrarían el hecho y en los años venideros la victoria sería recordada con orgullo. En tan sólo doce días, Wellington había sorprendido, cercado, asaltado y tomado la ciudad. Una victoria. Y nadie recordaría los nombres de los hombres que habían muerto en la brecha, que habían luchado para acallar los grandes cañones mortíferos hundidos en la muralla. Los ingleses lo celebrarían. Les gustaban las victorias, en particular las que sucedían lejos de casa y que fortalecían su sentido de superioridad respecto a los franceses, pero no querían saber nada de esto: de los gritos de los heridos, del ruido sordo de los miembros amputados, del lento gotear de la sangre espesa proveniente del techo de la entrada.

Sharpe se adentró en la calle fría y se subió el cuello para protegerse de una repentina ráfaga de nieve. Esta victoria no le producía ninguna alegría; tan sólo un sentimiento de pérdida, de soledad y de trabajo inacabado que tenía que llevar a cabo en una brecha. Todo podía esperar.

Fue a buscar algo de beber.

Capítulo 5

Había empezado a nevar de nuevo, y unos finos copos moteaban los capotes de los borrachos desplomados en la calle. Hacía frío. Sharpe sabía que encontraría algún sitio cálido, algún lugar donde poder limpiar, adecuadamente, la espada antes de que empezara a picarse de óxido, algún sitio donde dormir, pero antes quería beber algo.

La ciudad estaba más silenciosa. Todavía se oían los ecos de los gritos que descendían por los callejones y disparos aislados de mosquetes, y una vez, inexplicablemente, una explosión amortiguada. A Sharpe no le preocupaba. Quería beber para ahuyentar la lástima de sí mismo, el pensamiento continuo de que sin Lawford podría volver a ser un teniente a las órdenes de un capitán diez años más joven que él, sin experiencia, y su humor se enfurecía mientras se dirigía hacia las luces parpadeantes de la plaza donde el almacén de bebidas de los franceses se había abierto a la fuerza.

Los prisioneros franceses todavía estaban en el centro de la plaza aunque sin sus oficiales, quienes habían dado su palabra de honor y se habían marchado a la cama o a beber con sus captores. Los soldados franceses estaban sentados temblando y sin armas. Los guardias los observaban con curiosidad, con las manos metidas en los bolsillos, con los mosquetes cargados y sus bayonetas colgadas en los fríos hombros. Otros centinelas vigilaban las casas, detenían a los últimos saqueadores que todavía se tambaleaban, bebidos, a la luz de los edificios en llamas.

A Sharpe lo paró en el almacén de licores un centinela nervioso.

—No se puede entrar ahí, capitán.

—¿Por qué no?

—Órdenes del general, capitán. Órdenes.

Sharpe le gruñó.

—Me ha enviado el general. Tiene sed.

El centinela sonrió burlescamente, pero mantuvo el mosquete impidiendo la entrada.

—Lo siento, capitán. Son órdenes, capitán.

—¿Qué pasa? —preguntó un sargento, un hombretón que caminaba lentamente—. ¿Algún problema?

Sharpe se volvió hacia el sargento.

—Voy a entrar a por bebida. ¿Quiere detenerme?

El sargento se encogió de hombros.

—Allá usted capitán, pero yo no se lo aconsejo. Alcohol puro de mierda, eso es lo que es, capitán. Ha matado a un par de chicos. —Miró de arriba abajo a Sharpe, vio la sangre de su uniforme—. ¿En la brecha, eh, capitán?

—Sí.

El sargento asintió con la cabeza y descolgó una cantimplora de su cuello.

—Aquí tiene, capitán. Brandy. Se lo quité a un prisionero. Saludos del 83.

Sharpe lo cogió, dio las gracias, y el sargento dejó escapar un suspiro largo y lento mientras miraba al fusilero que se alejaba caminando.

—¿Sabes quién era ése, muchacho?

—No, sargento.

—Sharpe. Ése era. Suerte que yo estaba aquí.

—¿Suerte, sargento?

—Sí, chico. Si no quizá le hubieras tenido que disparar a un héroe. —El sargento sacudió la cabeza—. Vaya, vaya, vaya, así que le gusta echar un trago, ¿eh?

Sharpe caminaba junto a una de las casas en llamas donde el calor del fuego había fundido la nieve y la había convertido en un resplandor brillante sobre los guijarros. Una mesa rota estaba volcada de lado y se encaramó en ella, observó a los prisioneros en la nieve y deseó poder emborracharse. Sabía que no lo haría. Tan pronto como el primer brandy fortísimo se coló por su garganta reconoció que era indulgente consigo mismo. Había de encontrar la compañía, limpiar la espada, pensar en mañana, pero todavía no. Sentía calor junto a la casa en llamas, el primer calor que conocía desde hacía días y quería estar solo durante un rato. ¡Maldito Lawford por penetrar en una brecha donde no tenía nada que hacer!

Se oyeron unos cascos resonando sobre los guijarros y un grupo de jinetes entró en la plaza. Llevaban capas largas y oscuras, sombreros de ala ancha, y Sharpe percibió las siluetas de mosquetes y de espadas. Guerrilleros. Sintió una cólera oscura y desagradable. Los guerrilleros eran los hombres y mujeres de España que luchaban en la guerrilla y conseguían lo que los ejércitos españoles no habían conseguido; estaban inmovilizando a miles y miles de tropas napoleónicas, tropas contra las cuales los británicos no tendrían que enfrentarse, pero sin embargo la presencia de los jinetes españoles en la plaza de Ciudad Rodrigo incomodó a Sharpe. Estos guerrilleros no habían luchado para atravesar una brecha, no se habían enfrentado a los cañones, sin embargo aquí estaban, venían a picotear como buitres alrededor de un cadáver que no habían contribuido a matar. Los jinetes se detuvieron. Miraban a los prisioneros franceses con un silencio amenazador.

Se giró para marchar. Echó otro trago y se quedó mirando el color rojo vivo, casi con la intensidad de un horno, de la casa que se había derrumbado por el fuego. Pensó en Badajoz, que esperaba al sur, Badajoz la inexpugnable. Tal vez el funcionario picado de viruelas de Whitehall podría escribirle una carta a la guarnición diciéndoles que su presencia era «irregular», y Sharpe se echó a reír ante tal ocurrencia. ¡Maldito funcionario de mierda!

Se oyó un grito tras él que hizo que se diera la vuelta. Un único jinete había abandonado el grupo de caballero y pasaba por delante del grupo de prisioneros. Los

franceses se echaron hacia atrás retorciéndose, temiendo la venganza de los españoles, y los centinelas británicos intentaron inútilmente obligar a que el caballo se alejara. El jinete espoleó al trote, a medio galope, y la nieve escupía agua al golpear con los cascos los guijarros. El jinete volvió la cara hacia Sharpe, los talones bajaron de golpe, y el caballo se dirigió hacia el solitario fusilero bajo la luz de la casa en llamas.

Sharpe observó cómo se acercaba el hombre. Si quería bebida que se la buscara. Saltaron chispas de los guijarros cuando el caballo refrenó y Sharpe deseó fríamente que la bestia resbalara y tirara al jinete con un salto ignominioso. Aunque el hombre era un jinete excelente, eso no le daba derecho a molestar a un hombre que se había merecido una copa tranquilamente. Sharpe se dio la vuelta, sin hacer caso del español que desmontaba.

—¿No te acuerdas de mí?

Sharpe oyó la voz y olvidó la bebida. Se giró y se levantó. El jinete se quitó el sombrero de ala ancha, sacudió la cabeza, y el cabello largo y negro le cayó a ambos lados de la cara, una cara que parecía la de un halcón. Delgada, cruel, y muy, muy bella. Ella le sonrió.

—He venido a buscarte.

—¿Teresa? —El viento arrancó nieve de un tejado y la arremolinó locamente por encima de las chispas de la casa en llamas—. ¿Teresa? —Alargó la mano hacia ella y ella se acercó a él y la agarró como la había agarrado la primera vez, hacía dos años, bajo las espadas de los lanceros franceses—. ¿Teresa? ¿Eres tú?

Ella levantó la vista hacia él, burlándose.

—Te has olvidado de mí.

—¡Santo cielo! ¿Dónde has estado? —Empezó a reír y desapareció su infelicidad, le tocó la cara como si quisiera comprobar que era ella—. ¿Teresa?

Ella también se echó a reír con verdadero placer y le pasó un dedo por la cicatriz de la mejilla.

—Pensé que me habrías olvidado.

—¿Olvidarte? No —dijo él sacudiendo la cabeza, mudo de repente, aunque había mucho que decir.

Él había tenido la esperanza de encontrarla el año anterior cuando el ejército marchó hacia Fuentes de Oñoro, a tan sólo unas leguas de Ciudad Rodrigo. Ése era el territorio de Teresa. El pensaba que tal vez ella lo buscaría este último año, pero no tuvo ninguna señal de ella, y luego él se fue a Inglaterra y allí conoció a Jane Gibbons. Se quitó eso de la cabeza, miró a Teresa y se preguntó cómo podía haber olvidado ese rostro, la vida que había en él, la tremenda fuerza de su presencia.

Teresa le sonrió y señaló con la cabeza el fusil que le colgaba del hombro.

—Todavía tengo tu arma.

—¿A cuántos has matado con ella?

—A diecinueve —dijo ella haciendo una mueca—. No los suficientes. —Ella odiaba a los franceses con odio puro y aterrador. Se dio la vuelta entre sus brazos y se quedó mirando a los prisioneros—. ¿Cuántos has matado esta noche?

Sharpe pensó en la lucha. Se encogió de hombros.

—No sé. ¿Dos, tal vez tres?

Ella levantó los ojos hacia él y sonrió burlona.

—No los suficientes. ¿Me has echado de menos?

Sharpe había olvidado cuánto se burlaba de él. Asintió con la cabeza, turbado.

—Sí.

—Yo te he encontrado a faltar —dijo ella de forma prosaica, casi rotunda, lo cual le dio un toque de absoluta certeza.

Se separó de él.

—Escucha. —Señaló con la cabeza a los otros jinetes—. Están impacientes. ¿Vas a ir a Badajoz?

El se sintió confundido por la pregunta inesperada.

—¿Badajoz? —El asintió con la cabeza. Era un secreto a voces. No se le había dicho nada al ejército, pero todos los hombres sabían que habían de tomarse ambas fortalezas—. Sí, supongo que sí.

—Bien. Entonces me quedo. Se lo he de decir a mi gente. —Ella se volvió hacia su caballo.

—¿Te qué?

—¿No quieres que me quede? —Teresa se estaba mofando otra vez de él y se echó a reír—. Te lo explicaré luego, Richard. ¿Tenemos algún sitio donde quedarnos?

—No.

—Encontraremos algo. —Ella montó de un salto en el caballo y volvió a señalar con la cabeza hacia los guerrilleros—. Quieren marchar. Voy a decirles que se pueden ir. ¿Me esperas aquí?

—Sí, señora —dijo él haciendo un saludo.

—Eso está mejor. —Ella le sonrió, deslumbrándolo con su belleza, con la alegría de su rostro, y luego espoleó al caballo y volvió atravesando la nieve fangosa.

Sharpe sonrió burlón y se giró hacia el fuego, mirándolo, y sintió un gran alivio porque ella había venido. Deseó que nunca se marchara. Luego pensó en sus palabras y escuchó en el fondo de su mente la débil alarma ante la sola mención del nombre, Badajoz. Esta noche había sido una victoria, pero tan sólo conducía a un lugar, al lugar donde marchaban los británicos, los franceses, los españoles, los artilleros, la infantería, la caballería y los ingenieros; todos marchaban allí.

Y ahora, así parecía, también caminaban los amantes. A Badajoz.

Capítulo 6

Encontraron una casa muy cerca de las murallas que había servido a los artilleros franceses. Había comida en la cocina, pan duro y lengua fría. Sharpe encendió un fuego y observó a Teresa que hincaba la bayoneta en la barra de pan y hundía la hoja. El se echó a reír.

Ella lo miró con fiereza.

—¿De qué te ríes?

—No te imagino de ama de casa.

Ella apuntó con la hoja hacia él.

—Escucha, inglés, yo sé llevar una casa, pero no la de un hombre que se ríe de mí. —Se encogió de hombros—. ¿Qué pasará cuando la guerra se acabe?

Él se volvió a reír.

—Tú te volverás a la cocina, mujer.

Ella asintió con la cabeza, triste por ese pensamiento. Llevaba un arma, al igual que otras españolas, porque muchos hombres habían rehuído ese trabajo, pero cuando llegara la paz los hombres volverían a ser valientes y obligarían a las mujeres a volver a los fogones. Sharpe percibió la melancolía en su rostro.

—¿Así de qué hemos de hablar?

—Luego. —Puso el plato al fuego y se rió al ver los trozos de comida insípida—. Come primero.

Los dos estaban hambrientos. Rociaron la comida con brandy aguado y luego, bajo las mantas que anteriormente habían adornado los lomos de los caballos franceses, hicieron el amor junto al fuego. Sharpe deseó atrapar aquel momento, hacerlo durar para siempre. La quietud de una casita en una ciudad ya conquistada; los únicos ruidos las llamadas de los centinelas en la muralla, el ladrido de un perro, el crepitar del fuego pequeño que se apagaba. Ella no se quedaría, él ya lo sabía, para convertirse en una de las que van siguiendo cada campamento. Teresa quería luchar contra los franceses, vengarse de una nación que había violado y matado a su madre. Tal vez, pensó, no debía esperar, nunca podría esperar que esa felicidad fuera para siempre. Toda felicidad es huidiza. Su mente rehuía el pensar en Lawford yaciendo en el convento. Teresa volvería a las colinas, a las emboscadas y a la tortura, al acoso de los franceses en terrenos hostiles. Si él no hubiera sido soldado, pensó Sharpe, si hubiera sido un guardabosque o un cochero, o cualesquiera de los trabajos que hubiera podido encontrar, también podría haber llevado una existencia tranquila. Pero no así, siendo un soldado.

Teresa dejó caer su mano sobre la piel del pecho, luego sus dedos ligeros recorrieron la espalda, y más que los costurones de sus antiguas heridas.

—¿Encontraste a los hombres que te azotaron?

—Todavía no. —Lo habían azotado, hacía años, cuando era soldado raso.

—¿Cómo se llamaban?

—Capitán Morris y sargento Hakeswill. —Dijo los nombres con voz apagada. Los tenía bien grabados en la mente, esperando la venganza.

—Los encontrarás.

—Sí.

Ella sonrió.

—¿Les harás daño?

—Mucho.

—Bien.

Sharpe sonrió con burla.

—Creía que los cristianos perdonaban a sus enemigos.

Ella sacudió la cabeza y su cabello le hizo cosquillas a él.

—Sólo cuando están muertos. De todas formas... —Le arrancó un pelo del pecho—. Tú no eres cristiano.

—Tú sí.

Ella se encogió de hombros.

—No me gustan los curas. Yo aprendí inglés con un cura, el padre Pedro. Él es bueno, pero los otros... —Escupió en el fuego—. No me dejan comulgar porque soy mala. —Dijo algo muy rápido, algo que hubiera confirmado la opinión de los curas. Se incorporó y miró alrededor de la habitación—. Esos cerdos deben haber dejado algo de vino.

—Yo no lo he visto.

—No has mirado. Lo único que querías era tenerme bajo las mantas.

Se levantó y rebuscó en la habitación. Sharpe la observaba, amaba la esbeltez de su cuerpo, la fuerza de su delgadez. Ella iba abriendo armarios y tiraba el contenido con violencia al suelo.

—Aquí. —Le lanzó a él un estante de madera, suelto de una vitrina—. Échalo al fuego.

Sharpe lo roció con pólvora para que se encendiera mejor, y cuando se dio la vuelta ella había encontrado vino y lo blandía ante él.

—¿Lo ves? Los cerdos siempre tienen vino. —Teresa vio que él le miraba a la cara y se puso seria—. ¿He cambiado mucho?

—No.

—¿Estás seguro? —preguntó ella de frente a él, desnuda, con cara preocupada.

—Estoy seguro. Estás preciosa. —Él estaba confundido—. ¿Debería haber algo diferente?

Teresa se encogió de hombros, atravesó la habitación y se sentó junto a él. El tapón estaba medio salido de la botella y ella lo sacó y olió el vino.

—Horroroso —dijo al tiempo que bebía un poco y le pasaba la botella a Sharpe.

—¿Qué sucede?

Él sabía que el momento en que ella tenía que hablar había llegado.

Se quedó en silencio unos segundos mirando fijamente el fuego, luego se volvió bruscamente hacia él con el rostro furioso.

—¿Vas a ir a Badajoz?

—Sí.

—¿Estás seguro? —Parecía que ella necesitara tener la certeza.

Sharpe se encogió de hombros.

—No puedo estar seguro. El ejército irá, pero nos pueden enviar a Lisboa, o tal vez dejarnos aquí. No lo sé. ¿Por qué?

—Porque yo quiero que estés allí.

Sharpe esperó a que ella continuara, pero dejó de hablar y se puso a mirar fijamente el fuego. El vino estaba agrio, pero él bebió un poco y luego le pasó la manta tiesa por los hombros.

—¿Por qué quieres que esté allí? —preguntó él dulcemente.

—Porque yo estaré allí.

—¿Estarás allí?

Sharpe pronunció estas palabras como si describiera la cosa más natural del mundo, pero en su interior intentaba encontrar una razón, cualquier razón, que llevara a Teresa a la mayor fortaleza francesa en España.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Dentro. He estado allí, Richard, desde abril.

—¿En Badajoz? ¿Luchando?

—No. Allí no me conocen como «La Aguja». Se creen que soy Teresa Moreno, sobrina de Rafael Moreno, hermano de mi padre. —Sonrió con tristeza—. Los franceses incluso me dejan sacar un fusil de la ciudad, ¿te imaginas? Para que me proteja de los terribles guerrilleros. —Se echó a reír—. Vivimos allí, mi tía, mi tío y yo, comerciamos con pieles, cuero, y queremos la paz para que las ganancias sean mejores. —Hizo una mueca.

—No lo entiendo.

Se separó de él, atizó el fuego con la bayoneta y luego bebió un poco más de vino.

—¿Habrá problemas allí?

—¿Problemas?

—¿Como esta noche? ¿Muertes? ¿Robos? ¿Violaciones?

—Si los franceses luchan, sí.

—Lucharán. —Ella lo miró—. Tienes que buscarme en la ciudad, ¿entiendes?

Sharpe asintió con la cabeza, confundido.

—Lo entiendo. —Un perro ladró fuera, entre la suave nieve que caía—. ¿Pero por qué en Badajoz?

—Te enfadarás.

—No me enfadaré. ¿Por qué en Badajoz?

Teresa se volvió a quedar en silencio, se mordió el labio mientras escrutaba su cara, luego le cogió la mano y la colocó, bajo la sábana, sobre su estómago desnudo.

—¿Está distinto?

—No. —Él le acarició la piel. Ella respiró hondo.

—He tenido un hijo. —La mano se quedó tesa sobre la carne cálida. Teresa se encogió de hombros—. Te he dicho que te enfadarías.

—¿Un hijo? —Su mente daba vueltas como la nieve sobre las llamas.

—Tu hijo. Nuestra hija. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y escondió su cabeza en el hombro del capitán—. Está enferma, Richard, muy enferma, y no puede viajar. Podría morir. Es tan pequeña.

—¿Nuestra hija? ¿Mía? —Empezó a sentir alegría.

—Sí.

—¿Cómo le has puesto?

Teresa levantó la vista hacia él, con los ojos brillantes llenos de lágrimas.

—Antonia. Era el nombre de mi madre. Si hubiera sido un niño le hubiera puesto Ricardo.

—Antonia —dijo él—. Me gusta.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y no estás enfadado?

—¿Por qué habría de estarlo?

Ella se encogió de hombros.

—Los soldados no necesitan hijos.

Sharpe la atrajo hacia sí, recordando su primer beso, no lejos de allí, bajo la lluvia mientras los lanceros franceses reconocían el lecho del río. Habían tenido poco tiempo para estar juntos. Recordaba cuando se separaron bajo las sombras del humo de Almeida.

—¿Qué tiempo tiene?

—Poco más de siete meses. Es muy pequeña.

Así lo suponía él. Diminuta, vulnerable, enferma, y en Badajoz, tomada por los franceses, circundada por las murallas que se alzaban oscuras sobre el Guadiana. Su hija.

Teresa sacudió la cabeza.

—Yo creí que te enfadarías.

Dijo esas palabras con la misma suavidad con que la nieve caía al otro lado de las

contraventanas.

—¿Enfadado? No. Estoy...

Pero no encontraba las palabras. ¿Una hija? ¿Suya? ¿Y esta mujer era la madre de su hija? Se quedó sumido en el asombro y la confusión, y no encontraba las palabras. Más que una hija, una familia, y Sharpe pensaba que no tenía una familia desde que su madre murió hacía treinta años, y apretó fuerte a Teresa, estrujándola, porque no quería que ella le viera los ojos. Tenía una familia, por fin, una familia.

En Badajoz.

Capítulo 7

—¿Adónde vamos?

—¡A Badajoz!

El batallón creía que se trataba de una broma muy divertida. Sólo hacía falta que un hombre de la compañía gritara la pregunta para que el resto de los hombres respirara hondo y vociferara la respuesta. Exageraban la pronunciación española; el sonido gutural y asfixiante de la «j» alargado hasta el sonido de la «z» castellana. El nombre, gritado por el South Essex, sonaba como si cuatrocientos hombres al unísono vomitaran y escupieran; esa diversión los había acompañado por las rutas portuguesas que ya les eran familiares. Marchaban cerca de la frontera en dirección sur.

—¿Adónde vamos?

—¡A Badajoz!

Todavía hacía frío. Ya no había nieve, salvo en las cimas de las montañas, y los últimos hielos se habían fundido en la superficie de los ríos, pero el viento del norte traía lluvias a diario que azotaban los rostros y traspasaban los capotes, empapaban las mantas y hacían que los alojamientos de cada noche estuvieran húmedos. La mayor parte del ejército todavía estaba en el norte, cerca de Ciudad Rodrigo, intentando convencer a los franceses de que no se hacía ningún movimiento contra la fortaleza del sur que defendía la ruta de invasión desde Lisboa.

—¿Adónde vamos?

—¡A Badajoz!

Lawford estaba vivo, con fiebre y muy débil, pero fortaleciéndose en el hospital del convento donde Crauford había muerto. Dentro de un mes, más o menos, cuando su antiguo batallón estuviera en Badajoz, al coronel se le enviaría a casa en barco y, sin duda, se le llevaría en carruaje desde los muelles hasta las propiedades familiares. Había sonreído cuando Sharpe lo visitó e intentó incorporarse.

—Tan sólo es el brazo izquierdo.

—Sí, coronel.

—Aún puedo montar, blandir una espada. Volveré.

—Así lo espero, coronel.

Lawford sacudió la cabeza.

—¿Qué cosa más estúpida!, ¿eh? Aunque se equivocó en una cosa.

—¿En qué?

—No me disparó nadie, y no llevaba la capa.

—Pues se merecía que le dispararan.

Lawford sonrió.

—La próxima vez tendré en cuenta su consejo.

«Si hay una próxima vez», pensó Sharpe. Lawford podría volver, como deseaba, pero tardaría meses y no sería con el South Essex. Habría un coronel nuevo y los rumores corrían por el regimiento como el humo de mosquete por un campo de batalla. Se decía, y eso se había recibido con desánimo, que sir Henry Simmerson podría volver a España, pero Sharpe dudaba que el viejo coronel quisiera abandonar su lucrativo trabajo con el recién inventado impuesto sobre la renta. Otros pensaban que ascendería Forrest, luego eso se descartó, y otros nombres surgieron y se desecharon. Todo teniente coronel cuyo camino lo acercara al South Essex era examinado cuidadosamente por si podía ser el nuevo hombre, pero, atravesando el Tajo al amanecer, hacia el sur, Forrest seguía al mando y no había noticias de la sustitución de Lawford.

Teresa cabalgaba con el batallón. La compañía ligera la conocía, la recordaba de la lucha en los alrededores de Almeida y, de alguna manera, aunque Sharpe nunca dijo nada de ello, los hombres sabían que existía un hijo. Harper, que marchaba a zancadas sin esforzarse, sonrió a Sharpe burlonamente.

—No hay de qué preocuparse, capitán. La criatura estará bien, y ella también. Los muchachos cuidarán de ella.

Las mujeres del batallón que marchaban en la retaguardia con sus hijos, les llevaron regalitos a Sharpe y a Teresa. Una manta, un par de patucos hechos con lana de un calcetín deshecho, un sonajero tallado. Sharpe estaba sorprendido, conmovido y turbado por la alegría que había causado la noticia.

Los mismos hombres estaban confiados, esperando con ansia Badajoz porque las bajas en Ciudad Rodrigo habían sido pocas, afortunadamente. El South Essex, como el resto del ejército, pensaba que si se había podido tomar por asalto Ciudad Rodrigo con sólo sesenta muertos, también podrían asaltar las defensas de Badajoz con unas pérdidas igual de leves.

Teresa, que los escuchaba atentamente, negó con la cabeza.

—No conocen Badajoz.

Tal vez, pensaba Sharpe, era mejor que así fuera.

—¿Adónde vamos?

—¡A Badajoz!

Se detuvieron tres días en Portalegre y dejaron que pasaran los efectos de la tormenta que había dejado los caminos enfangados y el paso del río impracticable. Eran el único batallón de la ciudad, vivían con comodidades, pero Sharpe se dio cuenta por las jambas de las puertas de las casas con cuánta frecuencia el ejército había pasado por este camino. El comisario marcaba las puertas con tiza; así que SE/L/6 significaba que seis hombres de la compañía ligera del South Essex iban a ser alojados en esa casa, pero cada casa tenía tal revoltijo de marcas descoloridas que

indicaban los años que duraba esta guerra. Las marcas hablaban de regimientos ingleses, irlandeses, galeses, escoceses, alemanes, portugueses e incluso había extrañas marcas dejadas por batallones franceses. Tan sólo cuando se tomara Badajoz la guerra se adentraría en España y quedaría Portalegre en la paz habitual. Sharpe y Teresa durmieron en una posada, cuartel general del batallón, y para Sharpe los tres días fueron un período de alegría, tal vez el último antes de que se volvieran a ver, si lo hacían, en el interior de las altas y oscuras murallas de la plaza fuerte. Teresa se iba a marchar pronto, se adelantaría hasta Badajoz, donde estaba la criatura enferma. Tenía que marcharse antes de que los británicos llegaran a la ciudad y se cerraran las puertas.

—¿Por qué Badajoz?

Sharpe volvió a hacer la pregunta, echado en el ático de Portalegre una tarde lluviosa.

—Yo tengo familia allí. No quería que naciera en casa.

¡El ya sabía por qué! Porque su hija era ilegítima, la deshonra.

—Pero lo saben, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Lo saben, pero como no ven lo que saben, hacen ver que no lo saben. —Se volvió a encoger de hombros—. Y el hermano de mi padre es un hombre rico, no tienen hijos y la cuidan bien.

Antonia estaba enferma. Teresa no sabía lo que tenía, tampoco los doctores, pero la niña era pequeña, no retenía lo que comía y las hermanas del convento habían dicho que moriría.

Teresa negó con la cabeza.

—No morirá —dijo con solemne determinación; ningún hijo suyo entregaría su vida fácilmente.

—¿Y tiene el pelo negro? —preguntó Sharpe cautivado por cualquier detalle.

—Ya sabes que sí, te lo he dicho cien veces. Pelo largo y negro, y nació con él, luego se le cayó, y ahora le vuelve a salir. ¡Tiene una naricilla...! No como la mía, ni curvada como la tuya.

—Tal vez la niña no es mía.

Teresa le dio un golpe, riendo.

—Es tuya. Frunce el ceño así —dijo ella, retorciendo toda la cara imitando a Sharpe, y le gruñó a él. Sharpe la empujó sobre la cama y se quedaron estirados en silencio. Monotonía de la lluvia en la ventana. Sharpe se preguntó qué le depararía la ruta pedregosa y embarrada.

—¿Tal vez deberíamos casarnos?

Ella primero no contestó. Estaba estirada junto a él, más pendiente de la lluvia, de las voces de arriba y luego del resonar de los cascos en el patio empedrado de los

establos.

—Alguien se va.

Sharpe no contestó.

Teresa le pasó un dedo por la cicatriz de la mejilla.

—¿Vivirías en Casatejada?

El seguía sin decir nada. ¿Ser un extraño en tierra extraña? ¿Ser el hombre de Teresa, depender de ella para vivir? Dejó escapar un suspiro.

—Tal vez. Después de la guerra.

Teresa sonrió, sabía que la respuesta carecía de sentido, pero sonrió. Este era el cuarto año de lucha contra los franceses en España y el país seguía ocupado por el enemigo. Nadie recordaba ya los tiempos de paz. Antes de luchar contra Francia, los españoles habían luchado contra los ingleses hasta que su flota zarpó hacia la derrota total de Trafalgar, hundida o capturada con la flota francesa. No había paz más allá de las fronteras. Rusia, Austria, Italia, Prusia, Dinamarca, Egipto, India, guerra por todas partes, hasta ahora incluso los norteamericanos hablaban de guerra como si la joven nación quisiera mostrar que se podía medir con el viejo mundo en un juego que había torturado al mundo durante dos décadas. Era una guerra que se llevaba a cabo en tres continentes y en todos los océanos, y algunos hombres creían que ésta era la guerra final, el final de todo, la destrucción fulminante que se anunciaba en la Biblia. Tan sólo Dios sabía cuándo terminaría. Tal vez cuando el último francés, que todavía soñara con gobernar el mundo, fuera derrotado y abatido en el barro empapado en sangre.

Teresa lo besó.

—Después de la guerra, Richard.

La mano de la muchacha se posó sobre el bolsillo de la camisa del soldado e introdujo los dedos y extrajo el medallón de oro con la imagen de Jane Gibbons. Sharpe le había arrancado el medallón al hermano muerto de la joven. Teresa lo abrió y se burló de él con su sonrisa.

—¿La conociste en Inglaterra?

—Sí.

—Es guapa.

—Supongo que sí.

Sharpe intentó quitarle el medallón, pero ella lo apretó entre sus dedos.

—¡Supones que sí! Es guapa, ¿no?

—Sí, mucho.

Teresa sacudió la cabeza, satisfecha.

—Te casarás con ella.

Se echó a reír pensando en lo poco probable de la idea, pero ella asentía con la cabeza.

—Lo harás, lo sé. Si no ¿por qué llevas esto?

Se encogió de hombros.

—¿Superstición? Me mantiene vivo.

Teresa frunció el ceño y se santiguó; frente, pecho, de hombro a hombro, una cruz extravagante para ahuyentar al demonio.

—¿Cómo es?

Sharpe echó una manta sobre Teresa; su único vestido se estaba secando al fuego.

—Es delgada, sonrío mucho. Es muy rica y se casará con un hombre muy rico. — Sharpe le sonrió burlescamente—. Es suave. Cálida.

Teresa obvió las críticas implícitas; cualquiera que tuviera la oportunidad de vivir cómodamente sería tonto de rechazarlo.

—¿Cómo la conociste?

Sharpe se sentía incómodo e intentó cambiar de tema, pero ella insistió.

—Dime, ¿cómo?

—Quería saber cómo había muerto su hermano.

Teresa se echó a reír.

—¿Y tú se lo dijiste?

—La verdad es que no. Le dije que lo habían matado los franceses luchando con valentía.

Ella se volvió a reír. Conocía la historia; cómo el teniente Gibbons había intentado matar a Sharpe y cómo Patrick Harper le había clavado la bayoneta al teniente. Sharpe recordó la oscura iglesia de Essex, la muchacha rubia que escuchaba su balbuceante historia, y la piedra de mármol blanco que se burlaba de la verdad de su hermano vicioso, egoísta y sádico.

EN RECUERDO DE CHRISTIAN GIBBONS, NATURAL DE ESTA PARROQUIA, QUE SE ALISTÓ COMO VOLUNTARIO EL 4 DE FEBRERO DE 1809 EN LA MILICIA DE ESTE CONDADO EN EL REGIMIENTO DEL SOUTH ESSEX Y LUEGO SE UNIÓ AL EJÉRCITO BRITÁNICO EN LAS GUERRAS CONTRA LA TIRANÍA EN ESPAÑA. SE DISTINGUIÓ EN EL CAMPO DE TALAVERA DONDE, DE DÍA Y DE NOCHE, LOS ATAQUES DEL ENEMIGO FUERON RECHAZADOS. TAL FUE SU INTREPIDEZ QUE, HABIENDO AGUANTADO EL ASALTO DE UN ENEMIGO SUPERIOR EN NÚMERO, ÉL Y SUS COMPAÑEROS ATACARON Y CAPTURARON UN ESTANDARTE DE LOS FRANCESES, LA PRIMERA DE TALES GLORIAS GANADA POR NUESTROS EJÉRCITOS EN ESPAÑA. CONFIRMÓ ASÍ SU VALENTÍA Y SU ESPÍRITU Y ENCONTRÓ UNA MUERTE HEROICA EL 28 DE JULIO DE 1809, A LOS VEINTICINCO AÑOS DE EDAD. ESTE MONUMENTO SE ERIGE COMO JUSTO

*TRIBUTO A TANTO HEROÍSMO Y VALOR POR SIR HENRY SIMMERSON,
COMANDANTE DEL REGIMIENTO VICTORIOSO, Y POR LOS DEMÁS
FELIGRESES DE LA PARROQUIA. 1810*

D. C.

La risa de Sharpe se debía no sólo a que sir Henry hubiera llegado a merecer el honor de mármol por la captura del águila del imperio, cosa que sí sucedió después de que sir Henry fuera relevado del mando, sino también porque toda la piedra era una mentira. Gibbons no había estado nunca cerca del águila cuando Sharpe y Harper se abrieron paso luchando contra el batallón enemigo. Pero el mármol seguiría allí, coronado por un montón de armas esculpidas, cuando pasara el tiempo y se hubiera olvidado la verdad. Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Price, capitán.

—¿Qué hay?

—Alguien quiere verle, capitán. Abajo.

Sharpe soltó una palabrota.

—¿Quién?

—¿El comandante Hogan, capitán? —Price lo preguntaba como si Sharpe pudiera no reconocer el nombre.

—¡Santo cielo! ¡Allá voy!

Teresa observó cómo se ponía las botas y se ceñía la espada.

—¿Es éste el Hogan al que le enviamos papeles?

—Sí. Te gustará. —Tocó el vestido de la muchacha, pero todavía estaba húmedo

—. ¿Bajarás?

Teresa asintió con la cabeza.

—Pronto.

La habitación principal de la posada era ruidosa, agradable y bulliciosa. Sharpe se abrió paso entre los oficiales y vio a Hogan chorreando, junto al ventanuco. El comandante irlandés le tendía una mano en señal de bienvenida, pero señaló primero a los oficiales.

—Están de buen humor.

—Creen que Badajoz será fácil.

—¡Oh! —dijo Hogan, arqueando las cejas, luego le hizo sitio a Sharpe en el banco—. He oído que sois padre.

—¿Hay alguien que no lo sepa?

—No se avergüence. Es algo estupendo, de verdad. ¿Vino?

Sharpe asintió.

—¿Cómo está?

—Frío, mojado y muy ocupado. ¿Y usted?

—Seco, caliente y vago. ¿Qué noticias hay?

Hogan sirvió vino y sacó su petaca.

—Los franceses están temblando como gallinas remojadas. No intentan tomar Ciudad Rodrigo ni envían tropas al sur; no hacen más que enviarse cartas unos a otros echándose la culpa entre sí. —Hogan levantó el vaso—. A su salud, Richard, y la de su familia.

Sharpe se ruborizó tímidamente, pero levantó el vaso. Observó cómo Hogan cogía un buen pellizco de rapé.

—¿Qué hace aquí?

Los ojos del comandante se llenaron de lágrimas, abrió la boca y estornudó como para apagar una araña de luces.

—Badajoz, Richard, siempre Badajoz. Voy a echar una ojeada para luego informar al general. —Se secó el bigote—. En realidad, no creo que haya cambiado mucho desde el año pasado.

—¡Cómo! —Sharpe sabía que Hogan estuvo presente en las dos intentonas de tomar Badajoz en 1811.

Hogan se encogió de hombros.

—Es una putada, Richard, una verdadera putada. Las murallas son como la Torre de Londres, como te lo digo, y le puedes añadir el castillo de Windsor arriba en la colina, sobre el río. Tienen fosos que se pueden tragar un ejército. —El irlandés sacudió la cabeza—. Yo no tendría muchas esperanzas.

—¿Tan mal lo ve?

—¡Quién sabe! —Hogan echó un trago de vino—. Es un lugar grande, de verdad, y ellos no pueden defender cada palmo de las murallas. Yo supongo que el general atacará en varios lugares de las murallas al mismo tiempo, no sé.

Wellington probablemente atacaría las murallas por varios puntos diferentes, de la misma manera que presentó tres ataques en Ciudad Rodrigo durante la misma noche, pero diversos ataques a la vez no garantizaban el éxito. Los viejos soldados, que habían luchado con Wellington en la India sabían que no le gustaban los asaltos. El futuro duque de Wellington era ahorrador con sus hombres en las batallas, luchaba por su salud entre campaña y campaña, pero los lanzaría como metralla contra las murallas de una fortaleza para acortar un asedio. Sharpe se encogió de hombros.

—Se ha de hacer.

—Eso dicen. —Hogan sonrió burlonamente—. ¿Qué noticias tiene usted?

—Poca cosa. —Sharpe dibujó la letra «A» con el vino derramado sobre la mesa, luego lo borró—. Nuevos reclutas se unirán a nosotros en Elvas. Doscientos hombres y oficiales, eso nos han dicho, pero no tenemos noticias de ningún coronel. ¿Ha oído algo?

Hogan escupió un hueso de aceituna.

—Ni una palabra. Me apuesto dos cajas de vino contra una a que tendrán uno antes del asedio.

—¿Que cuándo empieza?

Hogan lo pensó, jugando con una aceituna en sus manos.

—¿Tres semanas? Los cañones vienen por mar. Todo se mueve.

Sharpe miró por la ventanita que había junto a la puerta trasera la nieve que caía con fuerza.

—Necesitarán mejor tiempo.

Hogan se encogió de hombros.

—No puede llover siempre.

—Eso es lo que dijo el hermano de Noé.

Hogan sonrió.

—Sí, pero al menos se libró de recoger con pala excrementos de elefante durante cuarenta días.

Sharpe sonrió con ironía. El batallón pronto estaría sacando barro con las palas, avanzaría cavando hasta la gran fortaleza y, al pensar en Badajoz, su expresión cambió. Hogan percibió la preocupación.

—¿Qué sucede?

—Nada —contestó Sharpe sacudiendo la cabeza.

—¿Llegará ese nombramiento ahora?

Sharpe se encogió de hombros.

—Eso espero.

—Son de aúpa, seguro, pero no se lo pueden quitar.

—¿Se apuesta algo?

Hogan no contestó. No tenía respuesta. La Guardia Real había ascendido a oficiales que eran absolutamente ciegos, otros que estaban fuera del manicomio tan sólo porque tenían dinero y contactos, y ciertamente no tenían por costumbre ratificar nombramientos simplemente porque un hombre hacía bien su trabajo. Hogan sacudió la cabeza y volvió a levantar su vaso.

—¡Malditos chupatintas!

—Que se pudran.

Se oyó un movimiento de cuerpos cerca de la ventanilla y una sonrisa de bienvenida apareció en la cara de Hogan: el comandante Forrest se les unió. Sharpe apenas prestaba atención a Hogan, que no hacía más que repetir las noticias, pero sus pensamientos volaron, volviendo al maldito nombramiento. Si siquiera lo ratificaran, se sentiría aliviado. Intentó imaginarse lo que sucedería si no fuera así, si se encontrara de nuevo como teniente. Tendría que cuadrarse ante Knowles y otra persona mandaría la compañía que Sharpe había entrenado, había educado y con la

que había pasado dos años de guerra. Recordaba la primera vez que los vio; amilanados e inútiles, pero ahora tan buenos como cualquier soldado del ejército. No podía imaginar que pudiera perderlos, ¿perder a Harper? ¡Santo cielo! ¡Perder a Harper!

—¡Santo cielo!

Por un momento Sharpe pensó que Hogan le había estado leyendo el pensamiento y luego vio que el comandante miraba fijamente al otro lado de la habitación. Hogan sacudió la cabeza.

—Si alguna vez vi alguna belleza que deseé y conseguí, tan sólo fue un sueño de ella.

Teresa había entrado en la habitación y la atravesaba dirigiéndose hacia ellos.

Hogan se volvió hacia Forrest.

—¿Es su dama, comandante? No puede ser la de Sharpe. ¡No tiene gusto! Ni siquiera ha oído hablar de John Donne, aún menos podría reconocer una cita equivocada. No. Algo tan bello como eso tan sólo se enamoraría de un hombre de gusto, un hombre como usted, comandante, o como yo. —Se tiró bruscamente del cuello mientras Forrest se sonrojaba complacido.

El teniente Price se había arrodillado ante Teresa y le impedía el paso, le estaba ofreciendo amor eterno en forma de un pimiento rojo sostenido como si fuera una rosa. Los otros tenientes lo animaban, le gritaban a Teresa que Harold Price tenía porvenir, pero ella simplemente le lanzó un beso y pasó de largo. Sharpe estaba tremendamente orgulloso de ella. En cualquier lugar del mundo, en cualquier salón, en cualquier teatro, en cualquier palacio, no digamos en una posada húmeda y llena de humo en Portalegre, la considerarían bella. La madre de su hija. Su mujer. Se levantó para esperarla, turbado de que su placer fuera obvio para tantos, y le ofreció una silla. Le presentó a Hogan, que empezó a hablar en español con facilidad y le hizo reír. Ella miró a Sharpe con ojos cariñosos bajo sus pestañas largas y negras, escuchó las tonterías del irlandés, y volvió a reír. El ingeniero brindó por ella, coqueteó con ella y miró a Sharpe.

—Es un hombre afortunado, Sharpe.

—Lo sé, señor, lo sé.

El teniente Price se quedó con el pimiento rojo. Lo lanzó al otro lado de la habitación y siguió con una pregunta a gritos.

—¿Adónde vamos?

—¡A Badajoz! —rugió la habitación con una risotada.

SEGUNDA PARTE

Febrero-marzo de 1812

Capítulo 8

—¡Alto! —Las botas golpeaban pesadamente el camino—. ¡Quietos, malditos cabrones, quietos! —gritaba el sargento, haciendo rechinar los pocos dientes que le quedaban. Se dio la vuelta para irse pero se giró inmediatamente—. ¡He dicho quietos! Si quieres que te arañe el culo de mierda, Gutteridge, lo haré con mi bayoneta. ¡Quietos! —Se volvió hacia el joven oficial que hizo un saludo impecable.

—¡Señor!

El alférez, visiblemente nervioso por la estatura elevada del sargento, devolvió el saludo.

—Gracias, sargento.

—No me dé las gracias, señor. Es mi trabajo, señor.

El sargento soltó una risotada característica suya, un sonido salvaje y desconcertante, y movió los ojos de izquierda a derecha. Los ojos del sargento eran azules, de un azul cielo, infantiles, pensó el alférez, mientras que lo demás era amarillo, amarillo como la fiebre, un color enfermizo en su cabello, en sus dientes y en su piel. Los ojos infantiles, azul cielo, se posaron en el alférez.

—Va a ver al capitán, ¿señor, no es así? Dígale que hemos llegado, mi alférez.

—Sí, por supuesto.

—Dele saludos de mi parte, señor. Mi enhorabuena.

El sargento volvió a reír y su risa aguda se convirtió en una tos fuerte, la cabeza tiró bruscamente del cuello largo y flaco que tenía la horrible cicatriz.

El alférez entró en el patio en el que había escrito con tiza en la jamba de la puerta SE/LC. Se sentía aliviado al haberse alejado del sargento que le había amargado el largo viaje desde el depósito del South Essex, aliviado de que los otros oficiales de la compañía ligera del South Essex no compartieran la locura del sargento. No, eso no era así. El sargento no estaba loco, pensó el alférez, pero había algo en él que dejaba entrever la capacidad de crear auténtico horror y que acechaba bajo su piel amarilla. Para el alférez, el sargento era aterrador, como lo era para los reclutas.

Los soldados que había en el patio eran igual de aterradores. Tenían la misma mirada que otros soldados veteranos en Portugal, una mirada bastante diferente de la de los soldados de Inglaterra. Sus uniformes de color escarlata se habían descolorido y convertido en rosa o blanquecinos; otros eran de un púrpura oscuro. El color que más abundaba era el marrón, ya que las casacas y los pantalones se habían remendado una y otra vez con la tela basta de los campesinos. Su piel, incluso en invierno, era marrón oscuro. Pero el alférez se fijó sobre todo en su aire de confianza. Se comportaban como con despreocupación, parecían estar a gusto con sus armas maltrechas y afiladas, y él se sentía fatal con su casaca escarlata con las vueltas de un

amarillo brillante. Un alférez era la graduación más baja de los oficiales y William Matthews, un muchacho de dieciséis años que hacía ver que se afeitaba, estaba asustado por la primera impresión de estos hombres a los que se suponía que tenía que mandar.

Había un hombre inclinado en el brocal del patio, un segundo hombre manipulaba la herrada de manera que el agua le cayera por la cabeza y la espalda desnuda. Cuando el hombre se puso derecho, Matthews vio una rejilla de gruesas cicatrices causadas por azotes; el alférez se dio la vuelta pues le resultaba desagradable. Su padre le había advertido que el ejército atraía a la escoria de la sociedad: los alborotadores, y Matthews se dio cuenta de que acababa de ver una muestra de tal fruslería humana. Otro soldado, que por algún motivo iba vestido con el verde de los fusileros, percibió su expresión y sonrió burlescamente. Matthews sabía que lo estaban observando y juzgando, pero en ese momento apareció un oficial bien vestido y se dirigió hacia el redén llegado, era un teniente, y lo saludó.

—Alférez Matthews, teniente, con el parte de los reclutas.

El teniente sonrió vagamente, se dio la vuelta y vomitó.

—¡Oh, Dios! —El teniente parecía respirar con dificultad, pero se enderezó de nuevo y se volvió hacia el alférez.

—Querido amigo, lo siento tremendamente. Los malditos portugueses le ponen ajo a todas las comidas. Soy Harold Price. —Price se quitó el chacó y se frotó la cabeza—. No he oído su nombre. Lo siento de verdad.

—Matthews, teniente.

—Matthews, Matthews. —Price decía el nombre como si pudiera significar algo, luego contuvo la respiración mientras su estómago se revolvía y, cuando se le pasó el espasmo, respiró lentamente—. Discúlpeme, mi querido Matthews. Creo que tengo el estómago mal esta mañana. Supongo que no me haría el favor de dejarme cinco libras. ¿Sólo por un par de días? Mejor si fueran cinco guineas.

Su padre también le había advertido respecto a esto, pero Matthews pensó que sería insensato empezar a darse a conocer en su nueva compañía con una negación mezquina. Se daba cuenta de que los soldados que había en el patio estaban escuchando y se preguntó si tal vez le tocaba ser el inocente en algún tipo de broma particular, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Por supuesto, teniente.

El teniente Price se sorprendió.

—¡Mi querido muchacho, qué amable! Le daré un pagaré, por supuesto.

—¿Y esperará que el alférez muera en Badajoz?

Matthews se giró bruscamente. El soldado alto, el que tenía en la espalda aquellas horribles cicatrices, era el que había hablado. También la cara del hombre tenía una cicatriz, y le daba una expresión astuta, de burla, que contrastaba con su voz. Le

sonrió a Matthews con ironía.

—Se lo hace a todos. Les pide prestado dinero esperando que mueran. Así saca un buen provecho.

Matthews no sabía qué decir. El soldado había hablado amablemente, pero no había usado el tratamiento de «señor» o de «alférez» y eso resultaba desconcertante. Matthews tenía la sensación de que la poca autoridad que su bajo rango merecía ya se estaba disipando. Esperaba que el teniente interviniera, pero la expresión de Price era de vergüenza, se puso el chacó en la cabeza y sonrió irónicamente al hombre de la cicatriz.

—El alférez Matthews, señor. Ha traído los reemplazos.

El hombre alto de la cicatriz saludó con la cabeza al alférez.

—Me alegro de que esté aquí, Matthews. Yo soy Sharpe, el capitán Sharpe. ¿Cómo se llama?

—Matthews, capitán. —El alférez abrió la boca sorprendido. ¿Un oficial que había sido azotado? Se dio cuenta de que su respuesta no era la adecuada—. William, capitán.

—Buenos días y bienvenido. —Sharpe se estaba esforzando por ser amable. Odiaba las mañanas y especialmente esta mañana desagradable. Hoy Teresa se iba de Elvas y cabalgaría las escasas leguas hasta el otro lado de la frontera, hasta Badajoz. Otra despedida—. ¿Dónde ha dejado a los hombres? —Matthews no los había dejado en ningún sitio; el sargento había tomado todas las decisiones, pero señaló hacia la puerta.

—Fuera, capitán.

—Hágalos entrar, hágalos entrar. —Sharpe se frotó la cabeza con un trozo de arpillera para secársela—. ¡Sargento Harper! ¡Sargento Read!

Harper podía instalar a los reclutas en la compañía, mientras que Read, el metodista abstemio, podría ocuparse de los libros de la compañía. Sería un día ajetreado.

Sharpe se vistió de prisa. Había parado de llover, al menos de momento, pero el viento frío seguía soplando del norte y traía con él nubes altas y veteadas que presagiaban mal tiempo en marzo. Al menos, al ser las primeras tropas en llegar, el batallón había podido escoger el alojamiento en Elvas, y los hombres vivían con comodidad aunque de vez en cuando miraran fijamente al otro lado de la frontera, hacia Badajoz. Las dos fortalezas estaban separadas unas tres leguas, situadas a ambos lados de un valle poco profundo, pero a pesar de su cercanía eran tremendamente diferentes. Badajoz era una ciudad, capital de una provincia; Elvas era una pequeña ciudad con mercado que ocupaba el centro de amplias defensas. Las murallas portuguesas resultaban impresionantes, pero eran pequeñas comparadas con las fortificaciones españolas que cortaban el paso hacia Madrid. Sharpe sabía que

eran imaginaciones suyas, pero aquella enorme fortaleza que se elevaba al este tenía algo de siniestro y odiaba la idea de que Teresa tuviera que estar detrás de las grandes murallas y los anchos fosos. Sin embargo, tenía que volver con la niña, su niña, y él tendría que buscarla y protegerla cuando llegara el momento.

De repente dejó de pensar en Teresa y en Antonia, esos pensamientos se disiparon de pronto y fueron reemplazados por una repugnancia espesa como el vómito. Su pasado estaba aquí, en Elvas, un pasado odiado. ¡La misma cara amarilla, con el mismo tic que la crispaba y la misma risita aguda! ¡Dios mío! ¿Aquí, en su compañía? Los ojos de los dos hombres se encontraron y Sharpe vio la sonrisa insolente y burlona que parecía rayar en la más absoluta demencia.

—¡Alto! —El sargento miró con fiereza al destacamento—. Izquierda, ¡ar! ¡Quietos, cabrones! ¡Mantén maldita boca callada, Smithers, o la usaré para limpiar los establos! —El sargento se giró con elegancia, marchó hacia Sharpe y se detuvo.

—¡Señor!

El alférez Matthews miraba entre los dos hombres altos.

—¿Capitán? Éste es el sargento...

—Conozco al sargento Hakeswill.

El sargento se rió mostrando los pocos dientes amarillos que le quedaban. Le chorreaba saliva por la barba incipiente. Sharpe intentó adivinar la edad del sargento. Hakeswill había de estar ya en los cuarenta al menos, tal vez cuarenta y cinco, pero sus ojos todavía eran los de un niño travieso. Miraban a Sharpe sin parpadear, con diversión y desdén. Sharpe se dio cuenta de que Hakeswill estaba intentando hacerle bajar los ojos, así que se dio la vuelta y vio a Harper que se estaba abrochando el cinturón antes de entrar en el patio. Le hizo una señal con la cabeza al irlandés.

—En su posición, descanso, sargento. Necesitan un lugar para dormir y comida.

—¡Capitán!

Sharpe se volvió hacia Hakeswill.

—¿Se unen a esta compañía?

—¡Capitán!

La respuesta fue un ladrido y Sharpe recordó lo puntilloso que siempre había sido Hakeswill con las normas del ejército. Ningún soldado hacía la instrucción con más precisión ni contestaba con mayor formalidad, sin embargo cada acción parecía imbuida por una especie de desprecio. Era imposible precisar, sin embargo, si tenía algo que ver con la expresión de esos ojos infantiles, como si hubiera un monstruo dentro del soldado riguroso y correcto que observaba y se reía mientras le tomaba el pelo al ejército. El rostro de Hakeswill dibujó una sonrisa burlona.

—¿Sorprendido, capitán?

Sharpe tuvo deseos de matar a aquel hombre en el acto, de borrar aquellos ojos ofensivos, de detener para siempre su tic, aquella sonrisa que mostraba unos dientes

amarillos, la risita fingida y hasta la burla. Muchos hombres habían intentado matar a Obadiah Hakeswill. Tenía la cicatriz en el cuello, un costurón rojo encendido, desde que cumpliera los doce años. La habían condenado a muerte en la horca por robar un cordero. Era inocente de lo que le acusaban. Su verdadero delito había sido que había forzado a la hija del vicario a desnudarse mientras él sostenía junto a su cuello una víbora. La muchacha se iba quitando la ropa a tientos y, mientras gritaba, el muchacho la atacaba. El padre la rescató y resultaba más sencillo acusar al chico de robar un cordero, porque era más seguro que acabaría en muerte. Amañó la sentencia con los jueces y nadie, ni siquiera entonces, había deseado que Obadiah Hakeswill viviera, salvo quizá su madre; el vicario, si se le hubiera ocurrido la manera, hubiera hecho gustoso que la madre acompañara al cadalso a su asqueroso hijo.

Fuera como fuese había sobrevivido. Lo habían ahorcado, pero todavía seguía vivo, tenía el cuello estirado y flaco y una cicatriz morada que evidenciaba que una vez lo habían colgado. Consiguió entrar en el ejército y era un tipo de vida que le iba. Levantó una mano y se frotó la cicatriz debajo de la oreja izquierda.

—Le irá bien, capitán, ahora que yo estoy aquí.

Sharpe sabía lo que le quería decir. Corría la leyenda de que a Hakeswill, el hombre indestructible, el superviviente de una ejecución judicial, no lo podían matar y la leyenda crecía con el tiempo. Sharpe había visto dos filas de hombres que volaron por los aires a causa de la metralla y sin embargo Hakeswill, que se encontraba frente a ellos, resultó indemne. La cara de Hakeswill se crispó y amagó la risa que le provocaba el odio que Sharpe no manifestaba. La cara volvió a la normalidad.

—Me alegro de estar aquí, capitán. Estoy orgulloso de usted, de verdad que lo estoy. El mejor recluta que he tenido.

Había hablado en voz alta para que el patio supiera de su historia común; y también había un desafío, tan sobreentendido como su odio, que anunciaba que Hakeswill no se sometería fácilmente a la disciplina de un hombre a quien había enseñado la instrucción y a quien había sometido a suplicio.

—¿Cómo está el capitán Morris, Hakeswill?

El sargento sonrió burlón, luego le soltó una risotada en su misma cara, de forma que el oficial percibió su mal aliento.

—Lo recuerda, capitán, ¿no es así? Ahora es comandante, capitán, eso he oído. En Dublín. En realidad, capitán, usted era un chico malo, perdonará a un viejo soldado por decirle eso.

Se hizo un silencio denso en el patio. Todos los hombres escuchaban las palabras y se daban cuenta de la hostilidad que había entre los dos. Sharpe bajó la voz, para que nadie, excepto Hakeswill, pudiera oírlo.

—Si pone un dedo sobre algún hombre de esta compañía, sargento, le mato.

Hakeswill sonrió irónicamente, iba a replicar, pero Sharpe fue más rápido.

—¡Chitón!

Hakeswill se enderezó de golpe, con la cara bruscamente ensombrecida de rabia porque no le había permitido responder.

—¡Media vuelta!

Sharpe lo dejó allí, frente a una pared. ¡Maldita sea! ¡Hakeswill! Las cicatrices que tenía Sharpe en la espalda eran por culpa de Hakeswill y de Morris, y Sharpe juró aquel día lejano que les infligiría el mismo dolor que le habían hecho a él. Hakeswill había golpeado a un soldado hasta perder el conocimiento; el hombre recuperó el conocimiento, pero nunca recuperó el juicio, y Sharpe había sido testigo. Sharpe intentó detener la paliza y, por esos esfuerzos, Morris y Hakeswill lo acusaron de pegarles. Lo ataron a una rueda de carro y lo azotaron.

Ahora, cara a cara con su enemigo después de tantos años, sintió una desagradable sensación de impotencia. Parecía que Hakeswill fuera intocable. Tenía la seguridad de un hombre al que simplemente no le importaba lo que le sucediera, porque sabía que era indestructible. El sargento iba por la vida destilando odio hacia los otros hombres y bajo su máscara de conformidad militar despedía veneno y miedo hacia todas las compañías en las que servía. Sharpe sabía que Hakeswill no habría cambiado más de lo que había cambiado su aspecto. La misma abultada barriga, tal vez algo más voluminosa, algunas arrugas más en la cara, uno o dos dientes menos, pero la misma piel amarilla y la misma mirada de loco. Sharpe recordó con desagrado que una vez Hakeswill le había dicho que eran iguales. Los dos huidos, los dos sin familia, y la única manera de sobrevivir, había dicho el sargento, era pegar fuerte y pegar primero.

Miró a los reclutas. Eran prudentes, como debía ser, cautos con la nueva compañía. Sharpe, aunque ellos no pudieran saberlo, compartía su intranquilidad. ¿Hakeswill, entre tanta gente, en su compañía? Recordó el nombramiento y se dio cuenta de que la compañía podía no ser suya y sintió que sus pensamientos empezaban a adentrarse inútilmente en la oscuridad, así que se los quitó de encima de golpe.

—¿Sargento Harper?

—¿Capitán?

—¿Qué hay hoy?

—Fútbol, capitán. La compañía de granaderos contra los portugueses. Se esperan muchas bajas.

Sharpe sabía que Harper intentaba animar a los recién llegados, así que sonrió con deferencia.

—Un día ligero por ser el primer día. Disfrútenlo. Mañana trabajamos.

Mañana estaría sin Teresa, mañana Teresa estaría un día más cerca de Badajoz y

mañana podría ser teniente. Se dio cuenta de que los soldados, a algunos de los cuales los había reclutado él mismo, estaban esperando que continuara. Esbozó otra sonrisa forzada.

—Bienvenidos al South Essex. Me alegro de que estén aquí. Ésta es una buena compañía y estoy seguro de que lo seguirá siendo.

Las palabras resultaban muy poco convincentes, incluso para él, como si supiera que no eran ciertas.

Hizo una señal con la cabeza a Harper.

—Siga, sargento.

Los ojos del irlandés se dirigieron hacia Hakeswill, todavía de cara a la pared y Sharpe hizo ver que no se daba cuenta. Maldito Hakeswill, podía quedarse allí. Pero luego se ablandó.

—¡Sargento Hakeswill!

—¡Capitán!

—¡Rompa filas!

Sharpe se fue a la calle caminando, quería estar solo, pero Leroy estaba apoyado en la jamba y el yanqui arqueó las cejas divertido.

—¿Así es como el héroe del campo de Talavera da la bienvenida a los reclutas? ¿Sin llamamientos a la gloria, ni toques de corneta?

—Tienen suerte de tener una bienvenida.

Leroy dio una calada a su cigarro y cogió el paso a Sharpe.

—Supongo que este mal genio está causado porque su dama nos deja.

Sharpe se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Así pues, ¿puedo darle otra noticia?

Leroy se había detenido y parecía que sus ojos castaños mostraban diversión.

—¿La muerte de Napoleón?

—Desgraciadamente, no. Nuestro coronel llega hoy. No parece sorprendido.

Sharpe esperó a que pasara un cura montado en una mula.

—¿Debería sorprenderme?

—No —dijo Leroy sonriéndole con ironía—. Pero la reacción normal es decir «quién, por qué, qué, cómo lo sabe». Luego yo le doy todas las respuestas, y a eso se le llama una conversación.

El abatimiento de Sharpe se había disipado con Leroy.

—Venga, dígame.

El yanqui, delgado y lacónico, estaba sorprendido.

—Nunca creí que lo preguntaría. ¿Quién es? Se llama Brian Windham. Nunca me ha gustado el nombre de Brian, es uno de esos nombres que una mujer le pone a un niño con la esperanza de que crezca siendo honesto. —Tiró la ceniza al camino—.

¿Por qué? Creo que eso no tiene respuesta. ¿Qué es? Es un extraordinario cazador de zorros. ¿Usted caza, Sharpe?

—Ya sabe que no.

—Pues su futuro puede ser triste, al igual que el mío. ¿Y cómo lo sé?

Hizo una pausa.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nuestro buen coronel, el honesto Brian Windham, tiene un anunciador, un mensajero, un Juan Bautista de su llegada, un Paul Reveré, nada menos.

—¿Quién?

Leroy dejó escapar un suspiro; estaba extrañamente locuaz.

—¿No ha oído nunca hablar de Paul Reveré?

—No.

—Hombre con suerte, Sharpe. Le llamó a mi padre traidor y mi familia llamó a Reveré traidor y creo que perdimos la discusión. El caso es, mi querido Sharpe, que él era un anunciador, un agente de la advertencia, y nuestro buen coronel ha enviado el aviso de su llegada bajo la forma de un nuevo comandante.

Sharpe miró a Leroy, la expresión del yanqui no había cambiado.

—Lo siento, Leroy. Lo siento.

Leroy se encogió de hombros. Como capitán más antiguo deseaba la vacante de comandante en el batallón.

—Uno no ha de esperar nada en este ejército. Se llama Collett, Jack Collett, otro nombre honesto y otro cazador de zorros.

—Lo siento.

Leroy volvió a caminar.

—Hay algo más.

—¿Qué?

Leroy señaló con su cigarro hacia el patio de la casa donde se alojaban los oficiales y Sharpe miró por entre la arcada y, por segunda vez aquella mañana, se dio un susto repentino y desagradable. Había un joven, de unos veintitantos años, junto a un montón de equipajes y su criado estaba desatando las correas. Sharpe nunca había visto al oficial, pero el uniforme le era familiar. Era el uniforme del South Essex, completo, incluso con la insignia dorada del águila que Sharpe había arrebatado al enemigo; pero era un uniforme que sólo un hombre podía llevar. Tenía un sable colgado con cadenas, y un silbato de plata que colgaba de los cinturones cruzados. Las insignias del rango, que denotaban que se trataba de un capitán, no eran charreteras, sino alas hechas con cadenas y decoradas con una trompa. Sharpe estaba mirando a un hombre que iba vestido de capitán de la compañía ligera del South Essex. Soltó una maldición.

Leroy se echó a reír.

—Únase a los oprimidos.

¡Nadie había tenido los cojones de decírselo, salvo Leroy! Los cabrones habían traído a un hombre nuevo sin avisarle. ¡Y no se lo habían dicho! Sintió una rabia tremenda, una depresión y una impotencia ante la maquinaria pesada del ejército. No se lo podía creer. Hakeswill, Teresa que se iba, y ahora, esto.

El comandante Forrest apareció en la arcada, vio a Sharpe y se acercó a él.

—¿Sharpe?

—Señor.

—No saque conclusiones precipitadas. —El comandante parecía estar triste.

—¿Conclusiones, comandante?

—Respecto al capitán Rymer.

Forrest señaló con la cabeza hacia el nuevo capitán que, en aquel momento, se giraba y veía a Sharpe. Éste se inclinó un poco, un saludo educado con el que Sharpe le obligaba a responder. Volvió a mirar a Forrest.

—¿Qué ha sucedido?

Forrest se encogió de hombros.

—Compró el grado de oficial de Lennox.

Lennox había sido el predecesor de Sharpe y había muerto hacía dos años y medio.

—Pero eso...

—Lo sé, Sharpe. Su testamento estaba en los tribunales. La testamentaría sólo ha cedido el cargo para venderlo.

—¡Yo ni siquiera sabía que estaba en venta!

«Tampoco —pensó Sharpe— podía haber pagado las mil quinientas libras.»
Leroy encendió otro cigarro con la colilla del anterior.

—Dudo que nadie supiera que estaba en venta. ¿No es así, comandante?

Forrest asintió tristemente con la cabeza. Una venta abierta significaba que se tenía que pagar el precio legal. Era bastante más probable que el capitán Rymer fuera amigo de uno de los abogados que habían abortado el concurso, se lo había vendido a Rymer y a cambio había conseguido un precio más alto. El comandante extendió las manos.

—Lo siento, Sharpe.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó Sharpe duramente.

—Nada —contestó Forrest intentando resultar esperanzador—. El comandante Collett, a quien no conoce, Sharpe, está de acuerdo conmigo. Es una confusión. Así que usted se quedará al mando hasta que llegue el coronel Windham.

—Hoy mismo, a más tardar, señor.

Forrest asintió.

—Todo irá bien, Sharpe. Ya lo verá. Todo irá bien.

Sharpe vio a Teresa que atravesaba el patio llevando su silla de montar, pero ella no lo vio. Sharpe se dio la vuelta y miró por encima de los tejados de Elvas, unos tejados de color rosa bajo la luz del sol, y vio que un banco de nubes, que cabalgaba sobre el viento del norte, había dividido en dos partes el paisaje con su sombra. España estaba a la sombra y Badajoz era una ciudadela oscura y lejana. Volvió a soltar unas palabrotas y en cantidad, como si los reniegos pudieran luchar por él en contra de la mala suerte. Sabía que era fantástico, incluso estúpido, pero parecía como si la fortaleza cortara la carretera del este con sus murallas elevadas sobre el Guadiana, estaba en el centro del mal, desparramando un destino funesto sobre todo el que se acercara. Hakeswill, Rymer, Teresa que se iba, todo cambiaba. «¿Y qué más?», se preguntaba, todo iría mal antes de que cayeran sobre Badajoz.

Capítulo 9

Todo lo referente a Obadiah Hakeswill carecía de gracia y resultaba repulsivo hasta lo indecible. Su cuerpo era enorme, pero cualquiera que se equivocara y pensara que la barriga era una señal de debilidad se vería atrapado por unos brazos y unas piernas cuya fuerza era tremenda. Era torpe, excepto cuando hacía la instrucción, aunque incluso en las marchas se percibían atisbos de que en cualquier momento se podía convertir en una bestia gruñona y rastrera, mitad salvaje, mitad hombre. Su piel era amarillenta, un legado de las islas Fever. Tenía el pelo rubio, ya canoso, y se le extendía sobre la calva con cicatrices y caía lacio hacia el cuello estirado, tenso, repugnantemente mutilado.

Tiempo atrás, antes incluso de que lo colgaran, entendió que no gustaría a nadie y decidió ser temido. Tenía una ventaja. Obadiah Hakeswill no tenía miedo a nada. Cuando otros hombres se quejaban de hambre o de frío, de humedad o de enfermedad, el sargento simplemente sonreía y sabía que eso terminaría. No le importaban las heridas que recibía en una batalla; las heridas se curaban, las magulladuras desaparecían, él no podía morir. El sabía que desde el momento en que se balanceó en el extremo de una cuerda, no podía morir porque estaba protegido por algo mágico, la magia de su madre, y se sentía orgulloso de la repugnante cicatriz, el símbolo de su invulnerabilidad, sabía que eso asustaba a los otros hombres. Los oficiales no contrariaban a Obadiah Hakeswill. Temían las consecuencias de su ira, la vileza de su mirada, así que le seguían, sabiendo que a cambio él cumpliría con el reglamento y mantendría su autoridad entre los soldados. Dentro de esos límites era libre para vengarse de un mundo que lo había hecho espantoso, lo había marginado y lo había dejado sin amigos; un mundo que había intentado matarlo y que ahora, sobre todo, le temía.

El odiaba a Sharpe. Para Hakeswill los oficiales eran oficiales, nacidos como John Morris, para un puesto elevado y para ser proveedores de recompensas y privilegios. Pero Sharpe era un advenedizo. Venía del arroyo igual que él y el sargento intentó aniquilarlo una vez y no lo consiguió. No volvería a fallar. Ahora, sentado en el establo de la casa de oficiales, rebañaba un hueso de jamón con las uñas de sus dedos y se atiborraba masticando con la boca abierta que se iba removiendo con los restos, y se complacía en recordar su encuentro. Hakeswill se había dado cuenta de la turbación del oficial y se lo apuntaba como una pequeña victoria que había que seguir y explotar. También estaba el sargento, el irlandés al que valdría la pena hostigar, y sonrió mientras se atracaba de comida y se rascaba las picaduras de las pulgas en la axila. El miedo resultaba provechoso, la armonía no. Hakeswill se había puesto cómodo a base de reducir las compañías a campamentos divididos: los que estaban a su favor y los que estaban en su contra. Los que le desagradaban se

verían obligados a pagar en dinero o en servicios, para que la vida con el sargento se hiciera soportable. A Hakeswill le parecía que Patrick Harper no iba a permitir que eso sucediera fácilmente, tampoco Sharpe, pero se echó a reír. No se había reenganchado a un batallón en servicio activo, uno le llevaría a alcanzar el rico botín de una guerra, para que esos dos le desbarataran los planes.

Rebuscó en su bolsa de municiones y sacó un puñado de monedas. No era gran cosa, unos chelines nada más, pero era todo lo que había conseguido robar con el caos de la llegada. Se había ido al establo a contar sus ganancias y esconderlas en el fondo de su mochila. Prefería los servicios al dinero. Pronto descubriría qué soldados de la compañía ligera estaban casados y cuáles tenían las mujeres más bellas. Ésos eran a por los que había que ir, los que se verían reducidos a un sufrimiento estremecedor por la batería de Hakeswill hasta que le ofrecieran cualquier cosa para verse libres de su tormento. Sus mujeres eran el precio que cobraba habitualmente. El sabía que como promedio, dos o tres se darían por vencidos; traerían a sus mujeres llorando a algún establo lleno de paja como aquel y un rato después, las mujeres se rendirían. Algunas venían borrachas, pero a él no le importaba eso, y una había intentado rajarlo con una bayoneta y él la mató y culpó al marido de su muerte, y se echó a reír mientras recordaba la ejecución del hombre, colgado de un árbol. Iba a tardar tiempo en acomodarse en este nuevo batallón, en echar raíces en él, como una bestia que se asienta en su guarida, pero lo conseguiría. Y, como un animal que se prepara para descansar, primero despejaría a zarpazos las rocas que le fueran incómodas bajo su puesto cobarde, rocas como Sharpe y Harper.

Tenía el establo para sí solo. Un caballo se movió en la cuadra detrás de él, la luz se filtraba por entre las tejas gruesas y curvas del tejado, y el sargento se alegró de tener tiempo para estar solo, para pensar. Lo del robo era un buen inicio. Escoge a tus hombres, róbales, luego informa de la pérdida y que los culpen, esperaba que el nuevo coronel fuera un hombre al que gustaran los azotes. ¡Era extraordinario lo que un hombre era capaz de hacer para evitar unos azotes y lo que una mujer era capaz de ofrecer para salvar a su hombre de la flagelación! ¡Era tan fácil!, y se volvió a reír. ¡Dos o tres hombres azotados salvajemente y tendría a la compañía comiendo en su mano! Incluso corría el rumor, que se había extendido por el batallón como la pólvora, de que Sharpe había perdido la compañía. Eso era una buena noticia; eso le quitaba un obstáculo, y Hakeswill consideraba que Price no resultaría un gran problema. El nuevo alférez, Matthews, era tan sólo un muchacho; el único problema era Patrick Harper. Su defecto era probablemente su excesiva honestidad, y Hakeswill sonrió irónicamente. ¡Era tan fácil!

La puerta del establo se abrió y Hakeswill se quedó inmóvil. Le gustaba permanecer oculto; ver sin ser visto. Una persona entró, las pisadas lo revelaban, y caminó hacia la fila de caballerías que Hakeswill tenía detrás de sí, mientras la puerta

de madera se cerraba con su propio peso. El recién llegado estaba oculto a los ojos de Hakeswill, quien se movió muy lentamente, controlando sus movimientos de manera que el crujir de la paja pareciera la agitación de una corriente de aire y luego, afortunadamente, un caballo orinó ruidosamente y las salpicaduras ahogaron el ruido que hizo al ponerse de rodillas y asomarse por entre una grieta de los tablones.

Casi grita de placer. Era una muchacha; una muchacha de una belleza con la que soñaría un hombre sabiendo que no ha de poseerla. Era del lugar, como se desprendía por la ropa, por su piel y por el cabello oscuro; además, las muchachas nativas siempre resultaban una presa fácil. Se puso en tensión. Quería a esa chica. Se olvidó de todo; de Sharpe, de Harper, de sus planes, de todo, pues de pronto se vio invadido por un sentimiento de lujuria y empezó a desenvainar lentamente la bayoneta. Teresa lanzó la silla de montar sobre su caballo, estiró bien la manta y tiró de la cincha por la gruesa hebilla. Le hablaba al caballo en español, le susurraba y no oía nada extraño en el establo. No quería dejar a Sharpe, ni volver con los afrancesados de la ciudad, pero Antonia estaba allí enferma, y Teresa tenía que regresar para proteger a su hija durante el asedio.

Después de eso, Dios lo quisiera, la niña ya estaría lo bastante bien como para moverse.

¿Y el matrimonio? Suspiró y levantó la vista al techo. No estaba bien que Antonia fuera una hija ilegítima, pero Teresa no se veía siguiendo a este ejército como si fuera un perrito tras una jauría, y sabía que Sharpe no lo abandonaría para vivir en Casatejada. ¿Casarse? Al menos su hija tendría un apellido, un buen apellido, y no le resultaría vergonzoso a una niña llevar el apellido de un padre ausente, desconocido. Volvió a suspirar. Todo tendría que esperar hasta que el asedio hubiera acabado, o la niña estuviera mejor, y de repente y como si fuera una nube oscura, se preguntó qué pasaría si Sharpe muriera en el asalto a la ciudad. Se encogió de hombros. Le diría a todo el mundo que se habían casado antes del asedio y nadie podría decir lo contrario.

Hakeswill esperó a que Teresa tuviera las manos ocupadas en ponerle la brida al caballo y en ese momento rodó sobre la paja que la separaba, con la bayoneta preparada en su mano, y la agarró del pelo hasta que la derribó gracias a su peso. Ella le azotó con la brida pero cayó, y enseguida él tuvo el extremo afilado de la delgada bayoneta en su garganta y se encontró arrodillado junto a su cabeza.

—¡Hola, señorita!

Ella no respondió. Estaba tendida de espaldas, junto al caballo, y la cara del sargento estaba encima de ella. Hakeswill se lamió los labios.

—Portuguesa, ¿eh?

El sargento se echó a reír. Esto era un regalo de los dioses, un obsequio por su primer día en la nueva compañía. Sostenía la bayoneta junto a su cuello y se dio la vuelta para poder verla mejor. El caballo se movió, pero a él no le daban miedo los

caballos, y luego colocó sus rodillas junto a la cintura de la muchacha y se echó a reír con fuerza. Era guapa, incluso más guapa de lo que le había parecido por los resquicios de las cuerdas. De ésta se acordaría siempre.

—¿Hablas inglés?

La muchacha no dijo nada. Él la oprimió con la bayoneta, lo mínimo, sin rozar la piel.

—¿Hablas inglés, reina?

Probablemente no, lo cual no importaba mucho, pues no había ninguna posibilidad de que viviera para contar cuentos en ninguna lengua. La policía militar colgaría a un hombre por violación, así que la muchacha habría de morir, a menos que él le gustara, lo cual no creía que fuera probable. Pero tampoco era imposible. Hubo aquella zorra en las islas Fever, la ciega, pero nada hacía presagiar que esta belleza fuera a recibir con agrado sus atenciones.

Ella tampoco parecía asustada, lo cual resultaba extraño y angustioso. Él esperaba que gritara, era lo que hacían normalmente, pero Teresa lo observaba con calma con sus ojos grandes y castaños y de largas pestañas. El grito podría venir luego, pero él estaba preparado para ello. Dentro de un momento le cogería la garganta e introduciría la bayoneta por la boca. Empujaría hacia abajo la hoja hasta que estuvieran a punto de venirle náuseas, lo único que ella vería serían las diecisiete pulgadas de metal afilado que él agarraba con el puño saliéndole de la boca, y en esa posición Hakeswill sabía que ni gritaban ni se movían, ¡y que resultaba muy fácil matarlas después de hundirles breve y convulsivamente la bayoneta! Podría esconder el cuerpo de la chica bajo la paja al fondo del establo, y si la encontraban nadie sabría que había sido él. Se rió sarcástica mente.

—Obadiah Hakeswill, señorita, para servirle.

Ella le sonrió, resultaba inquietante, inesperado.

—¿Oberdiar?

Él se detuvo. Había estado a punto de atravesarla con la bayoneta. Desconfiaba, pero asintió con la cabeza.

—Sargento Obadiah Hakeswill, señorita, y con prisas, si no le importa.

Los ojos de la muchacha ya de por sí grandes se abrieron como si estuviera impresionada.

—¿Sgento? ¿Sí? —preguntó volviendo a sonreír—. ¿Sgento Ober-diar Hags-will? ¿Sí? —dijo acariciando las palabras, complaciéndose en ellas.

Hakeswill estaba desconcertado. El establo estaba bastante oscuro para estar seguro, pero no lo bastante para que ella no le viera la cara. Sin embargo parecía que a ella le gustaba. No era imposible, supuso, pero incluso aunque a ella le gustara no era motivo para demorarse. Era razón de más para darse prisa.

—Así es, reina, un sargento. Mucho importante.

El tenía poco sitio, el maldito caballo estaba demasiado cerca, pero la muchacha volvió a sonreír y dio unos golpecitos en la paja que había a su lado.

—¿Importante?

El le sonrió irónicamente, estaba contento de que estuviera impresionada, y retiró un poquito la bayoneta.

—Hazte a un lado, venga.

Teresa asintió con la cabeza, volvió a sonreír y se puso las manos tras el cuello y se lamió los labios, los ojos de Hakeswill se movieron para observar cómo levantaba las piernas, largas y delgadas con pantalones, pero no vio la hoja que sacó de la vaina que le colgaba del extremo del espinazo. Obadiah estaba toqueteándose los botones cuando el cuchillo le dio un corte en la cara, le brotó sangre, y al mismo tiempo las rodillas que seguían acercándose lo lanzaron de un golpe contra las patas traseras del caballo. El sargento rugió, blandió la bayoneta, pero el cuchillo fue más rápido y le dio un corte en la muñeca, así que soltó la hoja y chilló desahogado a la muchacha. Teresa le dio una patada y se puso a gatear, ligera como una liebre, bajo el vientre de su caballo.

—¡Putá!

Obadiah fue a alcanzarla bajo el caballo, pero la zorra tenía ya su bayoneta e intentaba clavársela, así que se vio obligado a retroceder, instante que ella aprovechó para insultarle en un inglés rápido y fluido; él se limpió la sangre de la cara y escupió a la muchacha.

Teresa se echó a reír, agachada detrás del caballo, mientras le apuntaba con la hoja.

—Ven a buscarla, Obadiah.

El sargento se puso de pie y fue retrocediendo por el pasadizo que había entre las cuadras. Aún estaba entre ella y la puerta, y había más de una manera de matar el toro. Se tocó la cara. La herida era pequeña, podía usar la muñeca. Le sonrió irónicamente a la muchacha.

—Te cogeré, señorita, y te haré picadillo. —Soltó su risa siniestra y sintió un tirón en la cabeza—. ¡Maldita putilla portuguesa!

Teresa seguía entre el caballo y la separación de madera. Ella se puso de pie con su bayoneta en la mano y sonrió. Él se adelantó, pero se detuvo al ver la bayoneta. Ella la aguantaba baja, preparada para destripar hacia arriba, y no daba señal de temblar. Pensó en abalanzarse sobre ella, pero la zorra parecía que podía hacer daño de verdad, así que dio marcha atrás y se quedó entre ella y la puerta. Echó una mirada a su alrededor buscando la horca del establo. Hakeswill quería a esta muchacha. Era bonita y él la quería. Sería suya, su cara se crispó mientras las palabras resonaban en su cabeza. Sería suya, sería suya, sería suya, y entonces vio la horca y retrocedió rápido, se giró y la agarró.

La muchacha casi estaba sobre él. Ella tenía pelotas, para ser una zorra portuguesa. Se giró a un lado para esquivar la arremetida de la bayoneta. ¡Maldita! Ella lo adelantó, se paró ante la puerta, pero en lugar de abrirla se detuvo, se giró y se mofó de él. Le habló en español, una lengua tan rica en insultos, y se echó a reír de sus propias palabras.

Hakeswill supuso que era portugués, una lengua que desconocía, al igual que el español, pero una cosa era segura. No le hacía ningún cumplido. Alargó la horca delante de él y arremetió contra ella. No había manera de que pudiera ganar ese ataque y le sonrió burlón.

—No me lo hagas más difícil, reina, tira ese pincho. ¡Venga, tíralo!

Teresa quería matarlo, no dejárselo a Sharpe, y cambió al inglés con la intención de provocar un ataque irreflexivo y encolerizado. Tenía que construir la frase con cuidado, asegurarse de que estaba bien, y se rió de él.

—Tu madre era una cerda que se vendió a un asqueroso.

Él rugió, su ira explotó como pólvora.

—¡Madre!

Echó a correr hacia ella blandiendo la horca. Teresa le hubiera colocado la bayoneta con la precisión con que un obispo localiza un pecado capital, si la puerta del establo no se hubiera abierto. Las púas de la horca se clavaron en la madera y el sargento perdió el equilibrio, cayó y la bayoneta se clavó en el aire vacío.

Hakeswill giró al caer, deslumbrado momentáneamente por el chorro de luz que entró por la puerta, y tuvo la impresión de ver una sombra gigante. Una bota lo atrapó, recibió muchas patadas que lo elevaban del suelo y lo golpeaban hacia atrás; pero siguió aguantando la horca y le gruñó a su asaltante. ¡El maldito sargento irlandés! Se levantó él mismo y arremetió contra el irlandés, pero Harper simplemente cogió la horca por las puntas y las dobló hacia fuera separándolas. Hakeswill se lanzó hacia adelante, con todas sus fuerzas, pero Harper era roca dura y la horca no se movió, salvo el metal que estaba enderezado como si estuviera hecho con varitas de sauce verde.

—¿Qué demonios sucede? —preguntó Sharpe desde la puerta entreabierta.

Teresa le sonrió por encima de la bayoneta.

—El sargento Obadiah quería cogeme y luego hacerme picadillo.

Harper apartó la horca de Hakeswill y la arrojó al suelo.

—¿Permiso para cometer asesinato, capitán?

—Denegado. —Sharpe se adelantó y dejó que la puerta se cerrara—. Eche el pestillo.

Hakeswill observó a Harper que pasaba el pestillo. Así que ésta era la maldita mujer de Sharpe. Eso parecía, por la manera en que ella le sonreía, le tocaba el brazo. Hakeswill entendió que tenía que haberle atravesado el cuello a la mujerzuela cuando

tuvo la ocasión. Dios, pero era bella, y seguía sintiendo el deseo y la conseguiría; por Dios, que la conseguiría. Luego miró el rostro de Sharpe, tenso de ira, y Hakeswill se encogió de hombros. Así que iba a recibir los golpes de él. Le habían pegado otras veces, una paliza significaba que no lo acusarían de violación, y de todas maneras la muchacha era el único testigo y era evidente que no estaba herida. Su rostro se crispó, no pudo evitarlo, luego recordó cómo la chica le había enfurecido haciendo que precipitara el ataque, y decidió que la misma táctica funcionaría con un Sharpe furioso.

—Putas para los oficiales, ¿no es así, capitán? ¿Cuánto cuesta? Yo puedo pagar sus porquerías.

Harper gruñó, Teresa empezó a adelantarse, pero Sharpe los detuvo a ambos. Tan sólo miraba a Hakeswill, dio dos pasos hacia él, parecía que no hubiera oído lo que había dicho el sargento. Se aclaró la voz, habló con voz suave.

—Sargento Hakeswill, usted y yo, sin haberlo elegido; nos encontramos en la misma compañía. ¿Me entiende?

Hakeswill asintió con la cabeza. ¡Así que el cabroncete advenedizo iba a ejercer de oficial! Sharpe hablaba con calma.

—Tenemos tres reglas en esta compañía, sargento, ¿me escucha?

—¡Sí, capitán!

Hakeswill deseaba a la zorra. La conseguiría cuando llegara el momento.

—Esas reglas son las siguientes, sargento. —Sharpe hablaba con moderación, como un capitán a un oficial no ascendido pero valioso, aunque no tenía ni idea de si era capitán o no—. Primero, que luchen bien, que luchen para ganar. Yo sé, sargento, que usted es capaz de eso, le he observado.

—¡Sí, capitán! —contestó Hakeswill.

—Segundo, que ningún hombre se emborracha sin mi permiso. —Sharpe se preguntaba si su permiso valdría tanto como una bala de mosquete usada dentro de pocas horas, pero luego dejaría a Rymer que cuidara del teniente Price—. ¿Entendido?

—¡Sí capitán!

—Bien. Y tercero, sargento. —Sharpe se encontraba ahora a dos pasos de Hakeswill, no hacía caso de las amenazas que murmuraba Teresa en español—. Tercero, sargento, que no robe nada, salvo del enemigo, y salvo que esté muerto de hambre. ¿Entendido?

—¡Capitán! —Hakeswill se reía por dentro. ¡Sharpe se había vuelto tan blando como la mantequilla!

—Me alegro de que lo entienda, sargento. ¡Chitón!

Hakeswill se cuadró y Sharpe le dio una patada en la entrepierna. Hakeswill se vino hacia adelante de golpe y la mano derecha del oficial estalló en su cara,

demasiado arriba, pero con la suficiente fuerza como para enviarlo hacia atrás tambaleándose.

—¡Chitón! ¡Yo le diré cuándo se puede mover, cabrón!

La costumbre había paralizado al sargento, tal como Sharpe había supuesto. La supervivencia de Hakeswill en el ejército dependía de la obediencia absoluta a las órdenes. Aparte de eso, cualquier cosa podía hacerse, pero desobedecer las órdenes era arriesgarse a perder sus galones, sus privilegios y su posición para atormentar a los demás. Hakeswill estaba bien lastimado, pero se quedó quieto. Tal vez, pensó el sargento, Sharpe no había sido tan blando como él pensaba, pero ningún hombre vencía a Obadiah Hakeswill y vivía para jactarse de ello. Sharpe volvió la cara hacia él.

—Me alegro de que me entienda, sargento, porque eso nos hará la vida más fácil. ¿No cree?

—¡Capitán! —contestó Hakeswill como si fuera un gruñido de dolor.

—Bien. ¿Qué le hacía a mi mujer?

—¿Capitán?

—Me ha oído, sargento.

—Conocernos, capitán.

Sharpe lo volvió a golpear con fuerza en la enorme barriga, y de nuevo Hakeswill se dobló hacia adelante y de nuevo Sharpe le dio un revés en la cara, esta vez en la nariz de forma que le empezó a salir sangre.

—¡Quieto!

Hakeswill temblaba de rabia, eran años de disciplina los que le permitían luchar contra el deseo de devolver el golpe, pero se quedó quieto, en posición de firme, y luego el espasmo involuntario le sacudió la cabeza y Sharpe volvió a chillar.

—¡Quieto! ¡No le doy permiso para moverse! —Sharpe se acercó más a Hakeswill, casi invitándolo a pegarle—. ¿Y qué pasará luego, Hakeswill? Supongo que la compañía empezará a perder cosas. Botas de repuesto, teteras de campo, blanco de España, cepillos, cinturones y el bueno del sargento Hakeswill informará de las pérdidas, ¿no es así? —Hakeswill no se movía—. Y luego vendrá el sabotaje en las armas. Hilos deshechos en el tornillo del pedernal, tambores que desaparecen, barro bajo los cañones de las armas. Conozco sus trucos. ¿Cuántos hombres habrá que azotar antes de que todos le den dinero? ¿Tres?, ¿cuatro?

Se hizo un silencio ominoso en el establo. Fuera se oían unos perros que gañían excitados, pero Sharpe no prestó atención. Teresa se adelantó.

—¿Por qué no lo matas? Déjame a mí.

—No lo sé. —Sharpe miró fijamente la cara malévol y destrozada del sargento—. Porque dice que no se le puede matar y cuando lo mate quiero que sea en público. Quiero que sus víctimas sepan que muere, que alguien se vengó por ellos, y si lo

hacemos ahora tendrá que ser a escondidas. No quiero que sea así. Quiero miles de ojos observándole, entonces lo mataré. —Le dio la espalda al sargento y miró a Harper—. Abra la puerta.

Sharpe se hizo a un lado, se volvió hacia Hakeswill.

—Salga y camine. Simplemente salga de aquí, sargento, y siga caminando. Dos leguas más y se puede poner un uniforme azul. Haga algo por su país, Hakeswill, deserte.

Sus ojos azules clavaron su mirada en Sharpe.

—¡Permiso para irme, capitán! —Todavía estaba dolorido.

—Vaya.

Harper aguantó la puerta entreabierta. Estaba desilusionado. Él quería machacar a Hakeswill, borrarlo, y cuando el sargento pasó junto a él le escupió. Hakeswill empezó a cantar en voz baja: «Su padre era irlandés y su madre era una cerda...».

Harper le dio un puñetazo. Hakeswill paró el golpe y se volvió al gigantón del irlandés. Eran de la misma corpulencia, pero Hakeswill todavía estaba dolorido: Soltó una patada, falló y sintió que los golpes le daban en los antebrazos y en la cabeza. ¡Cielos! ¡Pero si el irlandés era una bestia!

—¡Basta! —chilló Sharpe.

Habían llegado demasiado lejos. Harper le iba pegando una y otra vez, le daba golpes con la cabeza, pero una mano lo agarró por el hombro y lo separó.

—¡He dicho basta!

Hakeswill no veía nada después de los golpes. Blandió un puño hacia un uniforme vagamente verde y Sharpe se echó hacia atrás, levantó una pierna y le empujó a Hakeswill en la barriga. El sargento cayó hacia atrás, bajo la luz del sol, chapoteando en un charco de meados de caballo. Sharpe miró a Harper. No estaba herido, pero miraba fijamente al interior del patio, por encima de la cabeza de Hakeswill. La cara del irlandés mostraba sorpresa y aturdimiento.

Sharpe miró hacia la luz. Parecía que el patio estaba lleno de perros, perros raposeros con las colas levantadas, explorando al hombre caído en el charco maloliente. En el centro de los perros un caballo; un caballo negro, grande y recientemente almohazado, montado por un teniente coronel que mostraba, bajo su bicornio, una expresión de auténtico desagrado. El teniente coronel bajó la vista hacia el sargento, al que le sangraban la muñeca, la nariz y la mejilla, y luego los ojos de pedernal volvieron a mirar a Sharpe. El jinete agarró con las manos una fusta, sus botas llevaban unas borlas exquisitas, mientras que su cara, por encima de la charretera coronada, era el tipo de cara que Sharpe esperaba ver al otro lado de un tribunal de condado. Era una cara tan astuta y tan arrugada por la experiencia, que Sharpe intuyó que ese hombre podía fijar la reja de un arado con tanta destreza como sofocar una rebelión.

—Supongo que usted es el señor Sharpe.

—Sí, mi coronel.

—Infórmeme a las doce y media, Sharpe.

Los ojos revolearon por el grupo, desde Sharpe hasta el sargento irlandés, luego hacia la muchacha con la bayoneta. El teniente coronel golpeó con la fusta al caballo, éste se puso en marcha y los perros abandonaron a Hakeswill y lo siguieron. El jinete no se había presentado, no fue necesario. Al otro lado de un charco de orines, en medio de una pelea por una mujer, Sharpe acababa de conocer a su nuevo coronel.

Capítulo 10

—¿Pronto, Richard?

—Pronto.

—¿Sabes dónde encontrarme?

Sharpe asintió con la cabeza.

—En la casa de Moreno, en una calle estrecha detrás de la catedral.

Teresa sonrió, se inclinó para darle unas palmaditas al caballo en el cuello.

—Y hay dos naranjos en el patio frente a la casa. Es fácil de encontrar.

—¿Estarás bien?

—Claro. —Echó una mirada a los centinelas portugueses que mantenían la puerta principal abierta—. Me he de ir, Richard. Que seas feliz.

—Lo haré. Y tú. —Le costó sonreír, y las siguientes palabras le sonaron raras—. Dale recuerdos a la niña.

Ella le sonrió.

—Lo haré. La verás pronto.

—Lo sé.

Y luego se fue, los cascos de su caballo resonaron en el túnel oscuro y abovedado de la puerta de entrada, y él observó cómo los soldados portugueses corrían el rastrillo y cerraban las puertas interiores. Estaba solo; no, solo del todo no, ya que Harper lo esperaba en la parte alta de la calle, pero se sentía solo. Al menos creía que Teresa estaría a salvo. Los comerciantes todavía negociaban con Badajoz, sus convoyes todavía se dirigían al norte, al este y al sur, y Teresa rodearía la ciudad en busca de un convoy, y cabalgaría a salvo hasta la casa con dos naranjos. Tan sólo estaba a unas tres leguas de distancia, era un trayecto fácil, pero él sentía como si estuviera al otro lado del mundo.

Harper le cogió el paso y se puso a su lado, con cara larga.

—Lo siento, capitán.

—No importa.

El sargento suspiró.

—Sé que quería causarle buena impresión al coronel. Lo siento.

—No es culpa suya. Debí haber matado a aquel cabrón en el establo.

Harper sonrió, burlón.

—¡Ay!, debería. ¿Quiere que lo haga yo?

—No. Yo y en público.

Pasaron unas carretas de bueyes cargadas hasta arriba de arados, gaviones y grandes vigas de madera que se convertirían en plataformas para los cañones. Elvas se estaba pertrechando de material para el asedio; tan sólo faltaban los cañones que se venían arrastrando por las carreteras desde el río Tajo y que traían consigo la promesa

de otra brecha, de otro destacamento suicida.

—¿Capitán? —preguntó Harper turbado.

—¿Sí?

—¿Es cierto?

—¿El qué es cierto?

El irlandés bajó la mirada hacia Sharpe desde sus alturas.

—¿Que va a perder la compañía? He oído que hay un capitán nuevo, un joven del 51.

—No lo sé.

—A los chicos no les va a gustar, capitán, no les va a gustar.

—Los chicos tendrán que aguantarse.

—Dios salve a Irlanda. —Subieron unos pasos en silencio, arriba, hacia el centro de la ciudad—. ¿Así que es cierto?

—Probablemente.

Harper sacudió la cabeza imponente, lentamente.

—Dios salve a Irlanda. No me lo hubiera creído nunca. ¿Hablará con el general?

Sharpe negó con la cabeza. Lo había pensado, pero desechó la idea. Una vez le salvó la vida a Wellington, pero esa deuda hacía tiempo que estaba saldada y el general ya lo había ascendido a capitán una vez. Wellington no tenía la culpa de que el ascenso fuera rechazado, o que un abogado hubiera vendido un ascenso ilegalmente. Eso sucedía muchas veces.

—No puedo ir tras él cada vez que surge un problema. —Se encogió de hombros—. Ya se presentará algo, Patrick, siempre es así.

Harper, sin apaciguarse, dio un puñetazo en una pared, asustando a un perro que dormía.

—¡No me lo creo! ¡No pueden hacerlo!

—Sí pueden.

—Luego son tontos. —Harper pensó un momento—. ¿Está pensando en trasladarse?

—¿Dónde?

—¿Volver a los fusileros?

—No sé. Todavía no hay nada seguro. De todas maneras, los fusileros tienen todos los oficiales necesarios, e incluso más.

—Así que lo ha pensado. —Harper asintió con la cabeza—. ¿Me promete una cosa?

Sharpe sonrió.

—Ya sé, y la respuesta es sí.

—Por Dios, yo no me quedaré aquí sin usted. Yo volveré a los fusileros con usted. Necesita a alguien sensato cerca de usted.

Se dirigieron hacia la casa de los oficiales cuando el gran banco de nubes envolvía Elvas en una sombra que presagiaba lluvia. Sharpe se detuvo en la arcada.

—Le veré a las cuatro.

—Hey, capitán, espero que sea usted.

Iba a haber una revista a las cuatro en la que el coronel Windham inspeccionaría su nuevo batallón.

Sharpe asintió con la cabeza.

—Yo también. Haga que resulte una buena presentación.

No sabía dónde estaría Windham, así que se detuvo en la entrada y vio una ristra de chacos nuevos y limpios sobre la mesa. No podía hacer frente a la gran sala de oficiales, a las miradas compasivas de sus compañeros y a la inevitable confrontación con Rymer, así que se quedó en la entrada mirando un gran cuadro triste en el que un sacerdote con sotana blanca se quemaba en una estaca. Los soldados que alimentaban el fuego tenían cara de malos, de comadreas, y se suponía obviamente que eran los ingleses, mientras que el sacerdote mártir tenía un aire etéreo de perdón y martirio. Sharpe deseó que el cabrón hubiera sufrido.

—¿Capitán Sharpe?

El se volvió. Un comandante pequeño con un bigote recortado lo miraba desde la puerta.

—¿Señor?

—Collett. Comandante Collett. Me alegro de conocerle, Sharpe. He oído hablar de usted, por supuesto. Por aquí.

Sharpe lamentaba la falta de caridad que había sentido por el sacerdote que seguía quemándose, se preguntaba si ese deseo maligno le traería mala suerte, así que levantó la vista hacia el cuadro y le guiñó el ojo al hombre.

—Lo siento.

—¿Decía, Sharpe?

—Nada, señor, nada.

Siguió a Collett hacia el interior del salón de la casa; una habitación rodeada de más pinturas tristes y religiosas y con amplias cortinas marrones que parecían envolver la habitación en una noche anticipada. El coronel Windham estaba sentado junto a una mesa baja, daba de comer restos de carne a sus perros y no levantó la vista mientras Collett conducía a Sharpe al interior de la habitación.

—¡Comandante! Éste es Sharpe, mi comandante.

Collett podía ser el gemelo de Windham; las mismas piernas arqueadas de jinete, la misma piel curtida y el mismo corte de cabello, pero cuando el coronel levantó la vista, Sharpe percibió en la cara de Windham unos rasgos de astucia que le faltaban al comandante. El coronel hizo una señal afable con la cabeza.

—¿Le gustan los perros, Sharpe?

—Sí, comandante.

—Son bestias fieles, Sharpe. Deles de comer con regularidad, deles alguna patada a menudo y harán cualquier cosa por usted. Igual que los soldados, ¿no es así?

—Sí, comandante.

Él estaba de pie, con el chacó en la mano, y Windham le hizo un gesto con la mano señalándole una silla.

—Me traje a las bestias conmigo. He oído que hay buena caza. ¿Usted caza, Sharpe?

—No, mi comandante.

—¡Buena caza! ¡Buena caza! —Sostenía un trozo de carne de buey en lo alto, jugaba con un sabueso de manera que el perro saltaba en vano, cada vez más alto, hasta que Windham dejó caer la comida y el perro la atrapó a medio camino en el aire, y se la llevó, gruñendo, bajo la mesa—. No hay que mimarlos, por supuesto. Es malo para ellos. Ésa es Jessica, mi mujer. —Señalaba la mesa.

—¿Su qué, comandante?

—Mi mujer, Sharpe, mi mujer. Se llama Jessica. La señora del coronel, y ese tipo de cosas. La señora Windham.

Presentó los diversos tratamientos con que podía referirse a su mujer con voz rápida y Sharpe entendió que no se refería al perro bajo la mesa, sino a un retrato ovalado, de unos quince centímetros de alto, que había encima del perro. El retrato estaba montado en un marco de plata con magníficas filigranas y mostraba a una mujer con cabello oscuro, barbilla pequeña y expresión hosca. Sharpe tuvo la clara sensación de que el perro debía resultar mejor compañero, pero al coronel se le suavizó la cara cuando miró el retrato.

—Una mujer buena, Sharpe, una mujer buena. Una fuerza para el bien de la sociedad.

—Sí, comandante.

Sharpe empezaba a sentirse ligeramente confuso. Había venido a la reunión esperando que le hablaran de la compañía, de Rymer, incluso esperaba que lo reprenderían por el alboroto en el establo del patio, pero, en cambio, el nuevo coronel del batallón estaba exaltando las virtudes de una buena esposa.

—Tiene mucho interés, Sharpe, mucho. Le conoce. Me escribió cuando le dije que tomaba el mando del batallón y me envió el recorte de un periódico. Ella cree que ha hecho usted bien, Sharpe.

—Sí, señor.

—Está ansiosa de ver a gente que mejora. ¿No es así, Jack?

—Así es, coronel.

Collett pronunció las palabras con tal prontitud que Sharpe se preguntó si su papel en la vida era el de estar de acuerdo con todo lo que dijera el coronel. Windham

volvió a poner el retrato sobre la mesa. Había estado aguantándolo, meciéndolo entre sus manos.

—¿Qué era lo de esta mañana, Sharpe?

—Una disputa privada, señor. Ya está arreglada. —Sintió una punzada de satisfacción al recordar los puñetazos que le había dado a Hakeswill.

Windham no estaba satisfecho.

—¿Por qué era la discusión?

—Había insultado a la muchacha, mi coronel.

—Ya veo. —La expresión era de profunda desaprobación—. ¿Una chica de aquí?

—Española, mi coronel.

—Siguiendo a las tropas, sin duda. Quiero que haga que se marchen las mujeres, Sharpe. Las esposas se pueden quedar, por supuesto, pero hay demasiadas putas. No está bien. ¡Haga que se larguen!

—¿Cómo dice, mi coronel?

—Las putas, Sharpe. Que las eche.

Windham asintió con la cabeza como si, una vez dada la orden, la ejecución también se hubiera llevado a cabo. Sharpe vio que le echaba una ojeada al retrato de la severa Jessica y el fusilero sospechó que el gran interés de la señora Windham por el batallón se extendía, por carta, a su salud moral.

—¿Hacia dónde las echo, mi coronel?

—¿Qué quiere decir?

—¿Al siguiente batallón, coronel?

Collett se puso rígido, pero Windham no se dio por aludido.

—Ya le entiendo, Sharpe, pero quiero que se desanimen. ¿Me entiende? He de dar un castigo ejemplar a los hombres que hayan sido cogidos peleándose por mujeres.

—Sí, mi coronel.

El coronel hacía ver que estaba atareado.

—Número dos, Sharpe. Las esposas del batallón han de formar para revista cada domingo. A las diez de la mañana. Usted las hace formar y yo pasaré revista.

—Una revista de esposas, coronel. Sí, mi coronel.

Sharpe se calló lo que pensaba. Tal clase de revistas no resultaba inusual en Inglaterra, pero era raro en España. Oficialmente las esposas estaban sujetas a la disciplina del ejército, aunque muy pocas de ellas lo aceptaban y Sharpe sospechaba que el domingo próximo sería divertido, si no otra cosa. Pero, ¿por qué él? ¿Por qué no uno de los comandantes o incluso el sargento más veterano?

—A las diez en punto, Sharpe. Y no quiero en la revista a ninguna mujer que no esté casada. Dígaselo. Les pediré los papeles. ¡No quiero a nadie como esa muchacha de esta mañana!

—Ésa era mi mujer, coronel.

Sharpe no tenía ni idea de por qué dijo eso, a menos que fuera para romper esa atmósfera de seguridad que mostraba Windham, y funcionó. El coronel abrió la boca, miró a Collett en busca de ayuda, pero no la recibió, y volvió a mirar fijamente a Sharpe.

—¿Cómo?

—Mi mujer, coronel. La señora Sharpe.

—¡Santo cielo! —El coronel rebuscó entre los papeles que había al lado del retrato de su mujer—. Aquí no hay ninguna nota respecto a su matrimonio.

—Fue en la intimidad, mi coronel.

—¿Cuándo? ¿Quién le dio permiso?

—Hace dieciséis meses, coronel. —Sonrió al coronel—. Tenemos una hija de casi ocho meses.

Se dio cuenta de que el coronel estaba sumando los números y que no le cuadraban; eso resultó eficaz, pues no le hizo más preguntas. Windham estaba violento.

—Le debo una disculpa, Sharpe. No quería ofenderle.

—No, mi coronel. —Sharpe sonrió.

—Vive con el batallón, ¿no es así? Me refiero a la señora Sharpe.

—No, mi coronel. En España. Tiene trabajo allí.

—¡Trabajo! —Windham parecía receloso—. ¿Qué hace?

—Mata franceses, coronel. Es guerrillera, conocida como «La Aguja».

—¡Santo cielo! —soltó Windham.

Lawford y una docena de personas le habían hablado de Sharpe y él había interpretado la información como una especie de aviso. Sharpe, le habían dicho, era un hombre independiente, eficaz en la batalla, pero capaz de usar medios irregulares para conseguir el éxito. Había ascendido de soldado raso, el coronel lo sabía, lo cual debía ser un inconveniente. Windham no había conocido nunca a un hombre, que proviniera de la tropa, que fuera un oficial de éxito. O el poder o la bebida se les subía a la cabeza, y tanto en un caso como en otro, los soldados normalmente les guardaban rencor. Sin embargo eran buenos para, una cosa: la administración. Conocían el sistema al dedillo, mucho mejor que los demás oficiales, y eran los mejores maestros instructores del ejército. Era cierto que Lawford le había comentado que Sharpe era una excepción, pero Windham tenía quince años más que Lawford y suponía que conocía mejor el ejército. Reconocía que la hoja de servicios de Sharpe era magnífica, pero también resultaba evidente que al hombre se le había dado una libertad inusual, y la libertad, tal como sabía Windham, era algo tremendamente peligroso. Le podía dar a un hombre ideas muy por encima de su puesto, pero así y todo era reacio a cortarlo, aunque ése fuera su deber. A Windham le gustaba saltar las vallas directamente, sin embargo ahora se encontraba allí,

¡temblando como una vieja sobre un rocín que busca un hueco en el seto!

—He tenido suerte, Sharpe.

—¿Suerte, mi coronel?

—Con mis efectivos.

—Sí, coronel.

Sharpe se sentía como un hombre que sabe que se acerca la ejecución, pero no se lo creía, ahora los cañones del escuadrón apuntaban.

—Once capitanes, ¡es demasiado!

—Sí, mi coronel.

Windham echó una mirada a Collett, pero el comandante tenía la vista baja y no resultaba de ninguna ayuda. ¡Maldita sea! ¡Directo al obstáculo!

—Rymer ha de quedarse con la compañía, Sharpe. Lo ha comprado con su dinero. Usted entenderá que tiene derecho, estoy seguro.

Sharpe no replicó. Su rostro se quedó inexpresivo. Había esperado eso, pero no por ello le resultaba menos amargo. Así que Rymer se quedaba con el premio porque tenía dinero. El hecho de que Sharpe hubiera capturado un águila, o de que Wellington lo hubiera descrito como el mejor jefe de tropas ligeras del ejército, no contaba para nada. Eran cosas que no significaban nada comparadas con el sistema de compra. Si Napoleón Bonaparte se hubiera alistado en el ejército británico, en lugar de hacerlo en el francés, se hubiera sentido afortunado si hubiera conseguido llegar a capitán en lugar de llegar a emperador de medio mundo. ¡Maldito Rymer, maldito Windham, maldito ejército en pleno! Sharpe tenía ganas de marcharse y quitarse de encima a todo aquel sistema injusto. Se oía repiquetear la lluvia en la ventana. Windham levantó la cabeza, igual que habían hecho los sabuesos que tenía a sus pies.

—¡Lluvia! —exclamó el coronel dirigiéndose a Collett—. Tengo las mantas aireándose, Jack. ¿Le importaría despertar a mi ayudante?

Collett se marchó complaciente y Windham se reclinó.

—Lo siento, Sharpe.

—Sí, mi coronel. ¿Y el nombramiento?

—Rechazado.

Así que ahí estaba. El pelotón de ejecución apretó el gatillo y Richard Sharpe soltó una risa sardónica, burlona, que hizo que Windham frunciera el ceño. ¡Otra vez teniente!

—Así que, ¿qué he de hacer, coronel? —Sharpe dejó que la amargura se notara en su voz—. ¿He de informar al capitán Rymer?

—No, señor Sharpe, no. Para el capitán Rymer su presencia resultaba incómoda, estoy seguro de que usted lo entenderá. Hay que darle tiempo a que se instale. Yo le mantendré ocupado.

—Me olvidaba, mi coronel. Estoy al cargo de las mujeres ahora.

—¡No sea impertinente, Sharpe! —Windham se adelantó de golpe, asustando a los perros—. No lo entiende, ¿verdad? Hay reglas, órdenes, reglamentos, Sharpe, que gobiernan nuestras vidas. Si no hacemos caso de esas reglas, por muy pesadas que sean, entonces le abrimos las puertas a la anarquía y a la tiranía; ¡las verdaderas cosas contra las que luchamos! ¿Lo entiende?

—Sí, mi coronel.

A Sharpe le parecía que resultaría inútil decir que las reglas, las órdenes y los reglamentos estaban hechos por los privilegiados para proteger a los privilegiados. Siempre había sido así y así seguiría siendo. La única cosa que podía hacer ahora era salir con los jirones de dignidad intactos y luego emborracharse. Mostrar al compañero teniente Price cómo se derrumbaba un verdadero experto.

Windham se echó hacia atrás.

—Vamos a Badajoz.

—Sí, coronel.

—Usted es el teniente más antiguo.

—Sí, coronel —las respuestas de Sharpe eran indiferentes.

—¡Allí habrá vacantes, hombre! Si atacamos.

Eso era cierto, y Sharpe asintió con la cabeza.

—Sí, coronel.

—Puede hacer intercambio. —Windham miró a Sharpe expectante.

—No, coronel.

Siempre había oficiales que encontraban que sus regimientos iban a lugares impopulares tales como las islas Fever y que ofrecerían intercambiarse con otro oficial que estuviera en un batallón más cerca de las mesas de juego y lejos de las enfermedades raras. Normalmente ofrecían un soborno en metálico para facilitar el intercambio, pero Sharpe no se atrevía a dejar España, mientras Teresa y Antonia estuvieran encerradas en Badajoz. Prestó atención a la lluvia que golpeaba en la ventana y pensó en la muchacha, ahora cabalgando camino de Badajoz.

—Me quedaré, mi coronel.

—¡Bien! —dijo Windham poco complacido—. Hay mucho trabajo. Hay que ordenar la recua de muías, ya lo he visto, y, sabe Dios, nos van a inundar de piquetas y palas. Hay que contar todo.

—¿Al cargo de mulas, piquetas y mujeres, mi coronel?

Los ojos de Windham captaron el desafío.

—Sí, señor Sharpe, si insiste.

—Un trabajo adecuado, coronel, para el teniente de más edad.

—Teniente, esto será una buena cura de humildad.

—Sí, mi coronel.

Una cualidad importante en un soldado, la humildad. Sharpe soltó otra risa

sardónica. La humildad no había capturado el cañón en Ciudad Rodrigo, ni abierto un camino por las cerradas calles de Fuentes de Oñoro, ni había traído el oro desde España, ni había capturado el águila del imperio al enemigo, ni había rescatado al general, ni había sacado a un grupo de fusileros hambrientos de una derrota total, ni había matado al sultán Tippoo, y la risa sardónica de Sharpe se hizo auténtica. Era arrogante; tal vez Windham tenía razón. Necesitaba humildad. Ahora haría formar a las esposas y contaría las palas. Ninguna de estas actividades requería mucha iniciativa ni dotes de mando, y las muías eran notablemente parcas en decisiones rápidas y seguras: la humildad era mejor. Sería humilde.

—¿Coronel?

—¿Sí?

—Una petición.

—Diga.

—Quiero estar al mando de un escuadrón suicida en Badajoz, mi coronel. Me gustaría que remitiera mi nombre ahora. Ya sé que es pronto, pero le agradecería que así lo hiciera.

Windham se quedó mirándolo.

—Es usted un hombre desequilibrado.

Sharpe negó con la cabeza. No iba a explicarle que quería un ascenso que ningún hombre pudiera quitarle, y que quería probarse a sí mismo en una brecha porque nunca lo había hecho. ¿Y si moría, como seguramente sucedería, y no viera nunca a su hija? Entonces ella sabría que su padre había muerto intentando alcanzarla, conduciendo un ataque, y estaría orgullosa.

—Lo quiero, mi coronel.

—No lo necesita, Sharpe. Habrá ascensos en Badajoz.

—¿Remitirá mi nombre, mi coronel?

Windham se levantó.

—Piénselo, Sharpe, piénselo. —Le señaló la puerta—. Informe al comandante Collett por la mañana. —La entrevista había ido bastante peor de lo que él había temido y el coronel sacudió la cabeza—. No lo necesita, Sharpe, no. Ahora, que pase un buen día.

Sharpe no se dio cuenta de que llovía. Se quedó mirando al otro lado del valle hacia la fortaleza. Pensó en Teresa, encerrada dentro de unas murallas, y supo que había de entrar por la brecha, pasara lo que pasara. La restitución de su rango y, siendo optimistas, el mando de su compañía lo exigían, pero sobre todo y porque era un soldado, era un orgullo. Le habían dicho que los mansos heredarían la tierra, pero solamente cuando el último soldado así lo dejara en su testamento.

Capítulo 11

—¡Sargento Hakeswill, señor! ¡Informando al teniente Sharpe, señor, como se le ha ordenado, señor! —Dio un taconazo con la bota derecha al cuadrarse, el brazo tembló al saludar, la cara se crispó, aunque dejaba entrever su regocijo.

Sharpe devolvió el saludo. Habían pasado ya tres semanas desde su degradación, pero todavía le dolía. El batallón, desconcertado, le llamaba «señor» o «señor Sharpe». Tan sólo Hakeswill hurgaba en la herida. Sharpe le señaló la porquería que había en el suelo.

—Eso es. Selecciónelo.

—¡Teniente! —Hakeswill se volvió hacia el grupo de trabajo de la compañía ligera—. ¡Ya han oído al teniente! ¡Selecciónenlo y muévanse, malditos! El capitán nos quiere de vuelta.

Hagman, el viejo fusilero, el mejor tirador de la compañía, que llevaba sirviendo con Sharpe siete años, dirigió a su antiguo capitán una sonrisa triste.

—Un día asqueroso, señor.

Sharpe asintió con la cabeza. La lluvia había cesado, pero parecía que pronto llovería de nuevo.

—¿Cómo van las cosas, Dan?

El fusilero sonrió burlón, se encogió de hombros y miró a su alrededor para ver si Hakeswill escuchaba.

—Horroroso, señor.

—¡Hagman! —vociferó Hakeswill—. El que seas el más viejo no significa que no tengas que trabajar. ¡Ven aquí, maldito, deprisa!

El sargento le sonrió a Sharpe con ironía.

—Lo siento, teniente, señor. No podemos pararnos a charlar. Hay trabajo que hacer. —Hizo rechinar los dientes, sus ojos azules parpadearon con rapidez—. ¿Cómo está su señora, señor? ¿Bien? Deseaba reanudar la amistad. ¿Está en *Badayós*? —Se rió y se volvió para irse, de vuelta al grupo de trabajo que estaba rescatando las palas que se habían caído de un carro al que se le había roto el eje.

Sharpe no hizo caso de las burlas porque reaccionar era proporcionarle a Hakeswill la satisfacción de tenerle intranquilo, retiró la vista del carro y se quedó mirando el río crecido y de aguas turbias. Badajoz. Tan sólo a unas leguas; una ciudad construida en un recodo formado por el río Guadiana y el afluente Rivillas. La ciudad estaba dominada por la Alcazaba, castillo árabe elevado sobre una colina rocosa que se erguía allí donde la corriente del Rivillas desembocaba en el Guadiana. El ejército había marchado desde Elvas aquella mañana y ahora esperaban a que los ingenieros dieran los últimos toques al puente de pontones que llevaría a los británicos a la orilla sur donde se asentaba la ciudad de Badajoz. Cada pontón,

reforzado con tirantas de madera, pesaba dos toneladas, y los botes torpes y oblongos que ahora arrastraban unos bueyes se habían traído flotando por el Guadiana. Ahora estaban todos amarrados, anclados contra el río crecido por la lluvia, y en la superficie los ingenieros habían dispuesto enormes cables de trece pulgadas. El agua formaba una espuma sucia por entre los botes, mientras que en el extremo de los cables se colocaban los tablones a golpes, con una rapidez que demostraba la práctica que habían adquirido los ingenieros en cruzar los ríos de España. Casi antes de que los últimos tablones estuvieran en su sitio, los primeros carros iban cruzando y los hombres echaban a paladas arena y tierra sobre los tablones para hacer una rudimentaria carretera.

—¡Adelante!

Las primeras tropas empezaron a atravesarlo, eran los hombres de la recién llegada brigada de caballería pesada que iban acompañando a sus caballos. Los animales se mostraban nerviosos sobre el puente, pero lo cruzaron; Badajoz pronto estaría rodeada de tropas.

En la otra orilla, la caballería montada se disponía en escuadrones. Cuando los primeros infantes empezaron a cruzar, los jinetes espolearon los caballos y se dirigieron al trote hacia la ciudad. Poco era lo que podían hacer contra las murallas; era una demostración, un alarde y un intento de desmoralizar al puñado de caballería francesa que había en el interior de Badajoz por si se sentían tentados a cabalgar contra la cabeza del puente.

Empezó a llover. La lluvia formaba burbujas en las aguas oscuras, éstas se arremolinaban y empapaban a las ya mojadas tropas que cruzaban el río y giraban a la izquierda hacia la ciudad. Una vez se oyeron vítores provenientes de la infantería cuando un disparo de cañón retumbó desde Badajoz. Un escuadrón de la caballería pesada cabalgó demasiado cerca de las murallas y un cañón francés disparó, pero los jinetes británicos galopaban con ignominia fuera de su alcance. El clamor resultaba una ironía. La infantería podía morir pronto víctima de los cañones, pero de todas formas era bueno ver a la elegante caballería que les daba una lección. Ningún jinete habría de penetrar en las brechas de Badajoz.

El South Essex se había convertido en muías de carga. Los ingenieros tenían más de cien carros esperando para atravesar el río y a dos se les había partido el eje. El South Essex tendría que transportar su cargamento por el agua. Windham refrenó el caballo junto a Sharpe.

—¿Todo preparado, señor Sharpe?

—Sí, coronel.

—¡Mantenga el equipaje cerca cuando crucemos!

—Sí, coronel. —No, coronel, tres bolsas llenas, coronel—. ¿Coronel?

—¿Señor Sharpe? —Windham tenía ganas de irse.

—¿Ha presentado mi petición, coronel?

—No, señor Sharpe, demasiado pronto, ¡lo siento! —El coronel se tocó la punta del bicornio, dio la vuelta y se marchó.

Sharpe envainó la espada, le resultaba inútil para contar palas y picos, y caminó por el barro hacia el equipaje del batallón. Cada compañía tenía una mula que transportaba los libros, el papeleo interminable que conllevaba el rango de capitán, algunos míseros víveres y, de forma un tanto ilegal, también el equipaje de algunos oficiales. Otras muías transportaban las vituallas del batallón; los arcones con armas de repuesto, uniformes, más papeles y la siniestra carga del cirujano. Mezclados con las muías iban los criados de los oficiales, con caballos de repuesto y de carga, y, en medio de todo ello, los niños. Chillaban y jugaban entre las patas de los animales, vigilados por sus madres, acurrucadas en improvisados refugios a la espera de las órdenes de ponerse en marcha. Según el reglamento debía haber sesenta esposas con el batallón, pero inevitablemente y después de tres años de guerra, el South Essex había reunido bastantes más. Había casi trescientas mujeres que marchaban con el batallón e igual número de niños. Eran una mezcla de inglesas, irlandesas, escocesas, galesas, españolas y portuguesas; había incluso una francesa, abandonada en la batalla de Fuentes de Oñoro, que decidió quedarse con sus captores y se casó con un sargento de la compañía de Sterritt. Algunas eran prostitutas que iban tras los tristes peniques del ejército, otras eran verdaderas esposas con papeles que lo atestiguaban, y no pocas se llamaban esposas y no necesitaban la ceremonia de la boda. Todas eran mujeres bregadas. Muchas se habían casado dos o tres veces durante la guerra al haber perdido a sus maridos por una bala francesa o una fiebre española.

La mañana anterior, Windham había cancelado la formación de mujeres. En un cuartel la formación tenía cierto sentido; le permitía al coronel tener contacto con las familias y le proporcionaba a un buen oficial la oportunidad de detectar casos de malos tratos, pero a las mujeres del South Essex no les gustaba pasar revista, no estaban acostumbradas y ya habían manifestado su disconformidad. La primera vez que Sharpe hizo que se alinearan para la revista de Windham, la mujer del soldado Clayton, una muchacha bonita, le estaba dando de mamar a su bebé. El coronel se detuvo, bajó la mirada y frunció el ceño.

—¡Éste no es el momento, mujer!

Ella sonrió burlonamente, levantando el pecho hacia él.

—Cuando *tié* hambre, *tié* hambre, igualito que su padre.

Se oyó un coro de risas entre las mujeres y burlas de los hombres. Windham se marchó. Jessica hubiera sabido qué hacer, pero él no.

Ahora, cuando Sharpe se acercaba al equipaje empapado por la lluvia, las mujeres le sonreían con ironía desde debajo de las mantas. Lily Grimes, una mujercita de alegría incontenible, y con una voz con la cualidad penetrante de una bayoneta bien

afilada, lo saludó con cierta burla.

—¿Ya no nos hace formar, capitán? —Las mujeres siempre lo llamaban capitán.

—Así es, Lily.

Ella sorbió por la nariz.

—Está loco.

—¿Quién?

—El maldito coronel. ¿Para qué quería hacernos formar?

Sharpe sonrió burlonamente.

—Se preocupa por vosotras, Lily. Os quiere cuidar.

Ella negó con la cabeza.

—Más bien le quiere ver las tetas a Sally Clayton. —Se echó a reír y levantó la vista hacia Sharpe—. Usted tampoco apartó la vista, capitán. Yo le observé.

—Tan sólo deseaba que hubieras sido tú, Lily.

Ella soltó una risotada.

—Cuando quiera, capitán, no tiene más que pedirlo.

Sharpe se echó a reír y se alejó de ella. El admiraba a las esposas, le gustaban. Soportaban todas las incomodidades de la campaña: las noches bajo la lluvia, las raciones escasas, las largas marchas y, sin embargo, nunca abandonaban. Veían cómo sus hombres entraban en batalla y después buscaban en el campo el cadáver o el cuerpo herido de un marido; no dejaban de ocuparse de los niños y cuidaban a sus hombres. Sharpe había visto a Lily cargar con dos de sus hijos por una carretera empinada, el mosquete de su marido y las pocas pertenencias de la familia. Eran duras.

Y no eran señoras; tres años en la Península lo habían logrado. Algunas vestían viejos uniformes, la mayoría iban vestidas con faldas amplias y sucias, con chales andrajosos y pañoletas en la cabeza. Tenían la piel muy morena, las manos y los pies encallecidos y la mayoría podía desnudar un cadáver en diez segundos y una casa en treinta. Eran malhabladas, gritonas y terriblemente desvergonzadas. Ninguna mujer podía vivir con un batallón y ser de otra manera. Dormían con sus hombres, lo suficiente, en campo abierto con nada más que un árbol o una cerca que les proporcionara la ilusión de tener privacidad. Las mujeres se lavaban, hacían sus necesidades, hacían el amor y parían ante mil ojos. Para un observador delicado resultaban una visión espantosa, sin embargo a Sharpe le gustaban. Eran fuertes, leales, amables y resignadas. El comandante Collett vociferó una orden para que el batallón se preparara y Sharpe volvió a su misión: el equipaje. Aquello era el caos. Dos niños habían conseguido cortar el serón de una de las mulas del cantinero, un español que era una especie de buhonero en el batallón, que gritaba a los niños, sin importarle dejar ir el cabestro que ataba sus otras muías.

Sharpe les gritó.

—¡Prepárense!

No se enteraron. Los ayudantes del cantinero agarraron a los niños y les quitaron las botellas, pero sus madres, presintiendo un saqueo, atacaron a los ayudantes por pegar a los niños. Fue un jaleo tremendo.

—¡Richard! —Sharpe se giró. El comandante Hogan estaba detrás de él.

—¡Mi comandante!

Hogan bajó la mirada sonriendo burlonamente desde su caballo.

—Hoy somos muy formales.

—Somos muy responsables. Mire. —Sharpe señaló con la mano el tren de muías con el equipaje—. Mi nueva compañía.

—Ya me he enterado.

Hogan se escurrió de su caballo, se estiró y luego se giró, pues de pronto se oyeron gritos provenientes del puente. El caballo de un oficial se había espantado en aquel terreno resbaladizo. Iba retrocediendo a pasos cortos y bruscos hacia la compañía de infantería que tenía detrás. El capitán, presa del pánico, azotaba a la bestia, lo cual hacía que aumentara su terror, y el caballo empezó a encabritarse.

—¡Baje! —gritó Hogan. Su voz era sorprendentemente sonora—. ¡Tonto! ¡Baje! ¡Desmonte!

El oficial le daba latigazos al caballo, tiraba de las riendas, y el caballo concentró todas sus fuerzas para hacer desmontar al jinete. Lo consiguió. El caballo se levantó sobre dos patas relinchando, y el oficial cayó de la silla, rebotó una vez sobre el ribazo del camino y desapareció corriente abajo.

—¡Cabrón estúpido!

Hogan estaba furioso. Un sargento lanzó una madera al agua, pero era corta. Sharpe vio que el capitán daba manotazos al agua, luchando contra la corriente helada que se lo llevaba lejos del puente.

—Está perdido.

Nadie se metió en el agua para salvar al oficial. Cuando un hombre se quitara la mochila, la bolsa de municiones, las armas y las botas el capitán ya estaría lejos. El caballo, liberado de la carga, se quedó tiritando sobre el puente y un soldado lo calmó. Luego lo llevó tranquilamente hacia la orilla sur. El capitán había desaparecido.

—Hay un puesto vacante —se rió Sharpe.

—¿Amargado?

—¿Amargado, señor? No, comandante. Ser teniente da muchas satisfacciones.

Hogan le sonrió con tristeza.

—He oído que se había emborrachado.

—No. —Se había emborrachado tres veces desde el día en que Teresa se fue y el día que había perdido la compañía. Sharpe se encogió de hombros—. ¿Sabe que el

nombramiento fue rechazado en enero? Nadie se atrevió a decírmelo. Luego llega el nuevo hombre y alguien tiene que decírmelo. Así que yo me ocupo del equipaje mientras un jovenzuelo inexperto destroza mi compañía.

—¿Tan malo es?

—No lo sé. Lo siento.

La rabia de Sharpe le había cogido por sorpresa.

—¿Quiere que hable con el general?

—¡No! —El orgullo le impedía a Sharpe pedir ayuda, pero se dio media vuelta—. Sí, hable con el general. Dígale que le mandaré el pelotón suicida en Badajoz.

Hogan se detuvo cuando se llevaba a la nariz una pizca de rapé. Lo volvió a poner en la caja con cuidado y cerró la tapa de golpe.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

Hogan negó con la cabeza.

—No lo necesita, Richard. ¡Cielos! ¡Habrás ascensos con tantas muertes! ¿No lo entiende? Será capitán dentro de un mes.

Sharpe sacudió la cabeza. Lo entendía, pero su orgullo estaba herido.

—Quiero el pelotón, comandante, lo quiero.

Hogan tomó a Sharpe por el codo y le hizo girar de manera que ambos se encontraron mirando en dirección al este a lo largo del río, hacia la ciudad.

—¿Sabe lo que es eso, Richard? ¡Es absolutamente imposible! —Señaló el puente de piedra por donde pasaba el camino hacia la ciudad—. No podemos atacar ahí. Cualquiera que pretenda atravesar ese puente quedará despedazado. Así que intente la muralla este. Han contenido la corriente y es endemoniadamente largo ese camino. Necesitaríamos a la marina para atravesar eso, a menos que podamos volar el dique y, para colmo, han construido un fuerte para impedir que lo hagamos. Está el castillo, por supuesto. —Las palabras de Hogan sonaban apremiantes, casi amargas—. Si le apetece escalar unos cien pies de roca y luego trepar por cuarenta pies de pared, mientras va esquivando la metralla, estupendo. —Volvió a señalar—. Así que está la muralla oeste. Parece bastante fácil, ¿no es así?

No parecía fácil. Incluso a una legua de distancia Sharpe veía los baluartes que sobresalían como castillos en miniatura y que protegían la muralla. El acento de Hogan se hacía cada vez más marcado, como siempre sucedía cuando el ingeniero hablaba con pasión.

—¡Parece demasiado fácil! Quieren que atacemos ahí. ¿Por qué? Yo intuyo que es porque está minado. Hay más pólvora de mierda bajo ese glacis que la que hubiera soñado Guy Fawkes. ¡Si atacamos por ahí le damos a san Pedro el día de más trabajo de su vida desde Agincourt! —Ahora estaba realmente enfadado, veía con sus ojos de ingeniero los problemas y convertía los problemas en sangre.

»Así que queda la muralla sur. Hemos de tomar al menos un fuerte alejado del centro, tal vez dos, y luego penetrar en las murallas. ¿Sabe cuán gruesas son? ¿Qué distancia había desde el borde del foso hasta la parte posterior de las murallas en Ciudad Rodrigo?

Sharpe reflexionó.

—¿Treinta metros? Cincuenta en algunos sitios.

—Sí. —Hogan señaló hacia Badajoz—. Cien metros al menos, y más en algunos sitios. Y ese foso es un cabrón, Richard, un verdadero cabrón. Se tardaría al menos un minuto en atravesarlo, y tienen todo el fuego de flanco que necesiten, y más. La muralla, Richard, es grande. ¡Grande! Podrías meter la muralla de Ciudad Rodrigo en el foso y ni siquiera la verías. ¿Lo entiende? Es un matadero. —Dijo las palabras bien claras, intentando convencer a Sharpe. Hogan dejó escapar un suspiro—. ¡Jesús! Podemos hacer que se rindan por hambre. Podemos esperar a que se mueran de risa, podemos esperar a que cojan la peste, pero se lo digo, Richard, no sé si podremos meternos por una brecha.

Sharpe se quedó mirando la enorme fortaleza bajo la lluvia siseante y sesgada.

—Tendremos que hacerlo.

—¿Y sabe usted cómo? Lanzando a tantos pobres diablos a la lucha que los franceses, simplemente, no puedan matarlos a todos. Es la única manera y no me gusta.

Sharpe se volvió.

—Los pobres diablos seguirán necesitando un pelotón suicida.

—Y tiene que haber un tonto de remate que lo mande, supongo, ¡y usted será el tonto! Por el amor de Dios, Richard, ¿por qué quiere el pelotón?

Afloró la ira al rostro de Sharpe.

—¡Porque es mejor que esta humillación! ¡Yo soy un soldado, no un maldito funcionario! Voy a buscar forraje de mierda, cuento las malditas palas y hago la instrucción de castigo. Es: sí, señor; no, señor, le excavo la letrina, señor ¡Eso no es ser soldado!

Hogan lo miró con furia.

—¡Sí es ser soldado! ¿Qué otra cosa se cree que es ser soldado? —Los dos hombres se miraban cara a cara de pie en el barro—. ¿Cree que podemos ganar una guerra sin forraje? ¿O sin palas? ¿O, Dios nos libre, sin letrinas? ¡Esto es ser soldado! Sólo porque le han permitido navegar como un maldito pirata durante años no significa que no le llegue el turno del verdadero trabajo.

—Escuche, comandante. —Sharpe estaba a punto de gritar—. ¡Cuando nos digan que hay que escalar esas murallas de mierda, usted se alegrará de que haya algunos malditos piratas en el foso y no sólo funcionarios de mierda!

—¿Y qué hará cuando ya no haya más guerras para luchar?

—Empezar otra —contestó Sharpe echándose a reír—, comandante.

—Si sobrevive a ésta. —Hogan sacudió la cabeza, su ira se desvanecía tan rápidamente como había aflorado—, ¡Santo cielo, hombre! Su mujer está dentro. Y su hija.

—Lo sé —contestó Sharpe encogiéndose de hombros—. Pero quiero el pelotón.

—Morirá.

—Háblele a Wellington de mí.

El irlandés frunció el ceño.

—Está herido en su orgullo, eso es todo. Dentro de dos meses será una pesadilla, se lo aseguro.

—Tal vez. Sigo queriendo el pelotón.

—Es usted un tozudo, maldito imbécil.

Sharpe se volvió a reír.

—Ya lo sé. El coronel Windham dice que necesito humildad.

—Tiene razón. Es sorprendente que alguno de nosotros le tengamos en tanta estima, pero así es. —Se encogió de hombros—. Le hablaré de usted al general, pero no le prometo nada. —Cogió las riendas en la mano—. ¿Me ayuda a subir al caballo? Si no le hiere en su dignidad.

Sharpe sonrió burlonamente y empujó al comandante sobre el caballo.

—¿Le hablará de mí?

—He dicho que hablaría con él, ¿no? La decisión no la toma él, eso ya lo sabe usted. La ha de tomar el general de la división de ataque.

—Pero escuchan a Wellington.

—Sí, así es. —Hogan tiró de las riendas, y se detuvo—. ¿Sabe qué es mañana?

—No.

—Martes, diecisiete de marzo.

—¿Y? —preguntó Sharpe encogiéndose de hombros.

Hogan se echó a reír.

—Es usted un pagano, un impertinente y condenado pagano, eso es lo que es. ¡San Patricio, patrón de Irlanda! Dele al sargento Harper una botella de ron por ser un buen católico.

—Lo haré —contestó Sharpe sonriendo irónicamente.

Hogan observó que el South Essex rompía el paso al marchar sobre el puente, seguido por Sharpe y la chusma de mujeres, niños, criados y muías. Hogan estaba triste. Consideraba al alto fusilero uno de sus amigos. Tal vez Sharpe fuera arrogante, pero Hogan, junto con toda la ingeniería que tenía en la cabeza, recordaba bastante de Shakespeare. «No hay nada como la paz para que aflore en un hombre la tranquila modestia y la humildad.» Pero allí no había paz, ésta era una campaña terrible y mañana, día de San Patricio, el ejército empezaría a excavar hacia Badajoz. Hogan

sabía que la tranquilidad y la humildad no capturarían la fortaleza. El tiempo, tal vez, pero Wellington no podía darles tiempo. El general temía que los ejércitos de campo franceses, más numerosos que el británico, pudieran marchar al rescate. Badajoz había de ser tomada rápidamente, pagarla con sangre, y el asalto vendría pronto, demasiado pronto, quizás incluso antes de que terminara la cuaresma. A Hogan no le hacía ninguna gracia la idea. La muralla podría cerrarse con los ingleses muertos.

Había prometido que le hablaría a Wellington y así lo haría, pero no como Sharpe deseaba. Hogan cumpliría con un deber de amigo. Le pediría al general, si fuera posible, que la petición de Sharpe fuera rechazada. Él salvaría la vida de Sharpe. Era, después de todo, lo menos que podía hacer por un amigo.

TERCERA PARTE

Del 17 de marzo, día de San Patricio, al 29 de marzo,
Domingo de Resurrección, de 1812

Capítulo 12

Si alguien hubiera encontrado uno de los recién inventados globos aerostáticos y hubiera sobrevolado Badajoz, hubiera tenido la vista de una ciudad cortada como el cuarto segmento de una rueda dentada en la que el castillo antiguo de piedra levantado sobre roca viva era el cubo de esa rueda gigante. Las murallas norte y este serían dos radios perpendiculares, mientras que las paredes sur y oeste se unían en una larga curva tosca claveteada con siete dientes enormes de esa rueda dentada.

Imposible atacar desde el norte. La ciudad estaba construida a orillas del Guadiana, un río más ancho en Badajoz que el Támesis a su paso por Westminster, y la única manera de entrar era atravesando el largo y antiguo puente de piedra. Todo él estaba cubierto por los cañones armados sobre la muralla norte de la ciudad, mientras del otro lado del río, la entrada del puente estaba vigilada por tres fuertes aislados. El más grande, el de San Cristóbal, podía albergar más de dos regimientos. Los franceses estaban seguros de que no se produciría ningún ataque por ese lado.

La muralla este, el otro radio, era más vulnerable. En su extremo norte estaba el castillo, elevado e imponente, una fortaleza que había dominado el paisaje durante siglos. Pero al sur del castillo, la muralla de la ciudad estaba en un terreno más bajo y encarada hacia una loma. Los franceses conocían el peligro y, donde la loma del castillo descendía de forma escarpada hacia la parte baja de la ciudad, habían construido un dique en el riachuelo Rivillas. Ahora la vulnerable muralla este se encontraba protegida por una masa de agua, ancha como el río, que corría hacia el sur de la ciudad. Tal como Hogan le había dicho a Sharpe, sólo la marina podría atacar atravesando el pantano que allí se formaba, a menos que el dique se volara y el pantano se vaciara. La curva desprotegida de las murallas sur y oeste era una curva de más de un kilómetro de longitud que no tenía un río convenientemente situado o un arroyo que ofreciera protección. En ese espacio se encontraban como dientes del aro de la rueda los siete baluartes que sobresalían de la muralla de la ciudad. Cada baluarte o bastión era como un pequeño castillo. San Vicente era el que estaba más al norte, construido junto al río en el ángulo de las murallas norte y oeste, y desde el de San Vicente los baluartes ocupaban la muralla sur y oeste hasta que se encontraban con el Rivillas inundado. San José, Santiago, San Juan, San Roque, Santa María y Trinidad. Los santos, la madre de Jesucristo y la Santísima Trinidad, con más de una veintena de cañones cada uno para proteger la ciudad.

Los baluartes no eran la única protección de la gran curva de murallas. Primero estaba el glacis, la elevación de tierra que desviaba el tiro y lo despedía a lo alto por encima de las defensas, y luego el foso. La pendiente desde el glacis hasta el fondo del foso no era en ningún lugar de menos de seis metros y, una vez en el foso, empezaba el verdadero problema. Los baluartes flanquearían cualquier ataque,

derramando su fuego muy bajo, y había revellines en el gran foso seco. Los revellines eran como grandes muros falsos triangulares que dividían un ataque y, en la oscuridad, podían engañar a los hombres haciéndoles creer que habían alcanzado la verdadera muralla. Todo hombre que escalara un revellín se vería barrido por un cañón que le apuntaba cuidadosamente. Desde el foso las murallas se elevaban quince metros y sobre sus anchos parapetos había cañones montados a una distancia de casi cinco metros.

Badajoz no era una fortaleza medieval transformada rápidamente para la guerra moderna. En sus buenos tiempos había sido el orgullo de España, una trampa mortal macizamente construida por una ingeniería inteligente que ahora era la guarnición de las mejores tropas francesas en la Península. Los británicos habían fracasado dos veces al intentar tomar la ciudad y no había razón, dos años después, para suponer que un tercer intento conseguiría el éxito.

La fortaleza tan sólo tenía un punto débil. Hacia el sudeste, en situación opuesta al baluarte Trinidad y al otro lado de las aguas estancadas, se elevaba una loma, la de San Miguel. Desde la cima, plana y baja, un sitiador podía disparar hacia abajo, al rincón sudeste de la ciudad, y ése era el único punto débil. Los franceses lo sabían y se habían protegido contra eso. A tal efecto, habían construido dos fuertes en la zona sur y este. Uno, el Picurina, se situaba al otro lado del nuevo lago sobre las pendientes más suaves de la loma de San Miguel. El segundo fuerte era el inmenso Pardaleras, que se elevaba en la parte sur y protegía los accesos a cualquier brecha que los cañones pudieran abrir desde la colina. No era un punto excesivamente débil, pero era el único en el que podían trabajar los británicos y así, el día de San Patricio marcharon hacia la parte posterior de la loma de San Miguel. Ellos sabían, y los franceses también, que el esfuerzo iría contra el rincón sudeste de la ciudad, contra los baluartes de Santa María y Trinidad. El hecho de que el mismo plan hubiera fracasado dos veces con anterioridad no importaba. Desde el extremo de la loma, donde se reunían los hombres curiosos para mirar la ciudad, se veía claramente entre los dos baluartes la brecha abierta en el último asedio. Había sido reparada con piedra de color más claro, y la nueva obra parecía burlarse de los esfuerzos británicos que se aproximaban.

Sharpe estaba junto a Patrick Harper y miraba fijamente las murallas.

—¡Cielos, si son enormes! —El sargento calló. Sharpe sacó una botella del interior de su casaca y se la entregó—. Tenga. Un regalo por San Patricio.

El rostro bonachón de Harper resplandeció de placer.

—Es usted un gran hombre, señor, para ser inglés. ¿Me va a ordenar que le guarde la mitad para el día de San Jorge?

Sharpe golpeó el suelo con los pies para quitarse el frío.

—Creo que me tomaré esa mitad ahora.

—Creo que debería hacerlo.

Harper se alegraba de ver a Sharpe. Lo había visto poco durante el último mes, pero también había un cierto desconcierto en el encuentro. El irlandés sabía que Sharpe necesitaba la tranquilidad de saber que la compañía ligera lo echaba en falta, y Harper lo consideraba tonto por necesitar que se lo dijeran. Por supuesto lo echaban en falta. La compañía ligera no era diferente del resto del ejército. Casi todos eran fracasados en la vida, cuyos fracasos los habían llevado a los tribunales y a las cárceles. Eran ladrones, borrachos, tramposos y criminales, los hombres que Gran Bretaña quería tener lejos de la vista y de la mente. Resultaba más fácil vaciar una cárcel de la ciudad en un grupo de reclutamiento que pasar por el tedioso asunto de un juicio, una sentencia y un castigo.

No todos eran criminales. Algunos habían sido engañados por los sargentos de reclutamiento que les ofrecían una huida del tedio del pueblo y de los estrechos horizontes. Algunos se habían enamorado y se habían alistado desesperados, jurando que preferirían morir en la batalla que ver a su amada casada con otro hombre. Muchos eran borrachines a los que aterrizzaba una muerte solitaria y temblorosa en una cuneta una noche invernal y se alistaban en un ejército que les ofrecía ropa, botas y ron cada día. Algunos, pocos, muy pocos, se alistaban por patriotismo. Otros, como Harper, se alistaban porque no había nada más que hambre en casa y el ejército les ofrecía comida y una huida. Eran, la mayoría, fracasados, despojos de la sociedad, y para ellos todo el ejército era como un gran destacamento suicida.

Sin embargo eran la mejor infantería del mundo. No siempre lo habían sido y, sin los jefes adecuados, no lo volverían a ser. Harper sabía instintivamente que este ejército que se enfrentaba a los franceses en Badajoz era un instrumento extraordinario, mejor que ningún otro que el gran Napoleón pudiera formar. Harper sabía por qué. Porque había bastantes oficiales como Sharpe que confiaban en los fracasados. Empezaba desde más arriba, por supuesto, con el mismo Wellington a la cabeza, y descendía hasta los oficiales jóvenes y los sargentos. El truco era bien simple. Coge a un hombre que haya fracasado en todo, dale la última oportunidad, muéstrale confianza, condúcelo al éxito, y se creará una seguridad que lo llevará al siguiente éxito. Pronto creerán que son invencibles. Pero el truco continuaba siendo tener oficiales como Sharpe que seguían dando confianza. ¡Por supuesto, la compañía ligera lo echaba en falta! Él había esperado grandes cosas de ellos y confiaba en que ganarían. Tal vez el hombre nuevo aprendería un día el truco, pero hasta que lo hiciera, si lo hacía, los hombres echarían en falta a Sharpe.

«¡Caramba —pensó Harper—, hasta él les gusta! Y el muy tonto no se da cuenta.» Harper sacudió la cabeza y le ofreció la botella a Sharpe.

—A la salud de Irlanda, señor, y que muera Hakeswill.

—Beberé por eso. ¿Cómo va el cabrón?

—Un día lo mataré.

Sharpe dejó que se le escapara una risa sin gracia.

—Usted no lo hará. Lo haré yo.

—¿Cómo diablos es que aún sigue vivo?

Sharpe se encogió de hombros.

—Dice que no le pueden matar.

Hacía frío sobre la loma y Sharpe encogió los hombros bajo el capote.

—Y nunca da la espalda. Vigile la suya.

—Me van a salir ojos en el culo con ese cabrón por aquí.

—¿Qué piensa de él el capitán Rymer?

Harper hizo una pausa, le cogió la botella a Sharpe, bebió y se la devolvió.

—Sabe Dios. Yo creo que le tiene miedo, como la mayoría. —Se encogió de hombros—. El capitán no es mal tipo, pero no es que digamos un hombre seguro de sí mismo. —El sargento se sentía incómodo. No le gustaba ser crítico con un oficial delante de otro oficial—. Es joven.

—Ninguno de nosotros es todavía viejo. ¿Qué tal el nuevo alférez?

—¿Matthews? Un buen tipo, señor. Se pega al teniente Price como un hermano pequeño.

—¿Y el señor Price?

Harper se echó a reír.

—Nos alegra a todos, señor. Borracho como una cuba, pero sobrevivirá.

Empezó a llover, unas gotas menudas que les pinchaban la cara. Detrás de ellos, en la carretera de Sevilla, las cornetas llamaban a los batallones a las líneas nocturnas. Sharpe se levantó el cuello.

—Será mejor que volvamos. —Se quedó mirando a las figuritas con uniforme azul sobre los parapetos de la ciudad, a tres cuartos de milla—. Esos cabrones estarán calientes esta noche.

De repente pensó en Teresa y en Antonia en el interior de las murallas y miró la gran torre de la catedral, cuadrada y almenada. Resultaba raro pensar que estaban tan cerca de ella. Empezó a llover con más intensidad, y al dar media vuelta se volvió hacia el campamento británico provisional que cerca de allí se extendía por la llanura.

—¿Señor?

—Sí.

El sargento parecía turbado.

—El comandante Hogan se detuvo el otro día.

—¿Y pues?

—Nos habló de la señorita Teresa, señor.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Qué les dijo de ella?

—Sólo, señor, que ella le había pedido a usted que la buscara en la ciudad. Por si los chicos se salen de sus casillas.

—Bueno, ¿y qué?

—Los hombres están ansiosos por ayudarle, lo están.

—¿Quiere decir que no cree que me las puedo arreglar solo?

Harper estuvo tentado de decirle a Sharpe que no fuera tan tonto, pero decidió que podría pasarse los estrechos límites entre el rango y la amistad. Suspiró.

—No, señor. Tan sólo es que están ansiosos por ayudarla. Se han encariñado con ella, señor, eso es todo. —Y con usted, podía haber añadido.

Sharpe sacudió la cabeza desagrado. Teresa y Antonia eran problema suyo, no de la compañía, y no quería que una horda de hombres sonrientes fuera testigo de su emoción cuando viera por primera vez a su hija.

—Dígales que no hace falta.

Harper se encogió de hombros.

—Puede que intenten ayudarla igualmente.

—Pueden tener problemas para encontrarla en la ciudad.

El sargento sonrió burlón.

—No resultará difícil. Buscaremos la casa con dos naranjos, justo detrás de la catedral.

—Váyase al infierno, sargento.

—Le seguiré dondequiera que vaya, señor.

Unas horas después el ejército parecía un infierno, o una versión aguada del infierno. Los cielos se abrieron y un trueno resonó como el retumbar de los cañones sobre los tablones de madera. El fucilazo de un relámpago restalló, punzante sobre una tierra empapada por la lluvia descargada con fuerza por grandes nubarrones. Las voces humanas quedaban ahogadas por la fuerte lluvia, un aguacero impresionante y constante, en una oscuridad rota por los relámpagos que seguían a los truenos. Mil ochocientos hombres estaban en la cima de la loma, cavando la primera paralela, una trinchera con parapeto de medio kilómetro de largo que protegería a los sitiadores y a partir de la cual excavarían las primeras baterías de cañones. Los trabajadores estaban calados hasta los huesos, temblando, cansados por el peso tremendo del agua. Algunas veces se asomaban por entre el diluvio y miraban hacia la oscura ciudadela que se perfilaba completamente a la luz de los relámpagos.

El viento ondulaba la lluvia formando enormes curvas de guadaña; la dejaba suspendida en el aire y luego la golpeaba con más fuerza. El viento levantaba los capotes de campaña convirtiéndolos en formas fantásticas como murciélagos y metía el agua en regatos incontenibles hasta llenar la trinchera, rezumaba por encima de las botas de los hombres y les hundía el ánimo en la tierra fría y empapada que rendía cada palada con tanta desgana.

Cavaron durante toda la noche, y durante toda la noche estuvo lloviendo, y por la mañana seguía lloviendo y los artilleros franceses salieron de sus cálidos refugios para ver la cicatriz de tierra recién removida, que formaba una curva sobre la colina. Los artilleros abrieron fuego, estrellaron sus firmes disparos contra el otro lado del amplio foso, por encima del glacis, por encima del embalse y hacia el interior de la tierra húmeda del parapeto de la trinchera. Se detuvo el trabajo. La primera paralela era poco profunda para proporcionar protección y durante todo el día la lluvia fue desfigurando la trinchera y los cañones la fueron golpeando. La excavación se fue llenando de barro y lodo que habrían de sacar durante la noche.

Cavaron durante toda la noche. Seguía lloviendo, una lluvia como la del diluvio de Noé. Los uniformes se hacían el doble de pesados con el agua, las botas estaban empapadas en el limo pegajoso, y los hombros, con el roce, estaban en carne viva y sangrando a causa del esfuerzo de cavar la trinchera. Esa noche los artilleros franceses mantuvieron un fuego esporádico y hostigador que volvió escarlata el lodo hasta que la lluvia interminable diluyó la sangre. Pero lentamente, muy lentamente, las palas iban ahondando y el parapeto se hacía más alto.

El amanecer mostró una trinchera lo bastante profunda como para poder trabajar en ella de día. Los batallones exhaustos se marcharon en fila por entre la trinchera zigzagueante que llevaba a un sitio seguro en la parte posterior de la colina, y nuevos batallones ocuparon su sitio. Los del South Essex, sin mochilas ni armas, descendieron por el camino tortuoso hasta el lodo, los cañonazos y las palas.

Sharpe se quedó. Dos docenas de hombres estaban con él, la guardia de equipaje. Se hicieron burdos refugios con las mochilas apiladas, se pusieron en cuclillas con los mosquetes entre las rodillas, y se quedaron mirando un paisaje húmedo, gris y lluvioso. Sharpe oía los cañonazos franceses, amortiguados por la lluvia y la distancia, y odiaba no ver lo que estaba oyendo. Dejó a un sargento viejo encargado de la guardia y caminó por la trinchera recorriendo la ladera. Badajoz era una roca oscura en un mar de agua y barro. Las murallas estaban orladas con el humo de los cañones que abrían como lanzas las llamas que surgían a cada disparo. Los artilleros franceses concentraban el fuego hacia la izquierda de Sharpe, donde se estaban cavando las dos primeras baterías británicas. Un batallón entero estaba trabajando en los hoyos para los cañones. Los disparos azotaban los parapetos, destrozaban los gaviones de mimbre rellenos de tierra, y a veces abrían un camino sangriento entre los hombres. Los franceses incluso probaban con sus obuses cuyos cañones cortos y macizos vomitaban bombas hasta el cielo, de manera que la diminuta estela de humo de la mecha encendida desaparecía entre las nubes bajas antes de caer sobre la loma. La mayoría de las bombas simplemente caían y no explotaban, sus mechas se apagaban con el barro o la lluvia, pero algunas explotaban produciendo un humo negro y lanzando punzantes fragmentos de hierro. No causaban daño; quedaban

demasiado lejos. Después de un rato los franceses detuvieron el fuego y guardaron los obuses para cuando se excavara la segunda paralela, más abajo de la loma y mucho más cerca de las murallas.

Sharpe caminó por la cima de la colina buscando al South Essex. Los encontró en el extremo norte de la paralela, donde la loma descendía hacia la llanura empapada junto al río de aguas turbias. Las baterías que se excavaran allí dispararían hacia arriba contra el castillo que parecía inmenso e inviolable sobre su colina rocosa. Sharpe también veía el fuerte de San Roque, la pequeña fortaleza que Hogan había mencionado, que defendía la presa que atravesaba el Rivillas. Si los británicos pudieran volar el dique, el estanque o pantano se vaciaría en la parte norte del río y el acercamiento a la brecha sería mucho más fácil. Pero hacer explotar el dique sería difícil. Parecía que no había más de cincuenta metros desde la muralla de la ciudad, pero estaba construido bajo el bastión de San Pedro, el único baluarte en el lado este.

En aquel preciso momento una figura saltó fuera de la trinchera que había frente a Sharpe. Era el sargento Hakeswill. Caminaba con paso majestuoso por el borde de la trinchera y maldecía a los hombres que estaban abajo.

—¡Cavad, cabrones! ¡Cerdos sifilíticos, cavad!

Se dio media vuelta después de dar algunos pasos para ver si alguien reaccionaba y vio a Sharpe. Se cuadró de pronto, su rostro se crispó.

—¡Señor, teniente, señor! ¿Viene a ayudar, señor? —Dejó escapar una risita irónica, y se volvió hacia la compañía ligera—. ¡Seguid, cerdas preñadas! ¡Cavad! —Se inclinaba hacia la trinchera, chillándoles, la baba se le caía de la boca.

El momento resultaba irresistible. Sharpe sabía que no debía hacerlo, sabía que se contradecía con la llamada dignidad de un oficial, pero Hakeswill se inclinaba junto a la trinchera gritando obscenidades, y Sharpe estaba detrás. En cuanto le vino la tentación, Sharpe actuó y empujó al sargento. Hakeswill hizo unos cuantos aspavientos con los brazos, perdió el equilibrio, chilló y se desplomó en el barro que había en el fondo de la trinchera. La compañía ligera vitoreó. El sargento miró a Sharpe hecho un basilisco y se puso de pie.

Sharpe le tendió una mano.

—Disculpe, sargento. He resbalado.

Sabía que había sido una chiquillada imprudente, pero era un pequeño gesto que les indicaba a los hombres que todavía estaba de su lado. Siguió caminando, dejó a Hakeswill crispado y vio cerca al capitán Rymer que escalaba la trinchera para encontrarse con él.

Sí Rymer había visto el incidente no lo comentó; hizo un gesto cortés con la cabeza y dijo:

—Un día asqueroso.

Sharpe sintió el habitual azoramiento que le entraba al enfrentarse a las

conversaciones triviales. Hizo un gesto señalando a los hombres que estaban en la trinchera.

—El cavar los mantiene calientes. —De repente se dio cuenta de que parecía que le dijera a Rymer que cogiera una pala y buscó en su cabeza una frase para corregir esa impresión—. Una de las ventajas de tener cierto rango, ¿eh? —No era capaz de llamar a Rymer capitán o señor. Parecía que Rymer no se diera cuenta.

—Oodian cavar.

—¿Usted no?

El capitán Rymer no se había parado a pensarlo. El haber nacido entre los Rymer de Waltham Cross no le incitaba a uno a pensar en las labores manuales. Era un hombre bien parecido, de cabello rubio, de unos veinticinco años, absolutamente nervioso con Sharpe. Rymer no era responsable de la situación, tampoco era de su agrado y estaba aterrorizado pensando en el momento (que el coronel dijo que iba a llegar) en que Sharpe sería devuelto a la compañía como teniente. El coronel le había dicho a Rymer que no se preocupara.

—Aún no pasará. Tendrá tiempo de asentarse, hacerse con el cargo. Pero tal vez lo quiera en la lucha, ¿eh?

Rymer no estaba ansioso de que llegara ese momento.

Levantó la vista hacia el alto fusilero con cicatrices y respiró hondo.

—¿Sharpe?

—¿Capitán? —Tarde o temprano tendría que pronunciar la palabra, aunque le doliera mucho.

—Quería decirle que...

Lo que fuera habría de esperar. Una bala francesa se precipitó contra el suelo cerca de ellos, levantó el barro, haciendo espuma, y luego vino una segunda y una tercera. Rymer abrió la boca sorprendido, se quedó inmóvil. Sharpe lo agarró por el codo y lo empujó hacia la trinchera. Él le siguió, saltó la altura de cinco pies y resbaló en el suelo de la trinchera.

El aire se llenó con el retumbar de las balas de cañón, los hombres dejaron de excavar y se miraron los unos a los otros como si alguno de ellos pudiera saber el porqué de esos repentinos cañonazos. Sharpe se asomó por el parapeto y vio a los piquetes armados que corrían en busca de protección. Parecía que todo cañón en la muralla este de Badajoz, desde lo alto del castillo, pasando por el bastión de San Pedro, hasta Trinidad en el rincón sudeste, estuviera disparando a un centenar de metros de la paralela norte.

Rymer se quedó junto a él.

—¿Qué pasa?

Un piquete saltó por encima de ellos maldiciendo al enemigo. Sharpe miró a Rymer.

—¿Tienen armas?

—¡No! Ordené que las dejaran.

—Debe haber una compañía por aquí.

Rymer asintió con la cabeza y señaló a la derecha.

—La compañía de granaderos. Están armados. ¿Por qué?

Sharpe le señaló a pesar de la oscuridad y de la lluvia las sombras al pie de la fortaleza. Desde el fuerte que protegía el dique del Rivillas se acercaban líneas de hombres; formaban filas azules que marchaban y se entremezclaban con las sombras de manera que costaba verlos. Rymer sacudió la cabeza.

—¿Qué es eso?

—¡Los malditos franceses!

Se acercaban en masa, marchaban para atacar y destruir la paralela, y de repente se hicieron visibles porque sacaron las bayonetas y los filos de acero brillaron entre la lluvia sesgada.

Todos los artilleros franceses, con miedo a darles a sus propios hombres, detuvieron el fuego. Sonó una corneta y al oír sus notas los cientos de bayonetas de acero se colocaron en posición de ataque y los franceses lanzaron gritos y cargaron.

Capítulo 13

El capitán Rymer no tuvo suerte. Estuvo esperando, resuelto pero inquieto, mandar por primera vez a su propia compañía a la acción. No se lo había figurado así. Se había imaginado a sí mismo en una amplia ladera bajo un sol brillante, con el sable desenvainado y los estandartes al viento conduciendo a una línea de tiradores contra el mismísimo centro del enemigo. Algunas veces consideraba la posibilidad de una herida, nada horrible, pero lo suficiente para convertirse en un héroe cuando volviera a casa. En su imaginación y saltándose la lógica, se veía contando modestamente historias a un grupo de damas admiradoras, mientras que otros hombres, no probados en la batalla, tan sólo podrían mirarle con envidia.

En vez de eso se encontraba en el fondo de una trinchera llena de fango, calado hasta los huesos, al mando de hombres cargados sólo con palas y enfrentándose a mil franceses bien armados. Rymer se quedó inmóvil. La compañía lo miraba a él y seguía hasta donde estaba Sharpe. El fusilero dudó un instante, vio la indecisión de Rymer e hizo un gesto con la mano.

—¡Atrás!

No tenía ningún sentido intentar luchar; todavía no, hasta que las compañías que estaban armadas pudieran reunirse y organizar un contraataque apropiado. Los grupos que estaban trabajando se escurrieron de la trinchera, pusieron pies en polvorosa y sólo luego miraron para atrás y vieron que el enemigo saltaba al interior de las excavaciones vacías. Los franceses no les hicieron caso; tan sólo les interesaban dos cosas. Querían capturar y destruir todo lo que pudieran de la paralela y, lo más importante, llevarse de vuelta a la ciudad todas las palas y picos que encontraran. Por cada uno de esos trofeos nada heroicos les habían prometido la recompensa de un dólar.

Sharpe echó a andar hacia la cima de la loma, paralela a la trinchera, siguiendo el mismo ritmo que los franceses que iban lanzando palas y picos a los compañeros que estaban al otro lado del parapeto. Enfrente del enemigo, como conejos asustados, otros grupos de trabajo saltaban y huían para ponerse a salvo. No había ningún herido en el ataque. Sharpe dudaba de que hubiera un solo hombre que intentara disparar el mosquete o arremeter con la bayoneta. Resultaba grotesco.

Por encima del enemigo, el caos. Los británicos, la mayoría de ellos desarmados, se movían como un rebaño; en cambio, el enemigo, a pocos metros de distancia tan sólo, destrozaba sistemáticamente la paralela. Algunos franceses intentaron derribar el parapeto echando la tierra abajo, pero la tierra estaba tan empapada que resultó imposible. Los británicos, contentos con una diversión que los librara de cavar interminablemente, los jaleaban. Uno o dos franceses apuntaron con los mosquetes, pero los británicos estaban a casi cincuenta metros de distancia, un alcance dudoso

para un mosquete. La lluvia seguía cayendo. Los franceses no tenían ganas de desenvolver los seguros si no iba a haber una verdadera lucha.

—Maldito caos, señor.

El sargento Harper había alcanzado a Sharpe, que iba caminando tranquilamente agarrando una pala con la mano. Sonrió alegremente.

El sargento Hakeswill, con la parte delantera de su uniforme aún embadurnada de barro, pasó corriendo junto a ellos. Les lanzó una mirada malévola y se apresuró hacia la parte posterior de la colina. Sharpe se preguntó qué estaría haciendo, y luego se olvidó de ello cuando el capitán Rymer lo alcanzó.

—¿No deberíamos estar haciendo algo?

Sharpe se encogió de hombros.

—¿Ver si falta alguien?

No había mucho más que hacer, hasta que las compañías de guardia a las que se les había ordenado que trajeran armas pudieran organizar un ataque contra los franceses que estaban muy atareados.

Un ingeniero con abrigo azul y con un ornamentado sombrero de tres picos fue corriendo hacia los franceses. Les gritaba a los grupos de trabajo que todavía iban gateando en busca de refugio.

—¡Guardad las palas! ¡Guardad las palas!

Se habían necesitado docenas de carretas tiradas por bueyes para traer las preciadas herramientas desde Lisboa y ahora se abandonaban sin más ni más y se ponían en manos de los franceses. Sharpe reconoció al hombre vestido de azul, era el coronel Fletcher, el jefe de los ingenieros.

Algunos hombres regresaron para recoger las palas abandonadas y las tropas de vanguardia francesas arrancaron de un tirón los trapos de los mosquetes, apuntaron y dispararon. Fue un milagro que alguno disparara, pero tres estaban lo bastante secos y escupieron el humo; el coronel Fletcher cayó hacia atrás, agarrándose la ingle con las manos. Se oyó vitorear en francés cuando el coronel era llevado en parihuelas.

La compañía de granaderos del South Essex pasó corriendo junto a Sharpe, con los mosquetes preparados; el capitán Leroy iba a la cabeza. Llevaba el consabido cigarro en la boca, mojado y apagado, y cuando pasó corriendo levantó un ojo como reconocimiento irónico del caos. Había otra compañía armada al frente y Leroy hizo que sus hombres se alinearan junto a ellos. El americano se volvió para mirar a Sharpe.

—¿Se quiere sumar?

Los franceses habían capturado la mitad de la primera paralela, trescientos metros de trinchera, y todavía los presionaban colina arriba. Dos compañías de infantería británicas, inferiores en número en una proporción de diez a uno, tiraron de las bayonetas y metieron las hojas en los mosquetes. Leroy miró a sus hombres.

—No se molesten en apretar el gatillo. Simplemente rajen a esos cabrones. Desenvainó la espada y sacudió la fina hoja llena de gotas de lluvia. Una tercera compañía jadeante y apresurada se colocaba en la pequeña línea. Los capitanes se hicieron señales unos a otros con la cabeza y ordenaron el avance.

Otras compañías trepaban hasta sus posiciones, pero el primer peligro para los franceses provenía de las tres compañías que avanzaban desde el flanco. Borearon la trinchera, quitaron los trapos de los seguros de los mosquetes y esperaron. Sharpe dudaba de que uno de cada diez mosquetes funcionara. Desenvainó su espada, se sintió repentinamente feliz al notar el peso en su mano después de semanas de aburrimiento, y la línea británica empezó a correr a trompicones como si quisieran alcanzar la trinchera antes de que los franceses dispararan los mosquetes.

La espada de un oficial francés descendió como un rayo.

—*Tirez!*

Sharpe vio que los hombres echaban las caras hacia atrás al apretar el gatillo, pero la lluvia estaba del lado de los británicos. Sonaron unos pocos disparos, pero la mayoría de los pedernales echaron las chispas sobre la pólvora húmeda que era como masilla espesa, y los franceses renegaron y esperaron con sus bayonetas.

Los británicos vitorearon. La frustración de días y noches de lluvia, del interminable cavar, podía descargarse, de repente, contra el enemigo; los hombres que no podían esgrimir nada más que palas, o incluso con las manos vacías, entraron tras las compañías armadas gritando amenazas contra los franceses. Sharpe blandió la espada, resbaló y a punto estuvo de caer dentro de la trinchera. Una bayoneta arremetió contra él y él la hizo a un lado de un golpe y derribó al hombre de una patada. Otros franceses intentaron salir trepando por el extremo más alejado de la paralela, ayudados por compañeros que estaban sobre el parapeto. Las bayonetas británicas fueron a por ellos y los cuerpos uniformados de azul cayeron desplomados.

—¡Cuidado a la derecha! —gritó alguien.

Un grupo de franceses se abrió paso trinchera arriba, rescatando a los hombres abrumados allí donde atacaban los británicos, luego se vieron repentinamente luchando por sobrevivir. Una banda variopinta de soldados, la mayoría de ellos armados con palas, arremetió contra los franceses y Sharpe vio a Harper blandiendo mortalmente su arma improvisada. El sargento saltó al interior de la trinchera, hizo a un lado una bayoneta, y hundió la hoja de su pala en el plexo solar del hombre. Lanzaba a gritos sus desafíos en gaélico despejando la trinchera con golpes brutales como de guadaña, y ningún francés se quedó a luchar.

El enemigo todavía conservaba el parapeto. Iban dando culatazos a los británicos de la trinchera, los pinchaban con las largas bayonetas y, de vez en cuando, conseguían disparar los mosquetes dentro de la paralela. Sharpe comprendió que tenían que obligarlos a huir y empezó a dar cuchilladas a los pies de los hombres que

tenía más cerca; luego gateó por el lateral, hasta que una bota lo echó al fondo de la trinchera. Los franceses se recuperaban y lograban concentrar sus fuerzas, por lo que la paralela era un lugar peligroso. Hubo una descarga de disparos desigual cuando una fila de enemigos destapó sus fusiles de chispa, y algunos cayeron al agua que corría como un regato al interior de la trinchera. Sharpe volvió a arremeter contra las piernas del enemigo, esquivó una bayoneta y entendió que lo sensato era retirarse. Fue corriendo por la trinchera, a pesar del barro asqueroso y resbaladizo bajo sus botas, y luego una mano lo detuvo. Era el sargento Harper, que le sonrió.

—Esto es mejor que cavar, señor.

Sostenía un mosquete cogido al enemigo con la bayoneta doblaba y ensangrentada. Sharpe se dio la vuelta. Los franceses aún conservaban un trozo de la trinchera en el centro de la paralela, pero los británicos atacaban desde la colina. Tan sólo hacia el norte, allí donde Sharpe y Harper recobraban la respiración en la trinchera ensangrentada, los franceses estaban tranquilos. No planeaban que fuera por mucho tiempo. Sus oficiales ya estaban enviando de vuelta a la mitad de las compañías, cargadas con las herramientas capturadas, y al verlo Sharpe subió hasta el parapeto del lado francés de la trinchera. Aproximadamente la mitad de su antigua compañía estaba con Harper, algunos llevaban mosquetes que habían capturado, la mayoría iba con palas. Les sonrió burlonamente, contento de hallarse de vuelta.

—Venga, chicos. Por aquí arriba.

Una compañía de franceses formaba guardia de cara al norte y el oficial observó, nervioso, al grupo harapiento de Sharpe, con sus uniformes emplastados de barro, que se dirigía hacia ellos. No atacarían. Los británicos no iban armados adecuadamente, pero de repente se levantó una espada y el grupo se abalanzó sobre él; eran bayonetas contra palas, y dos diablos altos iban acuchillando a sus hombres. A nadie le gusta el combate cuerpo a cuerpo, pero Sharpe y Harper se abalanzaron sobre la compañía y el South Essex se fue tras ellos. Les gruñían a los franceses, les aporreaban con las palas, y Harper utilizó el mosquete que había capturado como maza. Los franceses retrocedieron, dando tumbos entre el barro resbaladizo, cegados por la lluvia, y otros, más locos todavía, seguían viniendo hacia ellos. Sharpe empujaba con la espada, buscando caras y cuellos; en una ocasión tuvo que esquivar la eficiente bayoneta de un sargento. Golpeando con el canto de la hoja, el francés resbaló, y como la espada estaba hacia arriba, cayó como un hacha sobre la cabeza del hombre. Sharpe intentó parar el golpe, el sargento estaba indefenso, y la espada se desvió y cayó pesadamente en la tierra mojada del parapeto. Los franceses se volvieron corriendo hacia el grueso del cuerpo, y la media compañía del South Essex se quedó con una docena de prisioneros que habían caído en el suelo resbaladizo. El sargento francés, con el único galón ensangrentado en la lucha, miró a su alrededor a sus muertos y luego a la espada que tan cerca había estado de matarlo. Había visto al alto oficial que

cambiaba el golpe mortal y desviaba el porrazo, y le hizo una señal con la cabeza.

—Mera, *monsieur*.

Harper miró a una docena de hombres.

—¿Qué hacemos con ellos, señor?

—Déjelos ir.

Aquél no era un lugar para hacer prisioneros. Cogieron sus armas y las lanzaron al otro lado de la paralela, lejos de su alcance, y registraron a cada francés en busca de vino o de brandy. Delante de Sharpe la batalla seguía haciendo estragos. El grueso del cuerpo de los franceses se había abierto camino hasta unos cincuenta metros de la primera batería, pero los habían contenido. Grupos de hombres desperdigados, algunos armados, otros con nada más que trozos de madera, cargaban contra los franceses y emprendían enconadas luchas en el barro. Oficiales a caballo galopaban, intentando restablecer el orden en aquel espantoso caos, pero los soldados británicos no querían orden. Querían dejar de cavar, querían que la lluvia los inundara y querían lucha. Era como un tumulto callejero. No había humo porque los mosquetes no disparaban; el ruido de la lucha era el choque del metal contra el metal, de la madera contra el metal, los gritos de los heridos y los gemidos de los moribundos. Desde el lateral donde Sharpe y su media compañía compartían brandy con sus prisioneros, parecía como si cientos de monstruos encharcados lucharan cuerpo a cuerpo con movimientos lentos y grotescos. Sharpe le señaló al sargento francés hacia la ciudad.

—¡Vete!

El francés sonrió, saludó a Sharpe amigablemente y se marchó con su grupo. A veinte metros de la trinchera se detuvieron y recogieron seis palas.

Harper le gritó.

—¡Devuélvelas!

El sargento francés hizo un gesto obsceno y empezó a correr hacia Badajoz.

—Déjelos marchar. —Sharpe se volvió hacia donde se desarrollaba la lucha—. Vamos.

Subieron caminando junto al parapeto, la lluvia los empapaba y descendía hasta los muertos que había en la trinchera. Palas rotas y mosquetes destrozados cubrían la pendiente. El ruido de la lucha, el ruido de los hombres destrozándose hasta morir en el barro, todo se oía amortiguado por la lluvia. Un oficial francés había organizado un grupo con palas y estaba intentando rellenar la paralela. Sharpe se apresuró, el suelo era traicionero, se giró y vio que sus hombres lo seguían, pero Harper estaba junto a él y los franceses se volvieron y los vieron venir. A los franceses les había llegado el turno de usar las palas. Un hombretón arremetió contra ellos, los obligó a retroceder, paró la acometida de Harper, y Sharpe sacudió a la bestia con la espada, atravesando el mango de la pala, pero el francés seguía dirigiéndose hacia ellos. Harper le dio un golpe de bayoneta, pero se seguía acercando, y Sharpe le dio un corte en la parte

posterior del cuello hasta que finalmente se desplomó.

—¡Venga!

Sentía un dolor punzante en la espalda, dio la vuelta rápido y el oficial francés, con la cara blanca, retrocedía con la embestida de la espada.

—¡Cabrón!

Sharpe se adelantó apuntándole con la espada desenvainada y el francés fue hacia él. Los aceros chocaron, Sharpe torció la muñeca de manera que la pesada espada fuera desde la izquierda a la derecha del francés, bajo su guardia, Sharpe adelantó el pie derecho y lo golpeó contra el suelo, sin hacer caso de la espada de su oponente y le alcanzó en las costillas. El oficial francés intentó retroceder, resbaló en el barro y en la sangre, pero Sharpe siguió avanzando hasta sentir el acero que rascaba las costillas. Sus hombres pasaron rápido por su lado con las bayonetas preparadas, las bayonetas que habían cogido al enemigo. Sharpe observó cómo hacían que el enemigo se retirara.

Unas cornetas tocaron a retirada a los franceses, que volvieron a la ciudad y, al cabo de unos segundos, la ladera de la loma era una masa de enemigos retrocediendo, cargando con sus heridos y con los bultos de picos y palas que habían cogido. Se dirigían directamente a la ciudad como si temieran una persecución de la caballería e incluso Sharpe observó que los hombres chapoteaban dentro del agua del embalse en lugar de ir bordeando por el dique. Unos diez o veinte metros les fue bien, el agua les llegaba hasta los muslos, pero luego, con una rapidez de vértigo, el fondo desaparecía. Los oficiales franceses les gritaban a sus hombres, les ordenaban que salieran del agua y los dirigían hacia el dique del Rivillas. La salida había terminado.

El cañón francés abrió fuego, una bala se precipitó contra el barro mojado y rojo y los británicos saltaron hacia la trinchera destrozada.

Harper miró la espada de Sharpe desenvainada y ensangrentada.

—Como en los viejos tiempos, señor.

Sharpe echó una mirada a su grupo. Todos sus fusileros y un buen número de la restante compañía ligera estaban allí sonriéndole. Les devolvió la sonrisa burlonamente, luego recogió un trozo de arpillera mojada y limpió la hoja de la espada.

—Harían bien en volver a la compañía.

—Es mejor quedarse aquí, señor.

Sharpe no sabía quién había hablado. Miró a Harper.

—Llévelos, sargento.

—Señor. —Harper le sonrió con ironía—. Y gracias, señor.

—De nada.

Se quedó solo. Unos grupitos vagaban por la zona de la lucha, recogían a los heridos y amontonaban a los muertos. Había muchos cuerpos, más, calculó, de los

que se reunieron en la brecha de Ciudad Rodrigo. Una pala con la que se golpea la cabeza de un hombre es un instrumento atroz y las tropas británicas se habían sentido frustradas y listas para una lucha, para una reyerta salvaje en el barro. Un francés muerto estaba enroscado a los pies de Sharpe y el fusilero se agachó y rebuscó con sus manos en los bolsillos y en las bolsas del cadáver. No había nada de valor. Una carta doblada en cuatro que se emborronó tan pronto Sharpe la sacó, una moneda de cobre y una bala de mosquete suelta que podía haber sido el talismán del muerto. Alrededor del cuello, lleno de sangre, un crucifijo metálico. Había intentado dejarse crecer el bigote para parecer un veterano, pero los pelos eran débiles y finos. Era poco más que un niño. Una de las suelas de sus botas se había descosido, y suelta vibraba a rachas cuando la lluvia la golpeaba. ¿Lo habría matado eso? ¿Se le habría soltado la suela durante la lucha y mientras sus camaradas corrían, él había cojeado, o tropezado, y tina bayoneta británica le había atravesado el cuello? La carta se emborronó con el agua, pero Sharpe vio la última palabra de la página que estaba escrita en caracteres más grandes: «*Maman*».

Miró hacia la ciudad, ahora de nuevo orlada con largas lenguas de fuego, mientras los cañones martilleaban con su canto fúnebre que no cesaría hasta que terminara el asedio. Teresa estaba allí. Miró la torre de la catedral, achaparrada, con arcos para las campanas, y pensó en lo cerca que le sonaría a ella el tañido de la campana del reloj. Parecía como que la catedral sólo tuviera una campana, una campana ruda cuya nota moría casi tan pronto como tocaba la hora y los cuartos. Se preguntó, bruscamente, si ella le cantarían a su hija. ¿Y cómo era madre en español? ¿*Maman*, como en francés?

—¡Señor! ¡Señor! —Era el alférez Matthews, pestañeando bajo la lluvia—. ¿Señor? ¿Es usted, señor? ¿Capitán Sharpe?

—Soy yo. —Sharpe no le corrigió el capitán por teniente.

—Es mejor que venga, señor.

—¿Qué pasa?

—El equipaje de los oficiales, señor. Lo han saqueado.

—¿Saqueado? —Se arrastraba fuera de la trinchera.

—El coronel ha perdido algo de plata, señor. Todos han perdido algo, señor.

Sharpe soltó una palabrota. Estaba a cargo del equipaje y en vez de vigilarlo había estado peleando en el barro. Volvió a maldecir y echó a correr.

Capítulo 14

—¡Maldita sea! —exclamó el coronel Windham yendo y viniendo por el diminuto redil. Llevaba una fusta que sacudía furioso sobre el montón de patatas. Cuando agachó la cabeza para mirar el bagaje saqueado, le cayó el agua como en cascada de su bicornio—. ¡Maldita sea!

—¿Cuándo ha sucedido? —preguntó Sharpe al comandante Forrest.

—No lo sabemos. —Forrest sonrió nervioso al fusilero.

Windham se volvió.

—¿Que cuándo ha sucedido? ¡Esta maldita tarde, Sharpe, cuando se suponía que usted estaba al mando de la tropa!

Detrás había una docena de oficiales apiñados contra los muros del aprisco y miraban a Sharpe con rostro acusador. Todos temían la ira del coronel.

—¿Sabemos que fue esta tarde? —insistió Sharpe.

Parecía que Windham quisiera azotar a Sharpe con su fusta. En vez de eso, volvió a maldecir, se dio la vuelta y se fue. No era el bagaje diario de los oficiales el que habían saqueado, sino sus objetos de valor, guardados en zurrones de cuero. No se había tocado ningún patate desde hacía tres días, según lo que sabía Sharpe. Contenían el tipo de cosas que un hombre desembalaría tan sólo si estuviera en un alojamiento cómodo durante un período de tiempo largo; vajilla de plata, cristal, los lujos que les recordaban las comodidades de casa. Windham le gruñó al comandante Collett.

—¿Qué falta?

La lista no era larga. Forrest había perdido una letra de cambio, pero se la había encontrado arrugada y tirada en el barro. Quienquiera que fuera el que había cortado las bolsas no sabía qué hacer con el papel. Faltaban un par de cajitas de rapé, una cadena de oro que Sharpe sospechaba era fruto del saqueo de Ciudad Rodrigo; con toda seguridad el oficial que informó de tal pérdida había sido locuaz respecto a su pobreza antes del sitio y marcadamente callado después. Había un juego de vainas de oro, demasiado valioso para utilizarlo en la batalla, un par de espuelas de plata y un par de pendientes adornados con piedras preciosas que un teniente algo turbado afirmaba que eran un regalo para su madre. El comandante Forrest había perdido un espejo de afeitarse con tapa de plata y un reloj que decía que valía una pequeña fortuna. Lo más importante de todo era la pérdida que había sufrido el coronel: el retrato de su mujer enmarcado en plata labrada, la dura Jessica sin apenas barbilla. El coronel, se decía, quería mucho a su mujer; ella le había reportado una pequeña fortuna y los derechos de caza para medio Leicestershire. El coronel Windham estaba furioso por esa pérdida. Sharpe recordó el retrato colocado en la mesita de Elvas.

Windham señaló a Sharpe con la fusta.

—¿Ha perdido usted algo?

Sharpe negó con la cabeza.

—Yo no tengo nada aquí, mi coronel.

Todo lo que poseía lo llevaba consigo, salvo la espada de la Fundación Patriótica y el oro robado en Almeida que tenían sus agentes de Londres.

—¿Dónde está su mochila?

—Con las otras, coronel.

—¿Está marcada?

Sharpe sacudió la cabeza.

—No, coronel.

—Vaya a buscarla, Sharpe.

No tenía ningún sentido. ¿El coronel estaba acusando a Sharpe de ser el ladrón? Si así era, ¿por qué le pedía que fuera a buscar su propia mochila, y con ello, tener la oportunidad de esconder lo que hubiera robado? Encontró la mochila y la llevó hasta el redil.

—¿Quiere registrarla, coronel?

—No sea tonto, Sharpe. Usted es un oficial. —Y de este modo, según se suponía, y a pesar de toda evidencia en contra, un caballero—. Quiero ver lo lejos que ha tendido su red nuestro ladrón. ¡Mire si le falta algo, hombre!

Sharpe desató las correas. La mochila francesa estaba atiborrada de ropa de recambio sucia, dos seguros de repuesto para su fusil y media botella de ron. Tan sólo tenía un objeto de valor y no hizo falta que lo buscara; había desaparecido. Levantó la vista hacia Windham.

—Me falta un catalejo.

—¿Un catalejo? ¿Tenía algo de particular?

Algo muy especial; la chapa de bronce interior llevaba la inscripción Con gratitud. AW. 23 de septiembre, 1803. No estaba. Sharpe metió con desesperación su mano entre las ropas, pero no estaba. ¡Maldito ladrón! El catalejo era un regalo de Wellington, un obsequio valioso, y Sharpe se maldijo a sí mismo por haber dejado la mochila con todas las demás. Sin embargo las habían vigilado. Al igual que el redil con los objetos de valor de los oficiales. Windham escuchó la descripción de Sharpe y asintió con satisfacción.

—Eso prueba una cosa.

—¿Prueba? ¿El qué, coronel?

Windham sonrió.

—Creo que sabemos de dónde es nuestro ladrón. ¡Tan solo una compañía conocería esa mochila! —Señaló a las ropas de Sharpe que se iban empapando poco a poco en su bolsa francesa de piel de cerdo. Se volvió hacia el comandante Collett—. Haga formar a la compañía ligera, Jack. Registre a todos los hombres.

Sharpe intentó protestar.

—¿Señor?

Windham se volvió de repente y alargó la fusta amenazante.

—Si se hubiera quedado usted de guardia, Sharpe, en lugar de andar correteando por la colina, esto no hubiera sucedido. ¡Manténgase al margen de esto!

¡Hakeswill! Tenía que haber sido Hakeswill y Sharpe lo sabía, como sabía con absoluta certeza que la acusación nunca se podría probar. El robo del catalejo tenía que haber tenido lugar por la tarde porque Sharpe había visto la lente en su bolsa a mediodía. La compañía ligera, o la mayoría de ellos, habían estado con Sharpe luchando contra los franceses, pero de repente recordó la figura torpe y pesada del sargento de cara amarillenta corriendo hacia el lugar donde se guardaba el bagaje de los oficiales. El botín estaría ya escondido a estas horas. Y los guardias a quienes Sharpe había encargado vigilarlo debieron andar caminando por la cima de la loma para observar la lucha. Pasó las correas por las hebillas de su mochila. El comandante Forrest esperó a que los otros oficiales salieran uno tras otro de la puerta.

—Lo siento, Sharpe.

—No creo que sea la compañía ligera, señor.

—Me refería al catalejo.

A Sharpe se le escapó un gruñido. Forrest era un tipo decente, siempre quería que los demás estuvieran satisfechos. El fusilero se encogió de hombros.

—Ha desaparecido, señor. No volverá.

Hakeswill era un ladrón demasiado inteligente para que lo descubrieran.

Forrest sacudió la cabeza con tristeza.

—No me lo puedo creer. ¡Y éramos un batallón tan feliz! —Se puso de repente serio—. ¿Sharpe?

—¿Comandante?

—El coronel Windham dijo que estaba usted casado. Yo no he querido contradecirle.

—¿No lo hizo, señor?

—¡Santo cielo, no! ¿Lo está?

Sharpe negó con la cabeza.

—No, señor.

—Pero él dijo que usted había dicho que lo estaba.

Sharpe se sentó sobre los talones y levantó la vista sonriendo hacia el comandante.

—Así es.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—No lo sé, señor. Me salió así.

—Pero, por Dios, Sharpe. Eso va a su expediente, eso... —Forrest lo dejó correr

—. ¿Por qué no le dice la verdad?

—No me disgusta la idea, señor.

Forrest se echó a reír.

—No me diga. Me pareció raro cuando lo comentó, pero pensé que podía ser cierto. Usted es un tipo tan reservado, Sharpe.

—Tal como van las cosas, señor, probablemente lo estaré pronto.

—No sea ridículo —dijo Forrest frunciendo el ceño—. Pronto habrá una vacante de capitán. Casi la ha habido esta tarde. El pobre Sterritt tropezó y se encontró con una bayoneta que le atravesó la casaca.

Sharpe no rechistó. Había buscado descaradamente entre los supervivientes para ver si faltaba algún capitán, pero todos parecían estar encantados con sus vidas y no se respiraban aires de enfermedad. Se puso de pie y se echó la bolsa al hombro. Del otro lado de la loma provenían los martillazos de los cañones franceses, un sonido tan familiar que los hombres apenas se daban cuenta de él. Tan familiar como el silbido interminable de la lluvia.

Forrest miró por encima del hombro a la compañía ligera que estaba formada.

—Esto es triste, Sharpe. Muy triste.

Windham les pasó revista y el sargento veterano llamó a cada hombre para que se adelantaran de uno en uno y les vaciaran las bolsas y la mochila sobre una tela impermeable. Otro sargento examinaba a fondo los bultos. Sharpe se alejó. Lo encontraba triste e innecesario. El los hubiera hecho formar y les hubiera dado diez minutos para que saliera el ladrón o que se enfrentaran a las consecuencias; esto, claro está, si realmente creyera que uno de la compañía era el ladrón. Forrest sacudió la cabeza.

—Es muy minucioso, Sharpe.

—No tanto, señor.

—¿Qué quiere decir?

Sharpe le dirigió una sonrisa desganada.

—Cuando yo estaba en la tropa, señor, teníamos mochilas con falsos fondos. Ni está mirando en el interior de los chacos. De todas formas, un verdadero ladrón ya no tendría las cosas.

—Apenas ha tenido tiempo de deshacerse de ellas.

—Señor, una de las mujeres podría tenerlo en este momento, se lo podría haber vendido todo al cantinero por algunos chelines y una o dos botellas. Podría estar escondido. No lo van a encontrar. Tan sólo estamos perdiendo el tiempo.

Un jinete se levantó al exterior del redil y saludó a Forrest.

—¿Comandante?

El comandante Forrest se asomó entre la lluvia.

—¡Santo cielo! ¡El joven Knowles! ¡Parece que tiene un caballo nuevo!

—Sí, señor. —Robert Knowles se bajó de la silla y le sonrió a Sharpe—. Ahora ya no estoy en su compañía, puedo ir a caballo. ¿Le gusta?

Sharpe miró la bestia malhumorado.

—Precioso, señor.

Knowles se puso tieso al oír el «señor». Miró a Sharpe y luego a Forrest. Se le fue la sonrisa.

—¿Su ascenso? —le dijo a Sharpe tartamudeando.

—Lo rechazaron, señor.

—Ya está bien. —Knowles se sentía incómodo. Él había aprendido su oficio de Sharpe, había tomado como modelo a su antiguo capitán, y ahora que tenía una compañía ligera propia intentaba pensar, a cada hora, cómo los mandaría Sharpe—. ¡Es ridículo!

Forrest asintió con la cabeza.

—El mundo se ha vuelto loco.

Knowles frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¡No me lo creo!

Sharpe se encogió de hombros.

—Es cierto. —Sentía que Knowles se hubiera sentido incómodo—. ¿Cómo está la compañía?

—Empapada. Quieren seguir la lucha. —Volvió a sacudir la cabeza—. Así, ¿quién manda su compañía?

Forrest dejó escapar un suspiro.

—Un hombre que se llama Rymer.

Knowles se encogió de hombros.

—Están locos. —Miró a Sharpe—. ¡Es una locura! ¿Está a las órdenes de algún capitán?

Forrest dejó escapar un silbido.

—¡Oh, no! El señor Sharpe tiene obligaciones muy especiales.

Sharpe sonrió burlonamente.

—Soy el teniente encargado de las mujeres, los picos, las muías y la vigilancia del equipaje.

Knowles se echó a reír.

—¡No me lo puedo creer! —De repente se dio cuenta de la extraña formación al otro lado del redil, pequeño y circular—. ¿Qué pasa?

—Un robo. —A Forrest se le notaba triste—. El coronel cree que podría ser uno de la compañía ligera.

—¡Está loco! —Knowles seguía sintiendo una gran lealtad por su antigua compañía—. ¡Son demasiado astutos para que los pesquen!

—Ya lo sé —contestó Sharpe mientras observaba el registro.

Ya habían pasado todos los hombres y no se había encontrado nada, y ahora se adelantaban los sargentos. Mientras le registraban la mochila, Hakeswill permanecía con la baqueta tiesa y la cara crispada. No encontrarían nada, por supuesto. El sargento le dirigió a Windham un saludo rápido.

Harper se adelantó, sonreía divertido ante la idea de que alguien lo creyera capaz de una acción tan villana. Hakeswill primero, luego Harper, y Sharpe empezó a correr ladera arriba porque, por supuesto, Hakeswill quería quitarse a Harper de en medio. Patrick Harper vio que Sharpe se acercaba y arqueó las cejas, se tomaba el insulto del registro con la misma tolerancia tranquila con la que se enfrentaba a la mayoría de los avatares de la vida, pero ahora mostró su sorpresa.

—¿Señor? —El sargento se cuadró.

Sharpe se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo, pero era demasiado tarde. Tenía que haber alcanzado a Harper antes. Antes de la formación.

—¡Oficial de servicio! —La voz de Windham sonaba áspera—. Arreste al sargento.

Tan sólo habían encontrado una cosa, pero era suficiente. En la parte superior de la mochila, ni siquiera escondido, estaba el marco de plata que había contenido el retrato de la mujer de Windham. El cristal estaba roto y faltaba el retrato arrancado de la filigrana que habían doblado. Windham sostenía el marco, que parecía temblar de ira, y levantó la vista hacia el sargento.

—No sé nada de esto, mi coronel. Nada. Créame, mi coronel, yo no lo cogí.

—¡Le haré azotar! ¡Por Dios que le haré azotar! —Dio la vuelta sobre sus talones.

La compañía ligera estaba inmóvil, el agua les chorreaba de los chacos, tenían los uniformes empapados. Parecían trastornados. El resto del batallón, agazapados en un refugio insuficiente, observaban cómo el oficial de servicio reunía una guardia y se llevaban a Harper. Sharpe no se movió.

La compañía rompió filas. Encendieron fuegos bajo los refugios en un vano intento de quitarse la humedad. Se sacrificaron bueyes para la cena, el humo de los mosquetes se demoró sobre los supervivientes aterrorizados, y Sharpe dejó que la lluvia le helara la piel, pues sentía una impotencia terrible. Knowles intentó moverlo.

—Venga a comer algo con nosotros, por favor. Le invito.

Sharpe negó con la cabeza.

—No. He de estar aquí para el tribunal militar.

Knowles estaba preocupado.

—¿Qué le va a pasar al batallón, señor?

—¿Suceder, Robert? Nada.

Él mataría a Hakeswill un día, pero ahora necesitaba pruebas, si no Harper no podría nunca probar su inocencia. Sharpe no sabía cómo mostrar la verdad. Hakeswill era astuto y Sharpe sabía que la verdad no se la arrancararía a él a palos. Él se reiría de

una paliza. Pero un día Sharpe enterraría su espada en aquel vientre y dejaría que la podredumbre explotara como cieno putrefacto. Mataría al cabrón. Las cornetas tocaron retreta. Era el cuarto día en Badajoz.

Capítulo 15

Llovió durante toda la noche. Sharpe lo sabía porque había estado despierto casi todo el rato, escuchando el agua incesante, el viento y los disparos esporádicos del cañón francés que intentaba entorpecer la excavación de las baterías. No había respuesta de los británicos; los cañones de asedio, todavía envueltos en paja y arpillera, estaban esperando una tregua, de manera que las carretas se pudieran arrastrar al otro lado de la colina y los cañones se colocaran en su posición.

Sharpe estaba sentado con Harper en lo alto de la loma y miraba hacia abajo las tenues luces de la ciudad. Miraban en la distancia, borrosa por la climatología, y Sharpe intentaba distinguir la catedral y pensaba en la niña enferma en sus cercanías.

Harper no debía estar con él. Estaba bajo vigilancia, condenado a azotes y rebajado de grado, pero Sharpe les había dicho a los centinelas que miraran hacia otro lado mientras él y Harper escalaban la cima de la loma. Sharpe miró al irlandés.

—Lo siento.

—No tiene que sentirlo, señor. Hizo todo lo que pudo.

Que no había dado resultado satisfactorio. Sharpe había pedido, casi rogado, pero el marco había sido suficiente prueba para el tribunal militar del regimiento. Sharpe había testificado que Harper había estado con él toda la tarde luchando contra el ataque francés, y que su propio catalejo había desaparecido en ese tiempo, así que el sargento no podía ser el responsable. Windham se había mostrado implacable. El catalejo, dijo, podía haber sido robado por otro ladrón. Harper era culpable, rebajado a soldado raso y sentenciado a ser azotado.

Harper pensaba en la mañana. La voz del de Donegal era una voz melosa.

—Cien latigazos, ¿eh? Podría ser peor. —Mil doscientos era la sentencia máxima.

Sharpe le tendió una botella. Ambos hombres estaban envueltos en trozos de lona alquitranada sobre la que tamborileaba la lluvia.

—Recibí doscientos.

—El ejército se está ablandando; eso es, se está ablandando. —Harper se echó a reír—. ¡Y de nuevo un soldado de mierda, también! Ni siquiera me llaman fusilero en este regimiento de mierda. Soldado Harper. —Echó un trago—. ¿Y cuándo creen que robé esas cosas de mierda?

—El martes.

—¡Dios salve a Irlanda! ¿El día de San Patricio?

—No estaba en las filas.

—¡Cielos! Estaba con usted. Bebiendo.

—Lo sé. Ya se lo dije.

Se hizo el silencio entre los dos, una desgracia compartida. De la pendiente provenía el tintineo de los picos mientras las baterías se colocaban bajo un manto de

tierra. Al menos, pensó Sharpe, los dos tenían un montón de bebida. La compañía ligera había reunido todos sus recursos, gorroneado y robado más, y por debajo del refugio de lona había al menos una docena de cantimploras con ron o vino.

—Lo siento, Patrick.

—Ahórrese las palabras, señor. No dolerá. —Sabía que mentía—. ¡Mataré a ese cabrón!

—Después de mí.

Estaban sentados y pensaban en la reconfortante idea de matar a Hakeswill. El sargento tomaba precauciones. Había levantado su refugio a unos metros de las rudimentarias tiendas de lona de los oficiales y Sharpe sabía que esa noche no había oportunidad de hacer desaparecer a Hakeswill enviándolo a algún lugar solitario y silencioso.

El irlandés se rió entre dientes y Sharpe lo miró.

—¿Qué hay?

—Pensaba en el coronel. ¿Qué había en aquel maldito retrato?

—Su mujer.

—Tiene que ser de una belleza excepcional.

—No —dijo Sharpe destapando otra cantimplora—. Es una vieja bruja, pero no se sabe nunca con los retratos. De todas maneras, nuestro coronel aprueba el matrimonio. Cree que le evita problemas al hombre.

—Probablemente sea cierto. —Harper no parecía convencido—. Me ha llegado el rumor de que usted y la señorita Teresa están casados. ¿Cómo se ha iniciado ese bulo?

—Yo se lo dije al coronel.

—¡Usted! —Harper se echó a reír—. En realidad, debería casarse con ella. Hacer de ella una mujer honorable.

—¿Y de Jane Gibbons?

Harper sonrió burlescamente. Había conocido a la muchacha rubia, hermana del hombre que él había matado, y sacudió la cabeza.

—Ella no le querrá. Se tiene que haber nacido en una casa de abolengo para casarse con una de ese rango; tener un montón de dinero, y esas cosas. Usted es tan sólo un soldado de infantería, como los demás. Una faja roja elegante no hará que se meta en su cama. Al menos, no para quedársela.

Sharpe se rió entre dientes.

—¿Cree que debería casarme con Teresa?

—¿Por qué no? Está esquelética, ésa es la pura verdad, pero usted podría ponerle algo de carne en los huesos. —Harper desaprobaba profundamente el gusto de Sharpe por las mujeres delgadas.

Volvían a permanecer sentados en silencio, oyendo la lluvia que repiqueteaba en

la lona, y compartiendo una amistad que pocas veces tenía la ocasión de expresarse o definirse. Sharpe tenía la reputación, con aquellos que no lo conocían bien, de ser un hombre parco en palabras y era cierto, pensaba él, salvo con un puñado de amigos. Harper y Hogan; Lossow, el jinete alemán, y eso era todo. Exiliados, alejados de sus países, luchando con un ejército extraño. Sharpe también era un exiliado, un extraño en el comedor de oficiales.

—¿Sabe qué dice el general?

Harper negó con la cabeza.

—Dígame qué dice el general.

—Dice que nadie que haya ascendido desde la tropa acaba bien.

—¿Lo dice ahora?

—Dice que vuelven a beber.

—En este ejército, ¿quién no? —Harper le acercó la cantimplora a Sharpe—. Tenga, emborráchese.

Algún tonto abrió la puerta de un farol en la paralela y los artilleros franceses, siempre alerta, vieron la luz y de repente las murallas de Badajoz vomitaron llamas y disparos. Se oyeron gritos provenientes de las obras. La luz desapareció, pero en ese momento se oyeron los ruidos sordos de los disparos que daban en un blanco y los gritos que salían de la trinchera.

Harper escupió.

—Nunca tomaremos esta maldita ciudad.

—No podemos quedarnos aquí para siempre.

—Eso es lo que usted dijo la primera vez que fue a Irlanda.

Sharpe sonrió con ironía.

—Es el recibimiento que nos hicieron. No nos queremos ir. De todas formas, nos gusta el clima.

—Se lo pueden quedar. —Harper miró de reojo en la oscuridad—. ¡Cielos! ¡Ojalá parara de llover!

—Yo pensaba que a todos los irlandeses les gustaba la lluvia.

—¿Que esto es lluvia?

—Esto es el diluvio, el fin de este mundo mal hecho.

Sharpe se apoyó en un gavión de mimbre, abandonado por un grupo de trabajo y se quedó mirando hacia arriba.

—Hace una semana que no veía las estrellas. Más.

—Es verdad.

—Me gustan las estrellas.

—Eso les va bien. —A Harper le divertía; no era frecuente que a Sharpe se le desatara la lengua por la bebida.

—No, de verdad. A usted le gustan los pájaros. A mí las estrellas.

—Los pájaros hacen cosas. Vuelan, construyen nidos. Se les puede observar.

Sharpe no dijo nada. Recordaba las noches echado en el campo, con la cabeza apoyada en la mochila, el cuerpo dentro de una manta que hacía de saco de dormir, y las piernas metidas por las mangas de la casaca que abrochaba desde abajo hasta arriba de su estómago. Era la manera de dormir de un soldado, pero algunas noches tan sólo se quedaba allí estirado y observaba la gran mancha del cielo que era como los fuegos del campamento de un ejército tan grande que resultaba inimaginable. Legión tras legión, incomprensible, allí arriba en el cielo, y él sabía que se acercaba, noche tras noche, y el dibujo aparecía confuso en su cabeza por los predicadores extraños y borrachos que iban al orfanato cuando él era un niño. Las estrellas se mezclaban con los cuatro jinetes del apocalipsis, la última trompeta, la segunda venida, el levantamiento de los muertos. Las luces de la noche eran el ejército del fin del mundo.

—El mundo no acabará con un diluvio. Habrá bayonetas y batallones. Una gran batalla sangrienta.

—Mientras estemos en la línea de tiradores, señor, no me importa. —Harper bebió más ron—. Me he de guardar un poco para la mañana.

Sharpe se incorporó.

—Hagman ha sobornado a los tamborileros.

—Eso no funciona nunca.

Harper tenía razón. Los tamborileros eran los muchachos que daban los azotes y normalmente eran sobornados por los amigos de la víctima, pero bajo la mirada atenta de los oficiales se veían obligados a pegar con todas sus fuerzas.

Sharpe se quedó mirando el enorme bloque oscuro que era Badajoz, aliviado por unas pocas luces borrosas. Había un fuego ardiendo en uno de los muchos patios del castillo. La apagada y breve campana de la catedral dio la media.

—Si al menos ella no estuviera allí... —Paró.

—¿Qué?

—No sé.

—Si ella no estuviera allí. —La manera de hablar de Harper, natural del Ulster, era lenta, como si anduviera despacio—. Se vería tentado a largarse. ¿No es así? ¿Colinas arriba? ¿A luchar con los guerrilleros?

—No lo sé.

—Sí lo sabe. ¿Se cree que nadie más ha pensado en eso? —Harper se refería a sí mismo—. No es usted sólo un soldado en los buenos tiempos.

—Pronto tendremos desertores.

—Ay, si no se entierra pronto a Hakeswill.

Hacía meses que nadie desertaba del batallón. Otros batallones perdían hombres, un puñado cada día que se deslizaban hasta Badajoz. También había tráfico en el otro

sentido, incluyendo, así se lo había dicho Hogan a Sharpe, un sargento de ingenieros francés que se había traído con él los planos de las defensas. Los planos contenían pocas sorpresas, salvo la confirmación de que el glacis del oeste estaba muy minado.

Sharpe cambió de tema.

—¿Sabe cuántos han muerto hoy?

—¿Era hoy? —Harper parecía sorprendido—. Parece que fue la semana pasada.

—Cien. Han contado casi trescientos franceses. Y también algunos ahogados. ¡Pobres cabrones!

—Siempre ven doble cuando cuentan a los franceses. —Harper era despectivo—. Y los franceses probablemente alardean de que han matado a mil.

—No han causado mucho daño.

—No.

Los franceses habían deseado retrasar el sitio al menos una semana obligando a los británicos a volver a excavar toda la paralela. Una semana ganada sería una semana extra durante la cual un ejército de campaña francés podría marchar para aliviar a la guarnición. Harper abrió otra cantimplora.

—El asalto será duro.

—Sí.

La lluvia silbaba al caer, borbotando sobre el suelo empapado, golpeando con monotonía sobre la lona. Hacía frío. Harper le ofreció a Sharpe de la cantimplora nueva.

—Tengo una idea.

—Dígame —dijo Sharpe bostezando.

—¿Le estoy aburriendo?

—¿Qué idea tiene?

—Me voy a presentar voluntario para el pelotón suicida.

Sharpe resopló.

—No sea tonto de mierda. Usted quiere vivir, ¿no?

—No soy tonto y quiero volver a ser sargento. ¿Me pedirá usted?

Sharpe se encogió de hombros.

—Ya no me escuchan.

—Le he dicho que si me llamaría usted. —La voz de Harper era insistente.

Sharpe no podía imaginarse a Harper muerto. Negó con un movimiento de cabeza.

—No.

—¿Se lo guarda para usted? —Las palabras fueron dichas con dureza.

Sharpe se volvió y miró al hombretón. No había por qué negarlo.

—¿Cómo lo ha adivinado?

Harper se echó a reír.

—¿Cuánto hace que estoy con usted? Santa María, madre de Dios, ¿se cree usted que soy tonto? Pierde usted su rango de capitán, ¿y qué va a hacer? Subir gritando por alguna brecha sacudiendo la espada porque prefiere morir a perder su orgullo de mierda.

Sharpe sabía que era verdad.

—¿Y usted?

—Quiero recuperar mis galones.

—¿Orgullo?

—¿Por qué no? Siguen diciendo que los irlandeses son tontos, pero yo veo que se ríen poco de mí.

—Eso puede ser por su estatura, no por sus galones.

—Ay, tal vez, pero no les voy a permitir que digan que he fracasado. ¡Así que se ha presentado voluntario!

Sharpe asintió con la cabeza.

—Sí. Pero no van a escoger a nadie, al menos hasta el momento del asalto.

—Y si lo escogen a usted, ¿me llevará?

—Sí. —Le costó decir la palabra.

El irlandés asintió.

—Entonces, esperemos que lo elijan a usted.

—Rece por el milagro.

Harper se echó a reír.

—Usted no quiere un milagro. Los milagros siempre salen mal. —Bebió ron—. San Patricio echó fuera de Irlanda a todas las serpientes ¿y qué ha sucedido? Nos aburríamos tanto que dejamos entrar a los ingleses para que ocuparan su sitio. El pobre hombre debe estar removiéndose en su tumba. Las serpientes eran mejores.

Sharpe sacudió la cabeza.

—Si Irlanda fuera cinco veces mayor, e Inglaterra cinco veces menor, nos estarían haciendo lo mismo a nosotros.

Harper volvió a reír.

—Eso sí que sería un milagro por el que valdría la pena rezar.

Retumbaron cañones a su derecha, al otro lado del río, era el cañón del fuerte de San Cristóbal que disparaba por encima del Guadiana hacia la paralela. El fuego largo y escupido se reflejaba en el agua oscura. Los artilleros sobre la muralla de la ciudad, para no ser menos, lanzaban sus piezas y la noche se llenó de ruido.

Harper tiritaba de frío.

—Voy a rezar por otro milagro.

—¿Qué?

—Una ocasión para cazar a Hakeswill. —Señaló con la cabeza hacia la ciudad—. En una de esas callejuelas. Le arrancaré su cabeza de mierda.

—¿Qué le hace pensar que cruzaremos la muralla?

Harper soltó una risotada sin gracia.

—No cree de verdad que podemos fracasar, ¿verdad?

—No.

Pero entonces no había pensado que podía realmente perder su rango de capitán, no había pensado que podía perder su compañía y ni siquiera en sus peores sueños se le había ocurrido pensar que tendría que soportar y observar cómo azotaban a Patrick Harper. La noche fría y húmeda seguía martirizándoles, haciendo que las pesadillas se hicieran realidad.

Capítulo 16

Lluvia y más lluvia. Cada vez con más violencia. Al amanecer el río se había desbordado, levantaba una espuma blanca contra los arcos de piedra del viejo puente y, lo que era más grave, se había llevado el puente de pontones río abajo.

—¡Compañía! —La última sílaba se arrastraba, mezclada con los gritos de otros sargentos—. ¡Chitón!

—¡Firmes! ¡Vista al frente!

Un tintineo de bridas y bocados trajo a los oficiales más antiguos del batallón al amplio espacio despejado en el centro de las compañías ya formadas. Dos lados del rectángulo lo formaban tres compañías cada uno; cuatro compañías formaban el lado largo y de frente el solitario triángulo de madera.

—Descansen, ¡ar!

Así una y otra vez. Se sacudían las manos sobre la madera mojada; las empuñaduras se ensuciaban con el lodo; la lluvia caía sesgada sobre la tropa.

Los sargentos marchaban tiesos pisando el lodo, se cuadraron de pronto y saludaron.

—¡Compañía formada, señor!

Los capitanes montados, pero deplorables con sus capas empapadas, saludaron.

—¡Batallón listo para formación de castigo, señor!

—Muy bien, comandante. Descansen.

—¡Talión! —La voz de Collett cabalgó sobre el viento y la lluvia—. En su lugar..., ¡descanso! —Se oyó arrastrarse los pies convulsivos en el barro.

Sharpe, con la cabeza espesa después de pasar la noche bebiendo, había formado con la compañía ligera. Rymer se sentía molesto, pero era el sitio de Sharpe; el rostro amarillo de Hakeswill se mostraba inexpresivo. El pulso le palpitaba bajo la cicatriz amoratada de su cuello. Daniel Hagman, el viejo fusilero, había ido a decirle a Sharpe antes de la formación que la compañía estaba amotinada. Sin duda era una exageración, pero Sharpe veía que los hombres estaban malhumorados y, sobre todo, asombrados. La única buena noticia era que Windham había rebajado el castigo a sesenta latigazos. El comandante Hogan le había hecho una visita al coronel y, aunque el ingeniero no había conseguido persuadir a Windham de que Harper era inocente, lo había impresionado describiéndole el historial de Harper. El batallón esperaba bajo la lluvia soportando el frío y el sufrimiento.

—¡Talión! ¡Chitón!

Nuevo arrastrar de pies. Entonces apareció Harper entre dos guardias. El irlandés iba desnudo de cintura para arriba mostrando los enormes músculos de sus brazos y su pecho. Caminaba ligero, sin hacer caso de la lluvia ni del barro, y sonrió burlón a la compañía ligera, de modo que parecía el hombre menos preocupado de la

formación.

Le ataron las muñecas levantadas sobre el triángulo, le abrieron las piernas y se las ataron a la base; por otra parte, un sargento empujó el cuero doblado entre los dientes de Harper para que no se mordiera la lengua de dolor. El médico del batallón, un hombre enfermizo, con la nariz húmeda, hizo una revisión superficial a la espalda de Harper. Era evidente que estaba sano. Le ataron una tira de cuero alrededor de los riñones, el doctor asintió tristemente con la cabeza y miró a Collett. El comandante le habló a Windham y el coronel asintió.

—¡Proceda!

Las baquetas descendieron sobre las pieles empapadas. El sargento hizo una señal con la cabeza a los dos muchachos.

—¡Uno!

Sharpe lo recordó. A él lo habían azotado en la plaza de un pueblo en la India. Lo habían atado a una carreta de bueyes, no a un triángulo, pero recordaba el primer corte áspero con las correas de cuero la curvatura involuntaria de la espalda, los dientes rechinando sobre el cuero y la sorpresa al ver que no era tan malo como había esperado. Casi se había acostumbrado a los golpes, se sentía seguro, incluso se ofendió cuando el médico hizo detener los latigazos para comprobar que aún podía recibir más castigo. Después, el dolor se hizo confuso. Empezó a dolerle, a dolerle de verdad, cuando los latigazos le sacaron túrdigas de la piel y los golpes fueron alternos, a ambos lados, y así hasta que el batallón que lo observaba vio el destello del hueso y la sangre gotear sobre el polvo del pueblo. ¡Cielos! ¡Lo que le había dolido!

El South Essex observaba en silencio. Los tambores, de piel estirada por la lluvia, apenas se podían oír; eran como los toques amortiguados de un funeral. Los latigazos se veían empapados cuando sangraban, el sargento encargado de los azotes cantaba los números; al fondo los cañones franceses seguían disparando.

Los tamborileros hicieron una pausa. El doctor se acercó hasta la espalda de Harper, estornudó, y asintió con la cabeza al sargento.

—¡Veinticinco!

La lluvia diluía la sangre.

—¡Veintiséis!

Sharpe miró a Hakeswill. ¿Acaso había un destello de triunfo en su cara? Era imposible asegurarlo. La cara se crispó con un espasmo.

—¡Veintisiete!

Harper giró la cara desafiando a la compañía ligera. No se movía en absoluto cuando recibía los golpes. Escupió la mordaza de cuero y les sonrió burlescamente.

—¡Veintiocho! ¡Más fuerte!

Uno de los tamborileros hizo acopio de todas sus fuerzas. Harper sonrió aún más.

—¡Paren! —Collett hizo avanzar a su caballo—. ¡Méтанle la mordaza!

Volvieron a empujarle la mordaza en la boca a Harper, pero él la volvió a escupir y sonrió. Se escuchó un murmullo de aprobación proveniente de la compañía ligera, un murmullo que era una risa, y vieron que Harper charlaba con los tamborileros. ¡El cabrón había vencido el castigo! Sharpe sabía que le dolía, pero sabía que el orgullo de Harper no le dejaría manifestarlo, tan sólo le dejaría fingir una absoluta indiferencia.

El castigo terminó, convertido en una farsa por la valentía increíble de Harper.

—¡Suéltlenlo!

Sharpe había visto a hombres que caían desplomados al suelo después de una docena de golpes, pero Harper se separó de las correas aún sonriendo con ironía, y lo único que hizo fue darse un masaje en las muñecas. El médico le hizo una pregunta y el irlandés se echó a reír, rechazó la manta que le ofrecieron para cubrirse la espalda sangrante y se dio media vuelta para seguir a la escolta fuera de la formación.

—¡Soldado Harper! —Windham había espoleado a su caballo y se había acercado.

—¿Señor? —La voz de Harper casi mostraba desprecio.

—Es usted un hombre valiente. Tenga.

Windham lanzó una moneda de oro al hombre de Ulster. Durante un segundo pareció que Harper no iba a hacer caso de la moneda, pero una mano enorme se elevó de pronto, la agarró en el aire y le ofreció al coronel una gran sonrisa burlona y contagiosa.

—Gracias, mi coronel.

El batallón exhaló un suspiro de alivio colectivo. Windham debió darse cuenta, incluso cuando se desarrollaba el castigo, de que estaba haciendo azotar al hombre más popular del batallón. En la formación se había notado la hostilidad, una hostilidad poco usual. Los soldados no ponían objeción a los azotes, ¿por qué habían de hacerlo? Si un hombre merecía castigo el batallón se alineaba y observaba cómo se llevaba a cabo. Pero los soldados también tenían un perspicaz sentido de la injusticia y Sharpe, observando a Windham, sabía que el coronel había captado el ultraje al batallón. Se había cometido un error. No se podía admitir ni dar marcha atrás, pero la moneda de oro había sido un detalle inteligente. Windham, a pesar de aparentar ser un simple terrateniente, era un hombre inteligente.

Y Hakeswill era astuto. El sargento seguía manteniendo el rostro inexpresivo cuando la formación rompió filas. Hakeswill estaba triunfante. Harper había sido derrotado, degradado, y la compañía estaba a merced de Hakeswill. Ahora quería algo más, y lo conseguiría: la desgracia de Sharpe. Gracias a lo que rumoreaba la compañía, el sargento sabía dónde tendría lugar su desgracia, en la casa de los naranjos detrás de la catedral.

Sharpe encontró a Harper en un refugio, donde dos mujeres le ponían grasa en la espalda y le vendaban las heridas.

—¿Y bien?

Harper sonrió, burlón.

—Duele como mil diablos, señor. No podía haber aguantado muchos más. — Levantó la guinea de oro—. ¿Qué hago con esto?

—¿Gástela?

—No. —El irlandés miró fijamente más allá de Sharpe, al mar de barro que la lluvia gris barría con grandes cortinas de agua—. La guardaré, señor, hasta que haya matado al cabrón.

—¿O hasta que lo mate yo?

—Uno de nosotros, señor. Pero hágalo pronto. Antes de que nos marchemos de aquí.

Si es que alguna vez se iban de Badajoz, pensó Sharpe. Aquella tarde llevó a un grupo de trabajo hacia la frontera portuguesa. Encontraron los preciados pontones encallados en la corriente y se desnudaron para prepararlos y que los bueyes los arrastraran. El asedio estaba paralizado con la lluvia, el barro y la desgracia. Badajoz era como un gran castillo en medio de un océano. La lluvia había inundado los campos al sur, al oeste y al norte, el viento seguía aullando y traía más agua. Aunque era tiempo de esfuerzos, no se podían hacer. Las trincheras estaban inundadas, las laderas derrumbadas y cuando se usaron los gaviones para apuntalar las baterías, el agua reblandeció el relleno de tierra convirtiéndolo en fango semilíquido que salía dejando un armazón de mimbre hueco e inútil.

Todo estaba sucio de barro. Los carros, los víveres, el forraje, la comida, los uniformes, las armas, los hombres. El campamento estaba asqueroso, el único movimiento era el lento batir de la lona mojada bajo el viento, y la fiebre mataba a tantos como los incesantes cañones franceses. El tiempo que los franceses habían esperado ganar con su ataque a la paralela se lo habían proporcionado las condiciones atmosféricas. La moral estaba por los suelos. El primer lunes del asedio fue el peor. Hacía una semana que llovía y no paraba de llover, y la oscuridad se cernía sobre un ejército que apenas podía encender un fuego. No había nada seco, no había nada caliente. Un soldado de un regimiento gales, un fusilero, había enloquecido. Se oyeron gritos en la noche, un chillido aterrador cuando ensartó a su mujer con una bayoneta, y luego cientos de hombres fueron a tientas por la oscuridad pensando que se trataba de un ataque francés, mientras que el loco corría por el campamento, segando a derecha e izquierda con su arma. Gritaba que la resurrección de los muertos había llegado ya y que él era el nuevo mesías. Finalmente su sargento lo acorraló y, al darse cuenta de que nadie quería un tribunal militar y una ejecución, mató al hombre de una puñalada limpia.

Sharpe se encontró con Hogan aquel domingo por la noche. El comandante estaba ocupado. La herida del coronel Fletcher hacía que el ingeniero jefe se quedara en su tienda y Hogan se había hecho cargo de la mayor parte de su trabajo. El irlandés estaba triste.

—Nos va a derrotar la lluvia, Richard.

Sharpe no le contradijo. El agua aplastaba el espíritu del ejército; querían devolver los golpes, oír sus propios cañones disparando a los franceses, pero los cañones, como el ejército, estaban atascados. Hogan se quedó mirando la noche húmeda, llovía a cántaros.

—¡Si al menos parara!

—¿Y si no para?

—Nos rendimos. Hemos perdido.

Fuera, en la fría noche, la lluvia azotaba y chorreaba con fuerza del saliente de la tienda de Hogan y las gotas lentas le parecieron a Sharpe los toques de tambor de una derrota. Una derrota impensable.

Capítulo 17

El martes por la tarde dejó de llover.

Se abrió el cielo azul entre jirones de nubes y, como una bestia salvada de ahogarse inminentemente, el ejército se levantó del barro y atacaron las trincheras con renovada energía.

Transportaron los cañones colina arriba aquella noche. El terreno todavía era un barrizal casi impracticable, pero arrastraron cuerdas, lanzaron mimbres bajo las ruedas, y con un entusiasmo con que les dotaba el descanso climatológico, las tropas llevaron los cañones de veinticuatro libras hasta las recién excavadas baterías.

Por la mañana, durante un amanecer milagrosamente despejado, se oyeron los gritos que provenían del campamento británico. ¡Se había disparado el primer tiro y ellos respondían! Veintiocho cañones de asedio estaban en sus puestos, protegidos con gaviones. Los ingenieros dirigían a los oficiales de artillería de manera que las balas golpearan la base del baluarte Trinidad. Los cañones franceses intentaban destruir los cañones de asedio y el valle, por encima de las plácidas y grises aguas estancadas del Rivillas. Era digno de verse el río envuelto en el humo que se arremolinaba cuando las balas de los cañones atravesaban la niebla.

Al final del primer día, cuando la brisa del atardecer dispersó el humo hacia el sur, se hizo visible un boquete en la obra del baluarte. No era grande, más bien una desportilladura rodeada de pequeñas marcas de disparos. Sharpe echó una mirada a los daños con el catalejo del comandante Forrest y soltó una risa desganada.

—Dentro de tres meses, señor, se darán cuenta de que estamos aquí.

Forrest no dijo nada. Temía el humor de Sharpe, la depresión que había llegado con la ociosidad. El fusilero apenas tenía obligaciones. Parecía que Windham había abandonado la formación de mujeres, las muías pastaban, y el tiempo de Sharpe transcurría lentamente. Forrest le había hablado a Windham, pero el coronel había sacudido la cabeza.

—Todos estamos aburridos, Forrest. El asalto lo curará todo.

Luego el coronel se llevó sus sabuesos hacia el sur a pasar un día de caza, y con él, la mitad de los oficiales del batallón. Forrest había intentado infructuosamente animar a Sharpe. Ahora contemplaba aquel perfil malhumorado del capitán.

—¿Cómo está el sargento Harper?

—El soldado Harper está mejor, señor. Dentro de tres o cuatro días ya estará de servicio.

Forrest suspiró.

—No me acostumbro a llamarle soldado. No me parece justo. —Entonces se ruborizó—. ¡Oh, vaya! Supongo que he metido la pata.

Sharpe se echó a reír.

—No, señor. Me estoy acostumbrando a ser teniente. —No era cierto, pero Forrest necesitaba tranquilizarse—. ¿Está cómodo, señor?

—Mucho. La vista es espléndida.

Estaban contemplando el valle y la ciudad; esperaban el ataque que tendría lugar al oscurecer. La mitad del ejército estaba en la cima de la colina, en la trinchera o en las nuevas baterías. Los franceses debían saber que algo iba a suceder. No resultaba difícil adivinar lo que se pretendía. Los cañones británicos estaban a más de media milla de distancia del baluarte Trinidad, demasiado lejos para ser realmente efectivos. Los ingenieros tenían que acortar esa distancia a la mitad. Eso significaba construir una segunda paralela con nuevas baterías exactamente al borde del embalse, donde los franceses habían construido el fuerte Picurina. Esta noche atacarían el fuerte. Sharpe había deseado ansiosamente que escogieran la cuarta división, la suya, pero en lugar de eso la tercera y la compañía ligera avanzarían en la oscuridad. Sharpe era simplemente un espectador. Forrest miró pendiente abajo.

—No debería ser difícil.

—No, señor.

Lo cual era cierto, pensó Sharpe, pero sólo la mitad de la batalla. El fuerte Picurina era casi provisional. Sin duda era un obstáculo en forma de cuña de cara a la marea británica y con la única intención de retrasarlos. Tenía un foso que protegía una pared baja de piedra, y sobre la muralla se levantaban empalizadas, troncos partidos con troneras para los mosquetes, y el fuerte estaba lo bastante alejado de la ciudad para que los cañones franceses no pudieran atacarlo con metralla. El fuerte había de caer, pero todavía quedaba el pantano que formaba el embalse del Rivillas. El embalse bloqueaba el acceso directo a la ciudad. A menos que se vaciara el pantano, todo ataque habría de venir del sur, encajonado entre el agua y la muralla sur, pasando por el enorme fuerte Pardaleras. Las columnas atacantes se encontrarían bajo el fuego de un montón de cañones franceses destrozados por la metralla. Sharpe tomó prestada otra vez la lente de Forrest y apuntó sobre el dique. Estaba extraordinariamente bien construido para ser una construcción provisional. Sharpe vio un camino de piedra con barandilla que discurría por la parte superior del dique que conducía al fuerte, mucho más sólido que el Picurina, que defendía el dique. El fuerte y el dique estaban muy cerca de las murallas de la ciudad. Un hombre con un mosquete sobre el baluarte San Pedro podía disparar fácilmente sobre el camino de piedra. Forrest vio hacia dónde miraba.

—¿En qué está pensando, Sharpe?

—Estaba pensando que no sería fácil atacar el dique, señor.

—¿Usted cree que alguien pretende atacar el dique?

Sharpe sabía que se tenía esa intención, Hogan se lo había dicho, pero él se encogió de hombros.

—No sé, señor.

Forrest miró a su alrededor con aire conspirador.

—No se lo diga a nadie, Sharpe, pero ¡vamos a hacerlo!

—¿Vamos, señor? —preguntó Sharpe con cierta excitación—. ¿El batallón, señor?

—Estoy hablando cuando no debiera, Sharpe. —Forrest estaba contento al notar entusiasmo en la voz de Sharpe—. El coronel ha ofrecido nuestro servicio. El general de división estaba hablando con él. ¡Podemos ser los afortunados!

—¿Cuándo, señor?

—¡No lo sé, Sharpe! No me explican esas cosas. ¡Mire! ¡Se levanta la cortina!

Forrest señaló la batería número uno. Un artillero había quitado de golpe el último gavión de la tronera y uno de los cañones, que llevaba media hora en silencio, lanzó una llamarada de fuego y humo colina abajo. La bala, corta de alcance, chocó contra el Picurina, dejó señales en la tierra al rebotar y cayó dentro del lago levantando una gran salpicadura. El pitorreo de los franceses dentro del pequeño fuerte se podía oír a casi medio kilómetro de distancia.

Los artilleros levantaron el cañón un poco haciendo girar el tornillo debajo de la palanca de cierre. El cañón siseó al ponerle las esponjas. La tronera se había tapado otra vez como prevención contra el inevitable fuego que provenía de las murallas de la ciudad. Tiraron las bolsas de pólvora al interior del tragante del cañón, atacaron a fondo y la bala rodó dentro de la boca. Un sargento se inclinó sobre el fogón, empujó con una punta que perforó las bolsas de pólvora, y luego introdujo el tubo relleno de fina pólvora que encendía la carga. Su mano se elevó, un oficial dio las órdenes y retiraron los gaviones del frente de la batería. Los hombres se pusieron en cuclillas tapándose los oídos con las manos mientras el sargento tocaba el tubo de cebar con una mecha encendida en el extremo de un palo largo, y el cañón retrocedió de golpe sobre la plataforma de madera inclinada. La bala chocó contra la empalizada de madera del Picurina astillando los troncos, y envió los fragmentos de madera verde convertidos en lluvia violenta sobre los defensores; ahora les tocaba a los británicos lanzar vítores y aplausos.

Forrest estaba mirando hacia el fuerte con su catalejo. Dejó escapar un silbido.

—¡Pobres chicos! —Se volvió hacia Sharpe—. No debe resultarles muy agradable.

Sharpe tenía ganas de reír.

—No, señor.

—Ya sé lo que está pensando, Sharpe. Que soy muy caritativo con el enemigo. Tal vez tenga usted razón, pero no puedo evitar imaginarme que mi hijo estuviera ahí dentro.

—Yo creía que su hijo era grabador, señor.

—Sí, lo es, Sharpe, lo es, pero si fuera un soldado francés podría estar ahí dentro y sería de lo más preocupante.

Sharpe desistió de seguir los pensamientos caritativos de Forrest y se volvió hacia el Picurina. Los otros cañones británicos habían dado en el blanco y las pesadas balas destruían sistemáticamente las débiles defensas. Los franceses de dentro estaban atrapados. No se podían retirar, pues el pantano estaba en su retaguardia, y debían saber que los cañonazos terminarían con un ataque de la infantería tan pronto como el crepúsculo diera paso a la noche. Forrest frunció el ceño al verlo.

—¿Por qué no se rinden?

—¿Usted lo haría, señor?

Forrest se sentía ofendido.

—Por supuesto que no, Sharpe. ¡Yo soy inglés!

—Ellos son franceses, señor. Tampoco les gusta rendirse.

—Supongo que tiene razón.

En realidad Forrest no entendía que los franceses, una nación que él consideraba básicamente civilizada, luchara tanto por una causa tan malvada. Podía entender que los americanos lucharan por la república; no se podía esperar de una nación joven que tuviera la suficiente cordura para reconocer los peligros de un código político tan nefasto, ¿pero los franceses? Forrest no lo entendía. Peor resultaba que los franceses fueran la nación con mayor poder militar que había sobre la faz de la tierra, y así habían enjaezado sus mosquetes y sus jinetes para propagar la maldad republicana, y obviamente era deber de los británicos contener esa peste. Forrest veía la guerra como una cruzada moral, una lucha por la decencia y el orden, y la victoria significaría para los británicos que el Todopoderoso, a quien posiblemente no se le podría tachar de republicano, había bendecido el esfuerzo británico.

Una vez le explicó sus creencias al comandante Hogan y se quedó muy sorprendido cuando el ingeniero rechazó tales ideas.

—Mi querido Forrest. ¡Usted lucha simplemente por negocio! Si Boney no hubiera cerrado los puertos de Portugal, usted estaría bien calentito en su cama Chelmsford.

Forrest recordó la conversación y miró a Sharpe.

—Sharpe, ¿por qué luchamos?

—¿Señor? —Por un momento Sharpe se preguntó si Forrest estaba proponiendo una rendición al fuerte Picurina—. ¿Que por qué luchamos?

—Sí, Sharpe. ¿Por qué lucha usted? ¿Está contra la república?

—¿Yo, señor? Si ni siquiera sabría cómo escribirlo. —Le sonrió burlón a Forrest, pero vio que éste estaba serio—. ¡Santo cielo, señor! Siempre luchamos contra los franceses. Cada veinte años más o menos. Si no lo hiciéramos nos invadirían. Luego nos obligarían a todos a comer caracoles y hablar francés. —Se echó a reír—. No lo

sé, señor. Luchamos porque son unos cabrones entrometidos y alguien tiene que pisotearlos.

Forrest dejó escapar un suspiro. Se olvidó de intentar explicarle a Sharpe las fuerzas políticas del mundo porque el coronel Windham y un grupo de oficiales del batallón los divisó y se reunió con ellos en el parapeto. Windham estaba de buen humor. Miró a los británicos, que disparaban contra lo que quedaba del parapeto francés, y se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¡Bien hecho, muchachos! ¡Enviadlos al infierno! —Saludó cortésmente a Sharpe con la cabeza y sonrió a Forrest—. Un día excelente, Forrest, excelente. ¡Dos zorros!

Hogan le había comentado una vez a Sharpe que nada estimulaba más a un oficial británico que un zorro muerto. Además de este doble motivo de satisfacción, Windham tenía mejores noticias. Se sacó una carta del bolsillo y se la enseñó a Forrest.

—Una carta de la señora Windham, Forrest. ¡Noticias estupendas!

—Bien, señor.

Forrest, al igual que Sharpe, se preguntaba si la falta de barbilla de Jessica había dado a luz a otro joven Windham, pero no debía ser eso. El coronel abrió la carta, vaciló antes de echar una ojeada a las primeras líneas, y Sharpe adivinó, por la expresión de Leroy y de los otros recién llegados, que Windham ya había estado propagando, cualesquiera que fueran, las buenas noticias.

—¡Aquí está! Hemos tenido un problema con un cazador furtivo, Forrest, un gran problema. Algún bribón se metió entre los faisanes. ¡Mi buena mujer lo cogió!

—Espléndido, señor. —Forrest intentaba parecer entusiasmado.

—¡Más que cogerlo! Compró un tipo de trampa nuevo. La maldita cosa le hizo tanto daño que murió de gangrena. Aquí está. La señora Windham escribe: «¡Esto inspiró al rector, que lo incorporó al sermón del pasado domingo para la edificación de los feligreses de la parroquia que hacen caso omiso de su condición social!». —Windham sonrió a los oficiales reunidos. Sharpe no sabía si alguien de la parroquia del coronel hacía caso omiso de su condición social mientras que la señora Windham era tan consciente de la suya, pero juzgó que no era el momento adecuado de decirlo. Windham volvió a mirar la carta—. Un hombre espléndido nuestro rector. Monta como un soldado de caballería. ¿Sabe cuál fue su texto?

Sharpe esperó a que dispararan un cañón.

—Números. ¿Capítulo treinta y dos, versículo veintitrés, señor? —dijo dulcemente.

El coronel lo miró.

—¿Cómo diablos lo sabía? —Parecía que sospechaba que el fusilero le hubiera leído el correo. Leroy sonreía burlonamente.

Sharpe decidió no decir que había dormido en el dormitorio de un asilo que tenía el texto pintado en letras de casi metro de alto en la pared.

—Parecía adecuado, señor.

—Absolutamente cierto, Sharpe, muy apropiado. «Estate seguro de que tu pecado te encontrará.» A él lo encontró, ¿eh? ¡Murió de gangrena! —Windham se echó a reír y se volvió para agradecerle al comandante Collett que trajera al criado del coronel cargado con botellas de vino. El coronel sonrió a sus oficiales—. Pensé que habría que celebrarlo. Beberemos por el ataque de esta noche.

Los cañones disparaban a la hora del crepúsculo, una y otra vez, hasta que en la oscuridad las cornetas anunciaron una aplastante fuerza de infantería británica contra el pequeño reducto. Los artilleros en las murallas de la ciudad, al oír que los cañonazos británicos cesaban, bajaron la boca de su cañón y dispararon al otro lado del Picurina hacia la ladera de la loma. La bala golpeó en una y otra fila de los atacantes, pero se cerraron y siguieron caminando. Luego se oyeron nuevas explosiones provenientes de la ciudad y los observadores vieron desde la loma las rayas rojas del arco de las espoletas de los proyectiles por encima del lago cuando los obuses empezaron a disparar. Los proyectiles explotaban formando flores escarlata. Los fusileros del 95 formaban una línea de tiradores, rodeando el fuerte, buscando las troneras. Los franceses dentro del fuerte contenían el fuego, recibían las órdenes en la oscuridad, mientras silbaban las balas de los fusiles que pasaban sobre sus cabezas, esperando el verdadero asalto.

Sobre la colina los oficiales observadores veían poca cosa, salvo las llamas de los cañones y las explosiones. Sharpe estaba fascinado con los cañones que había sobre los parapetos de la ciudad. Cada disparo vomitaba una llama que, durante algunos segundos, era brillante y punzante; en cambio, el disparo salía despedido, pero luego la llama se contraía formando una figura extraña y retorcida que existía independientemente del cañón; era una belleza retorcida y descolorida como un fantasma de fuego, como intrincados pliegues de colgaduras hechas con llama que se arremolinaban y desaparecían. La visión era de una belleza deslumbrante, no tenía nada que ver con la guerra, y él se quedó mirando, bebiendo el vino del coronel, hasta que unos vítores que provenían del oscuro campo le anunciaron que los batallones atacantes habían bajado las bayonetas para cargar. Y se detuvieron.

Algo había salido mal. El griterío cesó. El foso que rodeaba el pequeño fuerte era más profundo de lo que nadie hubiera esperado, y desde la cima de la loma no se veía que el agua de lluvia lo había inundado. Los atacantes tenían la intención de saltar dentro del foso y, utilizando escalas cortas que ellos mismos transportaban, escalar fácilmente hasta el fuerte y llevarles sus bayonetas a un número superior de enemigos. En vez de eso se vieron parados. Los defensores franceses se arrastraron hasta las murallas y abrieron fuego. Los mosquetes chasquearon sobre el foso. El

fuego británico golpeaba inútilmente sobre la obra del fuerte y desportillaba las empalizadas, mientras los franceses derribaban a los hombres al agua o los hacían retroceder hacia las filas de atrás. Los franceses, tocando con las manos la victoria, atacaban, cargaban las armas y disparaban, atacaban y disparaban, atacaban y disparaban, y para iluminar sus blancos impotentes, prendieron las bombas incendiarias empapadas en aceite que habían estado guardando para el asalto final, y las hicieron rodar por el frente del fuerte.

El error fue fatal. Sharpe, sobre la loma, vio a los atacantes apiñándose inútilmente en el borde del foso. Bajo la repentina iluminación de las llamas, los británicos eran blanco fácil para los artilleros franceses que estaban sobre las murallas de la ciudad y que disparaban a los laterales del fuerte, rebanando filas enteras de hombres y enviándolos a la eternidad con un solo disparo y obligando a los atacantes a protegerse en el borde frontal del fuerte. Pero la luz también revelaba una extraña debilidad en el fuerte. Sharpe tomó prestado el catalejo de Forrest, y por la lente oscura vio que los defensores habían metido estacas de madera en la superficie del foso para detener un intento de escalar su cara interior. Las estacas reducían efectivamente la anchura del foso a menos de nueve metros y cuando el comandante Collett le agarró la lente, vio las primeras escalas dispuestas como un puente sobre las estacas adecuadas. Era el 88, el mismo regimiento junto al cual había luchado en Ciudad Rodrigo, los hombres de Connaught. Tres escalas se aguantaron, a pesar de que la madera estaba verde, mojada y combada; los irlandeses empezaron su precaria travesía, metiéndose en el ojo de una tormenta de mosquetes. Algunos cayeron dentro del foso inundado, pero otros lo atravesaron a gatas, y los uniformes oscuros, iluminados por el fuego, iban escalando la escarpada ladera del fuerte mientras otros lo atravesaban detrás de ellos.

Las luces de las bombas incendiarias se apagaron, el campo de batalla quedó a oscuras, y sólo los sonidos explicaban la historia de la lucha a los de la cima de la loma. Los gritos se oían claramente, pero pocos disparos, que informaban a los que entendían que las bayonetas estaban trabajando. Se oyeron vítores, que se extendieron hacia abajo a los atacantes, y Sharpe entendió que los británicos habían ganado. Los comandos de Connaught irían a la caza de los supervivientes franceses por el fuerte desportillado, las hojas finas y largas buscarían entre la madera rota y él sonrió pensando en una lucha bien hecha. Patrick Harper tendría celos. Los hombres de Connaught tendrían algunas historias que contar, de cómo habían caminado por el precario puente y cómo habían ganado. La voz de Windham lo sacó de sus cavilaciones.

—Ya está, caballeros. Ahora nos toca a nosotros.

Se hizo un breve silencio, luego se oyó a Leroy.

—¿A nosotros?

—¡Vamos a volar el dique! —La voz de Windham mostraba verdadero entusiasmo.

De la docena de preguntas que surgieron, todas hechas al mismo tiempo, Windham escogió una y contestó.

—¿Cuándo? No sé cuándo. Dentro de tres días, probablemente. No se lo digan a nadie, caballeros, no quiero que todo quisque lo sepa. Debe tener algo de sorpresa nuestro ataque. —Windham se echó a reír, seguía de buen humor.

—¿Señor? —preguntó Sharpe en voz baja.

—Sharpe, ¿es usted? —Resultaba difícil distinguir las siluetas en la oscuridad.

—Sí, señor. Permiso para reincorporarme a la compañía para el ataque.

—Usted es un cabrón hambriento de sangre, Sharpe —dijo Windham con entusiasmo—. Debería ser mi guardabosque. ¡Lo pensaré! —Descendió a la trinchera dejando a Sharpe poco seguro de si se le consideraba un guardabosque o un soldado.

Vio un repentino resplandor en la trinchera junto a él y el olor picante del tabaco. La voz de Leroy, profunda y divertida, se acercó con el humo.

—Con un poco de suerte, Sharpe, uno de nosotros morirá. Usted recuperará su rango de capitán.

—Ya se me había ocurrido.

El americano se echó a reír.

—¿Usted cree que alguno de nosotros piensa en otra cosa? ¡Usted es un fantasma de mierda, Sharpe! —Utilizó un tono morboso—. Nos recuerda usted nuestra mortalidad. ¿A quién de nosotros reemplazará usted?

—¿Alguna sugerencia?

Leroy se echó a reír.

—A mí no, señor Sharpe, a mí no. Si se cree usted que dejé Boston para que usted me quite los zapatos, se equivoca.

—¿Por qué se fue de Boston?

—Soy americano, con un apellido francés, de familia monárquica, lucho con los ingleses para un rey alemán que está loco. Bien, ¿qué le sugiere todo esto?

Sharpe se encogió de hombros en la oscuridad. No se le ocurría nada que decir.

—No sé.

—Yo tampoco, Sharpe, yo tampoco. —El cigarro resplandeció y luego se apagó. Leroy hablaba en voz baja y con intimidad—. A veces me pregunto si no me he equivocado de bando.

—¿De verdad?

Leroy se quedó callado un momento. Sharpe contempló su perfil sobre el fondo de la ciudad a oscuras.

—Supongo que sí, Sharpe. Mi padre hizo el juramento de defender a su majestad el rey y yo de alguna manera heredé la carga. —Se echó a reír—. Aquí estoy,

defendiéndole. —Sharpe pocas veces había oído a Leroy hablar tanto.

El americano era un hombre callado que observaba el mundo con ironía y buen humor.

—¿Sabe que los Estados Unidos tienen ganas de guerra?

—Lo he oído.

—Quieren invadir Canadá. Probablemente lo harán. Yo sería general en ese ejército, Sharpe. Tendría calles con mi nombre. ¡Caramba! ¡Incluso ciudades enteras!

—Volvió a quedarse en silencio y Sharpe entendió que Leroy estaba pensando en su probable destino; una tumba sin nombre en España. Sharpe conocía a un montón de hombres como Leroy; hombres cuyas familias habían permanecido fieles después de la revolución norteamericana que ahora luchaban, como exiliados, para el rey Jorge. Leroy se volvió a reír con una risa amarga—. Le envidio, Sharpe.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Yo no soy más que un borracho yanqui con un apellido francés que lucha para un lunático alemán y no sé por qué. Usted sabe dónde va.

—¿Ah sí?

—Sí, señor Sharpe, lo sabe. Arriba, sea lo que sea. Y por eso nuestro alegre grupo de capitanes le tiene tanto miedo. ¿Quién de nosotros ha de morir para que usted dé un paso más? —Hizo una pausa para encender otro cigarro con la colilla del primero—. Y puedo decirle, Sharpe, de la forma más amistosa posible, que les encantaría verlo muerto.

Sharpe se quedó mirando el perfil del capitán.

—¿Es una advertencia?

—¡Caramba, no! Tan sólo propago tinieblas en la noche.

Se oyó un arrastrar de pies dentro de la trinchera y los dos oficiales tuvieron que hacerse a un lado para que los camilleros pasaran transportando a los heridos provenientes del Picurina. Los hombres gemían en las camillas; uno sollozaba. Leroy los vio pasar y le dio una palmada a Sharpe en el hombro.

—Luego nos tocará a nosotros, Sharpe, a nosotros.

Capítulo 18

—¿Qué piensa? —preguntó Hogan preocupado.

—Es demasiado complicado. —Sharpe se encogió de hombros—. Cincuenta hombres podrían hacerlo. No se necesita todo un batallón.

Hogan hizo un gesto con la cabeza, pero no se podía decir si era de asentimiento. Levantó la vista hacia las espesas nubes.

—Al menos el tiempo está de nuestro lado.

—Si no llueve.

—No lloverá. —Hogan lo aseguraba como si controlara el clima—. Pero estará nublado. —Miró al otro lado del parapeto el fuerte que protegía el dique—. Tiene razón. Es demasiado complicado, pero el coronel insiste. Me gustaría que usted fuera.

—A mí también, pero el coronel insiste. —Windham había rechazado la petición de Sharpe. El fusilero no iría con la compañía ligera, sino que se quedaría con el coronel Windham. Sharpe le sonrió a Hogan con burla—. Soy su ayudante de campo.

—¿Su ayudante de campo? —preguntó Hogan echándose a reír—. Supongo que es una especie de ascenso. ¿Qué se supone que tiene que hacer? ¿Hacerle recados?

—Algo así. No me ha querido con la compañía ligera. Dijo que mi presencia molestaría al capitán Rymer.

Hogan sacudió la cabeza.

—Tan sólo deseo que el capitán Rymer esté a la misma altura. De verdad. —Miró su reloj y cerró la tapa de golpe—. Dentro de dos horas es de noche.

El plan parecía bastante simple. Una compañía, la compañía ligera, tenía que escoltar a veinte zapadores hasta el dique. El resto del batallón tenía que realizar un ataque de diversión al fuerte, y al amparo del ruido, los zapadores tenían que amontonar los veinte barriles de pólvora en la base del dique. Parecía sencillo, pero Sharpe no tenía confianza en la empresa. Los ataques nocturnos, tal como el ejército había descubierto cuatro noches antes, podían provocar confusión. Todo el plan de Windham dependía de que la compañía ligera alcanzara la base del dique precisamente a las once. Si llegaban tarde, y el coronel no tendría manera de conocer su avance, el falso ataque lo único que haría sería despertar a la guarnición y alertar a los centinelas. Sharpe le había sugerido a Windham que el fingido ataque era innecesario y que la compañía ligera podría ir sola, pero el coronel había sacudido la cabeza en señal de que no estaba de acuerdo. Quería que el batallón entrara en acción bajo su mando, esperaba con ansiedad los acontecimientos de la noche, y las dudas de Sharpe no le preocupaban.

—¡Por supuesto que llegarán a tiempo!

No había por qué pensar que no. La compañía ligera y sus zapadores no tenían que ir muy lejos. Saldrían de la primera paralela en la oscuridad y pondrían dirección

al norte, río arriba. Una vez en la orilla del Guadiana girarían a la derecha y seguirían el sendero que conducía hasta el afluente Rivillas, a los pies de las murallas del castillo. Llevarían las caras tiznadas y el equipo tapado, y descenderían lentamente al barranco del Rivillas y girarían a la izquierda. Los momentos más difíciles se producirían cuando se acercaran, corriente arriba, al dique. Sería un trayecto de unos ciento cincuenta pasos, al alcance de cualquier oído de las murallas de Badajoz, hasta que los hombres estuvieran entre el baluarte de San Pedro y el fuerte del dique. No era un trayecto largo, tenían mucho tiempo para hacerlo, pero la necesidad de que se hiciera en el más absoluto silencio los retrasaría. Hogan toqueteaba la tapa de su reloj. Era él el que había convencido a Wellington de que se podía volar el dique, pero su plan estaba a merced de Windham. Cambió el reloj por la cajita de rapé y esbozó una sonrisa forzada.

—¡Por lo menos todo lo demás va bien!

Se estaba excavando la segunda paralela, mucho más cerca de las murallas y, con su protección, se podían instalar nuevas baterías que llevarían los cañones de asedio a unos cuatrocientos metros del extremo sudeste de la ciudad, donde, sobre el baluarte Trinidad, la desportilladura se había convertido en un boquete que ponía al descubierto los cascotes del centro de la muralla. Los franceses enviaban grupos de trabajo por la noche para reparar los daños, en cambio los británicos seguían disparando con la esperanza de ir matando trabajadores. Los cañones disparaban sin cesar.

Al crepúsculo, Sharpe observó que la compañía ligera se ponía en movimiento. Harper iba con ellos en la tropa, insistiendo en que su espalda estaba ya bastante mejor. Hakeswill, que se estaba haciendo indispensable para el capitán Rymer, los hacía formar, se anticipaba a sus deseos, le daba coba y le ahorra la pesada carga de la disciplina. Era una representación clásica; el sargento en quien se podía confiar, incansable y eficiente, y eso disfrazaba la victoria de Hakeswill sobre la compañía. Los había dividido, los había vuelto recelosos y Sharpe no podía hacer nada. El coronel Windham pasó revista a la compañía antes de que se pusieran en marcha. Se detuvo enfrente de Harper y señaló el fusil de siete cañones que el irlandés llevaba al hombro.

—¿Qué es eso?

—Un fusil de siete cañones, señor.

—¿Es reglamentario?

—No, señor.

—Pues quíteselo.

Hakeswill dio un paso al frente retorciendo la boca con una sonrisa irónica.

—¡Démelo a mí, soldado!

El fusil había sido un regalo que Sharpe le había hecho a Harper, pero éste no

podía hacer nada. Se descolgó el fusil del hombro lentamente, y Hakeswill se lo agarró. El sargento se lo colgó a su hombro y miró al coronel.

—¿Castigo, señor?

Windham se mostró sorprendido.

—¿Castigo?

—Por llevar un arma no reglamentaria, señor.

Windham negó con la cabeza. Ya había castigado a Harper.

—No, sargento.

—¡Muy bien, señor!

Hakeswill se rascó la cicatriz y siguió a Windham y a Rymer por la fila. Después de la revista, cuando el coronel le dijo a la compañía que descansara, Hakeswill se quitó el chacó y se quedó mirando su interior grasiento. En su cara se dibujó una curiosa sonrisa y Sharpe se sintió desconcertado. Encontró al teniente Price pálido bajo la piel tiznada con corcho ahumado, y estiró la cabeza hacia el sargento.

—¿Qué hace?

—Sabe Dios, capitán —Prince todavía consideraba a Sharpe un capitán—. Ahora siempre está haciendo eso. Se quita el chacó, mira en su interior, sonrío y se lo vuelve a poner. Está loco, señor.

—¿Se quita el chacó? ¿Y mira en su interior?

—Eso es, señor. Debería estar en una casa de locos, señor, no aquí. —Price sonrió—. Tal vez el ejército sea un manicomio, no lo sé.

Sharpe estaba a punto de pedirle el fusil de siete cañones a Hakeswill cuando Windham, montado a caballo, dio la orden a la compañía de que se pusieran firmes. Hakeswill se puso el chacó, chocó sus talones y se quedó mirando al coronel. Windham les deseó suerte, les dijo que su trabajo consistía en proteger a los zapadores en caso de que fueran descubiertos y, si pasaban desapercibidos, no hacer nada.

—¡En marcha! ¡Y buena caza!

La compañía ligera fue entrando en la trinchera, Hakeswill todavía llevaba el fusil de siete cañones, y Sharpe deseó acompañarles. Sabía lo mucho que Hogan quería ver explotar el dique, lo mucho que facilitaría el asalto que el pantano desapareciera, y le fastidiaba no estar presente en el intento. Por el contrario, cuando el reloj de la catedral dio las diez y media estaba junto a Windham cuando las otras nueve compañías del batallón salían escalando de la paralela hasta la hierba. Windham estaba nervioso.

—Ya casi deberían estar allí.

—Sí, señor.

El coronel desenvainó su espada, se lo pensó mejor y volvió a deslizar la hoja en la funda. Miró a su alrededor buscando a Collett.

—¿Jack?

—¿Coronel?

—¿Listo?

—Sí, señor.

—¡En marcha! ¡Espere el reloj!

Collett se adentró en la oscuridad. Se llevaba a cuatro compañías en dirección a la ciudad, hacia el fuerte que protegía el dique, y cuando el reloj diera las once, había que abrir fuego en la fachada del fuerte para hacer creer a los franceses que se avecinaba un ataque. Las otras compañías, bajo el mando de Windham, se quedaban de reserva. El coronel, Sharpe lo sabía, deseaba que el falso ataque revelara una debilidad en el fuerte y que se convirtiera en un verdadero ataque. Albergaba el deseo de que el South Essex atravesara el foso, escalara la muralla y penetrara en las defensas. Sharpe se preguntaba qué tal le iría a la compañía ligera. Al menos no se habían oído disparos procedentes del castillo. Nadie gritó «¡alto!» desde el fuerte del dique, así que probablemente seguían sin haberlos detectado. El fusilero se sentía inquieto. Si todo iba bien, según el horario previsto por Windham, el dique había de ser volado pocos minutos después de las once, pero los instintos de Sharpe eran pesimistas. Pensó en Teresa, dentro de la ciudad, en la niña, y se preguntó si la explosión, si es que llegaba, la despertaría. ¡Su hija! Aún le parecía un milagro tener una hija.

—¡La pólvora ya debería estar colocada, Sharpe!

—Sí, señor.

Escuchó a medias las palabras del coronel, pues sabía que Windham tan sólo hablaba para esconder su nerviosismo. Ellos no tenían forma de saber dónde estaba la pólvora. Sharpe intentó imaginarse a los zapadores, cargados como contrabandistas de brandy de la costa sur, deslizándose barranco arriba hacia el dique, pero Windham le interrumpió los pensamientos.

—¡Cuenta los destellos de mosquete, Sharpe!

—Sí, señor.

Conocía los deseos del coronel de que se diera el milagro de que el fuerte estuviera poco defendido y que el South Essex pudiera arrasarlo hasta los cimientos. Sharpe sabía que eran deseos vanos.

Lejos, hacia su izquierda, en la falda de un teso, las llamas salían de los cañones de asedio como puñales y cada destello iluminaba las nubes de humo que cubrían el aire sobre el agua del embalse. Los cañones franceses contestaban disparando a los destellos de los cañones, pero el fuego enemigo se había moderado en los dos últimos días. Estaban acumulando municiones, reservándolas para las nuevas baterías de la segunda paralela.

—Ya no más. —El coronel hablaba para sí; luego, en voz alta—: ¿Comandante

Forrest?

—¿Coronel? —contestó Forrest surgiendo de la oscuridad.

—¿Todo bien, Forrest?

—Sí, señor. —Forrest, al igual que Sharpe, no tenía nada que hacer.

Se oyó un repentino chasquido de mosquetes, ahogados por la distancia, procedente del norte. Windham se giró de repente.

—Nosotros, no; espero.

Era demasiado lejos para que tuviera que ver con el ataque de la compañía ligera; al norte, al otro lado del río, los hombres de la quinta división hacían que los fuertes franceses se mantuvieran ocupados. Windham se relajó.

—Ha de ser pronto, caballeros.

Surgió un grito frente a ellos en la oscuridad. Los tres oficiales se quedaron helados, escucharon con atención. Se volvió a oír:

—*Qui vive?* —Un centinela francés daba el alto. Windham contuvo la respiración.

—*Qui vive?* —Más alto—. *Gardez vous!* —Un mosquete llameó desde el fuerte hacia el campo oscuro.

—¡Maldita sea! —escupió Windham—. ¡Maldita sea!, ¡maldita sea!

Se oyeron más disparos provenientes del fuerte, seguidos de un destello de luz que se hizo cada vez mayor. Las llamas se elevaban como lenguas de fuego al otro lado del foso, y Sharpe vislumbró las compañías de Collett perfiladas por el fuego.

—*Tirez!* —El grito se oyó claramente.

Las troneras del fuerte pequeño lanzaron fuego de mosquete y las compañías británicas contestaron.

—¡Maldita sea! —gritó Windham—. ¡Demasiado pronto!

Las compañías de Collett disparaban en sección, las descargas saltaban por entre las caras, las balas golpeaban claramente contra la obra del fuerte. Los oficiales gritaban intentando que pareciera que eran una fuerza más numerosa, los mosquetes disparaban con precisión. Sharpe observaba las defensas. El fuego de mosquete de los franceses era constante y supuso que cada hombre que estaba en una tronera o cañonera tenía al menos a otros dos hombres que le cargaban los mosquetes de recambio.

—Yo no creo que los defensores sean pocos, señor.

—¡Maldita sea! —soltó Windham sin hacer ningún caso de Sharpe.

El reloj de la catedral dejó oír sus toques monótonos que se mezclaron con el zumbido de los disparos. Prendían más granadas incendiarias en el fuerte, que arrojaban al exterior. Sharpe oyó cómo Collett ordenaba a sus hombres que retrocedieran a la oscuridad. Windham caminaba de un lado a otro, con obvia frustración.

—¿Dónde está la compañía ligera? ¿Dónde está la compañía ligera?

Los artilleros de las murallas de la ciudad lo subían o bajaban siguiendo las señales, giraban el cañón y lo cargaban con metralla. Disparaban, las llamas señalaban hacia abajo al campo oscuro, y Sharpe oyó el silbido de los disparos.

—¡Orden abierto! —La voz de Collett llegó a Sharpe—. ¡Orden abierto!

Era una precaución sensata contra la metralla, pues haría que las bajas fueran pocas, pero no ayudaría a convencer a los franceses de que estaba en marcha un verdadero ataque. Windham desenvainó la espada.

—¡Capitán Leroy!

—¿Coronel? —Su voz surgió de la oscuridad.

—¡Adelante con su compañía! ¡A la derecha del comandante Collett!

—Sí, mi coronel. —La compañía de granaderos recibió la orden de avanzar, uniéndose a la confusión.

Windham se volvió hacia Sharpe.

—¿La hora, Sharpe?

Sharpe recordó haber oído la campana de la catedral.

—Las once y dos minutos, señor.

—¿Dónde están?

—Deles tiempo, señor.

Windham no le hizo caso. Se quedó mirando al fuerte, las bombas incendiarias iluminaban todo el foso y la parte delantera del campo. Grupos de hombres avanzaban corriendo, arrodillándose, disparando y retrocediendo a toda velocidad hacia la oscuridad. Sharpe vio cómo un hombre caía bajo una lluvia de metralla. Su cuerpo quedó destrozado bajo las llamas. Otros dos hombres avanzaban a todo correr, lo agarraron por las piernas y tiraron del cuerpo hacia atrás donde estaba la compañía.

«¡Apunten!, ¡fuego!» Las órdenes familiares resonaron por el campo, los mosquetes disparaban al fuerte, y la metralla mortal bajaba repiqueteando desde las altas murallas.

—¿Capitán Sterritt? —chilló Windham.

—¿Coronel?

—¡Preséntese al comandante Collett! ¡Su compañía los reforzará!

—¡Sí, mi coronel!

Otra compañía presta a avanzar. Sharpe, sintiéndose culpable, pensó que otro capitán había sido enviado al encuentro de la metralla. Se preguntaba qué le había pasado a Rymer. No se oían disparos procedentes de la parte de atrás del fuerte, pero tampoco ninguna explosión. Miraba continuamente, esperando la erupción del humo y las llamas, pero tan sólo llegaba silencio del dique.

—¿Dónde están? —preguntó Windham golpeándose el muslo con el puño, y rasgando el aire con su espada—. ¡Malditos sean! ¿Dónde están?

Unos cuantos hombres regresaban del lugar donde había estallado la lucha, heridos por la metralla, y Collett hacía retroceder más a las compañías. No tenía sentido, pensaba, perder hombres en un ataque que tan sólo era un simulacro. El fuego procedente del fuerte se fue debilitando. Todavía no se oía explosión alguna.

—¡Maldita sea! ¡Hemos de saber laque sucede!

—Yo iré. —Sharpe veía que el cuidadoso plan de Windham se derrumbaba.

Los franceses ya debían saber que el ataque no era verdadero y no había que ser muy inteligente para pensar que el objetivo era el dique. Volvió a imaginarse a los zapadores, cargados con los barriles de pólvora.

—Podrían haberlos capturado, señor. Tal vez no hayan llegado hasta el dique.

Windham dudaba y, al detenerse, el comandante Collett gritó:

—¿Coronel? ¿Señor?

—¡Jack! ¡Aquí!

Collett se acercó y saludó.

—No podemos seguir mucho más, señor. Estamos perdiendo demasiados hombres con esa metralla de mierda.

Windham se volvió hacia Sharpe.

—¿Cuánto tardará en llegar allí?

Sharpe pensó con rapidez. El no tenía que ir escondiéndose, ni tomar el camino más largo. Aquel ruido caótico en el campo era suficiente para encubrir sus movimientos, así que se acercaría al fuerte tanto como se atreviera.

—Cinco minutos, señor.

—Entonces, vaya. ¡Escuche! —Windham detuvo a Sharpe—. Quiero un informe, eso es todo, ¿me entiende? A ver dónde están. ¿Los han descubierto? ¿Cuánto falta para que lo consigan? ¿Entendido?

—Sí, mi coronel.

—Quiero que esté de vuelta dentro de diez minutos. Diez minutos, Sharpe. —Se volvió hacia el comandante Collett—. ¿Puede avisarme a los diez minutos?

—Sí, señor.

—Bien. ¡En marcha, Sharpe! ¡Deprisa!

Echó a correr con su uniforme camuflado en la noche hacia el fuerte y el dique. Iba por la derecha, bordeando las luminarias de las granadas incendiarias, se dirigía al barranco del Rivillas, río abajo, desde el dique. Le obstaculizaban hierbas y matojos, resbalaba en el barro, pero se sentía libre, solo y libre. La metralla silbaba sobre su cabeza, disparada desde el castillo, pero se sentía bien, protegido por las sombras de la noche, y las llamas de mosquete lanzadas desde el fuerte quedaban a su izquierda. Aminoró el paso, sabiendo que el riachuelo no podía estar lejos, con cautela por si había patrullas francesas acechando en el cauce. Se descolgó el fusil del hombro y estiró hacia atrás el pedernal hasta que quedara amortillado. El muelle era grueso,

suficiente. Iba armado, ¿cómo decía Hogan? *Cap a pie*? Fuera lo que fuera lo que significara, sonaba bien, y él sonrió burlonamente en la oscuridad de la noche mientras avanzaba, ahora lentamente, buscando con los ojos el borde del barranco. Se había calado bien el chacó, de manera que la visera le tapaba las llamas del cañón, eso le permitía tener una buena visión nocturna, y luego vio una línea de sombras más profunda, bordeada de arbustos, y se dio cuenta de que había alcanzado la orilla del riachuelo. Se tiró al suelo, avanzó arrastrándose y se asomó por el borde.

El cauce era más profundo de lo que él había imaginado. La orilla escarpada descendía hacia un resplandor mate de agua unos cinco o seis metros. No se oía ningún ruido del cauce, salvo el murmullo de la corriente, y no se veía señal alguna ni de la compañía ligera ni de los zapadores. Miró a la izquierda. El dique era una sombra negra cercana al fuerte, a tan sólo cien pasos de él, y parecía que estuviera vacío, en silencio, aguantando el enorme peso del agua.

Se arrastró por el borde, y dejó que su peso lo deslizara hacia abajo entre las zarzas de largas espinas, sosteniendo el fusil delante. De repente oyó un alto.

—¿Quién anda ahí? —Era un murmullo ronco y asustado.

—¡Sharpe! ¿Quiénes?

—Peters, señor. Gracias a Dios que está aquí.

Vio la sombra del hombre, agachado bajo un arbusto junto al agua. Se acercó.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, señor. El capitán se ha adelantado, señor i —dijo Peters señalando el dique—. De eso hace diez minutos, señor. Me dejó aquí. ¿Cree que se han ido, señor?

—No. Quédese aquí. —Le dio una palmadita en el hombro—. Volverán por aquí. Todo irá bien.

Rymer y los zapadores no podían estar muy lejos, eran tremendamente silenciosos, y Sharpe fue vadeando la corriente, el agua le llegaba a las rodillas, y esperó que le dieran el alto. Se lo dieron a veinte pasos del dique, ya por debajo del fuerte, donde unos arbolillos se inclinaban sobre el Rivillas.

—¿Quién va?

—¡Sharpe! —Susurró él—. ¿Quién es?

—Hakeswill. —Se oyó una risita ahogada—. ¿Ha venido a ayudar?

Sharpe no hizo caso.

—¿Dónde está el capitán Rymer?

—¡Aquí!

La voz provenía de detrás de Hakeswill y Sharpe empujó al sargento al pasar, oliendo su aliento, y vio un destello de oro del uniforme de Rymer.

—Me ha enviado el coronel. Está nervioso.

—Yo también —dijo Rymer sin ofrecer mayor información.

—¿Qué pasa?

—La pólvora está colocada, los zapadores han vuelto y Fitchett está allí arriba. ¡Debería estar encendiendo la mecha!

Rymer estaba nervioso y Sharpe lo entendía. Si el dique explotara ahora, por error, la compañía se vería engullida por una avalancha de agua. Se oyeron pasos procedentes de la muralla del fuerte, tan sólo a nueve metros por encima de ellos, y Sharpe oyó que Rymer contenía la respiración. Los pasos no parecían tener importancia. Rymer empezó a respirar.

—¡Oh, cielos! ¡No!

Una llama vacilante como la de una vela se apagaba y luego se elevaba con intensidad y brillo. Con esa luz Sharpe vio a dos hombres, con uniformes azules, que aguantaban una granada y luego la lanzaban por encima del barranco de manera que cayó despidiendo chispas dentro del lecho del río. Unas briznas de paja quemada saltaron de la granada, ésta rodó por un lado del barranco haciendo que las llamas rodaran también hasta que luego se sumergió en la corriente. Emitió un silbido y las llamas vacilaron al intentar mantenerse en el extremo superior y luego se apagaron. Rymer dejó escapar un larguísimo suspiro. Sharpe acercó la boca a la oreja de Rymer.

—¿Dónde están sus hombres?

—Algunos aquí. La mayoría se han ido.

La respuesta no servía de gran ayuda. Apareció otra llama en las murallas, creció como la anterior, y esta vez los franceses la mantuvieron más tiempo, de manera que el fuego prendió bien en la paja aceitosa que ardió como yesca. Lo hicieron rodar al otro lado del borde, rebotó, lanzando chispas por todos los lados y luego prendió un arbusto espinoso. Las ramas crepitaron, se elevaron las llamas y bajo esa luz súbita Sharpe vio al teniente de ingenieros, el teniente Fitchett, agachado y quieto junto a un montón de barriles. ¡Los franceses tenían que haberlo visto!

Pero los franceses no sabían lo que estaban buscando. Les habían llegado órdenes de observar el cauce del río y se asomaron por el borde para ver extrañas sombras oscuras, que es lo que uno espera ver de noche, pero no vieron ningún movimiento, así que se relajaron. Sharpe distinguía a los dos hombres claramente. Se les veía contentos de estar lejos de la fachada del fuerte, hablaban, reían, y al levantarse de repente, desaparecieron de la vista y se oyó una orden como un ladrido, y supuso que un oficial se había acercado a la muralla.

Fitchett se movió. Empezó a avanzar a gatas hacia Rymer y Sharpe intentando moverse sin hacer ruido, pero estaba aterrorizado por la granada incendiaria; resbaló y cayó al agua. Se oyó un grito procedente de la muralla, un oficial que se asomaba por las almenas. Fitchett tuvo la sensatez de quedarse inmóvil y Sharpe vio que el oficial se giraba para dar una orden. Se volvieron a ver llamas en la muralla, una tercera granada, y Sharpe entendió que tendrían que luchar. Rymer se quedó mirando a lo alto del fuerte con la boca abierta.

Sharpe le dio un toque en el codo.

—Dispare al oficial.

—¿Qué?

—¡Que le dispare a ese cabrón! Tiene fusileros, ¿no?

Rymer seguía sin moverse, así que Sharpe cogió su fusil Baker, comprobó con un dedo si había pólvora en la cazoleta y luego apuntó hacia arriba de la muralla, por entre las ramas de los espinos. Rymer se despertó.

—¡No dispare!

Lanzaron la tercera granada por encima de la muralla, bien lejos, de manera que rebotó en el otro lado del cauce y se partió sobre una roca. Fitchett lo vio y le pareció que caía sobre él; dio un grito y saltó hacia la compañía que se mantenía oculta.

—¡No grite! —exclamó Rymer dándole a Sharpe un golpe en el hombro.

Le había estropeado el tiro, así que retiró el dedo del gatillo. Fitchett se cayó sobre las zarzas y se frotó las costillas allí donde había caído. Acababa de acordarse de la mecha y le iba siguiendo el rastro, pero Sharpe se preguntaba si algo había caído con el teniente al agua. Fitchett miró a su alrededor frenéticamente.

—¡La linterna!

Había una linterna escondida en los árboles. Rymer y Fitchett empezaron los dos a mirar, tropezando el uno con el otro, cuando se oyó el primer disparo de un mosquete francés procedente de las murallas y una bala golpeó el tronco de uno de los árboles. Fitchett volvió a maldecir.

—¡Dios! ¡Deprisa!

El oficial francés se inclinó sobre el cauce, reconocía las sombras, Sharpe vio de dónde procedía el tiro, apretó el gatillo y el hombre fue hacia atrás con la cara toda roja de sangre; Rymer se quedó mirando a Sharpe.

—¿Por qué lo ha hecho?

Sharpe no se molestó en contestar. Fitchett había encontrado la linterna, la abrió y un rayo de luz enfocó los espinos.

—¡Rápido! ¡Rápido! —dijo Fitchett hablando para sí. Encontró la mecha, lanzó el extremo a la llama, y esperó a que chisporroteara—. ¡Atrás! ¡Atrás!

Rymer no esperó a ver que la mecha ardía.

—¡Atrás! —iba gritando—. ¡Atrás!

Sharpe agarró a Fitchett.

—¿Cuánto tiempo?

—¡Treinta segundos! ¡Vamos!

Un segundo tiro de mosquete chocó contra las murallas, la bala hizo un ruido sordo contra la tierra y el grupo de hombres se precipitó sobre el cauce, guiados por Rymer. Todos imaginaban el súbito salto de la llama de la pólvora, y el torrente de agua devastador.

Los franceses, de repente sin oficial, gritaban pidiendo ayuda. No veían nada a la escasa luz de las bombas incendiarias; no oían nada bajo el eco persistente de los disparos de sus mosquetes. Sharpe esperó, observando la luz vacilante de la mecha, y escuchó el ruido de gente que caminaba sobre las murallas. La mecha ardía bien, deslizándose hacia el dique, se giró y escaló el muro del barranco cercano al fuerte y una voz lo detuvo.

—Ha sido un buen tiro.

—¿Patrick?

—Sí. —El de Donegal hablaba muy bajo—. Pensé que tal vez necesitaría ayuda. —Una mano agarró a Sharpe por la muñeca y lo estiró sin más contemplaciones hasta el borde—. Esa panda iba muy deprisa.

—Si no se ahogarán.

Sharpe se agazapó contra el tronco de una zarza. Intentó calcular cuántos segundos habían pasado desde que Fitchett encendió la mecha; ¿veinte?, ¿veinticinco? Al menos él y Harper estarían a salvo. Estaban arriba en la orilla, al otro lado del foso poco profundo que formaba ángulo recto con el cauce para proteger el pequeño fuerte. Los franceses gritaban acalorados; Sharpe oyó el ruido que hacían las baquetas dentro de los cañones de los mosquetes y luego una voz decidida que atravesaba el caos. Miró al bulto que era Harper agachado en la sombra.

—¿Cómo va su espalda?

—Duele un montón, señor.

Sharpe esperaba la explosión, hacía fuerzas contra la tierra, imaginaba los barriles haciéndose astillas y los trozos de madera saltando por los aires. ¡Debe faltar poco! Tal vez Fitchett había puesto más mecha de lo que creía.

La descarga que provenía de las murallas lo sobresaltó. Los franceses disparaban al cauce del río. Sharpe oía las balas que rebotaban contra los espinos como si desgarraran un trozo de percal. Un pájaro graznó y se elevó en la oscuridad batiendo sus alas negras. Sharpe oyó pisadas de pies aterrados corriente abajo. Harper sonrió con desprecio.

—Como malditas gallinas.

—¿Qué tal fue?

Todo lo reacio que Harper había sido en criticar a Rymer ante Sharpe había desaparecido. Escupió dentro del cauce.

—Es incapaz de tomar una decisión, señor. —Eso es uno de los peores crímenes en el expediente de un soldado; la indecisión mata.

No hubo explosión. Sharpe entendió que la mecha se había mojado o se había partido, pero cualquiera que fuese la causa, la pólvora estaba intacta. Debía haber transcurrido un minuto. Sharpe oyó que un oficial francés gritaba pidiendo silencio. El hombre debía estar oyendo ruidos corriente abajo, pero Sharpe no oía nada. Dieron

más órdenes. Una luz llameó en las murallas y supo que estaban prendiendo más granadas. Estiró la cabeza y vio tres bultos ardiendo que caían dentro del barranco formando un arco y se preguntó si las granadas habrían encendido por casualidad la mecha. Pasaron unos segundos y no se oyó la explosión. Unos gritos procedentes del fuerte. Finalmente descubrieron la pólvora.

Sharpe empezó a deslizarse de espaldas cuesta abajo.

—Vamos.

Los franceses gritaban, hacían bastante ruido para encubrir sus movimientos. Tenían poco tiempo. Sharpe pensó qué haría si fuera el oficial francés y se le ocurrió que iría a buscar agua para echarla sobre los barriles y lo que quedara de mecha. Tenía que ver lo que quedaba. Se detuvo en seco y miró corriente arriba. Las nuevas granadas brillaban al pie del dique; los barriles se veían claramente, al igual que la mecha. Un extremo se había caído de la boca de un barril, el otro se había caído dentro del agua. Se había apagado el fuego. Incluso sin el agua, la mecha hubiera sido inútil. Harper estaba en cuclillas junto a él.

—¿Qué hacemos?

—Necesito diez hombres.

—De eso me encargo yo, ¿y luego?

Sharpe estiró la cabeza hacia las murallas.

—Seis para ocuparse de ellos y tres para tirar esas granadas al agua.

—¿Y usted?

—Déjeme una. —Empezó a cargar el fusil en la oscuridad, no se tomó la molestia de usar el pedazo de cuero que envolvía la bala y empuñó las siete ranuras del cañón de su fusil Baker. Escupió en la bala y atacó—. ¿Estamos listos?

—Sí, señor —respondió Harper sonriendo—. Creo que esto es trabajo para los fusileros.

—¿Por qué no, sargento? —le contestó Sharpe dibujando una sonrisa burlona.

¡Maldito Rymer!, ¡maldito Hakeswill y Windham y Collett y toda la gente nueva que había perturbado el batallón! Sharpe y sus fusileros habían luchado desde la costa del norte de España descendiendo por Portugal, luego otra vez río Duero abajo: Talavera, Almeida y Fuentes de Oñoro. Se conocían, confiaban entre sí. Sharpe le hizo una señal a Harper con la cabeza.

El sargento, tal como Sharpe había pensado, hizo bocina con las manos.

—¡Fusileros! ¡A mí! ¡Fusileros!

Se oyeron gritos procedentes de las murallas y se vieron caras asomándose a las almenas. Sharpe seguía con las manos en la boca gritando:

—¡Compañía! ¡Línea de tiradores! —Esto debería hacer que se esparcieran, pero ¿obedecerían las antiguas voces?

Los mosquetes disparaban desde el fuerte, las balas arrancaban los espinos, y

Harper volvió a gritar: «¡Fusileros!».

Se oyeron pisadas barranco arriba. Un oficial gritó desde la muralla y Sharpe oyó el ruido de las baquetas de acero dentro de los cañones de las armas francesas.

—¡Ya vienen, señor!

¡Por supuesto que venían! Eran sus hombres. Aparecieron las primeras sombras con uniforme oscuro y sin los cinturones cruzados de los casacas rojas.

—Dígales lo que han de hacer, sargento. —Le lanzó el fusil cargado a Harper y le sonrió. Era como en los viejos tiempos, los buenos tiempos—. Allá voy.

Podía confiarle el resto a Harper. Salió al descubierto de los árboles y corrió corriente arriba, iluminado por los destellos de las luces. Los franceses lo vieron y él oyó que se daban órdenes. El terreno estaba mojado y resbaladizo, salpicado con rocas lisas; una vez patinó violentamente, sacudió los brazos buscando el equilibrio, y oyó el silbido de las balas de mosquete que le disparaban. Para los franceses resultaba un disparo difícil, casi directamente hacia abajo, y se apresuraban demasiado. Oyó a Harper detrás de él, dando órdenes, y luego el disparo característico de los fusiles Baker. Él iba siguiendo la mecha blanca. La gran pendiente de tierra del dique estaba encima de él aguantando toneladas de agua. Las balas rebotaban en la pendiente, pero Sharpe se lanzó al pie de los barriles. La mecha se había soltado y él la empujó hasta el interior de la piquera, la pólvora arenosa se resistía. ¡Faltaba el tapón! Miró a su alrededor, procurando no precipitarse. El maldito trasto había desaparecido. Intentó aflojar uno de otro barril, pero estaba bien apretado. Entonces pensó usar una piedra y, palpando con la mano, encontró una y la introdujo dentro del agujero. Una bala de mosquete le rasgó la manga, la carne le escoció, pero detrás de él la luz iba desapareciendo, pues sus fusileros no dejaban de disparar dando patadas a las granadas, que caían al agua. Seguían disparando y él se daba cuenta que eran muchas voces las que gritaban. Había acabado, la mecha estaba tensa; él se alejó dando marcha atrás, empujando la línea blanca lejos del agua. ¡Le hacía falta fuego! Se dio media vuelta y vio una bomba incendiaria ardiendo en la otra orilla. Dio un salto hasta ella, las balas golpeaban desde arriba, una le dio a la granada y ésta saltó como si fuera un ser viviente. Sus fusileros debían estar recargando.

—¡Cúbranlo! —sonó la voz de Harper con claridad.

Había casacas rojas en el barranco, corrían y se arrodillaban, apuntaban hacia arriba. Sharpe vio que el nuevo alférez se movía excitado con la espada desenvainada. Luego los mosquetes dispararon y las balas limpiaron de gente las murallas. Sharpe vio a sus fusileros que volvían a avanzar con las armas cargadas.

Se iba a quemar; no tenía elección. La bomba incendiaria ardía en llamas y él se inclinó, la cogió por la base, sentía su calor. Una roca, lanzada desde el fuerte, golpeó la paja que le saltó a la cara, ardiendo, ardiendo. Él se giró completamente chamuscado, aguantó el terrible calor y por el rabillo del ojo vio, cuando se dio la

vuelta, una llama amarilla, enorme y bien definida, que se lanzaba como un puñal desde el barranco hacia él. Dio un tirón, eran unas balas que le alcanzaron, pero no se lo creía y lanzó la bomba hacia la mecha.

Intentó correr. Sentía punzadas de dolor en la pierna, y tropezó. La había lanzado demasiado lejos. Se iba a caer. Se acordó entonces de aquella masa en llamas que había caído muy cerca de la pólvora, la llama amarilla que parecía provenir de un lado del barranco. Nada tenía sentido; pero entonces la noche se hizo día.

Llama y luz, estruendo y calor, una explosión ensordecedora, como un fuerte redoble, tronó por todas partes de manera que los hombres que había en las trincheras británicas excavando las nuevas baterías vieron el frente del baluarte de San Pedro iluminado por las llamas. Todo Badajoz, desde el castillo hasta el baluarte Trinidad, se iluminó y el fuerte del dique se perfiló negro contra la cortina roja que se levantó de golpe vomitando humo y cascotes hacia la noche. La explosión fue menor que la que había destruido la ciudad de Almeida, pero pocos hombres vivos la habían conocido, mientras que ésta tenía testigos a miles que observaban cómo la noche oscura se abría con el fuego, y sentían el viento caliente como una bofetada.

Sharpe fue impelido hacia adelante, lanzado de golpe al agua, magullado, sordo por la explosión, cegado por el resplandor de las llamas. La corriente de agua le salvó la vida y lo lamentó, pues sabía que en pocos segundos el agua lo aplastaría, y si no, por las toneladas de tierra y roca que le caerían encima. No había sido su intención lanzar la bomba tan lejos como lo hizo, pero se había quemado con las llamas, le había alcanzado una bala, y le dolía, le dolía. No conocería a su hija. Pensó que la muerte llegaría lentamente e intentó moverse como si la salvación estuviese en salir arrastrándose del peso del agua que le caería.

El calor recorría de arriba abajo el barranco. Los mosquetes no disparaban desde la muralla. La explosión había hecho que los franceses se retiraran del parapeto, aturcidos por el estruendo que resonaba como un eco por las amplias murallas de la ciudad: retumbaba en la llanura y moría en la noche. Harper enderezó a Sharpe.

—Vamos, señor.

Sharpe no le oía.

—¿Qué? —Estaba aturcido, sin sentido.

—¡Venga! —Harper lo arrastró corriente abajo, lejos del fuerte, lejos del dique que seguía en pie—. ¿Le han dado?

Sharpe se movía automáticamente, tropezando en las piedras, alejándose. Intentó girarse para mirar el dique.

—Sigue allí.

—Sí. Ha aguantado. ¡Venga!

Sharpe se soltó.

—Ha aguantado.

—¡Ya lo sé! ¡Venga!

¡El maldito dique seguía en pie! Unos fragmentos en llamas iluminaban el muro chamuscado con más agujeros que un colador debido a la explosión, pero intacto.

—¡Ha aguantado!

Harper estiró de Sharpe.

—¡Venga! ¡Por el amor de Dios, muévase!

Había un cuerpo a los pies de Sharpe y él miró hacia abajo. El alférez nuevo. ¿Cómo se llamaba? No se acordaba, pero el muchacho estaba muerto. ¡Inútilmente muerto!

Harper estiró de él corriente abajo hasta la protección de los árboles, con la otra mano arrastrando el cuerpo de Matthews. Sharpe se tambaleaba, el dolor le subía por la pierna y las lágrimas le quemaban el rostro. Había sido lamentablemente un desastre total. El muchacho estaba muerto y no tenía que haber sido así, y todo porque Sharpe había intentado probar que era algo más que un chico de los recados o un encargado del equipaje. Sharpe sentía como si hubiera algún destino malévolos que hubiera decidido destrozarse su orgullo, su vida, todas sus esperanzas; y, para burlarse, para hacer el fracaso más completo, el destino le había mostrado algo por lo que valía la pena vivir. Teresa habría oído la explosión, estaría incluso acunando a su hija, pero Sharpe, tropezando y cayendo, sintió que no llegaría a ver nunca a la niña. Nunca. Badajoz lo mataría, igual que había matado al chico, igual que iba matando todo lo que él había conseguido y por lo que había luchado durante sus diecinueve años de soldado.

—¡Vosotros, cabrones estúpidos! —Hakeswill apareció en la oscuridad, con su voz desagradable como el croar de las miles de ranas que vivían corriente arriba. Les sonrió con desprecio y le dio un puñetazo a Harper—. ¡Tú, cabrón irlandés! ¡Muévete! —Les empujaba con los cañones del arma pesada y Harper, que seguía ayudando a Sharpe, olió la pólvora quemada de los siete cañones. Había disparado el arma, Harper lo recordaba vagamente, tenía poco más que una impresión de que las balas surgiendo del barranco habían abatido a Sharpe. Harper se giró buscando a Hakeswill, pero el sargento se había adentrado en la noche y Sharpe, con la pierna sangrante y dolorida, resbalaba, por lo que el irlandés tenía que aguantarlo y arrastrarlo pendiente arriba.

Sus palabras se vieron ahogadas por un repentino clamor de campanas. Todas las campanas de Badajoz, las de todas las iglesias, resonaron en la oscuridad y durante unos segundos Harper pensó que estaban celebrando el fracaso de la lucha de aquella noche. Entonces se acordó. Había pasado la medianoche y ahora ya era domingo, Domingo de Resurrección. Las campanas se regocijaban por el mayor de todos los milagros. Harper escuchaba el repiqueteo y se hizo una promesa muy poco cristiana. Él haría su propio milagro. Mataría al hombre que había intentado matar a Sharpe.

Aunque fuera la última cosa que hiciera en la tierra, mataría al hombre que no podía morir. Bien muerto.

Capítulo 19

—¡Estese quieto! —murmuró el doctor, no tanto por Sharpe, que se mantenía rígido, sino porque siempre decía esa muletilla cuando estaba operando. Dio vueltas a la sonda que tenía en los dedos y se quedó mirándola, luego la limpió en su delantal antes de introducirla con delicadeza en la herida que Sharpe tenía en el muslo—. Está bien herido, señor Sharpe.

—Sí, señor. —Sharpe silbó las palabras. Sentía en la pierna como si una serpiente con dientes al rojo vivo le estuviera rasgando.

El doctor gruñó, empujó.

—¡Ah! ¡Estupendo! ¡Estupendo! —La sangre manaba de la herida—. Ya la tengo. —Empujó, sintiendo que la bala chirriaba bajo el extremo de la sonda.

—¡Jesús!

—Una verdadera ayuda cuando se tienen problemas. —El doctor dijo estas palabras automáticamente. Se enderezó y dejó la sonda en la herida—. Es usted un hombre con suerte, señor Sharpe.

—¿Suerte, señor? —Tenía la pierna ardiendo, dolorida desde el tobillo hasta la ingle.

—Suerte. —El doctor cogió una copa de clarete que su ordenanza siempre tenía llena y miró fijamente la sonda—. Dejarla o no dejarla, esa es la cuestión. —Eché una mirada a Sharpe—. Es usted un cabrón muy sano, ¿eh?

—Sí, señor —le salió como un gruñido.

El doctor se sorbió la nariz. Su resfriado no había mejorado desde que azotaron a Harper.

—Se podía quedar ahí dentro, señor Sharpe, pero yo creo que no. Tiene suerte. No está profunda. La bala debió perder mucha de su fuerza. —Miró detrás de él y seleccionó un par de tenazas largas y finas. Examinó las puntas estriadas, vio algo sucio y escupió en el instrumento, secándose con la manga—. ¡Bien! ¡Estese quieto, piense en Inglaterra! —Introdujo las tenazas en la herida, siguiendo el camino de la sonda, mientras tanto Sharpe le iba siseando imprecaciones a las que el doctor no hacía caso. Notó la bala, extrajo la sonda, volvió a empujar con las tenazas y luego apretó el mango—. ¡Estupendo! ¡Un poco más! —Lo retorció, a Sharpe le explotaba la pierna de dolor. El doctor extrajo las tenazas y las dejó caer, con la bala entre sus mandíbulas, sobre la mesa que tenía detrás de él—. ¡Estupendo! Nelson debía haberme conocido. Bien. Véndelo, Harvey.

—Sí, señor.

El ordenanza le soltó los tobillos a Sharpe y hurgó por debajo de la mesa buscando un vendaje limpio.

El doctor cogió la bala que todavía estaba en las tenazas y le sacudió la sangre en

un cubo con agua.

—¡Ah! —Levantó la bala—. ¡Una bala de pistola! No es de extrañar que no penetrara. La distancia debe haber sido grande. ¿La quiere?

Sharpe asintió con la cabeza y tendió la mano. No era una bala de mosquete. La bala medía tan sólo media pulgada de ancho y Sharpe recordó la llama amarilla. El fusil de siete cañones utilizaba balas de media pulgada.

—¿Doctor?

—¿Sharpe?

—La otra herida. ¿La bala todavía está dentro?

—No. —El doctor se estaba limpiando las manos con el delantal, ya tieso de sangre. Era una señal de antigüedad en su profesión—. Todo recto, Sharpe, lo único que hizo fue rasgar la piel. —Le ofreció una copa de brandy.

Sharpe se la bebió y se echó hacia atrás sobre la mesa mientras el ordenanza le lavaba la pierna y se la vendaba. No sentía una ira especial porque Hakeswill hubiera intentado matarlo, tan sólo era curiosidad y gratitud por haber sobrevivido. Ciertamente no estaba sorprendido. Si él hubiera estado disparando su fusil, y hubiera visto a Hakeswill, hubiera apretado el gatillo y hubiera enviado al sargento al diablo, y todo sin pensárselo dos veces. Miró al doctor.

—¿Qué hora es, señor?

—De madrugada, Sharpe, de madrugada. La madrugada de Pascua, cuando todos los hombres deberían regocijarse. —Estornudó fuertemente—. Debería tomarse las cosas con calma.

—Sí, señor.

Descolgó las piernas de la mesa y se puso los pantalones de montar. Había un agujero bien hecho en los refuerzos de cuero del interior del muslo derecho por donde le había entrado la bala. El doctor miró el agujero y se echó a reír.

—Tres pulgadas más arriba y se hubiera quedado el último de la fila.

—Sí, señor. Muy divertido. —Se puso en pie y vio que la pierna le aguantaba el peso—. Gracias, señor.

—De nada, Sharpe, en todo caso por mi poca destreza y humilde trabajo. Media botella de ron y volverá a saltar como un cordero. Un honor para el cuerpo médico y el de los boticarios, del que soy un funcionario obediente. —Abrió la tienda de campaña—. Venga a verme si tienen que cortarles un miembro.

—No iré a ver a nadie más.

Las tropas que hacían de vigías se habían retirado de los puestos de guardia, habían apilado sus armas, y estaban dando buena cuenta de un pobre desayuno. Los cañones trabajaban sin descanso, disparando ahora a los baluartes de Santa María y Trinidad. Sharpe se imaginaba la humareda que se extendería sobre el pantano. ¡Maldita pólvora! La cantidad de pólvora que se necesitaba había sido calculada

demasiado a la baja, si no Sharpe, Harper y los fusileros serían héroes esta mañana. Tal como habían ido las cosas eran unos parias. Habría problemas, Sharpe lo intuía. El fracaso de la noche requería cabezas de turco.

Las campanas de la ciudad tocaban a gloria. Pascua. Sharpe fue cojeando hasta su refugio cuando vio a su derecha a un grupo de mujeres portuguesas o españolas de las que seguían al ejército que recogían florecillas blancas de la orilla de una acequia. La primavera suavizaba el paisaje. Pronto les abriría los caminos y los ríos a los ejércitos franceses. Sharpe se preguntó si eran imaginaciones suyas o los cañones estaban disparando hoy a un ritmo más rápido. Martilleaban a cañonazos una ciudad que los británicos habían de tomar si querían llevar la guerra hasta el corazón de España. Los cañones de Badajoz podían oírse en Alcántara o Cáceres, y hacia el este en Mérida, donde las avanzadillas británicas vigilaban las carreteras desiertas esperando un ejército de ayuda francés y escuchaban el retumbar del trueno distante. Los cañones presidieron los oficios de Pascua, llevando los pensamientos de la gente que estaba en la catedral lejos de las celebraciones. El altar mayor estaba resplandeciente con su revestimiento blanco y oro, la Virgen adornada con magníficos ropajes enjorjados, pero el retumbar de los cañones levantaba polvo de la cornisa alta que circundaba el interior de la catedral y lo tamizaba por las estaciones del vía crucis. Las mujeres rezaban, pasaban las cuentas del rosario, pero los cañones seguían anunciando un asalto sangriento. Badajoz sabía lo que iba a suceder; la ciudad recordaba bien otros asedios cuando los moros y los cristianos se habían turnado para masacrar la ciudad.

Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

—¡Sharpe! —El comandante Collett, cansado e irascible, gesticulaba desde la tienda de Windham.

—¿Señor?

—¿Cómo está la pierna? —La voz mostraba una especie de rencor.

—Duele.

—El coronel le requiere —dijo Collett sin mostrar lástima.

La luz era amarillenta dentro de la tienda, la lona le daba a la cara de Windham un tinte de ictericia. Saludó a Sharpe con la cabeza, un saludo nada hostil, y le señaló un cajón de madera.

—Es mejor que se siente.

—Gracias, señor. —Sentía punzadas de dolor en la ingle. Tenía hambre.

Collett entró detrás de Sharpe y cerró la tienda. El comandante era lo bastante bajo para quedarse de pie bajo el caballete. Durante unos segundos se hizo silencio y a Sharpe le sorprendió que de repente Windham estuviera incómodo. Sentía lástima por el coronel. Windham no tenía la culpa de que Rymer hubiera comprado el ascenso, él no había escogido suceder a Lawford y a Windham, por lo poco que Sharpe sabía de él, parecía un tipo bastante decente. Levantó la vista hacia el coronel.

—¿Señor?

Su palabra rompió el silencio. Windham gesticuló irritado.

—La pasada noche, Sharpe. Una lástima.

—Sí, señor.

Fuera lo que fuera lo que significaba, era pena para el coronel. ¿El dique que no había explotado? ¿La muerte de Matthew?

—El general está defraudado. No con nosotros. Nosotros cumplimos con nuestro trabajo. Llevamos la pólvora al dique, la prendimos, pero no había la suficiente pólvora. Hay que echarle la culpa a los ingenieros, no a nosotros.

—Sí, señor.

Sharpe sabía que Windham se iba por los cerros de Úbeda. No había hecho ir a Sharpe a la tienda para decirle eso. Collett tosió y el coronel se aclaró la voz.

—Parece que hubo un cierto caos en el dique, Sharpe, ¿es cierto?

El comentario había de venir del capitán Rymer, pensó Sharpe, así que se encogió de hombros.

—Los ataques nocturnos son propensos a la confusión, señor.

—Ya sé, Sharpe, ya sé. Maldita sea, hombre. —El fusilero ponía nervioso a Windham, el coronel recordaba su primer encuentro en Elvas, cuando sintió la misma reticencia a ir directo al grano. Echó una mirada a Sharpe—. Yo le envié para que me trajera noticias, nada más, ¿no es así?

—Sí, señor.

—En cambio usted le usurpó a Rymer la autoridad, organizó un ataque, provocó a los franceses y uno de mis oficiales murió.

Sharpe sintió que se ponía furioso y se contuvo. No hizo caso del comentario respecto a Matthews.

—¿Provocar a los franceses, señor?

—Maldita sea, hombre, ¡les disparó!

—¿El capitán Rymer le ha dicho eso, señor?

—¡No estoy aquí para discutir con usted! ¿Lo hizo o no lo hizo?

—Respondí a su fuego, señor.

Silencio. Era obvio que Rymer había explicado una historia diferente. Windham echó una mirada a Collett, que se encogió de hombros. Los dos hombres creían a Sharpe, pero tenían que respaldar la autoridad de Rymer. Windham cambió de táctica.

—Sin embargo desobedeció mis órdenes.

—Sí, señor.

De nuevo silencio. Windham no esperaba esa respuesta, o tal vez esperaba alguna excusa. Sharpe simplemente admitía su desobediencia. Pero preguntar el porqué era una invitación a criticar a Rymer y el coronel no quería oírlo. Miró a Sharpe. El fusilero parecía asquerosamente seguro. Se encontraba sentado, aparentemente

despreocupado. El rostro duro, con una cicatriz, mostraba una competencia y una honradez que desarmaban al coronel. Windham sacudió la cabeza.

—Maldita sea, Sharpe, Rymer está en una situación insoportable. Intenta establecer su autoridad sobre una compañía y le está costando porque usted le anda pisando los talones.

Collett se movió, en señal de desaprobación, pero Sharpe asintió con la cabeza lentamente.

—Sí, señor.

—Los fusiles, por ejemplo.

Sharpe sintió un estremecimiento de alarma.

—¿Los fusiles, señor?

Collett interrumpió, con voz áspera.

—Rymer es de la opinión que son los responsables de las bajas de la pasada noche. Se cargan muy lentamente y la pasada noche nos fallaron. Los mosquetes hubieran sido más rápidos, más efectivos.

Sharpe asintió.

—Cierto, pero sólo para la pasada noche.

—Bueno, ésa es su opinión. Rymer no está de acuerdo. —Collett hizo una pausa—. Pero Rymer es el que tiene la compañía.

—La cual debe mandar como mejor juzgue conveniente —siguió Windham—. Lo que significa que los fusiles han de desaparecer.

Sharpe, por primera vez, levantó la voz.

—Necesitamos más fusiles, señor, no menos.

—¡Esto es precisamente de lo que estoy hablando! —Windham también alzó la voz—. Usted no puede mandar la compañía ligera. ¡Lo ha de hacer otro hombre!

Que era Rymer. La ira de Sharpe se apaciguó. Lo estaban castigando no por un fracaso suyo, sino por el de Rymer: los tres hombres lo sabían.

Dibujó una sonrisa forzada.

—Sí, señor.

Otra vez silencio. Sharpe sentía que aún quedaba algo por decir, algo que el coronel rehuía, y él ya había tenido bastante. Se lo pondría fácil, acabaría con la maldita entrevista.

—¿Y qué pasa ahora, señor?

—¿Que qué pasa? ¡Seguimos, Sharpe, seguimos! —Windham estaba evitando la respuesta, pero siguió—. El comandante Hogan ha hablado con nosotros. Estaba preocupado. —El coronel hizo una pausa. Se había zambullido en el lugar incorrecto, pero Sharpe podía suponer lo que había sucedido. Windham quería librarse de Sharpe, al menos de momento, y Hogan había concebido una respuesta que Windham dudaba en mencionar.

—¿Sí, señor?

—Le gustaría contar con su ayuda, Sharpe. Aunque sea por pocos días. Los ingenieros están faltos de mano de obra, siempre lo están, ¡malditos sean!, y ha requerido su ayuda. Le he dicho que sí.

—Así que voy a dejar el batallón, ¿no, señor?

—Durante unos días, Sharpe, durante unos días.

Collett se agitó junto a la estaca de la tienda.

—Maldita sea, Sharpe, pronto van a repartir cargos de capitán como billetes de una libra un día de elecciones.

Sharpe asintió.

—Sí, señor.

Collett lo había dicho. Sharpe era un estorbo, no sólo para Rymer, sino para todos los capitanes que lo veían oliéndoles los talones. Si se iba del batallón ahora, se iba con Hogan, luego no habría ninguna dificultad para volver, después del asalto, con el rango de capitán. Y el asalto tendría lugar pronto. Wellington no se mostraba paciente ante un asedio. El buen tiempo traía la posibilidad de un contraataque francés, y Sharpe presentía que la infantería sería lanzada contra la ciudad muy pronto. Demasiado pronto, probablemente. Collett tenía razón; habría vacantes, demasiadas, provocadas por los cañones franceses de Badajoz.

Parecía que Windham se sentía aliviado por la aprobación de Sharpe.

—Eso es todo, Sharpe. Buena suerte; ¡buena caza! —Soltó una risa incómoda—. ¡Le veremos de vuelta!

—Sí, señor.

Pero no de la manera que Windham planeaba, pensó Sharpe. El fusilero, mientras salía cojeando de la tienda, no se opuso a la solución del coronel, o mejor dicho, a la solución de Hogan, pero estaba condenado si no iba a ser nada más que un peón que desplazar por el tablero y sacrificarlo. Había perdido su compañía y ahora lo echaban del batallón, y sintió rabia por dentro. Era superfluo. Malditos todos ellos. Iría con el pelotón suicida. Viviría y lo traerían de vuelta, no reemplazando adecuadamente a un capitán muerto, sino como un soldado del que no podían prescindir. ¡Resistiría! ¡Malditos todos! Resistiría. Sabía por dónde iba a empezar. Oyó una risa aguda que provenía del depósito de suministro del batallón. ¡Hakeswill! El Hakeswill de mierda que había descargado sobre él el arma de siete cañones en la oscuridad. Sharpe se giró en dirección al sonido, hizo una mueca de dolor al escocerle la pierna y marchó hacia el enemigo.

Capítulo 20

Hakeswill dejó escapar una risita hiriente.

—Vosotros, mariquitas de mierda, no sois soldados. ¡Quietos!

Los doce fusileros se quedaron quietos. Todos juntos y cada uno por su cuenta hubieran matado con mucho gusto al sargento, pero no aquí, no en el depósito de vituallas que estaba abierto a las miradas de todo el campamento. El crimen había de tener lugar de noche, en secreto, pero no se sabe cómo daba la sensación de que Hakeswill siempre estaba despierto, ojo avizor, al mínimo ruido. Tal vez tenía razón, no se le podía matar.

Hakeswill caminaba lentamente por la fila. Todos los hombres estaban desnudos de cintura para arriba, las casacas verdes en el suelo frente a ellos. Se detuvo junto a Hagman, el viejo cazador furtivo, y empujó la casaca con el pie.

—¿Y esto qué es? —Con el pie señalaba el galón negro cosido en la manga.

—El galón de fusilero veterano, sargento.

—El galón de fusilero veterano, sargento —repitió Hakeswill imitando a Hagman. Su cara amarilla se crispó—. ¡Un decrepito de mierda, eso es lo que es! —Empujó la manga hasta el barro—. ¡Un fusilero veterano de mierda! ¡A partir de ahora es un soldado de mierda! —Soltó su risita aguda dejando que su aliento fétido le barriera la cara a Hagman—. El fusilero no se movió ni reaccionó; hacerlo hubiera sido invitarlo a un castigo. A Hakeswill se le crispó la cara y siguió. Se sentía orgulloso de sí mismo.

Los fusileros le fastidiaban porque a él le parecía que formaban un grupo de élite, un grupo compacto, y le habría gustado aplastarlos. Le había sugerido a Rymer, mientras anduvieron perdidos de vuelta del dique, que los fusiles eran un estorbo; él había insinuado que Rymer podría empezar a mostrar su autoridad sobre la antigua compañía de Sharpe dispersando a los fusileros, y había funcionado.

—¡Tú! Media vuelta, ¡ar! ¡Tú, cerdo irlandés! ¡Ar! —Su saliva roció a Harper.

Harper vaciló durante una fracción de segundo y vio que un oficial estaba mirando. No tenía ganas de acabar sus días frente a un pelotón. Se dio la vuelta.

Hakeswill desenvainó su bayoneta.

—¿Cómo va su espalda, soldado?

—Bien, sargento.

—Bien, bien —repitió Hakeswill imitando el acento de Donegal—. Eso es bueno, soldado. —Puso la parte plana de su bayoneta en la espalda de Harper y fue bajando la hoja sobre los cortes aún no cicatrizados, sobre las costras, de las que manó sangre que manchó la camisa—. Tiene la camisa sucia, soldado, una camisa sucia irlandesa.

—Sí, sargento. —Harper no mostró su rabia. Había prometido que mataría a ese hombre y lo haría.

—¡Lávela! —Hakeswill se enfundó la bayoneta—. Media vuelta, ¡ar!

Los doce fusileros observaban al sargento. Estaba loco, no había duda. Los últimos días había adquirido una nueva costumbre, se sentaba solo, se quitaba el sombrero y le hablaba al interior. Le hablaba al chacó como si fuera un amigo. Le explicaba sus planes y sus deseos, cómo encontraría a Teresa; sus ojos echaban un vistazo a la compañía para cazar a alguno mirándolo mientras lo escuchaban. Entonces soltaba su risita. «Será mía.» Sus ojos volvían al interior grasiento del chacó. «La bella dama será mía, oh sí, ¡Obadiah la hará suya!» Hakeswill se paseó con paso majestuoso delante de los doce.

—Ahora llevarán casacas rojas, no el verde de mierda. ¡Llevarán mosquetes, no esos juguetes! —Hacía gestos a los doce fusiles amontonados junto a un cofre sin cerrar. Se echó a reír—. Serán soldados de verdad como el sargento Hakeswill, su amigo, como yo. —Soltó su risita—. ¿Me odian, no es así? —La cara se le crispó involuntariamente—. Eso me gusta. ¡Porque yo les odio! —Se quitó el gorro militar, miró en su interior y su voz se volvió quejumbrosa, obsequiosa—. Los odio, de verdad que los odio. —Levantó la vista y su voz se volvió normal—. Creen que estoy loco. —Se echó a reír—. ¿No es así? —Vio que los ojos de ellos vacilaban y se giraban hacia la derecha. El cabrón de Sharpe se acercaba cojeando. Hakeswill se puso el gorro y saludó.

—Teniente, señor.

Sharpe le devolvió el saludo.

—Sargento —dijo con voz educada—. Haga descansar a los hombres.

—Pero, señor, teniente, señor...

—Descanso, sargento.

Hakeswill crispó la cara. No podía luchar contra Sharpe mediante la jerarquía formal, tan sólo podía hacerlo en los oscuros callejones del odio.

—¡Señor!

Se giró hacia los fusileros.

—¡Destacamento! ¡En su lugar, descanso!

Sharpe miró a los fusileros, sus fusileros, los hombres que había mandado desde La Coruña, y vio reflejada la infelicidad en sus rostros. Además de sus casacas verdes los estaban despojando de su orgullo. Ahora tenían que recibir otro sobresalto. Odiaba hacer discursos, se le trababa la lengua, eso no era para él.

—Vengo ahora mismo de la tienda del coronel y, bueno, voy a dejar el batallón. Hoy mismo. —La expresión de sus rostros se convertía en algo cercano a la desesperación—. Quería ser yo quien se lo dijera. ¡Sargento!

Hakeswill, alborozado por la noticia, dio un paso adelante, pero vio que Sharpe estaba hablando con Harper. Hakeswill se detuvo. Presentía algún tipo de peligro en el aire, pero no podía precisarlo.

—¿Señor? —La voz de Harper era tensa.

—Recoja las casacas verdes. Tráigalas aquí. —Sharpe hablaba con calma, casi indiferente, el único hombre que parecía no darse cuenta de la tensión era él.

—¡Teniente!

Sharpe se giró.

—¿Sargento Hakeswill?

—Mis órdenes son llevarme las casacas, señor.

—¿Dónde, sargento?

Hakeswill inició una risita.

—A los artilleros, teniente. Para que las usen como escobillón.

—Le ahorraré la molestia, sargento —dijo Sharpe con voz casi amistosa. Se giró para marcharse y esperó a que Harper trajera las casacas—. Póngalas aquí. —Señaló el suelo, a su lado.

Harper se inclinó. Recordó las palabras locas de Hakeswill, hablando al interior del chacó. Harper estaba seguro de lo que significaban e intentó prevenir a Sharpe.

—Va a por Teresa, señor. Sabe dónde está. —Se lo murmuró a media voz, seguro de que Sharpe lo entendería, pero la cara del oficial permaneció calmada y relajada. Harper no sabía si había hablado demasiado bajo.

—¿Señor?

—Ya le he oído, sargento, y gracias. Vuelva a la fila.

Sharpe seguía sin reaccionar, les sonreía a los doce hombres.

—Hemos estado juntos durante siete años, y yo no creo que esto sea el final. —Sus caras mostraron cierta esperanza—. Pero si es así, quiero darles las gracias. Son buenos soldados, buenos fusileros, los mejores. —Ahora sus rostros reflejaban un rictus de alegría, pero no los miraba a ellos, ni a Hakeswill, sino que se acercó al cofre con las armas y cogió un fusil al azar. Lo levantó en el aire—. Siento que vayan a perder esto. Les prometo una cosa. Se les devolverán, al igual que las casacas.

Ellos sonrieron, Hakeswill soltó su risita hiriente y luego miró la cara de Sharpe. Sharpe miraba fijamente, con horror, el seguro del fusil. Levantó la vista hacia Hakeswill.

—¿Sargento?

—¿Teniente, señor?

—¿De quién es este fusil?

—¿Fusil, señor? No sé, señor. —Se le crisparon las facciones. Sentía como una amenaza.

—Está cargado, sargento.

—¿Cargado, señor? No puede ser, señor.

—¿Lo ha comprobado?

Hakeswill dudó. Su poder residía en una atención meticulosa a los detalles

militares, pero con su ansia de despojar las casacas verdes, no había inspeccionado los fusiles. Su mente resolvió el problema y él sonrió.

—Todavía no, teniente, señor. Pero todavía no están en el arcón, señor, ¿no es así? Los revisaré dentro de un minuto. —Su cara se crispó, los ojos azules parpadeaban mientras intentaba, inútilmente, controlar el rostro.

Sharpe sonrió, aún era cortés.

—Le ahorraré el trabajo, sargento.

Dejó el primer fusil con cuidado, y luego cogió los otros, uno a uno, y con cada uno apuntaba al abultado vientre de Hakeswill. Levantó cada pedernal, apretó cada gatillo, la cara de Hakeswill se crispaba a cada operación. Los ojos de Sharpe siguieron fijos en la cara del sargento, incluso cuando se agachó para coger otro fusil, y vio el espasmo y el alivio cada vez que la llama moría en una cazoleta vacía. Los fusileros, humillados por el sargento sonreían burlones al percibir el miedo en la cara de Hakeswill, pero seguían preocupados por él. Era el hombre al que no se podía matar y Sharpe sabía que su nerviosismo había de disiparse. Metió el último fusil en el arcón y, con el mismo cuidado que lo ponía, cogió el primero. Hakeswill miró fijamente a Sharpe mientras éste tiraba del pedernal, pasaba el medio percutor, se oía el chasquido. El sargento se mordió los labios, se le crispó la cara y dirigió los ojos hacia la cara de Sharpe, luego los volvió a dirigir al cañón del arma que le estaba apuntando a la barriga.

Sharpe caminó lentamente hacia Hakeswill.

—No le pueden matar, ¿no es así? —Hakeswill asintió con la cabeza, procuró sonreír, pero el cañón se dirigía hacia él. Sharpe caminaba lentamente—. Intentaron colgarlo y usted sobrevivió, ¿no es así? —Hakeswill volvió a asentir con la cabeza, con un rictus en su boca. Sharpe cojeaba a causa de la herida de bala en el muslo—. ¿Va a vivir siempre, sargento? —Uno de los fusileros se rió con disimulo; y Hakeswill echó una mirada para ver quién había sido, pero Sharpe levantó el cañón de golpe y el movimiento le atrajo los ojos—. ¿Va a vivir siempre?

—No lo sé, señor.

—No, «teniente», señor. ¿Ha perdido usted la lengua, Hakeswill?

—No, teniente, señor.

Sharpe sonrió. Estaba muy cerca del sargento y el fusil apuntaba a la barbilla de Hakeswill.

—Yo creo que va a morir, sargento. ¿Es necesario que le diga por qué?

Sus ojos azules e infantiles se dirigían a derecha e izquierda como si buscaran ayuda. Hakeswill esperaba que lo atacaran de noche, en las sombras, pero nunca a la brillante luz del día entre centenares de testigos potenciales. ¡Sin embargo nadie prestaba atención! El fusil se sacudió y le tocó la piel sudada.

—¡Señor!

—Míreme, sargento. Le voy a revelar un secreto.

Hakeswill miró a Sharpe, los ojos fijos en el otro.

—¿Señor?

Los fusileros observaban y Sharpe hablaba claramente para ellos.

—Yo creo, sargento, que nadie quiere matarlo. Salvo. —Hablaban lentamente, como si lo hiciera a un niño—. Salvo, sargento, alguien a quien usted haya intentado matar, y que no lo haya conseguido. —El miedo era obvio en la cara sudorosa y pálida del sargento—. ¿Se le ocurre alguien así, sargento?

Se le crispó la cara, se sacudió y el fusil se volvió a levantar de una sacudida contra su barbilla.

—¡No, señor!

—¡Bien! —El punto de mira rechoncho del Baker estaba frío y reposaba contra la piel de Hakeswill. Sharpe bajó la voz de manera que tan sólo el sargento pudiera oírle—. Es usted hombre muerto, Obadiah. La magia ha desaparecido. —De repente gritó—: ¡Bang!

Hakeswill reculó de un salto sobresaltado, dejó escapar un grito patético como el quejido de un niño y tropezó en la hierba. Sharpe se rió de él, apuntó el arma y disparó el gatillo en una cazoleta vacía, descargada. Hakeswill cayó tendido sobre la hierba, con cara de asesino, pero Sharpe se dio la vuelta alejándose de él hacia sus fusileros, que son; reían burlonamente.

—¡Silencio!

Se pusieron firmes de repente. Sharpe volvió a hablarles pero esta vez su voz era tajante.

—Recuerden, les he hecho una promesa. Les devolveré los fusiles y sus casacas, ¡y me volverán a tener a mí! —No sabía cómo iba a hacerlo, pero lo haría. Se volvió hacia el sargento y señaló hacia el fusil de siete cañones que colgaba del hombro de Hakeswill—. ¡Deme eso!

Hakeswill se lo entregó dócilmente y Sharpe se lo colgó al hombro junto a su fusil. Bajó la mirada hacia el sargento.

—Volveré, sargento. Recuérdelo.

Cogió las casacas que formaban un bulto pesado y se las puso bajo el brazo. Luego se marchó cojeando. Sabía que Hakeswill se vengaría en los fusileros, pero también sabía que el sargento había sido humillado, se había mostrado vulnerable y la compañía, la compañía de Sharpe, tenía mucha necesidad de saberlo.

Era una pequeña victoria, una victoria mezquina incluso, pero era el inicio de la larga lucha para volver, una lucha que él sabía que acabaría en un portillo abierto en los muros de Badajoz.

CUARTA PARTE

Del sábado 4 al lunes 6 de abril de 1812

Capítulo 21

Llegaron noticias de que finalmente los franceses se movían; no contra Wellington en Badajoz, sino hacia la nueva guarnición española de Ciudad Rodrigo. Los informes provenían de fuentes guerrilleras y de los despachos cogidos a los mensajeros enemigos, algunos aún manchados de sangre. Estos informes hablaban de desacuerdo entre los generales franceses, de retrasos en la concentración de sus tropas, y de sus dificultades a la hora de reemplazar la artillería de sitio francesa, cuya totalidad había sido capturada dentro de las fortalezas del norte. Las noticias estimularon a Wellington a darse prisa, quería acabar con el sitio de Badajoz, y no fue posible persuadirle de que las oportunidades de los franceses de reconquistar Ciudad Rodrigo eran remotas. No confiaba en los españoles que estaban en la ciudad y quería que el ejército marchara hacia el norte para apoyar a sus aliados. ¡Rapidez! ¡Rapidez! ¡Rapidez! Durante los seis días antes de Pascua machacó a sus generales y a su Estado Mayor con el mensaje. ¡Entréguenme Badajoz! Durante esos seis días las nuevas baterías construidas en las ruinas del fuerte Picurina dispararon sin cesar a los portillos abiertos, primero con pobres resultados hasta que, casi inesperadamente, la piedra resquebrajada cayó como una cascada en el interior del foso y le siguió una avalancha envuelta en polvo de cascotes procedentes del centro de la muralla. Las dotaciones de los cañones, sudorosas y manchadas de pólvora, los vitorearon, en tanto que la infantería, que protegía las baterías de una nueva incursión francesa, se quedaron mirando los portillos incipientes y pensaron en el recibimiento que los franceses prepararían para el nuevo asalto. Durante la noche los franceses intentaban reparar los daños ocasionados durante el día. Los cañones del Picurina rociaban los portillos con metralla, pero aun así, cada mañana, los bordes derruidos de la muralla, una imponente construcción de piedra, aparecían rellenos de gruesas pacas de lana. Cada amanecer, los artilleros disparaban contra los colchones hasta que con una explosión de la lana engrasada, el relleno se desprendía y las balas de hierro volvían a dar contra la verdadera muralla, resquebrajándola, desmoronándola, trazando el camino hacia el interior de la ciudad.

El dique seguía en pie, las aguas contenidas aún se extendían hacia el sur de la ciudad y hacían que cualquier asalto a los baluartes tuviera que realizarse de forma oblicua contra las murallas en lugar de hacerlo directamente. Las baterías del norte machacaban el fuerte del dique mientras la infantería avanzaba y excavaba trincheras. Su intención era llevar sus palas y mosquetes hasta el mismísimo borde del pequeño fuerte, pero los detenían. Todo cañón sobre la muralla este de Badajoz, desde el castillo elevado e infestado de cernícalos hasta el baluarte Trinidad, rompía fuego sobre la trinchera que se arrastraba hasta que alcanzaba a los trabajadores; nadie podía vivir bajo aquella granizada de hierro, así que se abandonaba la iniciativa. El

dique se quedaría así, el acercamiento sería oblicuo, ya los ingenieros eso no les gustaba.

—¡Tiempo, quiero tiempo! —El coronel Fletcher, herido en la incursión de los franceses, estaba levantado y aporreaba el plano que tenía delante—. ¡Lo que quiere es un milagro!

—Así es. —El general había entrado en la habitación sin ser oído y Fletcher se giró e hizo una mueca pues la herida todavía le dolía.

—¡Señor! Mis disculpas. —El gruñido del escocés no resultaba precisamente una disculpa.

Wellington rechazó con un gesto la disculpa, hizo una señal de asentimiento con la cabeza a los hombres que lo esperaban y se sentó. El comandante Hogan sabía que el general tenía exactamente cuarenta y tres años y, sin embargo, parecía mayor. Tal vez todos ellos parecían mayores. El asedio los estaba agotando, de la misma manera que erosionaba los dos baluartes. Hogan dejó escapar un suspiro, pues sabía que esta reunión, el sábado 4 de abril tal como él anotó cuidadosamente en una página de su libreta, iba a ser una vez más una disputa entre el general y los ingenieros. Wellington extrajo su propio mapa, lo extendió y sujetó las esquinas con unos tinteros.

—Buenos días, caballeros. ¿Gastos?

El coronel de artillería se acercó un papel.

—Ayer, mi general, mil ciento catorce de cañón de veinticuatro, seiscientos tres de dieciocho. —Iba dando las cifras con tono monótono—. Un cañón quemado, señor.

—¿Quemado?

El coronel le dio la vuelta a la hoja.

—Cañón de veinticuatro en el número tres, señor, un disparo alto dio en el ánimo. Perdimos a tres hombres, seis heridos.

Había que oír los gruñidos de Wellington. Resultaba asombroso, así lo pensaba Hogan, cómo el general dominaba una habitación con su presencia. Tal vez era cosa de los ojos azules que parecían tan sagaces, o la quietud del rostro que rodeaba su nariz aguileña. La mayoría de los oficiales allí presentes eran mayores que el vizconde de Wellington, sin embargo todos ellos, con la posible excepción de Fletcher, parecían estar atemorizados. El general escribió las cifras en su trocito de papel, el lápiz rechinaba. Volvió a mirar al artillero.

—¿Pólvora?

—Suficiente, mi general. Ayer llegaron ochenta barriles. Podemos seguir disparando durante otro mes.

—Nos hará falta. Lo siento, señor. —Fletcher iba sombreando señales sobre su mapa.

Una leve sonrisa se esbozó en la boca de Wellington.

—¿Coronel?

—¡Mi general!

Fletcher se hizo el sorprendido. Levantó la vista del mapa, pero mantuvo la pluma suspendida como si lo hubieran interrumpido.

—Veo que no está preparado para la reunión.

Wellington le dirigió al escocés una señal con la cabeza y se giró hacia Hogan.

—¿Comandante? ¿Alguna información?

Hogan pasó dos hojas de su libreta.

—Dos desertores, señor, ambos alemanes, ambos del regimiento Hesse-Darmstadt. Han confirmado que los alemanes están acuartelándose en el castillo. —Hogan arqueó las cejas—. Dicen que la moral está alta, señor.

—Entonces ¿para qué desertar?

—El hermano de uno, mi general, está con la Legión Alemana del Rey.

—¡Ah! ¿Los va a enviar allí?

—Sí, mi general. —La Legión Alemana del Rey recibiría bien a los reclutas.

—¿Algo más? —A Wellington le gustaba que las reuniones matinales fueran enérgicas.

Hogan asintió con la cabeza.

—Ellos nos han confirmado, mi general, que los franceses están desprovistos de cartuchos, pero afirman que tienen suficiente metralla. Eso ya lo sabíamos. —Se dio prisa antes de que el general se quejara por la poca novedad de la información—. También dicen que la ciudad está aterrorizada por si hay una masacre.

—Entonces deberían suplicar una rendición.

—La ciudad, mi general, está parcialmente a favor de los franceses.

Era cierto. Se había visto a ciudadanos españoles en las murallas que disparaban con mosquetes a las trincheras que avanzaban hacia el fuerte del dique.

—Desean nuestra derrota.

—Pero —la voz de Wellington estaba llena de desprecio— desean evitar represalias si ganamos. ¿No es así?

Hogan se encogió de hombros.

—Sí, mi general.

Era, pensaba el irlandés, un deseo vano. Si Wellington hacía lo que quería, y lo haría, el asalto tendría lugar pronto y la entrada sería dura. Si conseguían triunfar en el portillo, y Hogan reconocía la posibilidad de que no fuera así, entonces las tropas perderían todo rastro de disciplina. Siempre había sucedido así. Los soldados que se veían obligados a luchar contra el terror de una estrecha brecha reclamaban el derecho a apoderarse de la fortaleza y de todo lo que contuviera. Los irlandeses recordaban Drogheda y Wexford, las ciudades que había saqueado Cromwell con sus tropas inglesas, y todavía se explicaban las historias de las atrocidades que habían

cometido los vencedores. Historias de mujeres y niños reunidos como un rebaño en el interior de una iglesia a la que se pegó fuego. Los ingleses lo celebraban mientras los irlandeses ardían. Hogan pensó en Teresa y en su hija, hija de Sharpe. Sus pensamientos regresaron de golpe a la reunión cuando Wellington dictó una orden rápida a un ayudante de campo. La orden prohibía cualquier saqueo en el interior de la ciudad, pero la daba, pensó Hogan, sin gran convicción. Fletcher escuchó la orden y luego, una vez más, golpeó el mapa con el puño.

—Bombardéenlos.

—¡Ah! El coronel Fletcher está con nosotros. —Wellington se volvió hacia él. Fletcher sonrió.

—Digo que los bombardeen, mi general. ¡Desalójelos con bombas! Se rendirán.

—¿Y cuánto tiempo, se puede saber, antes de que se rindan? Fletcher se encogió de hombros. Sabía que podían pasar semanas antes que los rechonchos obuses redujeran una buena parte de Badajoz a cascotes humeantes, quemaran las reservas de víveres y forzaran, de ese modo, una rendición.

—¿Un mes, mi general?

—Dos, es más probable, quizá tres. Y déjeme que le advierta, coronel, que tengo la impresión, mal entendida aunque pudiera existir de murallas adentro, de que los españoles son aliados nuestros. Si los bombardeamos indiscriminadamente con proyectiles cabe la posibilidad, si me lo permite, de que nuestros aliados se sientan molestos.

Fletcher asintió con la cabeza.

—No se alegrarán mucho, mi general, si nuestros hombres violan todo lo que se mueve y roban todo lo que no se mueve.

—Confiemos en el sentido común de nuestros soldados. —Las palabras fueron pronunciadas no sin cierto cinismo—. Y ahora, coronel, tal vez nos pueda decir algo de abrir unas brechas. ¿Son practicables?

—No, señor, no lo son. —El acento escocés de Fletcher se hacía notar más—. Tengo bastante que decirle al respecto, y la mayoría son novedades.

Le dio la vuelta al mapa de manera que el general mirara los dos baluartes desde el punto de vista de un atacante. El Santa María quedaba a la izquierda, el Trinidad a la derecha. Fletcher había marcado las brechas. El Trinidad había perdido la mayor parte de su parte frontal, tenía un hueco de casi cien pies de ancho y el ingeniero había dibujado a lápiz, según un cálculo aproximado, la reducción de la altura. Veinticinco pies. El flanco del Santa María, de frente al Trinidad, estaba también muy tocado.

—Las brechas o portillos, tal como puede ver, mi general, tienen ahora una altura de veinticinco pies. ¡Eso es una escalada tremenda! Es más alto, si me perdona la observación, ¡que la muralla sin brechas de Ciudad Rodrigo! —Se echó hacia atrás

como si se hubiera anotado un punto.

Wellington asintió con la cabeza.

—Todos nosotros estamos enterados, coronel, de que Badajoz es notablemente mayor que Ciudad Rodrigo. Le ruego continúe.

—¡Señor! —Fletcher volvió a inclinarse—. Permítame que le advierta de lo siguiente. —Sonrió burlonamente al haber utilizado una de las expresiones favoritas de Wellington.

Colocó un dedo sobre el foso frente al baluarte de Santa María.

—Han bloqueado el foso aquí y aquí. —Movi6 el dedo hacia la derecha de la brecha abierta en el Trinidad—. Nos están enclaustrando —dijo con voz parsimoniosa.

Podía bromear con el general de vez en cuando, pero sólo se atrevía a hacerlo porque él era un buen ingeniero en quien Wellington confiaba, y porque consideraba que era parte de su trabajo dar su verdadero punto de vista y no ser un pelotillero. Dio unos golpes con el dedo sobre el foso.

—Parece ser que han puesto carretas en el foso, carretas volcadas y trozos de madera. No se necesita ser ningún genio para adivinar que lo que pretenden es incendiar tales obstáculos. Ya pueden ver lo que sucederá, caballeros. Nuestras tropas estarán dentro del foso intentando escalar una rampa tremenda, y no tendrán forma de escapar de la metralla. No podrán dirigirse a la derecha o a la izquierda para reagruparse en la oscuridad. Se encontrarán atrapados, iluminados, como ratas dentro de un maldito barril.

Wellington escuchaba aquel arranque apasionado.

—¿Está seguro?

—Sí, mi general, y hay más.

—Continúe.

Dejó el dedo a la derecha del portillo del Trinidad.

—Los franceses han cavado otro foso aquí, en el fondo del propio foso, y lo han anegado. Nos encontraremos con que hay que saltar dentro del agua, un agua profunda, y parece como si lo estuvieran prolongando, por aquí. —El dedo dibujó una línea hacia atrás frente a ambas brechas.

Wellington tenía los ojos clavados en el mapa.

—Así que, cuanto más esperemos, más difícil resultará, ¿no es eso?

Fletcher suspiró, pero lo admitió.

—Sí, eso es.

Wellington levantó la vista hacia el ingeniero.

—¿Qué ganamos con pedir más tiempo?

—Puedo reducir las brechas.

—¿De cuánto?

—Diez pies.

—¿Cuánto tiempo?

—Una semana.

Wellington hizo una pausa.

—Quiere decir dos semanas.

—Quizá, mi general.

—No tenemos dos semanas. No tenemos ni una semana. Hemos de tomar la ciudad. Ha de ser pronto.

La habitación permanecía en silencio. De ventanas afuera los cañones machacaban sin cesar el embalse. Wellington volvió a mirar el mapa, alargó la mano por encima de la mesa y puso su dedo sobre el espacio existente entre los baluartes.

—¿Hay un revellín por casualidad?

—Sí, mi general, y aún lo están construyendo.

El revellín estaba esbozado en el mapa; una cuña de obra, en forma de diamante, que disgregaría un ataque. Si se les diera tiempo a los franceses para que lo acabaran, antes de que los cañones de asedio empezaran a disparar, sería como un nuevo baluarte, construido en el foso, que abortaría todo ataque. Tal como estaba, formaba un obstáculo insuperable, con la parte superior plana, rodeado por el foso, entre las dos brechas.

Wellington levantó la vista hacia Fletcher.

—Parece muy seguro de esta nueva información.

—Así es, mi general, lo estoy. La pasada noche enviamos a un muchacho al glacis. Hizo un buen trabajo. —El elogio era a regañadientes.

—¿Quién?

Fletcher dirigió la cabeza hacia Hogan.

—Uno de los muchachos del comandante Hogan, señor.

—¿Quién, comandante?

Hogan dejó de jugar con su cajita de rapé.

—Richard Sharpe, señor, ¿se acuerda de él?

Wellington se echó hacia atrás en su silla.

—¡Santo cielo!, ¿Sharpe? —Sonrió—. ¿Qué hace con usted? Pensaba que tenía una compañía.

—La tenía, mi general. Su ascenso fue rechazado.

Wellington frunció el ceño.

—¡Por Dios! ¡No me dejarán ni que haga a un hombre cabo en este maldito ejército! Así que Sharpe estuvo en el glacis la noche pasada.

Hogan asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Fuera, señor. Pensé que tal vez querría hablar con él.

—Santo Dios, claro —dijo Wellington secamente—. Es el único hombre del ejército que ha estado en el glacis. ¡Vaya a buscármelo!

Había generales de división, generales de brigada, artilleros, ingenieros y oficiales del Estado Mayor y todos ellos se giraron para mirar al hombre alto con casaca verde. Todos habían oído hablar de él, incluso los generales recién llegados de Inglaterra, porque éste era el hombre que se había ganado la condecoración del águila francesa y que por su aspecto parecía que podía volver a hacerlo. Su aspecto era el de un hombre maltratado y endurecido, como las armas que lo engalanaban, y su cojera y sus cicatrices denotaban que era un soldado que luchaba ferozmente. Wellington le sonrió y echó una mirada alrededor de la mesa.

—El capitán Sharpe ha compartido todas mis batallas, caballeros. ¿No es así, Sharpe? Desde Seringapatam hasta hoy.

—Desde Boxtel, señor.

—Santo Dios. Yo era teniente coronel.

—Y yo soldado, señor.

Los ayudantes de campo, los jóvenes aristócratas que a Wellington le gustaba tener por mensajeros, miraban con curiosidad el rostro lleno de cicatrices. No había muchos hombres que ascendieran desde la tropa. Hogan observó al general. Se estaba comportando cordialmente con Sharpe, no porque el fusilero le hubiera salvado la vida una vez, sino porque sospechaba que en Sharpe había encontrado un aliado contra la cautela de los ingenieros. Hogan suspiró. Wellington conocía a este hombre. El coronel echó una mirada por la habitación.

—¿Una silla para el capitán Sharpe?

—Teniente Sharpe, señor. —Las palabras de Sharpe sonaron casi como un reto, ciertamente amargo, pero el general no hizo caso.

—Siéntese, siéntese. Ahora, cuéntenos lo que sepa de las brechas o portillos abiertos en las murallas.

Sharpe les explicó, no intimidado por la compañía, pero añadió poco al informe de Fletcher. No había podido verlo claramente, la oscuridad sólo la aliviaba alguna que otra llamarada procedente de las murallas de la ciudad, y la mayoría de su informe se basaba en las palabras que había oído mientras estuvo estirado en el borde del glacis y escuchaba, no sólo a los grupos de trabajo franceses, sino además la metralla británica que caía en la maleza y repiqueteaba contra las murallas. Wellington le dejó acabar. Había sido un informe conciso. El general miró a Sharpe a los ojos.

—Una pregunta.

—¿General?

—¿Son practicables esos portillos? —Los ojos de Wellington no dejaban traslucir

ni una sola emoción, fríos como el acero.

La mirada de Sharpe era igual de dura, igual de inflexible.

—Sí.

Se oyó un murmullo alrededor de la mesa. Wellington se reclinó. La voz del coronel Fletcher se elevó por encima del ruido.

—Con mis respetos, señor, no creo que sea competencia del capitán, teniente Sharpe, pronunciarse al respecto.

—Él ha estado allí.

Fletcher murmuró algo que no se entendió bien. La pluma que tenía en la mano se dobló casi totalmente bajo la presión de sus dedos, la soltó y la punta partida salpicó de tinta los dos bastiones. Dejó la pluma de golpe.

—Es demasiado pronto.

Wellington se separó de la mesa y se puso de pie.

—Un día, caballeros, un día.

Echó una mirada alrededor de la mesa. Nadie se lo discutió. Era demasiado pronto, eso lo sabían todos, pero tal vez siempre sería demasiado pronto para tomar esta fortaleza. Quizá, tal como aseguraban los franceses, era inexpugnable.

—Mañana, caballeros, domingo día cinco, asaltaremos Badajoz.

—¡Señor! —Era Sharpe el que hablaba, y el general, que había estado esperando una protesta de los ingenieros, se volvió hacia él.

—¿Sharpe?

—¿Una pregunta, mi general? —Sharpe apenas se creía que estuviera hablando, menos aún con semejante tono desafiante y en tal compañía, pero tal vez no volvería a tener otra oportunidad.

—Diga.

—El escuadrón, señor. Me gustaría estar al mando del escuadrón.

Los ojos brillantes de Wellington mostraban frialdad.

—¿Por qué?

¿Qué iba a decir, que era una prueba? ¿La prueba suprema, tal vez, para un soldado? ¿O que era su manera de vengarse de un sistema, un sistema representado por el funcionario picado de viruelas de Whitehall, que lo había convertido en superfluo y no deseado? De repente pensó en Antonia, su hija, en Teresa. Pensó en que tal vez no vería nunca Madrid ni París, ni cómo terminaría la guerra, pero la suerte estaba echada. Se encogió de hombros, buscando las palabras, molesto ante aquellos ojos impenetrables.

—No lo sé, señor. Pero así lo quiero.

Se sintió como un niño malhumorado. Notaba los ojos de los oficiales antiguos clavados en los suyos, ojos curiosos que miraban su uniforme raído, su vieja espada no reglamentaria, y los maldijo. Su orgullo estaba apuntalado con dinero.

La voz de Wellington se suavizó.

—¿Quiere su compañía?

—Sí, señor.

Se sintió como un tonto, un tonto andrajoso en un escenario brillante, y sabía que todos ellos percibían su orgullo roto. Wellington le hizo una señal con la cabeza en dirección al coronel Fletcher.

—El coronel le dirá, Sharpe, y Dios quiera que se equivoque, que el lunes por la mañana iremos repartiendo ascensos a capitán junto con las raciones.

Fletcher no dijo nada. La habitación permanecía en silencio, turbada por la petición de Sharpe. El fusilero sintió como si toda su vida, todo lo que había sido y todo lo que podría no llegar a ser nunca, hiciera equilibrios en ese silencio.

Wellington sonrió.

—Dios sabe, Sharpe, que yo creo que es usted un granuja. Un granuja útil y, afortunadamente, un granuja que está de mi parte. —Volvió a sonreír.

Sharpe se dio cuenta de que el general se estaba acordando de las bayonetas indias que iban a por él en Assaye, pero esa deuda hacía tiempo que había sido saldada.

Wellington recogió sus papeles.

—Yo no quiero verle muerto, Sharpe. El ejército sería, de alguna manera, menos interesante. Petición denegada.

Salió de la habitación.

Richard Sharpe se quedó allí, inmóvil, mientras los demás oficiales iban saliendo uno tras otro, y pensó en cómo, durante las últimas horribles semanas, había puesto todas sus esperanzas y ambiciones en esa única cosa. Su rango de capitán, su compañía, sus casacas, sus fusiles y su confianza; incluso, porque él no creía realmente que pudieran matarlo, la oportunidad de llegar a la casa con dos naranjos antes que las hordas maníacas, antes que Hakeswill, y todo ello estaba en función del escuadrón suicida. Y se lo habían denegado.

Debía haber sentido decepción, incluso rabia, ante la negativa, pero no podía. En su lugar, inundándolo como agua pura que limpia un foso sucio, sintió alivio; alivio verdadero y maravilloso. Se avergonzaba de ese sentimiento.

Hogan volvió a entrar en la habitación y le sonrió.

—Ahí tiene. Lo ha preguntado y le han contestado bien.

—No —respondió Sharpe con tozudez—. Todavía hay tiempo, señor, todavía lo hay. —No sabía lo que quería decir, o por qué lo dijo, salvo que al día siguiente, con la primera oscuridad de la noche, se enfrentaría de alguna manera a esa prueba. Y vencería.

Capítulo 22

El sargento Obadiah Hakeswill se sentía satisfecho. Estaba sentado solo, había acabado la procesión, y miraba en las profundidades de su chacó. Le hablaba a su gorro militar. «Esta noche, es esta noche. Seré bueno, no te decepcionaré.» Dejó escapar su risita chillona e hiriente que mostró los pocos dientes, éstos podridos, que le quedaban y echó una mirada a la compañía. Lo estaban observando, él ya lo sabía, pero se guardarían bien de llamarle la atención. Volvió a mirar el interior del chacó grasiento. «Atemorizados los tengo. ¡Ah, sí! Atemorizados. Me temen a mí. Más lo estarán esta noche. Muchos morirán esta noche.» Volvió a sonreír, levantó los ojos rápidamente para pescar a algún hombre que le estuviera observando. Todos evitaban intencionadamente su mirada. «¡Moriréis todos esta noche! ¡Como cerditos bajo el hacha!» El no moriría. Lo sabía, a pesar de lo que Sharpe había dicho, él no moriría. Volvió a mirar dentro del chacó. «¡Maldito Sharpe! Me tiene miedo. ¡Huyó! No puede matarme. ¡Nadie puede matarme!» Estas últimas palabras las pronunció casi a gritos. Eran ciertas. La muerte lo había tocado y él había sobrevivido. Se puso de pie y se rascó la cicatriz, roja, amoratada. Había estado colgado del cadalso durante una hora cuando no era más que un muchacho y nadie le estiró de los pies para que el cuello diera el chasquido. No recordaba gran cosa de aquella experiencia; la multitud, los otros prisioneros que bromeaban con él, pero siempre le estaría agradecido al cabrón sádico que los había colgado de la manera lenta, sin dejarlos caer para que la muchedumbre tuviera espectáculo durante más tiempo. Habían vitoreado cada sacudida espasmódica y la lucha inútil hasta que los ayudantes del verdugo, sonriendo como actores que quieren complacer a su público, vinieron a aguantar los tobillos que se bamboleaban. Habían mirado a la multitud, pidiendo permiso para estirar, y se habían burlado de los prisioneros. No se habían preocupado del muchacho de doce años, Obadiah Hakeswill. Ya entonces era astuto como ahora y se había quedado colgado quieto, incluso cuando el dolor casi le hizo perder el conocimiento, de manera que la muchedumbre creyó que ya estaba muerto. No sabía por qué se había agarrado con tanta tenacidad a la vida; le hubiera resultado más rápido y mucho menos doloroso dejarse arrastrar por la muerte, pero había empezado a llover. Las nubes se habían rasgado y habían dejado caer un chaparrón que había dejado las calles desiertas en pocos minutos y a nadie le preocupaba aquel cuerpecillo. Su tío, con miedo y furtivamente, cortó la soga para bajarlo y corrió con el cuerpo flácido hacia un callejón. Le dio unas palmadas en la cara a Obadiah.

—¡Oye, cabrón! ¿Me oyes? —Obadiah debió decir algo, o gimió, porque recordaba la cara de su tío acercándosele—. Estás vivo. ¿Me oyes? ¡Maldito! No sé por qué me preocupaba, tu madre así lo quería. ¿Me oyes?

—Sí. —Su cara se crispó pero no pudo evitarlo.

—Tienes que largarte, ¿me entiendes? Tienes que largarte. No puedes irte a casa, te volverían a coger, ¿me oyes?

Él lo había oído y lo había entendido y se largó y no volvió a ver a su familia. Tampoco los añoró demasiado. Encontró el ejército, como tantos hombres desesperados, y le fue útil. Y no podía morir; eso lo había aprendido cuando estaba solo en el callejón, lo había comprobado en las batallas, y sabía que se había burlado de la muerte.

Desenfundó su bayoneta y pensó durante unos segundos en dársela a uno de los soldados para que la afilara. Le hubiera gustado humillar al cabrón irlandés, pero por otro lado siempre quería hacerlo él mismo cuando había perspectivas de matanza. El asalto tendría lugar hoy; todos lo sabían, aunque no se había anunciado así, y habría suficiente carnicería para todos. Miró dentro del chacó. «¿Me disculpas un momento? Enseguida vuelvo a hablarte.» Dejó el chacó y cogió su piedra. Ésta se confundía con su mano mientras afilaba la bayoneta, pero él no observaba esta faena. En cambio estaba atento a la compañía, percibía su miedo y se alimentaba de él. Hakeswill se sentía satisfecho. Los había degradado a los muy cabrones hasta que consiguió que le llevaran la comida, le lavaran la ropa y le cambiaran la paja de su camastro. A dos de ellos los había golpeado hasta hacerlos papilla, pero ahora eran como perrillos falderos, deseosos de complacer. Había ganado una de sus batallas más importantes. Sharpe se había quitado de en medio, y Harper había sido rebajado a soldado raso, a soldado de casaca roja. El capitán tenía miedo de Hakeswill, al igual que Prince y los sargentos. La vida podía ser mucho peor y Hakeswill lo sabía. Puso el pulgar sobre el filo de la hoja, sabía que aún podía estar más afilada, y volvió a pasar la piedra como si le hiciera caricias largas y susurrantes.

El soldado Clayton miró de reojo a Hakeswill, se echó a reír y le dijo algo a su compañero. Hakeswill vio la risa, pero hizo ver que no se daba cuenta. Se ocuparía del joven Clayton, pero después del asedio, cuando tuviera tiempo de examinar a fondo el problema. La mujer de Clayton era guapa, la más guapa del batallón, y Hakeswill le había echado el ojo a Sally. Ella tendría que esperar hasta que se hubiera ocupado de Teresa. Pensar en la mujer de Sharpe le hacía fruncir el ceño. No estaba seguro de por qué deseaba tanto hacer suya a Teresa, pero así era. Ella se había convertido en una obsesión que le quitaba el sueño. Haría suya a la zorra y luego la mataría. No era porque ella hubiera luchado contra él y hubiera ganado; otras ya lo habían hecho. Recordaba a aquella mujer en Dublín que le clavó un cuchillo en la barriga. Había conseguido escapar y él no había sentido resentimiento, pero con Teresa era diferente. Quizás era porque ella no había mostrado ningún miedo y a Hakeswill le gustaba percibir el miedo. Recordaba a las que había matado, a las que no le había hecho falta matar, a todas hasta remontarse a aquella mojigata, la hija del vicario que se había desnudado para él mientras él sostenía la culebra junto a su

cuello. Dorcas se llamaba, y su padre se había inventado que él había robado una oveja, acusación por la que casi lo matan. Hakeswill sonrió para sí. Le quemó el granero al vicario la noche después de ser colgado. Volvió a pensar en Teresa. La hoja de su bayoneta estaba ya afilada, y se dio cuenta de cuánto la deseaba. No era sólo por venganza, ni porque fuera la mujer de Sharpe, aunque eso tenía su importancia, sino porque la deseaba. Era tan bella, tan tremendamente bella, que él la haría suya, la mataría y el cabrón de Sharpe la perdería. El hecho de pensar en eso hizo que la cara se le crispase involuntariamente.

Se cambió la bayoneta a la mano derecha y, apretando la piedra entre sus rodillas, escupió en ella y siguió afilándola. Cuando hubiera acabado estaría muy afilada, tan afilada que se deslizaría suavemente por las tripas de un hombre como si no hubiera piel que perforar por el camino. ¡O de una mujer! Soltó su risita chillona al pensarlo, alertando a la compañía, y pensó en Teresa. Sharpe sabría quién lo había hecho, ¡pero no podría hacer nada! ¡A Hakeswill no podían matarlo! Levantó la vista hacia la compañía. Lo querían matar, él ya lo sabía, y también los hombres de una docena de compañías y todos lo habían intentado. Recordaba las balas de mosquete que pasaron cerca de él en las batallas, disparadas desde atrás, y una vez vio a un hombre que le apuntaba deliberadamente. Acarició la bayoneta, recordando su venganza, y luego pensó en la noche que tenía por delante.

Él había planeado su asalto meticulosamente. El South Essex, con el resto de la Cuarta División, atacaría la brecha en la fachada del baluarte Trinidad, pero Hakeswill tendría cuidado en el foso. Él se quedaría rezagado, dejaría que los otros lucharan, para encontrarse fresco cuando se oyeran los gritos de júbilo procedentes del extremo superior de la brecha. Entonces, cuando empezara el caos, atravesaría la muralla y penetraría en las oscuras calles que llevaban hasta la catedral. Tan sólo necesitaba un par de minutos de ventaja, que era toda la que podría conseguir, pero sabía, mientras comprobaba la hoja perfectamente preparada en sus manos, que lo conseguiría. Siempre lo conseguía. La muerte lo había tocado, lo había dejado ir, y sintió en su alma que eso lo inspiraba para vencer siempre. Levantó la vista.

—¡Clayton!

La compañía se quedó inmóvil y miraron fijamente a Clayton. El joven soldado sonrió burlescamente, como si no estuviera preocupado.

—¿Sargento?

—Aceite, tráigame aceite.

—Sí, sargento.

Hakeswill dejó escapar su risita chillona mientras el muchacho se alejaba. Se reservaría al chico para después de Badajoz, después de la matanza, para el momento que tuviera que ocuparse de los demás problemas que había aplazado. Tenía el fardo de hule que estaba enterrado bajo un mojón a menos de una legua por la carretera de

Sevilla.

Hakeswill había visitado el lugar la noche anterior, había levantado la piedra y había rebuscado por entre lo robado. Todo estaba a salvo y había dejado la mayor parte allí porque no era cuestión de vender nada en los próximos días. Badajoz estaría atiborrada de botín, los precios bajarían en picado. Todo podía esperar. Tan sólo había cogido el catalejo de Sharpe, con la característica placa de bronce, que tenía planeado dejar junto al cuerpo de Teresa. Recogió el gorro y se quedó mirando en su interior. «Entonces lo culparían, ¿no? ¡O si no al cabrón del irlandés!»

—¿Sargento?

Levantó la vista.

—¿Soldado Clayton?

—El aceite, sargento.

—¡No se quede ahí! —gritó Hakeswill levantando la bayoneta—. Engrásela. ¡Y tenga cuidado! No estropee el filo. —Dejó que Clayton se alejara y luego miró dentro del chacó—. ¡Muchachito de mierda! Tal vez muera esta noche y eso nos facilitaría las cosas.

Harper observaba la cara malévola y crispada de Hakeswill y se preguntaba qué habría en el interior del chacó. Toda la compañía se lo preguntaba, pero nadie se atrevía a preguntárselo. Harper era de la opinión de que no había nada dentro, que toda esa representación era una demostración de locura para desquiciar a la compañía. El irlandés estaba afilando su bayoneta, la bayoneta del mosquete con la que no estaba familiarizado y que carecía de la empuñadura de la hoja del fusil. Hizo sus propios planes para la noche. Todavía no había órdenes, pero el ejército, con su extraño instinto colectivo, sabía que el asalto estaba planeado y si, como parecía probable, el South Essex recibía la orden de penetrar en la brecha, Harper pretendía permanecer cerca de Hakeswill. Si le surgía la oportunidad de matar al sargento, lo haría, o al menos procuraría asegurarse de que Hakeswill no se escurriría en la ciudad solo. Harper había decidido no presentarse voluntario para el destacamento suicida, a menos que Hakeswill lo hiciera, y eso le resultaba poco probable. La misión de Harper era proteger a Teresa, al igual que era la de Sharpe, y la de toda la compañía, incluso para el capitán Robert Knowles, que había hecho una visita a su antigua compañía ligera y había escuchado con seriedad lo que Harper le había contado respecto a la amenaza de Hakeswill. Knowles había sonreído burlón, había tranquilizado a Harper, pero el irlandés seguía temiendo las consecuencias que traería un caos en la brecha. Se echó hacia atrás, atento a los zambombazos de los cañones.

Los artilleros, con el mismo conocimiento instintivo de que el asalto era inminente, servían con redoblado esfuerzo como si cada fragmento de piedra que saltara de las brechas pudiera salvar la vida de un soldado de infantería. El humo de las doce baterías flotaba como bruma sobre las aguas tranquilas del embalse, un

humo tan espeso que apenas se veía la ciudad, y los cañones que vomitaban incesantemente aún más humo. La artillería parecía monstruos que daban fuertes sacudidas, silbaban y despedían grandes bocanadas de humo entre uno y otro disparo mientras los artilleros ennegrecidos pasaban las esponjas y atacaban. Luego volvían a levantar a las bestias en dirección al blanco. Los artilleros no veían las brechas, pero las plataformas de madera de retroceso estaban marcadas con cortes profundos y los oficiales y los sargentos alineaban las gualderas del cañón sobre las hendiduras, comprobaban el mecanismo de elevación y con un toquecito de la mecha ardiendo el cañón volvía a rugir, retrocedía de un salto, y una pesada bala de hierro desaparecía entre la bruma con una repentina espiral de humo que venía seguida del estallido demoledor del impacto.

Tal vez era el ritmo de los cañones el que hacía que los hombres estuvieran tan seguros de que el asalto sería ese domingo por la noche, o si no el haber visto en el parque de ingenieros unas escalas para el asalto recién hechas. Dos ataques, el del castillo y el que se desarrollaría junto al río, en el baluarte de San Vicente, llevarían escalas para intentar una escalada por sorpresa. No saldría bien, por supuesto, pues las murallas eran demasiado altas. La batalla se ganaría o se perdería en las brechas.

—¡Compañía! —Hakeswill los molestó con su voz—. ¡En pie! ¡Hop, hop, hop!

Se pusieron en pie rápidamente, se estiraron las casacas y apareció el comandante Collett con el capitán Rymer. El comandante les hizo una señal a los hombres para que se volvieran a sentar.

—Pueden sentarse.

Este tenía que ser el anuncio, pensó Harper, y observó a Collett que sacaba una hoja de papel y la desdoblaba. Se oyó un murmullo de excitación por la compañía, y un grito de Hakeswill para que se callaran. Collett esperó a que se hiciera silencio. Los miró con agresividad. El asalto, dijo, sería pronto, pero ellos ya sabían eso, y esperaban órdenes. El comandante hizo una pausa y bajó la vista hacia la hoja de papel.

—Ha llegado esta orden y se la voy a leer. Escuchen: «Llamo la atención del ejército respecto a los acontecimientos derivados de la captura de Ciudad Rodrigo».

Collett leía con tono monótono y duro. No sabía pronunciar Ciudad así que dijo *cuidad*. «Los habitantes de dicha *cuidad*, *cuidadanos* de un país aliado a los británicos, España, sufrieron todo tipo de injurias e insultos. No se volverá a repetir ese comportamiento en Badajoz. Cualquier ataque a las propiedades de los civiles será castigado, rápida y merecidamente, con la muerte, los autores prendidos serán colgados en el lugar del crimen.» Dobló el papel.

—¿Lo entienden? Estense quietos con sus manos de ladrones y déjense los pantalones abrochados. Eso es todo.

Los miró con furia, dio media vuelta y se fue hacia la siguiente compañía. Los de

la compañía ligera se miraron los unos a los otros, se encogieron de hombros y se echaron a reír. ¿Quién los iba a colgar? La policía militar no iba delante en ninguna lucha, las calles estarían totalmente a oscuras, y un soldado se merecía algún botín después de luchar en una brecha. Ellos eran los que llevarían a cabo la lucha, los que morirían, ¿y quién no necesitaba un trago después de eso? No es que pretendieran hacerles daño a los civiles. Los españoles, que en su mayoría en Badajoz estaban a favor del enemigo, podían escoger ellos mismos qué recibimiento les daban a los vencedores. Podían dejar las puertas abiertas y la bebida sobre la mesa, o podían ser hostiles, en cuyo caso... Sonrieron y volvieron a afilar las hojas de diecisiete pulgadas.

Segundos después llegó otro rumor, tan seguro como el primero, que había anunciado el asalto, y este rumor, que recorrió el campamento, trajo alivio y frustración. Todo se retrasaba. Les daban a todos ellos otras veinticuatro horas de vida.

—¿Adónde vamos? —gritó alguien.

Se echaron a reír, olvidándose de la presencia siniestra de Hakeswill.

—¡A Badajoz!

Mañana.

Capítulo 23

De repente se empezó a sentir un optimismo desmesurado. La cara de Hogan, que durante tanto tiempo había mostrado preocupación, se veía surcada de arrugas alrededor de los ojos; su forma de hablar denotaba urgencia, una esperanza nueva. Dos españoles leales habían huido de la ciudad escalando la muralla junto al río y habían alcanzado las líneas británicas, sanos y salvos.

Hogan golpeó con el dedo el mapa que ya les resultaba familiar.

—Aquí, Richard, aquí. ¡Mañana lo destruiremos!

El dedo señalaba la muralla que se extendía entre los dos bastiones que tenían una brecha abierta. Los españoles decían que era débil, que no la habían reparado bien después de los anteriores sitios, y aseguraron que unos pocos disparos harían que la muralla se derrumbara. Eso significaría una tercera brecha, una brecha sorpresa, un hueco que los franceses no tendrían tiempo de rellenar con defensas adecuadas. Hogan dio un puñetazo sobre el mapa.

—¡Ya son nuestros!

—Así pues, mañana.

—¡Mañana!

El día 6 de abril amaneció con un cielo despejado y una luz tan pura que, antes de que las baterías de sitio abrieran fuego, en la ciudad se veía finamente perfilado cada tejado, cada iglesia, cada torre y cada baluarte. Era una mañana primaveral, tan llena de esperanza como las plantas nuevas, una esperanza que había puesto una tercera brecha, por sorpresa. Los artilleros hicieron las mínimas regulaciones moviendo poco a poco las gualderas por las plataformas y se dio la orden. El humo salió a chorros, el estruendo sobrevoló el pantano, las balas martillearon la obra reparada. Los artilleros trabajaban como negros, arrastraban sus armas, atacaban, pasaban las esponjas y volvían a atacar, trabajaban convencidos de la victoria. Hacia el sur, donde el aire estaba despejado de la neblina que cubría el lago, los ingenieros se asomaban para mirar el trozo de muralla no derruido. De ella salía un polvo que formaba una nube brumosa. Lo había iniciado el mortero, pero había aguantado toda la mañana. Los cañones machacaban, golpeando la muralla con fuerza destructora hasta que, a primera hora de la tarde, el trabajo se vio recompensado.

La muralla empezó a derrumbarse, no a trozos como habían cedido los bastiones, sino todo un trozo espectacularmente grande. Hogan saltó de alegría.

—¡Allá va!

Luego se perdió la visión. El polvo bullía como si fuera el humo causado por una explosión, el ruido retumbó atravesando las aguas, y las dotaciones de los cañones se regocijaron con estridencia. El polvo se alejó lentamente y, allí donde había una muralla aparentemente sólida, había ahora una tercera brecha enorme; tan ancha

como las otras, pero reciente, sin defensas. Y llegaron las órdenes. Esta noche, caballeros, esta noche a la hora del crepúsculo. Hacia las brechas, y las puertas de España serían británicas.

Durante toda la tarde, mientras iban viniendo nubes del este, los cañones dispararon para que los franceses no pudieran trabajar en las brechas. Los artilleros trabajaban de buena gana. Habían cumplido con su trabajo y éste era el último día de esfuerzo, el día veintidós del asedio, y mañana ya no tendrían que mover con esfuerzo los cañones ni sudar más, ni habría más tiro de contrabatería de los enemigos. Badajoz sería suya. Los ingenieros contaban escalas y bolsas de heno, amontonaban las hachas que las tropas de vanguardia llevarían al ataque e iban pensando en las cómodas camas que les esperaban en la ciudad. Badajoz era suya.

Finalmente llegaron las órdenes en tan sólo veintisiete párrafos. Los hombres las escucharon en silencio mientras los oficiales les explicaban las novedades. Se volvieron a pulir las bayonetas, los mosquetes se comprobaron otra vez, y ellos iban escuchando los monótonos toques del reloj de la catedral. Primero la oscuridad, y Badajoz sería suya.

El capitán Robert Knowles, que ahora formaba parte de la Tercera División, levantó la vista hacia la mole ingente del castillo con su colonia de cernícalos. La Tercera División, que acarrearía las escalas más largas, había de cruzar el riachuelo y escalar la roca del castillo. Nadie esperaba que ese ataque saliera bien, era una mera diversión para que las tropas se quedaran en el castillo, pero los hombres de Knowles le sonrieron con ironía y le aseguraron que ellos escalarían la muralla. ¡Van a saber lo que es bueno, señor! Y él sabía que lo intentarían, y él también, y pensó en lo fantástico que sería si pudiera llegar hasta Teresa el primero, a la casa con los dos naranjos, y entregársela junto con la niña a Sharpe sanas y salvas. Volvió a mirar el castillo sobre la roca alta y escarpada mientras deseaba luchar tal como Sharpe lo hacía. ¡Al diablo con el ataque simulado! Ellos atacarían de verdad.

La Quinta División, que vendría atravesando el río, montaría otro ataque con escalas; esta vez contra el baluarte del nordeste, el de San Vicente, que se elevaba sobre el río. Al igual que el ataque al castillo, lo que se proponía era retener a las tropas enemigas, impedir que fueran refuerzos hacia el ángulo sudeste, pues era allí, en las tres brechas, donde Wellington sabía que había de conseguir la victoria.

Las brechas. La Cuarta División y la compañía ligera llevarían a cabo el verdadero ataque: el asalto a las tres brechas. Los hombres esperaban, las nubes iban cubriendo el cielo, e imaginaban el hervidero de tropas que habría en el interior del foso, la lucha que se avecinaba, pero ellos ganarían. Tomarían Badajoz. Los cañones iban disparando.

Sharpe encontró un armero de caballería que le colocó la espada contra la rueda con pedal y las chispas saltaron del filo. Había comprobado su fusil y había cargado

el arma de siete cañones. Aunque las órdenes que había recibido le prohibían penetrar en el foso quería estar preparado. El era el guía, el único hombre que había ido caminando hasta el borde del glacis, y su misión consistía en conducir el destacamento suicida de la División Ligera hasta el extremo del foso que estaba enfrente del bastión de Santa María. Allí lo dejarían y continuarían para atacar el baluarte y la brecha nueva mientras, lejos, a la derecha, el South Essex y la Cuarta División marcharían contra el baluarte Trinidad. Una vez Sharpe hubiera llevado al destacamento suicida hasta el foso, había de regresar y guiar a otros batallones pendiente arriba. Pero él tenía la esperanza de abrirse camino entre la lucha y atravesar la muralla para ir a por su hija.

La campana dio las seis, luego el cuarto, y después la media. Los hombres formaron sin dejar que los vieran desde la ciudad. No llevaban mochilas, tan sólo armas y municiones, y los coroneles les pasaron revista, no para comprobar sus uniformes, sino para sonreírles con complicidad y darles ánimos, porque esta noche, el hombre corriente, el soldado menospreciado escribiría una página en la historia, y esa página había de ser una victoria británica. La tensión creció cuando el sol se puso, la imaginación hacía realidad los temores, y los oficiales distribuyeron las raciones de ron entre la tropa y escucharon las bromas de siempre. Una repentina cordialidad recorrió el ejército, un sentimiento de dificultades compartidas, y los oficiales que provenían de las familias importantes se sintieron cercanos a sus hombres. La imaginación no perdonaba a los ricos, ni a los defensores, y esta noche los ricos y los pobres se necesitarían los unos a los otros en el foso. Las mujeres se despidieron con el deseo de tener un marido vivo al día siguiente, y los niños se quedaban callados, intimidados por la expectación, mientras que en las tiendas los galenos abrían los maletines y afilaban los escalpelos. Los cañones seguían disparando.

Las siete en punto. Tan sólo faltaba media hora para que Sharpe y los otros guías —todos salvo el fusilero eran ingenieros— se reunieran con sus batallones. La mitad del destacamento suicida de la División Ligera lo componían fusileros que deseaban conseguir la condecoración de la corona de laurel. Le sonreían a Sharpe con ironía y le hacían bromas. Querían que todo pasara ya y terminara de la misma manera que un hombre que se enfrenta al cuchillo del cirujano quiere acelerar el reloj fatal. Se pondrían en movimiento a las siete y media y a eso de las nueve y media el asunto ya estaría decidido. Los que sobrevivieran estarían borrachos hacia las diez y el vino sería gratis. Esperaban, sentados en el suelo con los fusiles entre las rodillas, y rezaban para que el reloj corriera más deprisa. Que todo acabe ya, que todo acabe ya. Y se hizo oscuro y los cañones seguían retumbando, y las órdenes tenían que llegar. Las siete y media y las órdenes sin llegar. Había retraso y nadie sabía por qué. Las tropas estaban inquietas, se enfadaban con los invisibles oficiales del Estado Mayor, renegaban del maldito ejército y de los malditos generales porque en la oscuridad los

franceses andarían hormigueando por las brechas, ¡preparando trampas contra los británicos! Los cañones dejaron de disparar, como ya debían haber hecho, pero seguían sin llegar las órdenes y los hombres esperaban e imaginaban a los franceses trabajando en la brecha nueva. Dieron las ocho y las ocho y media. Unos caballos galoparon en la oscuridad. Los hombres gritaban pidiendo información. Seguían sin llegar las órdenes, pero llegaban rumores de posibles explicaciones. Se habían perdido las escalas. Faltaban los sacos de heno y maldijeron a los ingenieros y al ejército de mierda. Y los franceses seguían trabajando.

Las nueve. Les estaban preparando la muerte en las brechas. «¡Retrasadlo — pensó Sharpe—, que sea mañana!» El ataque había de iniciarse después de los cañones, en los minutos de oscuridad en que aún queda un rastro de luz para que los batallones no se pierdan en el glacis. El tiempo iba pasando y ellos seguían esperando. Al enemigo le seguían proporcionando unos minutos preciosos para trabajar en las defensas. Luego se percibió una agitación en la oscuridad. Órdenes. Finalmente no lo retrasaban.

Venga, venga, venga, venga, venga. La tropa se iba moviendo con el tintineo de metal y los golpes de culata de fusiles y mosquetes. Había una sensación de alivio por avanzar en la oscuridad, en la absoluta y fría oscuridad, y los seis mil quinientos hombres, ingleses, irlandeses, escoceses, galeses y portugueses avanzaron contra la ciudad. Los guías ordenaban silencio y las órdenes fueron pasando. Finalmente se ponían en marcha y nadie podía acallar los miles de botas que avanzaban, que se arrastraban por la ruta que discurría entre el embalse y el fuerte Pardaleras. Lejos, al norte, la Tercera División desfilaba sobre el puente junto al molino derruido que se tendía sobre el Rivillas y el aire se llenó del croar de las ranas y de los temores de los hombres. La ciudad aguardaba a oscuras. Silencio en Badajoz.

El teniente que estaba al mando del destacamento suicida le tocó a Sharpe en el codo.

—¿Estamos muy a la izquierda?

Habían perdido todo contacto con la Cuarta División. Estaba oscuro, totalmente oscuro, y no se oía ningún ruido procedente del fuerte o de la ciudad. Sharpe le respondió con un susurro.

—Vamos bien.

Aún no se oían disparos, ningún ruido de la ciudad, ni del Pardaleras que ahora quedaba detrás de ellos. Silencio. Sharpe se preguntaba si el ataque resultaría por sorpresa para los franceses. Se preguntaba si tal vez el enemigo se había despistado con el retraso, tal vez las tropas se habían relajado, esperando que fuera otro día y si el mayor regalo que los dioses pueden ofrecer a un soldado, la sorpresa, se lo habían otorgado a los británicos. Ahora ya estaban cerca. La sombra oscura y triste de la fortaleza ocultaba a medias el cielo. Se veía inmensa de noche, enorme,

tremendamente fuerte. De repente Sharpe ya se encontraba sobre la pendiente del glacis. Se detuvo mientras los sesenta hombres del destacamento suicida se alineaban y lanzaban las escalas y los sacos de heno hacia adelante. El teniente desenvainó la espada.

—Preparados.

Se oyeron disparos a la derecha, lejos, allí donde se había situado la Tercera División. Parecía que fuera a leguas de distancia, como si fuera la batalla de otros, y resultaba difícil creer que el ruido no tenía nada que ver con el oscuro glacis que llevaba a la fortaleza que tenían enfrente. Sin embargo el ruido alertaría a todos los centinelas franceses. Sharpe se apresuró pendiente arriba, torciendo hacia su izquierda, siguiendo sin oírse ningún ruido precedente de las murallas o de los baluartes. Intentó buscarles sentido a las sombras, reconocer las formas que había visto hacía tan sólo tres noches, y sus pisadas resonaron sobre la hierba y oía el jadear de los hombres que iban detrás de él. ¡Seguro que los franceses los estarían oyendo! En cualquier momento, casi temblaba al pensar lo real que resultaba su imaginación, la metralla los acribillaría desde las murallas. Vio la esquina de un baluarte, reconoció que era el de Santa María, y sintió un gran alivio al ver que había llevado al destacamento al lugar apropiado.

Sharpe se giró hacia el teniente.

—Aquí es.

Le hubiera gustado ir con él, que iba a la cabeza del destacamento suicida, pero no podía ser. La gloria era para el teniente, que no le contestó. Esta noche él era un dios, esta noche no podía hacerlo mal, porque esta noche estaba al mando de un destacamento suicida contra la mayor ciudadela que hubiera atacado el ejército británico. Se volvió hacia sus hombres.

Se fueron. En silencio. Las escalas iban restregándose por el extremo de la piedra del glacis, las bajaban al interior del foso, y los hombres las bajaron gateando, deslizándose por los travesaños, y cayeron sobre los sacos de heno que se habían lanzado. El asalto había empezado.

Sharpe observaba las murallas. Estaban a oscuras y en silencio. Detrás de él, al pie del glacis, oyó las pisadas de los batallones que se acercaban y, delante, al teniente que les gritaba a sus hombres y las primeras botas que trepaban por la brecha. El asalto había empezado. El infierno estaba en Badajoz.

Capítulo 24

Durante aquel día las oraciones no cesaron en la catedral. Voces rumorosas como murmullos, voces histéricas; plegarias iban acompañando las cuentas de los rosarios. Las mujeres de Badajoz temían por los muertos que habían de llenar sus calles aquella noche. Cuando el ejército británico tuvo conocimiento del asalto, también lo tuvieron los defensores y los habitantes de Badajoz. La llama de un montón de velas vacilaba ante las estatuas de los santos como si con su diminuto resplandor pudiera ahuyentar el mal que rodeaba la ciudad y que se acercaba presuroso mientras la catedral se llenaba con las sombras de la noche.

Rafael Moreno, comerciante, dejó que la pólvora se escurriera dentro de sus pistolas y las escondió, ya cargadas y cebadas, bajo la tapa de su escritorio. Deseaba que su mujer estuviera con él, pero ella se había empeñado en reunirse con las monjas en la catedral, loca mujer, y allí rezar. Las oraciones no harían que los soldados se desviarán, las balas sí pero era más probable que los pudieran sobornar con el vino tinto peleón que había dejado en el patio. Moreno se encogió de hombros. Los bienes más valiosos estaban escondidos, bien escondidos, y su sobrina insistía en que ella tenía amigos entre los británicos. Oía hablar a Teresa con su niña en el piso superior, sin duda ella tenía aquel fusil cargado y preparado. A él le gustaba su sobrina, por supuesto, pero a veces pensaba que la familia de su hermano César era bastante cerril. Francamente irresponsable, incluso. Se sirvió vino. ¡Esa niña de arriba, cuya salud iba mejorando, a Dios gracias, pero no dejaba de ser una hija natural! ¡Y en su casa! Moreno tomó un sorbo de vino. Los vecinos no lo sabían, él así lo había procurado. La tenían por una viuda cuyo marido había muerto en una de las batallas que habían tenido lugar durante el último año entre franceses y los dispersos ejércitos españoles. Oyó que el reloj de la torre de la catedral empezaba a jadear mientras se preparaba para tocar la campana. Las diez en Badajoz. Vacío el vaso y llamó a un criado para que se lo llenara.

Sonaron las campanadas y abajo, en la catedral, bajo las altas bóvedas y los retablos dorados, bajo la gran araña oscura, y los ojos tristes de la Dolorosa, las mujeres oyeron que empezaba el tiroteo de los mosquetes en la lejanía. Levantaron la vista, por encima del brillo de las velas, hacia la Madre de Dios. «No nos abandones ahora y en la hora de nuestra muerte.» Sharpe oyó la primera campanada de las horas y luego ninguna más. Y es que al primer tañido, una bola de fuego se elevó sobre las almenas, describió un arco luminoso en la oscuridad y cayó en picado sobre el foso. Fue la primera de una serie de bolas incandescentes bien prietas que caían al tiempo que las bolas incendiarias rodaban hacia el portillo recién abierto y, de repente, éste, el foso, el revellín, los obstáculos y las diminutas figuras del destacamento suicida se vieron inundados de luz, una luz que caía desde arriba, con llamas que revelaban los

obstáculos que había en el foso; el destacamento empezó a escalar mientras el fuego reflejaba su brillo en las bayonetas.

Los batallones que iban detrás lanzaban sus vítores a voz en grito. Se hizo un silencio. Las primeras filas acababan de llegar al foso y se empezó a oír el restregar de las escalas. Los hombres se lanzaban contra los sacos de heno y descendían por las escalas gateando, era un flujo de hombres con una prisa desesperada por atravesar el foso y escalar las rampas de las murallas. Vitoreaban, se daban ánimos para seguir, incluso cuando las primeras lenguas de fuego recorrieron los portillos de los baluartes de Santa María y de la Trinidad.

Sharpe se echó al suelo cuando explotaron las minas. No era una ni dos, sino toneladas de pólvora embalada en el foso, en las pendientes inferiores de las rampas, que se prendieron y al estallar hasta el destacamento suicida desapareció. Arrebatado en un segundo, reducido a trozos horribles de soldados muertos, también las primeras filas de los primeros batallones salieron despedidas hacia atrás, tal fue el ímpetu de la explanada y de las piedras que caían como proyectiles.

Los franceses prorrumpieron en vítores. Se colocaron bordeando los parapetos y los baluartes; los cañones a los que se les había dado la vuelta para que dispararan al interior del foso, cañones a los que se les había doblado el tiro con botes de metralla que no estaban camuflados. Los mosquetes echaban chispas pero se veían ahogados por las llamas de cañón. El enemigo vitoreaba y gritaba obscenidades. Durante todo este rato seguían lanzando bengalas que iluminaban los blancos, el foso rebosaba fuego y era como un recipiente en ascuas que tan sólo la sangre apagaría; los hombres seguían descendiendo por las escalas hacia el foso.

El tercer portillo permanecía en silencio, era el más reciente. Estaba situado entre los baluartes, era como una cicatriz enorme y nueva que podía conducir a la ciudad, pero Sharpe vio que los franceses habían trabajado duro. El foso que se habría frente a la muralla era enorme, tan ancho como una explanada que llenaba el rechoncho revellín a medio construir. El revellín medía veinte pies de alto, tenía forma de diamante, y el único camino hacia el nuevo portillo era rodeándolo. El camino estaba bloqueado. Habían volcado carretas en el acceso, luego lo habían cubierto con maderas y las bolas de fuego iluminaban de vez en cuando los obstáculos para que ardieran bien y con intensidad y ningún atacante se pudiera acercar. Tan sólo podían aproximarse a los portillos de los baluartes de Santa María y de la Trinidad pero los dominaban los cañones enemigos. Disparaban una y otra vez las municiones reservadas para esa noche. Los británicos lo seguían intentando, pero también seguían muriendo a cierta distancia de la base de los portillos.

Sharpe regresó por el glacis y se adentró en las sombras y al girarse vio las altas y macizas murallas de la batalla iluminadas por el fuego. Las llamas se elevaban por las troneras, el humo se retorció en espirales entre la vorágine y a la luz de los fuegos vio

unas formas extrañas en el extremo superior de los portillos. Se detuvo a mirar, intentando averiguar qué eran aquellas formas que vislumbraba entre el fuego desgarrador y el humo, y se dio cuenta de que los franceses habían coronado cada portillo con *Chevaux de Frise*. Cada uno de ellos estaba formado por un madero grueso como el mástil mayor de un acorazado, y de cada madero salían un millar de hojas de sable; esa barrera de sables, gruesa como el manto de un puerco espín, había de enganchar y desgarrar a cualquier hombre que alcanzara la cima. Si es que alguno lo conseguía.

Se encontró con el coronel del siguiente batallón que llevaba la espada desenvainada y miraba fijamente hacia el glacis rodeado de fuego.

El coronel miró con rabia a Sharpe.

—¿Qué pasa?

—Cañones, señor. Venga.

Al coronel no hacía falta que se lo explicaran ni que lo guiaran. El frente del baluarte de Santa María era como una pantalla en la que se reflejaban las llamas y marcharon hacia ese lugar cuando, de repente, la metralla pasó silbando por la cuesta y abrió amplios huecos en la formación del batallón. Los hombres se reagruparon, continuaron marchando, más cerca del borde, y los artilleros rociaron el glacis con metralla y el coronel blandió su espada.

—¡Adelante!

Corrían sin ningún tipo de orden y se lanzaban al foso. El glacis estaba cubierto de cuerpos, retorcidos por nuevas explosiones de disparos, pero los hombres no dejaban de subir por la pendiente y se tiraban al interior del recipiente de fuego. Los hombres saltaban hacia los sacos de heno pero caían sobre los muertos o los heridos. Los vivos avanzaban a empellones hacia el portillo, intentando abrirse paso a arañazos hasta la piedra resquebrajada, y cada vez que lo intentaban los artilleros franceses, desde lo alto de las imponentes murallas, los repelían, de este modo, el fondo del foso era un mar de sangre. Sharpe observaba, espantado. Sus órdenes eran que tenían que regresar allí donde estaban esperando a las tropas de reserva, para guiar a más hombres que pudieran avanzar, pero ningún hombre necesitaba que lo guiaran aquella noche. Se quedó.

Ni un solo hombre había alcanzado todavía el portillo. El foso entre el glacis y el revellín estaba a reventar de hombres, sin orden ni concierto, una mezcla de la Cuarta División y de la División Ligera. Algunos se agazapaban buscando seguridad, pensaban que la sombra del revellín los protegería de los cañones que los arrasaban desde arriba. Pero allí no había seguridad. Los cañones tenían alcance a cada pulgada del foso, disparaban con dispersiones científicas, matando, matando y matando, pero de momento tan sólo disparaban allí donde los británicos se movían hacia los portillos, y en los espacios ante las grandes rampas de piedra se iban amontonando

los muertos. Los cañones disparaban botes de metralla, botes de latón que explotaban con el lanzamiento del cañón y despedían balas de mosquete. Otros cañones estaban cargados con metralla, municiones navales que tableteaban contra la pared del foso.

Pero no sólo eran los cañones. Los defensores también arrojaban desde las murallas cualquier cosa que pudiera matar. Piedras del tamaño de la cabeza de un hombre se estrellaban en el interior del foso; proyectiles con las mechas cortadas a un palmo encendidas a mano que caían burbujeando y lanzaban fragmentos al rojo vivo que segaban el fondo del foso, e incluso barriles de pólvora, con mecha y encendidos, que hacían rodar por la pendiente del portillo. Sharpe observó un barril que rebotando y tambaleándose, con la mecha roja que giraba locamente, saltó finalmente al interior del foso y explotó en la cara de una docena de fusileros que corrían hacia el portillo abierto en el baluarte Santa María. Tan sólo tres sobrevivieron, chillando desesperados; uno de ellos se alejó sin rumbo, insensible a cuanto ocurría, hacia los tablones que bloqueaban el camino hacia el nuevo portillo. Sharpe creyó oír sus gritos de moribundo entre el borbotear de las llamas, pero eran tantos los moribundos y tanto el ruido que no estaba seguro.

El zafarrancho que armaban los vivos del foso era tan impresionante, que de repente se convirtió en un desgarrador de rabia. Sharpe se giró hacia la derecha y vio que una ola de hombres, fusileros y casacas rojas, avanzaban a la carga. Refunfuñó. Se habían abierto camino por la cara inclinada del revellín, buscando con desesperación la victoria; aquel ataque incipiente se extendió por la superficie llana del baluarte sin dejar de correr, apuntando con las bayonetas hacia la nueva brecha. Los franceses estaban esperando. Encendieron los cañones que no habían sido disparados, la metralla surgió por tres lados y el ataque murió con una danza de horror en la que los hombres se veían azotados por vientos de hierro contrarios. Algunos sobrevivieron y continuaron corriendo, pero se encontraron con que el revellín iba a dar a otra pendiente pronunciada, dentro de otro foso antes de llegar al portillo y, al dudar, la infantería francesa les lanzó fuego de mosquete y lo único que quedó de ellos fueron sus cuerpos sobre la parte superior del revellín, unos cuerpos que al caer se convirtieron en manchas oscuras irreconocibles sobre la piedra.

Los cañones iban ganando la noche. El foso estaba bloqueado por el fuego. Los hombres no podían dirigirse ni a derecha ni a izquierda, a causa de los maderos en llamas que atascaban el foso principal a ambos lados de los dos baluartes; también los accesos a la tercera brecha se hallaban bloqueados. Los cuatro fuegos, alimentados con madera recién traída de las murallas, delimitaban el camino por donde podían pasar los británicos, un espacio terrible a causa del fuego de artillería. Sin embargo todavía más hombres lograban pasar al otro lado, apresurarse a bajar por las escalas como si las hordas que sobresalían en los bordes ofrecieran alguna seguridad. Nuevos grupos cargaban contra una brecha. El foso se iba llenando de hombres, cientos y

cientos de hombres, hombres que chillaban, que llevaban levantadas las bayonetas por encima de la aglomeración, pero la metralla los lamía y limpiaba el espacio de vivos y el espacio se volvía a llenar con hombres que iban caminando sobre los muertos. Los cañones volvían a eructar una y otra vez y los trocitos de metal convertían el foso en un osario. Aún seguían avanzando, con una valentía absurda, intentando alcanzar a un enemigo que no podían ni ver ni tocar. Morían entre maldiciones y luchaban por avanzar.

Iban en grupos pequeños, y Sharpe, agazapado en el glacis, vio que un oficial o un sargento los guiaba en el avance. La mayoría murieron en el foso, pero algunos, finalmente, alcanzaron la brecha y treparon hacia arriba. Sería una docena de hombres, pero a los pocos segundos, eran seis, y tres conseguían alcanzar la piedra y empezar a escalar mientras los hombres en el borde del glacis, junto a Sharpe, se arrodillaban y disparaban sus mosquetes hacia las murallas como si les pudieran despejar el camino a los hombres que trepaban. A Sharpe le parecía que los franceses estaban jugando con ellos. Algunas veces no disparaban sobre los grupitos desesperados aunque los cañones fueran despejando el acceso a la brecha, y él veía cómo luchaban por ascender, cada vez más arriba, hasta que, casi de forma casual, el enemigo los arrancaba de la piedra, los batía y una nueva oleada de sangre quedaba marcada en la brecha. Un hombre consiguió llegar al *Chevaux de Frise*, se arrastró con el mosquete en alto hasta la fila de sables, los desafió a gritos, y un soldado de infantería francés al que no había visto lo golpeó y cayó pendiente abajo retorciéndose como una muñeca de trapo. Los franceses se burlaron de él y le dispararon.

Sharpe fue hacia la derecha buscando a la Cuarta División y al South Essex, pero el foso era como un fregadero gigantesco lleno de muertos, de sombras extrañas que proyectaban los fuegos, y no podía adivinar los rostros entre la multitud agolpada que llenaba el espacio entre el revellín y el glacis. Unos se protegían tras los parapetos hechos con los muertos, otros cargaban torpemente los mosquetes y los disparaban inútilmente hacia la piedra elevada que los aplastaba con fuego. Corrió durante unos instantes por el borde del glacis, tropezaba con el firme irregular y oía los botes de metralla por encima de él, delante de él, pero no le alcanzaron. Había grupos de hombres en el borde del glacis, en su mayoría compañías ligeras que atacaban sin dejar de disparar, y vuelta a atacar sin dejar de disparar, con el deseo de que sus balas rebotaran desde una tronera y mataran a algún francés. Los botes de metralla los tiraban hacia atrás, cuesta abajo. Más allá, en la más completa oscuridad, más hombres esperaban las órdenes que habrían de llevarlos hacia la luz, hacia el foso, hacia los cientos de muertos. Sharpe no había visto nunca tantos muertos.

Estaba aún a cien pasos del baluarte Trinidad, y se dio cuenta de que ese portillo no iba mejor que el del baluarte de Santa María. El pie de la brecha que habían

abierto estaba manchado de cuerpos, en sus accesos no había vivos, aunque unos grupos de hombres salían de las sombras del revellín y desafiaban al enemigo mientras arañaban las piedras, pero los derribaban. Sonaron unas cornetas a la derecha, llegó a sus oídos el grito de los oficiales y los sargentos, ¡y allí estaba el South Essex! Los vio ascender por el glacis formando una columna y su compañía, la compañía de Rymer, bordeaba el foso y disparaba con sus mosquetes inútilmente contra la muralla mientras otros hombres se arrastraban hasta las escalas, se dejaban caer en los sacos de heno, con prisa desesperada. Los hombres se agrupaban en el borde del foso, los cañones martilleaban desde la muralla lanzando su aliento caliente sobre el glacis, y Sharpe vio que el batallón se estremecía como si estuviera herido, volvía a formar y se rompía bajo nuevos impactos. Pero ya estaban del otro lado arrastrándose por el foso. Vio a Windham, sin el sombrero de tres picos, que iba segando con su espada hacia la brecha y nuevos cañones disparando hasta que el ruido de la ciudad se convirtió en un trueno impresionante.

Morían a docenas, pero seguían avanzando hacia la brecha, y más hombres de otros regimientos iban saliendo del foso y lo intentaban, y empujaban, y luchaban y gateaban hacia arriba hasta que parecía que iban a ganar porque no había suficiente munición en el mundo para matar a tantos hombres. Los artilleros atacaban y disparaban, cargaban y disparaban, y los barriles de pólvora descendían a golpes por la pendiente, y lanzaban las bombas con las mechas encendidas para que las oscuras explosiones rajaran a los hombres y murieran. Los muertos sofocaban a los vivos, la brecha había ganado. Pocos hombres, muy pocos, que todavía seguían con vida, luchaban por ascender y se destrozaban las manos en los tablones llenos de clavos que había en la parte superior de la pendiente. Sharpe vio a Leroy con la espada desenvainada y su inconfundible cigarro entre los dientes, levantando la vista hacia la noche. Caminaba lentamente, y luego cayó, tambaleándose, hasta dar gritando dentro del foso. Otro hombre había alcanzado las puntas de las espadas, el mismísimo extremo superior, se agarró a ellas con las manos ensangrentadas, y sacudió las manos, se estremeció, acribillado con una docena de balas. El hombre que había llegado más arriba, que había muerto en el baluarte Trinidad, fue deslizándose hacia abajo mientras dejaba un reguero de sangre en la piedra, hasta que lo recogieron.

Los supervivientes estaban detrás del revellín, excavaban entre los muertos y los franceses se burlaban de ellos.

—Venid a Badajoz, ingleses.

Sharpe no iba con ellos. Se arrodilló, disparó una vez a la muralla y observó el exterminio del batallón; Collett, Jack Collett, con el cuello cortado por una descarga, incluso Sterritt, el pobre y preocupado Sterritt, un héroe ahora, muerto en el foso de Badajoz.

—¿Señor? —Era una voz extrañamente tranquila en una tormenta de ruido y caos

—. ¿Señor?

Levantó la vista. Daniel Hagman, extraño con una casaca roja, estaba allí. Se puso de pie.

—¿Daniel?

—Es mejor que venga, señor.

Se dirigió hacia la compañía ligera que ahora tenía cerca de él, quieta en el glacis, y miró al foso donde los hombres se ahogaban en el agua profunda. Sus cuerpos como jorobas oscuras partían las ondas formando dibujos rojos y negros. Los cañones estaban en silencio ahora, reservaban su ira para los tontos que saldrían de detrás del revellín. Las brechas estaban vacías de todo menos de muertos. Los fuegos crujían, ávidos de madera que les lanzaban desde las murallas, y un ejército moría entre sus llamas.

—¿Señor? —El teniente Price, con mirada dura por el horror, corrió hacia Sharpe

—. ¡Señor!

—¿Qué?

—Su compañía, señor.

—¿Mía?

Price le señaló. Rymer estaba muerto, tenía una pequeña herida, una herida insignificante, un punto rojo en su pálida frente. Yacía de espaldas sobre la pendiente, con los brazos abiertos, con la mirada vacía. Sharpe se estremeció al recordar cuánto había querido él esta compañía, y luego esta muerte y ahora se la daban a él.

Tan fácil. Ya estaba todo. Gracias al horror, al fuego destructor y al hierro que sofocaban el ángulo sudeste de Badajoz, la muerte le había devuelto lo que una vez había sido suyo. Podía quedarse en el glacis, disparando a la noche y manteniéndose a salvo de la carnicería; un capitán otra vez, la compañía suya, los hombres hablarían de él como un héroe porque había sobrevivido a Badajoz.

Una bala de mosquete le pasó rozando por la cabeza, hizo que se echara instintivamente hacia atrás, y allí estaba Harper, sin la casaca roja, un gigante con una camisa manchada de sangre, y su cara irlandesa endurecida como la piedra.

—¿Qué hacemos, señor?

¿Hacer? Tan sólo se podía hacer una cosa. Un hombre no penetraba en una brecha para luchar por una compañía, ni siquiera por un ascenso a capitán. Sharpe miró al otro lado del foso, por encima del revellín y, sin que la hubiera tocado la sangre, estaba la tercera brecha, la brecha nueva, la que no se había atacado. Un hombre penetraba el primero en una brecha por orgullo, nada más, tan sólo por orgullo. Una razón pobre, mezquina incluso, pero suficiente tal vez, para ganar una ciudad.

Levantó la vista hacia Harper.

—Sargento, ¡vamos a Badajoz!

Capítulo 25

El capitán Robert Knowles cruzó el puente que había junto a un molino en ruinas y se sorprendió de la placidez de la noche. El río Rivillas susurraba en el dique; delante, el inmenso castillo le ocultaba el cielo y en la oscuridad le pareció imposible que los hombres se atrevieran a escalar aquel baluarte gigantesco. El viento movía las primeras hojas de los árboles que crecían precariamente sobre la empinada loma que conducía al castillo. Detrás de Knowles venía su compañía, acarreaban dos escalas y se detuvieron al pie de la pendiente. Su excitación se había desvanecido, y echaron una mirada hacia arriba a las murallas amenazantes.

—¡Tremendas! —exclamó alguien desde la retaguardia.

—¡Silencio!

El oficial de ingenieros que guiaba el batallón estaba nervioso, cosa que despertó la inquietud y la preocupación de Knowles.

—¿Qué pasa?

—Estamos todavía muy lejos. Tenemos que ir hacia la derecha.

No podían ir hacia la derecha. Había demasiadas tropas que se agolpaban en la falda de la loma y causaría un tremendo caos que los batallones intentaran volver a alinearse en la oscuridad. Knowles sacudió la cabeza, irritado.

—No podemos. ¿Qué problema hay?

—Ése —dijo el ingeniero señalando hacia su izquierda.

Una sombra inmensa surgía de la oscura roca, encima de ellos, una sombra con perfil almenado. El baluarte de San Pedro. El coronel de Knowles apareció junto a él.

—¿Qué pasa?

Knowles señaló el baluarte, pero el coronel lo descartó.

—Hemos de hacer lo que se pueda. ¿Está de acuerdo, Robert?

—Sí, señor.

El coronel se volvió hacia la compañía ligera y levantó un poco la voz, algo más que un susurro.

—¡Que disfruten, muchachos!

Se oyó un gruñido procedente de la tropa. Les habían dicho que ese ataque era una simple diversión, que no se pretendía que lo consiguieran, pero luego el general Picton había maldecido a Wellington y le había dicho que la Tercera División no realizaba ataques simulados. La Tercera División llegaría hasta el final o no lo intentaría; los hombres estaban decididos a probar que Picton tenía razón. Knowles, por primera vez, tenía sus dudas. Habían de escalar unos cien pies de roca viva y luego colocar las escalas contra una muralla que debía medir unos cuarenta pies de altura, y todo ello a merced del fuego de los cañones de los defensores. Se dejó de dudas, intentaba, como siempre, emular a Sharpe pero le resultaba difícil sentir

confianza ante la majestuosidad del castillo. Sus preocupaciones se vieron interrumpidas por unos pasos apresurados; era uno de los ayudantes de Picton que buscaba al coronel.

—¡Aquí!

—¡Vaya, señor! El general les desea que Dios les ampare.

—Preferiría que me deseara una de sus cajas de clarete —dijo el coronel dándole un golpe a Knowles en el hombro—. ¡En marcha!

Knowles no podía desenvainar el sable. Necesitaba de ambas manos para aferrarse a la colina rocosa, para impulsarse mientras sus pies buscaban con desespero puntos de apoyo. Le pesaba su rango de capitán. Se apresuró, quería estar a la cabeza de sus hombres porque sabía que Sharpe lo haría, y mientras iba escalando se imaginaba las primeras balas de mosquete que caerían en picado y le machacarían el cráneo. Le parecía que sus hombres hacían mucho ruido. Las escalas rozaban la piedra, los troncos de árbol; las culatas de los mosquetes golpeaban la piedra, los pies resonaban sobre las piedras, pero el castillo seguía allí en silencio, proyectando la gran sombra que no aliviaban las llamas de los cañones. Knowles se encontró pensando en Teresa, dentro de la ciudad, y deseó, a pesar de las altas murallas, poder llegar el primero a ella. Quería hacer algo por Sharpe.

—¡Más rápido! —era el grito de uno de sus sargentos, y Knowles echó la cabeza hacia atrás de un golpe y miró hacia arriba.

Allí arriba, encima de él, caía y caía la primera bomba incendiaria. El fuego rugía en las alturas; se tambaleaba de un extremo a otro, echando chispas, y observó fascinado que se zambullía en un arbusto espinoso que crecía allí al lado. El arbolillo ardió en llamas y los primeros mosquetes dispararon desde la muralla del castillo. Parecía que estaban lejos.

—¡Venga!

Cayeron más bolas de fuego y más bombas desde las defensas; algunos se metieron en el estrecho espacio junto al pie de la muralla, otros cayeron formando un amasijo de jirones de fuego por la pendiente rocosa y se llevaron a otros hombres por delante, que chillaban cuando las llamas los alcanzaban. Pero Knowles siguió escalando, sus hombres lo apremiaban.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Un cañón escupió su carga desde el baluarte de San Pedro y el bote de metralla azotó los árboles y chasqueó contra la piedra. Se oyó un grito detrás de él, un grito desesperado, y entendió que un hombre se había caído, pero no había tiempo para preocuparse de las bajas, tan sólo de trepar hacia arriba, lo cual resultaba más fácil a medida que se acercaban a la parte superior. Knowles sintió la excitación de la batalla que le llevaría por entre el fuego hacia la acción.

—¡Adelante! —El coronel, sorprendentemente ágil para su edad, lo adelantó y

llegó el primero al espacio que había al pie de la muralla. Se inclinó y ayudó a Knowles a subir—. ¡Cojan las escalas!

Las balas de mosquete pasaban silbando, bien es verdad que los defensores disparaban torpemente; tenían que asomarse entre las almenas y disparar directamente hacia abajo, casi al azar, hacia la luz resplandeciente al pie de la muralla. Los cañones eran bastante más peligrosos, disparaban desde el baluarte de San Pedro y desde otro más pequeño situado a la derecha de Knowles, un baluarte que sobresalía de la muralla del castillo. Los botes de metralla arañaban el muro, presagiando la muerte de los hombres en las escalas, pero ése era un peligro que no se había de tener en cuenta.

—¡Aquí!

La primera escala apareció por encima de la pendiente rocosa y Knowles corrió hacia ella, para arrimarla a la muralla; había más hombres que la manipulaban, que la balanceaban hacia arriba, hasta que se apoyó en el muro almenado. El coronel les hizo señas con la mano de que avanzaran.

—¡Buenos chicos! ¡El primero que pase al otro lado tendrá a la mejor puta de Badajoz!

Ellos vitorearon y el coronel se desplomó, alcanzado por una bala disparada desde arriba, pero ellos apenas se dieron cuenta.

—¡Yo primero! ¡Yo primero!

Knowles se abrió camino a empujones, como un chiquillo excitado. Sabía que Sharpe iría a la cabeza, y él también, y trepó por los travesaños, pensando en lo tonto que era, pero sus piernas lo impulsaban automáticamente y le vino a la cabeza, con repentino horror, que ni siquiera había desenvainado el sable. Miró hacia arriba, vio los brazos de los defensores que empujaban la escala y empezó a caer de lado. Gritó para avisarlos, se soltó, y cayó entre un puñado de hombres. Milagrosamente ni una de las bayonetas lo tocó. Se puso en pie.

—¿Está herido, señor? —le preguntó un sargento que lo miraba con preocupación.

—¡No! ¡Levántela!

La escala no estaba rota. Otro bote de metralla se estrelló contra la pared, los hombres volvieron a levantar la escala y esta vez Knowles no estaba lo bastante cerca para ser el primero y observó cómo sus hombres iban subiendo. Al primero le dispararon desde arriba, el segundo lo apartó de su camino, otros venían empujando detrás, pero entonces toda la escala con su cargamento humano se desintegró y se convirtió en un amasijo de astillas y carne. La causa fue un barril de metralla, disparado desde el baluarte de San Pedro, que dio de lleno en el blanco. Lanzaban piedras desde los parapetos del castillo que se estrellaban contra los montones de hombres y rebotaban en el frente rocoso. De repente pareció que la compañía de

Knowles se quedaba reducida a la mitad, él sintió las frustraciones de la derrota y buscó frenéticamente con la mirada la segunda escala. Se había ido pendiente abajo, y oyó unas voces que le gritaban: «¡Atrás! ¡Atrás!». Reconoció la voz de su comandante, le vio la cara, saltó hacia las sombras y dejó atrás las escalas rotas y los cuerpos del primer ataque bajo los gritos triunfantes del enemigo.

—¿Alguna noticia del castillo?

—No, señor.

Los generales se ponían nerviosos. Frente a ellos el ángulo sudeste de Badajoz vacilaba con la luz de un fuego brillante. Los dos baluartes, con la cicatriz de las brechas sin conquistar, enmarcaban las llamas, las alimentaban, mientras el humo de color escarlata rompía la noche. Hacia la derecha, y aparentemente a distancia, más fuego resplandecía sobre el castillo que se veía perfilado. Wellington, con capa y guantes, tiró nervioso de las riendas.

—Picton no lo conseguirá. No podrá.

Un ayuda de campo se inclinó hacia él.

—¿Señor?

—Nada, nada.

Estaba irritable, se sentía impotente. Sabía lo que estaba sucediendo en el gran pozo de fuego que tenía delante. Sus hombres marchaban en dirección a él y no podían salir hacia el otro lado. Estaba aterrado. Las murallas eran tres veces mayores que las de Ciudad Rodrigo, la lucha muchísimo peor, pero había de hacerse con la ciudad. Kemmis, de la Cuarta División, se abrió paso hasta él.

—¿Señor?

—¿General?

—¿Enviamos refuerzos, señor? —Kemmis no llevaba sombrero, tenía la cara manchada de polvo como si hubiera estado disparando con un mosquete—. ¿Enviamos más hombres?

Wellington odiaba asaltar una ciudad. Sabía tener paciencia cuando era necesario, cuando se trataba de incitar al enemigo hacia una trampa, pero un asalto no era eso. Inevitablemente, ese momento había de llegar, el momento en que las tropas reciben la orden de penetrar por un punto, pequeño, mortal, y no había otra escapatoria a menos que el enemigo se rindiera por falta de alimentos; no había tiempo para eso. Tenía que hacerse con la ciudad.

—¡Sharpe!

Durante un segundo el general tuvo la tentación de maldecir a Sharpe; él le había asegurado que las brechas eran practicables. Pero Wellington lo dejó correr. El fusilero había dicho lo que Wellington quería que dijera y, aunque no lo hubiera hecho, Wellington hubiera enviado sus tropas igualmente. ¡Sharpe! Si Wellington tuviera mil como Sharpe la ciudad sería suya. Escuchaba tristemente el zafarrancho

de la batalla. Los gritos de júbilo de los franceses se oían a distancia y entendió que estaban venciendo. Podía retirarse ahora y dejar que se retirara a los muertos y a los heridos, después de que levantara la bandera blanca y pidiera una tregua, o podía enviar a más hombres con la esperanza de darle un giro a la batalla. ¡Tenía que hacerse con la ciudad! Si no era así no podrían marchar sobre España este verano, no habría avance hacia los Pirineos, y le otorgarían a Napoleón otro año de poder.

—¡Envíelos!

Pensó que había que alimentar a la bestia que estaba triturando su ejército, su distinguido ejército; había que alimentar al monstruo hasta que se rindiera. Podía recomponer los batallones destrozados, vendrían refuerzos, pero sin Badajoz no habría victoria. ¡Malditos ingenieros! Había mineros en Gran Bretaña. A cientos tan sólo en Cornualles, pero ninguno en el ejército, no había un cuerpo de zapadores que hubiera podido poner minas bajo los baluartes, llenar los huecos con pólvora y enviar a los franceses al otro barrio. Se preguntó si tenía que haber masacrado la guarnición de Ciudad Rodrigo, si tenía que haberlos hecho alinearse de diez en diez y dispararles, luego dejar que los cuerpos se pudrieran en el foso de la ciudad para que cualquier francés que decidiera dar una batalla en otra brecha tan sólo pudiera esperar la terrible venganza de los ingleses. No podía haberlo ordenado, tampoco lo haría esta noche si ganaban. Sí.

Se volvió irritado hacia sus ayudantes de campo. Tenía cara larga y ensombrecida por la linterna que tenía lord March en la mano.

—¿Hay noticias del Quinto?

La voz que respondió era débil, ansiosa por no engrosar las malas noticias.

—Deberían estar atacando ahora, señor, el general Leith envía disculpas.

—Malditas sean sus disculpas. ¿Por qué no puede ser puntual?

Su caballo se espantó, sorprendido por una bala de mosquete perdida, y el general lo calmó. No podía esperar nada de las escaladas. Leith iba con retraso y la guarnición del San Vicente estaría alertada. Picton soñaba con imposibles si creía que podía colocar las largas escalas contra los muros del castillo. Sabía que la victoria habría de forjarse aquí, en el ángulo sudeste, donde las llamas y el humo se revolvían sobre el foso fantasmal. A lo lejos, como un recordatorio de otro mundo que resonaba en las profundidades del infierno, la campana de la catedral dio las once. Wellington levantó la vista en la oscuridad y luego la volvió a dirigir hacia las llamas.

—Una hora más, caballeros, una hora más.

«¿Y luego qué? —se preguntó—. ¿La derrota? El infierno no es lugar para milagros.» En las murallas los artilleros franceses moderaban los disparos. Habían sofocado el foso con la muerte y ahora escuchaban los gritos y los gemidos que provenían de lo más profundo. Parecía que los ataques se habían parado, en vista de lo cual los artilleros se relajaron, se remojaron las caras con agua de los cubos que

usaban para mojar las esponjas, y observaron que les traían nuevas municiones por la rampa. No esperaban que los británicos realizaran nuevas tentativas de asalto. Unos pocos hombres habían escalado por las brechas, uno incluso había quedado empalado en los sables, pero el esfuerzo resultaba inútil. ¡Pobres tontos! Ya no tenía gracia insultarles a gritos. Un sargento, de piel curtida y dura, estaba apoyado en la rueda de un cañón y se echó hacia atrás.

—¡Cielos! Ojalá dejaran de gritar.

Algunos habían encendido a escondidas sendos cigarros y los escondían de los oficiales reclinándose en las gualderas de los cañones. Un hombre se deslizó, y pasó por delante del cañón, hasta que pudo asomarse hacia el foso. El sargento lo llamó:

—¡Vuelva! Esos fusileros cabrones le van a dar.

El hombre se quedó. Se asomó abajo, bien abajo, hacia el angustioso horror del foso. Se echó hacia atrás.

—¡Si entran nos masacran!

El sargento se echó a reír.

—No entrarán, muchacho, no tienen una sola posibilidad. Dentro de dos horas estarás arropadito en la cama con esa cosa desagradable que llamas mujer.

—Está celoso, sargento.

—¿Yo? Prefiero ir a la cama con esto. —El sargento le dio una palmada al barril. La «N» envuelta en laureles, el símbolo de Napoleón, estaba al rojo—. Ahora vuelve aquí, muchacho, retira ese maldito cigarro y date prisa. Tal vez te necesite, Dios nos libre.

Un aviso del punto de observación.

—¡Preparados!

El sargento suspiró y se puso de pie. Otro grupito de británicos, idiotas por más señas, corría hacia la brecha del baluarte Santa María cuyo acceso cubría un cañón. Los vio bajar, los vio resbalar en la sangre, los vio tropezar en las piedras, los tenía en su zona de tiro. Se puso a un lado, cogió la mecha y los hombres con casacas verdes quedaron destrozados. Era fácil. El sargento dio unas órdenes para que recargaran, oyó el siseo de las esponjas que enfriaban el ánimo, y se alegró de estar en Badajoz esa noche. Los franceses habían empezado a temer a ese lord Wellington, lo habían convertido en el hombre del saco que les quitaba el sueño, y resultaba grato demostrar que el lord inglés podía ser vencido. El sargento sonrió con ironía cuando los pedazos de metralla envueltos en lona se introducían en el interior del cañón. Esa noche Wellington conocería la derrota, la derrota total, y todo el Imperio se regocijaría. Esa noche era para Francia, sólo para Francia, y las esperanzas británicas quedarían enterradas allí donde debían estar; en el foso donde yacían tantos muertos.

Capítulo 26

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Se dirigían a la derecha, alejándose del baluarte de San Pedro, se abrían camino por la cara escarpada de la loma hasta doblar una esquina y así se pudieron proteger de la metralla. El primer ataque lo rechazaron de una forma horrible, pero la Tercera División lo volvería a intentar. Se oían gritos de furia en la brecha principal, a lo lejos, y en las aguas quietas del embalse se reflejaba el borroso reflejo de los fuegos que consumían a la Cuarta División y a la División Ligera. Knowles sentía que una cierta locura batía sus oscuras alas en el ambiente contra una ciudad y que esa locura causaría una noche de muerte y de esfuerzo demencial.

—¡Compañía ligera! ¡Compañía ligera!

—Aquí, señor.

Un viejo sargento sostenía a su capitán y detrás un teniente al frente de una docena de hombres.

«¡Dios mío! —pensó Knowles—, ¿esto es todo lo que queda?» Pero vio a unos cuantos hombres más que tiraban de la incómoda escala. Otro sargento le sonrió.

—¿Lo volvemos a intentar, señor?

—Esperen el toque de las cornetas.

Sabía que no tenía ningún sentido realizar un ataque disperso, pues permitiría que los defensores los fueran matando uno a uno. Toda la división había de ir junta.

Knowles se sintió bien de repente. Una intuición le iba rondando por la cabeza, que ahora había conseguido concretar. El fuego de mosquete abierto desde el parapeto era ligero. La metralla lo había confundido, pero ahora, reconsiderando el caos del primer ataque con la escala destrozada, recordaba que eran pocos los destellos de mosquete que se habían visto en las murallas. Los franceses debían de haber dejado una guarnición muy reducida. ¡Eso le dio confianza! Lo conseguirían. Les sonrió a sus hombres, les dio unas palmadas en la espalda, y ellos se alegraron de verlo tan seguro. Intentaba pensar en cómo lo haría Sharpe. El peligro no eran los mosquetes, el peligro provenía de que los defensores volcaran las largas y desvencijadas escalas. Mandó a una docena de hombres al mando de un teniente que se retiraran y les ordenó que no intentaran subir por la escala. Esta vez dispararían contra el extremo superior de la escala para limpiar el parapeto de defensores, y sólo cuando estuviera despejado intentaría llevar a sus hombres al otro lado del muro almenado.

—¿Entendido?

Ellos le sonrieron asintiendo con la cabeza, a lo que él les respondió con otra sonrisa y desenvainando el sable.

El sargento se echó a reír.

—Pensaba que se iba a volver a olvidar de él, capitán.

Se echó a reír, gozoso, y se alegró de que la oscuridad ocultara su sonrojo, pero eran buenos hombres sus hombres. De repente entendió algo que no había entendido nunca anteriormente, ese algo era el mismo sentimiento de pérdida que Sharpe había padecido. Knowles no sabía cómo iba a subir por la escala con la espada desenvainada, y se convenció de que tendría que ponerse la hoja entre los dientes. ¡Se le caería! Estaba nervioso, pero entonces, en lugar de cornetas, se oyeron gritos y pasos de gente que se arrastraba. Había llegado el momento.

Los supervivientes de la Tercera División surgieron de entre la oscuridad. Las bombas incendiarias iban cayendo desde arriba y el cañón que había en el pequeño baluarte del castillo deshizo el ataque, pero ellos no se echaron atrás, los desafiaron hasta que las escalas tambaleándose en las curvas torpemente dieron un porrazo contra el muro del castillo.

—¡Arriba!

Se apretó la hoja entre los dientes y se agarró a los travesaños. Las balas de mosquete silbaban cerca, y luego oyó que los suyos disparaban con sus armas, que el teniente daba órdenes, y que él iba escalando. Los enormes e irregulares bloques de granito pasaban delante de él, y él subía a gatas, lleno de temor, concentrándose en mantener el sable entre los dientes. Le dolían las mandíbulas. Era una tontería preocuparse de eso, porque ya se acercaba a lo alto y le entraban ganas de reír, pero al mismo tiempo tenía miedo, mucho miedo, cuando de pronto notó que rozaba el granito con los nudillos, pensó que el enemigo estaría esperándole cuando la escala inclinada lo acercase a la pared. Se quitó el sable de la boca.

—¡No disparen! —El teniente miró fijamente a lo alto y aguantó la respiración.

Knowles tuvo que valerse del puño que envolvía la empuñadura del sable para apoyarse y ayudarse a subir los últimos travesaños. Le resultaba más fácil que escalar con la hoja entre los dientes. De repente se sintió como un tonto, como si alguien se hubiera reído de él por subir una escala con el sable en la boca, y se preguntó por qué la mente escoge pensamientos tan irrelevantes y estúpidos en tales circunstancias. Se oían los disparos de los cañones, los gritos, el choque contra el muro de otra escala. El hombre que tenía detrás lo empujó. ¡La cima! Era el momento de la muerte. El miedo lo agarrotaba, pero avanzó hasta el extremo superior y vio una bayoneta que venía hacia él. Se desvió a un lado; al tambalearse en la escala, sacudió el brazo derecho buscando equilibrio, y con sorpresa vio que el sable que llevaba le partía la cabeza al enemigo. Una mano lo estiró desde atrás, pero sus pies seguían subiendo travesaños, ¡pero ya se había acabado la escala! Cayó hacia adelante sobre el cuerpo del muerto. Viró hacia él otro enemigo, y no le quedó más remedio que echarse a rodar y retorcerse. ¡Ya estaba allí! ¡Estaba en las murallas! Un lamento le agarrotó la garganta, pero él no lo oía, era como un sonido de miedo insensato. Se lanzó con el

sable hacia las ingles del hombre, y un grito se elevó en la noche, la sangre le latía en las muñecas, y el segundo hombre estaba junto a él.

¡Lo habían conseguido! ¡Lo habían conseguido! Los hombres subían y subían por la escala, y él, pletórico de alegría, estaba de pie, con la espada ensangrentada hasta la empuñadura, y el enemigo corriendo hacia ellos con los mosquetes preparados, pero había vencido el miedo. Había algo extraño en los uniformes de los franceses. No eran azules y blancos. Knowles vislumbró vueltas rojas y amarillas, pero ya estaba saltando hacia adelante, recordando que Sharpe siempre atacaba. El sable apartó la bayoneta a un lado, levantó más el brazo y hundió la hoja en la garganta del hombre.

—¡Compañía ligera! ¡Compañía ligera!

Una descarga de mosquete fue a estrellarse en el parapeto, pero él seguía con vida y sus hombres se iban reuniendo a su alrededor. Oyó que el enemigo gritaba órdenes. ¡Aleman! ¡Eran alemanes! Si eran la mitad de buenos que los numerosos alemanes que luchaban con Wellington estaban perdidos, pero no sentía miedo, tan sólo la victoria. Guió a sus hombres por la muralla con las bayonetas caladas. Los enemigos eran pocos aunque les excedían en número, y cada vara de muralla que los de Knowles despejaban era una vara por la que las escalas podían subir sin apuros. El parapeto del castillo se fue llenando de uniformes rojos.

Los alemanes eran duros de pelar. Defendían cada ventana, cada escalera, pero no tenían nada que hacer. El castillo estaba despojado de tropas, tan sólo habían dejado un pequeño batallón que luchaba con ahínco. Cada minuto que ganaban en las almenas era un minuto que ganaban para que llegaran las reservas centrales al castillo, así que seguían luchando sin tener en cuenta sus posibilidades, y con un grito caían uno tras otro de los parapetos, derrotados por los casacas rojas, hasta que la muralla se perdió definitivamente.

Knowles sintió un gran alivio. Habían conseguido la victoria que parecía increíble. ¡Habían escalado una colina rocosa y un castillo y habían vencido! Les dio golpes a sus hombres en la espalda, los abrazó, rió con ellos, les perdonó sus crímenes, porque lo habían conseguido. No importaba que todavía hubiera que evacuar las amplias construcciones del castillo, los patios oscuros y traicioneros, porque nadie podría quitarlos ya de las almenas de los muros. Los británicos se habían hecho con el punto más elevado de la ciudad y desde allí podían luchar colina abajo por las calles hasta la brecha principal. Knowles se dio cuenta de que llegaría el primero a juntarse con Teresa y que en algún momento de la noche vería la gratitud en el rostro de Sharpe. Lo había conseguido. Lo habían conseguido. Por primera vez durante aquella noche eran los gritos victoriosos de los británicos los que sorprendieron a la noche en Badajoz.

Pero los gritos de alegría no se oían desde las brechas abiertas en la muralla. El castillo quedaba a buena distancia, al menos a media legua, y había que bordear las

aguas estancadas, y aún tardarían unos minutos en despachar al mensajero. Picton esperaba. Había oído la campana dar las once cuando vio que los primeros de sus magníficos hombres cruzaban el parapeto. El esperaba; en los ruidos de la batalla sabría si habían vencido o los estaban haciendo picadillo en los patios del castillo. Oyó los vítores, se puso en pie sobre los estribos y rugió, luego se giró hacia el ayudante de campo.

—¡Cabalgue, hombre, cabalgue!

Se volvió hacia otro oficial del Estado Mayor y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—¡Hemos demostrado que se equivocaba! ¡Malditos sus ojos! ¡Lo hemos conseguido!

Se rió entre dientes pensando en la reacción de Wellington cuando le llegara la noticia a medianoche.

La rabia podía hacer que un hombre atravesara una brecha, pero una pequeña idea podía servir de ayuda. Lo que tenía Sharpe no era siquiera una idea, inútil incluso, que mereciera que se considerara desesperada, pero era lo único que Sharpe tenía, así que miró fijamente el revellín que se extendía tan tentador hacia la tercera brecha, todavía intacta. No tenía ningún sentido intentar enfrentarse a la metralla atravesando la superficie plana con forma de diamante. A cualquier hombre que lo intentara lo despedazarían de un golpe, convirtiéndolo en carne despreciada para el fuego de los defensores. Sin embargo, la tercera brecha era la más reciente y los franceses habían tenido poco tiempo para ponerle trampas. Sharpe echó de ver, por entre el humo que se cernía sobre ellos, que el *Chevaux de Frise* que había en la cima de la nueva brecha era demasiado corto. Había un hueco a mano derecha, un hueco por el que tres hombres podrían pasar de frente, y el único problema era llegar hasta él. No había acceso al foso. Las llamas seguían lamiendo los muros con violencia, todo al rojo vivo, y el único camino era a través del revellín. Tenían que escalarlo, atreverse con la parte superior y saltar dentro del foso, y eso había que hacerlo en el borde del revellín, cerca de las llamas, allí donde la forma de diamante se estrechaba, pero el trayecto fatal era corto.

No tenía derecho a llevarse a la compañía a esa excursión. Eso era como un destacamento suicida, nacido de la desesperación y alimentado por el orgullo. Eso había de ser para los voluntarios, para los tontos. Sabía que tampoco había de ir él, pero no quería esperar a que muriera alguien para ocupar su sitio. El había esperado, dejando que la violencia del último ataque se agotara en el foso, y ahora había una especie de tregua ante las brechas. Mientras los británicos estuvieran callados, inofensivos detrás del revellín, los artilleros los dejarían estar. Sólo cuando los hombres penetraban en la luz, hacia las brechas, los cañones escupían la metralla que iba dibujando líneas de fuego en el fondo del foso. Atrás en la oscuridad, en el glacis,

Sharpe oía que daban órdenes. Otro ataque se acercaba, las últimas reservas de la división iban a alimentar el foso, y ése era el momento, el momento desesperado, en que la débil idea, basada tan sólo en que la anchura del revellín se estrechaba, había que ponerla en práctica. Se volvió hacia sus hombres y desenvainó la espada, la hoja de acero brillaba como una línea en la oscuridad de la noche, y el acero siseó cuando lo blandió en dirección al fuego.

—Voy allá. Hay un ataque más, tan sólo uno, y luego se acabó. Nadie ha tocado esa brecha central, y allí es donde voy. Por encima del revellín, bajando al foso; probablemente me romperé las malditas piernas porque no hay escalas ni sacas de heno, pero allí es donde voy. —Tenían las caras pálidas, lo miraban fijamente mientras se ponían de cuclillas en la pendiente—. Voy porque los franceses se están riendo de nosotros, porque se creen que nos han vencido; voy a machacar a esos cabrones por pensar eso. —No se había dado cuenta de toda la ira que llevaba dentro. Él no era persona de discursos, nunca lo había sido, pero la rabia le proporcionaba las palabras—. Voy a hacer que esos cabrones deseen no haber nacido. Van a morir. Yo no les puedo pedir a ustedes que vengan conmigo, porque no tienen por qué venir, pero yo voy; ustedes se pueden quedar aquí, no les culparé. —Se detuvo al quedarse sin palabras, sin estar seguro siquiera de lo que había dicho. El fuego de todas las fogatas crepitaba detrás de él.

Patrick Harper se puso de pie y estiró sus enormes brazos, en uno llevaba un hacha, en cuya hoja se reflejaban los mortales fuegos, una de las muchas hachas que se habían distribuido para cortar los obstáculos del foso. Dio un paso al frente, pasando por encima de los cadáveres y se volvió para mirar a la compañía. A la luz de las llamas, intensa junto al foso, Patrick Harper parecía un guerrero de otros tiempos. Le sonrió a la compañía.

—¿Van a venir?

No había nada que les obligara a ir. Sharpe les había pedido imposibles demasiadas veces y siempre habían respondido, pero nunca en un horror como aquel, nunca como eso, pero se pusieron de pie, los chulos y los ladrones, los asesinos y los borrachos, y le sonrieron burlescamente a Sharpe y se miraron sus armas. Harper miró a su capitán.

—Ha sido un buen discurso, señor, pero el mío ha sido mejor. ¿Me va a dar eso? —preguntó señalando el mosquete de avispa de siete cañones.

Sharpe asintió con la cabeza y se lo entregó.

—Está cargado.

Daniel Hagman, el cazador furtivo, cogió el mosquete de Sharpe. No había hombre con mejor puntería. El teniente Price dobló el sable y sonrió a Sharpe.

—Creo que estoy loco, señor.

—Se puede quedar.

—¿Y dejar que usted llegue el primero a las mujeres? Estoy decidido a ir.

Roach y Peters, Jenkins, Clayton y Cresacre, el que pegaba a su mujer, todos estaban allí, todos sentían una alegría contagiosa. Éste era el lugar adecuado para volverse loco. Sharpe los miró, los contó, los amaba.

—¿Dónde está Hakeswill?

—Se ha largado, señor. No le hemos visto —contestó Peters, un hombre de elevada estatura, y luego escupió sobre el glacis.

Debajo de ellos el último batallón subía la misma pendiente y Sharpe se dio cuenta de que la compañía había de atacar al mismo tiempo.

—¿Listos?

—Señor.

A menos de media legua de distancia, sin que lo supiera el resto del ejército, la Tercera División estaba desalojando el último patio del castillo. Habían tardado cerca de una hora en lograrlo, una hora de lucha feroz contra los alemanes y contra los franceses que habían subido desde la reserva central en la plaza de la catedral. A media legua en el otro lado e igualmente pasando desapercibida, la Quinta División de Leith había asaltado el baluarte San Vicente. Las escalas se habían partido porque estaban hechas con madera verde, y los hombres cayeron dentro de un foso. Pero trajeron otras escalas, y con fusiles machacaron las almenas y consiguieron una segunda victoria que parecía imposible. Badajoz había caído. Los de la Quinta División estaban en las calles de la ciudad, la tercera se había adueñado del castillo, pero los hombres que estaban en el foso y en el oscuro glacis no tenían manera de saberlo. Las noticias iban más deprisa dentro de la ciudad. Los rumores de derrota corrían como la pólvora por las estrechas calles, subían hacia el baluarte de Santa María y el de Trinidad. Los defensores miraban con ojos espantados detrás de ellos. La ciudad estaba a oscuras, la silueta del castillo estaba igual, y ellos se encogían de hombros diciéndose que no podía ser cierto. ¿Pero y si lo era? El miedo se abatía sobre ellos con sus enormes alas.

—¡Preparados!

¡Por Dios! Otro ataque. Los defensores dieron la espalda a la ciudad y miraron por encima de las murallas. Allí, surgiendo de la oscuridad, surgiendo de la pendiente llena de cadáveres, nacía otro ataque hacia el foso. Más carne para los cañones; el fuego destellaba en el tubo de cebar, el humo surgió de golpe, y la cortadora se puso en marcha.

Sharpe esperaba el primer cañón, lo oyó y empezó a correr. Hacia Badajoz.

Capítulo 27

En lo alto de la muralla desaparecieron envueltos en humo. Las llamas la atravesaban como lanzas, y él saltó con la espada desenvainada mientras los hombres que había en el foso les gritaban.

—¡Abajo! ¡Abajo!

Él no había contado con esto. El foso estaba lleno de vivos, de moribundos y de muertos, y los vivos lo agarraban.

—¡Abajo! ¡Nos matarán!

Se había dejado caer sobre los cuerpos, pero se puso en pie y oyó que sus hombres andaban pesadamente a su alrededor. Había como pequeñas fortalezas en el foso, cuerpos amontonados que protegían de la metralla a los hombres que a su vez se agazapaban sobre otros cadáveres. Las balas penetraban vacilantes en la sombra del revellín, los heridos tiraban de él. Sharpe blandió la espada hacia adelante, abriéndose camino. Les iba chillando, «¡dejen paso!». Los muertos no podían moverse, él iba avanzando por entre los cuerpos, resbalaba en la sangre, y a su derecha, junto al baluarte Trinidad, los artilleros destrozaban el último ataque.

Había manos que se asían con avidez a Sharpe, que intentaban tirarlo, y fuera ya de la oscuridad vio una bayoneta que habían lanzado contra él. Detrás, Harper iba gritando en su lengua a los irlandeses. Un hombre se levantó en frente de Sharpe, se agarró a él y Sharpe lo golpeó con la empuñadura de la espada. Delante estaba la cara inclinada del revellín con la luz brillante por encima de él; los cañones estaban esperando. Sharpe sintió la tentación de sumergirse en el hedor de la tropa que había dentro del foso y dejar que la noche lo ocultara. Volvió a blandir la espada, dio un mandoble con el plano de la hoja, y cayó un hombre, sus pies estaban ya sobre la pendiente y él subía, sin querer, con temor a quedar inconsciente. Encogía el cuerpo para evitar a los muertos que asolaban la parte superior del revellín. Se detuvo.

Se oía un sonido nuevo en el foso, un sonido de rabia, se giró, con la espada brillante en la mano, y miró detrás de sí, incrédulo. Los supervivientes del South Essex, con las caras amarillas manchadas de sangre, se abrían paso hacia él. Habían visto a su compañía ligera abrir un camino hacia el revellín y ahora se querían unir a aquella locura, pero eran sus voces las que habían detenido a Sharpe.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe! —Lo entonaban inconscientemente, como un grito de guerra, y otros hombres que no sabían lo que significaba recogían el grito. El foso se estremeció y el griterío se hinchó en la noche.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

—¿Qué dicen, March?

—Parece que dicen «sharp»,^[3] mi general.

El general se echó a reír porque hacía unos momentos que había deseado tener a

mil como Sharpe, y ahora, quizás, aquel bribón le iba a entregar la ciudad. Sus ayudantes de campo, al oír aquella risa no comprendieron nada ni quisieron preguntar.

Los artilleros, en lo alto de la muralla, oyeron el grito y tampoco entendían nada. Estaban masacrando el baluarte Trinidad, rechazando el ataque, tal como habían hecho con los otros, cuando vieron que la parte superior del revellín se oscurecía con la presencia de los hombres, y que éstos gritaban, y todo aquel foso que ellos creían que estaba lleno de cadáveres se movía, los cadáveres habían vuelto a la vida e iban hacia ellos, a vengarse.

Los muertos gritaban.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

La locura se iba apoderando de Sharpe. La gloria de una victoria en forma de una canción de guerra le bullía en los oídos, así que ni oía el fuego de la artillería, ni la explosión de los cañonazos, ni se enteró que detrás de él, atravesando el diamante, los hombres iban cayendo, y los cañones iban enredando el aire con los muertos. Dio un salto. Había atravesado el revellín corriendo, sentía el calor del, fuego cerca de sí; a su derecha, el desnivel era enorme. El nuevo foso estaba extrañamente vacío, lo saltó y vio que una piedra salía despedida con el golpe de un mosquete. El salto lo dejó sin aliento, lo arrojó hacia adelante, pero estaba en pie y seguía corriendo.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

«Voy a morir aquí —pensó—, en este foso vacío con estos extraños bultos blancos que se agitan bajo la débil brisa.» Entonces recordó las piezas de lana que habían protegido las dos brechas y le resultó increíble que una mente pudiera advertir cosas tan irrelevantes en el umbral de la muerte.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

«Voy a morir aquí —pensó—, al pie de la pendiente.» Y odió a los cabrones que lo matarían y la ira lo invadió, resbaló en los cascos, incapaz de luchar, sólo quería subir, hundir su espada en la carne francesa. Había hombres a su alrededor que gritaban algo ininteligible, y el aire se llenó de humo, de metralla y de llamas. Harper lo adelantó, sosteniendo en alto su hacha, y Sharpe, no queriendo quedarse atrás, condujo sus piernas hacia el cielo oscuro más allá de la línea de espadas brillantes.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

El soldado Cresacre se estaba muriendo con las tripas azules sobre el regazo, lloraba por él y por su mujer, a quien de repente echaba en falta aunque solía pegarla cruelmente. Y el sargento Read, el metodista, el hombre tranquilo que nunca maldecía, ni bebía, se había quedado ciego y no podía llorar porque los cañones le habían arrancado los ojos. Y pasando delante de ellos, ávidos de locura, de locura de batalla, iba la oscura horda que seguía a Sharpe. Se iban dejando las manos en la dura piedra, subiendo la pendiente allí donde nunca habían soñado ir. Algunos retrocedían

desgarrados por los cañones y se iban amontonando en el nuevo foso que empezaba a estar como el otro, pero la locura podía más que ellos.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

Resérvate las fuerzas para escalar, pero gritar ahuyenta el miedo. ¿Pero quién necesita fuerzas cuando la muerte espera en la cumbre? Una bala estalló contra la espada de Sharpe, le dio un tirón en la mano, pero estaba entera. Fue a la derecha, en su cabeza resonaba el grito de muerte. Una piedra se movió bajo su mano izquierda lanzándolo contra el suelo, pero una mano le empujó y lo levantó. Sharpe se agarró a la cadena que anclaba el *Chevaux de Frise*. La cima, el pico de la muerte.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

Los franceses dispararon una vez más; pero, de pronto, los cañones retrocedieron. La nueva brecha estaba tomada. Dos hombres permanecían en la cima, el fuego no les había alcanzado. Los franceses corrían sin saber hacia dónde correr. Harper lanzó un grito al cielo porque había hecho una gran cosa.

Sharpe dio un salto, colina abajo, hacia la ciudad, y su espada era como un ser viviente en su mano. Una brecha estaba tomada, se habían burlado de la muerte y la muerte quería una recompensa. La espada iba segando los uniformes azules, él no veía hombres, sólo enemigos, y corría. Resbalaba, caía por la brecha hasta que el suelo bajo sus pies se convirtió en suelo firme y se encontró dentro. ¡Dentro! En Badajoz. Les gruñía a los cabrones, los mataba. Encontró la dotación de un cañón que se agazapaba junto a una pared y recordó la canción de la muerte. La espada los fue tajando, despedazando; un hacha giraba y giraba sobre ellos. Los franceses abandonaron la muralla baja recién construida detrás de las brechas porque la noche estaba perdida.

Hacia el otro lado de la brecha, por encima de las otras, fluía una marea oscura, una marea que ahora no producía ningún sonido coherente. Resultaba aterradora por su incoherencia. La voz de la bruja perversa, el lamento de tanto dolor, de tanta muerte, y la locura se volvieron rabia e insensatez y ellos seguían matando. Fueron matando hasta que sus brazos se cansaron, hasta que se encontraron empapados en sangre, hasta que no había hombres a quienes matar. Se metieron por las calles como un torrente oscuro que ascendía hacia Badajoz.

Harper saltó el muro construido detrás de las brechas. Un hombre se agazapaba allí, le imploró, pero el hacha cayó sobre él y Harper esbozó una sonrisa y a la vez sollozó furioso por la ciudad. Tenía más hombres delante con uniforme azul, y corrió hacia ellos, describiendo círculos con el hacha, pero allí estaba Sharpe. Mataban porque habían muerto muchos, porque habían derramado demasiada sangre, casi un ejército había muerto, y eran los cabrones que se habían reído. Sangre y más sangre. Badajoz.

Sharpe estaba gritando. Desahogaba una rabia que había estado esperando este

momento. Permanecía en pie con la espada teñida de rojo oscuro y quería que más franceses se acercaran a ella, y los acechaba mostrando los dientes, gritándole a la noche. Un cuerpo se movió, un brazo azul se levantó, y la hoja dio vueltas, penetró, se volvió a levantar y descendió una vez más, limpia, hacia el pavimento.

Un francés, un matemático reclutado como oficial de artillería, que había contado cuarenta ataques distintos al baluarte Trinidad y los había rechazado todos, permanecía callado entre las sombras. Estaba quieto, bien quieto, esperando que pasara esa locura, esa avidez de sangre, y pensó en su novia, lejos, y rezó por qué ella no llegara nunca a ver algo tan horroroso. Observaba al oficial de fusileros y rezó porque no lo viera, pero éste giró la cara, los ojos brillantes de lágrimas, y el matemático gritó: «¡No! *monsieur*, ¡no!». La espada lo alcanzó, quedó destripado igual que Cresacre. Sharpe sollozó con ira mientras rasgaba una y otra vez, embistiendo al artillero, rasgándolo, mutilando al cabrón, y luego unas manos gigantes lo agarraron.

—¡Señor! —Harper lo sacudía—. ¡Señor!

—¡Cielos!

—¡Señor! —Harper le dio un bofetón—. Capitán.

Sharpe se apoyó contra la muralla, con la cabeza hacia atrás, tocando la piedra.

—¡Oh cielos, cielos! —Jadeaba, tenía el brazo flácido y el pavimento delante de él estaba lleno de sangre. Bajó la mirada hacia el oficial de artillería, destrozado por una muerte grotesca—. ¡Oh, cielos! Se estaba rindiendo.

—No importa.

Harper se había repuesto primero, tenía el hacha destrozada por un golpe mortal, y había observado con temor a Sharpe mientras mataba. Ahora tranquilizaba a Sharpe, lo calmaba, y vio que le volvía la cordura aunque la locura subía por las calles de la ciudad.

Sharpe levantó la vista, ya calmado, su voz no dejaba ver ningún sentimiento.

—Lo conseguimos.

—Sí.

Sharpe volvió a apoyar la *cabeza* contra las murallas y cerró los ojos.

Ya estaba. Y para conseguirlo había descubierto que un hombre ha de sacudirse el miedo de encima, y junto con ese miedo se ha de ir cualquier otro tipo de emoción salvó la rabia y la ira; la humanidad, los sentimientos, todo había de desaparecer salvo la rabia. Tan sólo eso conquistaría lo imposible.

—¿Señor? —Harper le tiraba a Sharpe del codo.

«Nadie más podía haber hecho esto —pensó Harper—, nadie excepto Sharpe podía haber conducido a los hombres más allá de la cima de la muerte.»

—¿Señor?

Abrió los ojos, bajó la cara y Sharpe miró fijamente los cuerpos. Había satisfecho

su orgullo a través de una brecha y ya estaba hecho. Miró a Patrick Harper.

—Ojalá supiera tocar la flauta.

—¿Señor?

—¿Patrick?

—Teresa, señor, Teresa.

¡Dios del cielo! ¡Teresa!

Capítulo 28

Hakeswill no tenía intención alguna de entrar en el foso, pero tan pronto como vio que los del South Essex atacaban y que habían dejado que una compañía ligera les cubriera con su fuego incesante desde el borde del glacis comprendió que estaría mucho más seguro al amparo del revellín. Allí no correría el peligro de recibir un hachazo en la oscuridad de manos de Harper, así que se descolgó por una escala, gruñéndoles a los hombres asustados, y luego en medio de la confusión, se parapetó entre los cuerpos que había en el foso. Vio cómo se iniciaba el ataque, cómo fracasaba y cómo Windham y Forrest intentaban provocar otro ataque inútilmente. Lo curioso es que el sargento Hakeswill estaba escondido y a salvo. Se cubría con tres cuerpos todavía calientes, y de vez en cuando sentía que se estremecían al alcanzarlos los trozos de metralla. Pero él estaba a salvo. En un momento determinado de la noche, un teniente que Hakeswill no conocía de nada intentó sacarlo de su guarida, gritó al sargento que se moviera y atacara, pero resultó más sencillo coger al teniente por el tobillo, hacer que tropezara y deslizar tranquilamente la bayoneta por entre las costillas. Así pues, Hakeswill tenía ya un cuarto cuerpo, con rostro sorprendido, y dejó correr su risita característica mientras deslizaba sus manos expertas por el interior de los bolsillos y de las bolsas y contaba su botín. Cuatro monedas de oro, un medallón de plata y, lo mejor de todo, una pistola con incrustaciones que Hakeswill sacó del cinturón del teniente. El arma estaba cargada, perfectamente equilibrada, y sonrió con ironía al metérsela en la casaca. Muchos pocos hacen un mucho.

Se ató el chacó con el barbuquejo por debajo de la barbilla. Estuvo manoseando el nudo, lo deshizo y sostuvo el sombrero delante de su cara. «Ahora ya estamos a salvo, a salvo.» Su voz era melosa, quejumbrosa. «Te lo prometo. Obadiah no te decepcionará.» Cerca de él, al otro lado del parapeto de cadáveres, un hombre gemía sin dejar de llamar a su madre. Llevaba mucho rato en agonía. Hakeswill lo escuchó con la cabeza erguida como un animal y luego volvió a mirar dentro del sombrero. «Quiere que venga su madre, eso es.» Los ojos se le llenaron de lágrimas. «Su madre.» Levantó los ojos hacia la oscuridad, por encima de las llamas y gritó contra el cielo. Había ratos de calma en el foso, momentos en que la muerte no hacía acto de presencia y en que el amasijo de hombres, vivos y muertos, se agazapaban inmóviles bajo los cañones que había en lo alto. Entonces, cuando parecía que el fuego había cesado, el foso se agitaba. Unos intentaban precipitarse hacia los boquetes abiertos en los muros, otros se lo impedían y entonces los cañones volvían a disparar y los lamentos volvían a empezar su canción. Algunos hombres enloquecían de tanto dolor, y hubo uno que creyó que los cañones eran la voz de Dios al carraspear y escupir y se arrodilló en el foso para ponerse a rezar hasta que un escupitajo de Dios le quitó el sombrero. Pero Hakeswill seguía a salvo. Estaba sentado de espaldas a la escarpa del

foso, se protegía el frente con los muertos y le hablaba a su sombrero: «Esta noche no. No puedo hacerlo esta noche. La bella dama va a tener que esperar, sí esperará». Le hablaba zalamero al sombrero y luego escuchaba la batalla con oído de profesional. «Esta noche no. Esta noche perdemos.» No sabía cuánto tiempo llevaba en el foso, ni sabía cuánto tiempo tardaban los moribundos en morir, ni sabía cuantas veces la carne inerte se estremeció a su alrededor cuando los pedazos de metralla pulverizaban el montón. El tiempo lo medía en sollozos, en cañonazos, en las esperanzas que pasaban, y todo acabó inesperadamente con un gran grito.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

Hakeswill asomó la cara crispada por encima del parapeto que se había formado y vio que los vivos escalaban por entre los cuerpos y que se alejaban de él, por encima del revellín, y a su derecha otro ataque subía a zarpazos hacia el Trinidad.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

«Esos hombres van a morir», pensó y se rió de ellos con su risotada hiriente. Deseaba que la metralla los destrozara, pero seguían subiendo y el grito continuaba.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! ¡Sharpe!

Hakeswill vio que Sharpe estuvo a punto de resbalar en el extremo superior de la rampa y al sargento le dio un vuelco el corazón. ¡Le habían dado! Pero no, al cabrón lo empujó Harper, alcanzó la cadena y allí estaba, arriba del todo, en la brecha central, iluminado por las llamas. El irlandés estaba a su lado, llevaban las espadas desenvainadas y Hakeswill vio que una vez se giraron y hacían la señal de triunfo a los británicos. Luego se fueron a la ciudad y Hakeswill hizo los cuerpos a un lado, se encajó el chacó en la cabeza y se abrió paso a patadas entre la masa que fluía hacia el Trinidad.

En lo más alto de la brecha los hombres blandían grandes hachas con que pretendían partir las cadenas. Arrojaron el *Chevaux de Frise* hacia el interior de una trinchera que los defensores habían excavado en la cima de los cascotes, luego los británicos lanzaron los cuchillos, al grito de muerte, y se escurrieron por entre las piedras hacia el interior de la ciudad. Se habían vuelto locos de rabia.

Hakeswill percibía esa rabia y esa locura: nada los detendría esa noche. Incluso los heridos se abrían paso por las rampas de la brecha, algunos se arrastraban apoyados el vientre intentando alcanzar la ciudad con la esperanza de hacer el mismo daño que les habían hecho. Quería bebida, mujeres, muertes y más bebida, y recordaban que algunos españoles les habían disparado desde las murallas de la ciudad y eso hacía que todo ser viviente en Badajoz fuera un enemigo. Allá iban, formando una corriente oscura que atravesaba las brechas y ascendía por las calles y los callejones, pisando a los muertos con su prisa; venían más, y más aún, las brechas parecían estar vivas con aquella masa de hombres que corría hacia el interior de la ciudad y desparramaban por todo Badajoz la venganza.

Hakeswill subió con ellos por una calle larga que iba a dar a una plazoleta. Sabía que iba más o menos en la dirección correcta, colina arriba y hacia la izquierda, pero se dejaba guiar por el instinto y la suerte. La plaza ya estaba abarrotada de soldados. Se oían los mosquetes que descerrajaban las puertas; se oían los primeros gritos que salían de las mujeres de la ciudad y algunas, que no querían verse atrapadas en sus casas, intentaban correr colina arriba. Hakeswill vio cómo cogían a una. Le arrancaron los pendientes, y el vestido le quedó rociado de sangre; también se lo arrancaron y quedó desnuda, dando vueltas entre los soldados que la empujaban, que se reían de ella y que luego le saltaron encima. Hakeswill esquivó al grupo. No era asunto suyo, e intuyó que la mujer que había conseguido escapar lo conduciría hasta la catedral. La siguió.

El capitán Robert Knowles, exaltado y cansado, estaba apoyado en la puerta del castillo. Los cascos de los caballos resonaban por el empedrado de las calles. Philippon, el general francés, huía a caballo con un puñado de hombres, escapaba por el puente que los llevaría a refugiarse en el fuerte de San Cristóbal. Habían perdido la inmensa fortaleza y mientras cabalgaban iban oyendo el sucio trabajo que empezaba detrás de ellos. Espoleaban a los caballos, les pegaban con la fusta, les daban golpes con los estribos, sus pisadas resonaban al pasar por el puente, detrás de ellos, corriendo; era la infantería francesa que huía. El rostro de Philippon estaba marcado por el dolor, no de la ciudad, sino de su fracaso. Había hecho todo lo que humanamente podía hacerse, mucho más de lo que había deseado, y sin embargo había perdido. Wellington, el maldito Wellington, había vencido.

Los hombres de Knowles se agolparon en la puerta mofándose del enemigo que huía y uno de ellos agarró una antorcha del soporte.

—¿Permiso para ir, señor? —Las llamas iluminaban los rostros ávidos y hambrientos pendientes de la mirada de Knowles.

—¡Adelante!

Salieron por las calles corriendo, aclamando, jaleando y Knowles se echó a reír, levantó su sable y los siguió. Teresa. Se adentró por las oscuras calles; todas las puertas tenían candados, las ventanas de las plantas bajas estaban atrancadas con barras de hierro y pronto se encontró perdido, solo en un laberinto de calles. Se detuvo en un cruce, escuchó los gritos procedentes de arriba y abajo de la loma y se dio cuenta de que tenía que seguir la calle que tuviera las mejores casas. Un hombre, con andares pesados, lo adelantó; iba colina arriba, y vio que llevaba el cinturón cruzado característico de los soldados franceses. El hombre iba armado, su larga bayoneta brillaba, pero Knowles no se inmutó, siguió corriendo, jadeante. Knowles corría colina abajo y sus botas resonaban en las casas oscuras; de pronto, se acabó la calle, daba a una gran plaza y allí, enfrente de él, estaba la catedral.

En la plaza reinaba verdaderamente el pánico. Los últimos franceses habían

salido de la ciudad huyendo hacia el norte, pero la gente de Badajoz no se había ido con ellos. Los que no estaban en sus casas se encontraban allí, luchando por subir las escaleras de la catedral, agolpándose a sus puertas, buscando un lugar sagrado. Adelantaban a Knowles en su carrera, tropezaban con él, sin hacerle caso, y él los miraba furioso a su alrededor. ¡Había tantas calles! Y vio que a oscuras detrás de la catedral había una callejuela con casas con grandes balconadas y corrió mirando fijamente los edificios y de pronto se detuvo, se giró, y al ver dos árboles y una fachada con retranqueo, golpeó la puerta cerrada.

—¡Teresa! ¡Teresa!

Hakeswill había cogido la calle de la derecha que subía desde la plazoleta y, desde luego, la mujer que corría delante de él se había dirigido a la catedral. Ahora iba caminando, se reía entre dientes, pero entonces oyó los gritos muy cerca y su primer pensamiento fue que Sharpe había llegado a la casa primero.

—¡Teresa! ¡Teresa!

¡Pero ésa no era la voz de Sharpe! Era la voz de un oficial, pero por el tono no era Sharpe. Hakeswill se puso contra la pared de enfrente y observó la sombra que aporreaba la puerta.

—¡Teresa! ¡Soy yo! ¡Robert Knowles!

Una contraventana se abrió en el primer piso, de donde se adivinaba la tenue luz de una vela. Hakeswill vio la silueta de una mujer, delgada y de cabello largo. ¡Ha de ser ella! Sintió cómo le invadía la excitación, se agitaba impaciente y se excitaba más; ella preguntó:

—¿Quién es?

—¡Robert! ¡Robert Knowles! —contestó.

—¿Robert?

—¡Sí! ¡Abra!

—¿Y Richard?

—No sé. Yo no iba con él.

Knowles retrocedió. Miró hacia arriba, hacia el estrecho balcón. Los gritos se iban acercando, también los disparos de mosquete. Teresa miró colina abajo las primeras llamas de las casas ardiendo.

—¡Espere! ¡Le abro!

Cerró las contraventanas de golpe, pasó el pestillo. Hakeswill, frente a la casa y en la sombra, rió para sí. Podía precipitarse hacia la puerta en cuanto la mujer la abriera, pero el oficial llevaba el sable desenvainado y recordó que también la zorra tenía armas. Levantó la vista hacia el balcón. No era alto. Debajo de él, la ventana de la planta baja estaba cubierta con una reja de hierro. Esperó.

La puerta principal se abrió, chirriaron los goznes y vio la silueta femenina en el umbral durante un corto espacio de tiempo, lo que Knowles tardó en entrar. La puerta

se cerró y Hakeswill con rapidez y ligereza sorprendentes se dirigió directamente a la ventana atrancada que proporcionaba tan buenos puntos de apoyo, subió hasta arriba, hasta alcanzar la base del balcón. Tuvo que usar toda la fuerza de sus brazos. Se detuvo un momento, con el rostro crispado de repente; y una vez que el espasmo pasó, él se estiró, ayudándose de sus potentes brazos; alargó una mano, luego la otra, hasta que se cogió con los pies al balcón y pudo pasar por encima de la barandilla. Los cuarterones de madera tenían un orificio para la salida del aire nocturno, a través del cual se veía la habitación vacía. Empujó la contraventana. Estaba cerrada; volvió a empujarla haciendo más presión y la madera crujió, se combó y se abrió hacia dentro. Se quedó inmóvil, pero como el ruido del saqueo de la ciudad ahogaba el que él formaba, se volvió a mover, entró en la habitación, donde su bayoneta susurró levemente al salir de la vaina.

Un lloro: se giró, y allí en una cuna de madera, había un bebé. La hija natural de Sharpe. Se rió para sí, cruzó la habitación y se quedó mirando hacia abajo. El bebé había llorado mientras dormía. Se quitó el sombrero, lo sostuvo sobre la criaturita y le habló. «¿Lo ves? Aquí está. Como era yo. ¿No es así, madre? Como yo.» El bebé se movió y Hakeswill canturreó: «Duérmete niña, duérmete ya. ¿Recuerdas, madre, cuando le decías esto a tu Obadiah?».

Se oyeron unos pasos en las escaleras, otros más, el crujido de la madera y voces fuera. Eran la chica y el oficial. Dejó caer el sombrero sobre la niña y sacó su pistola de la casaca. Estaba quieto, oía la voz de la joven, tenía la bayoneta en la mano izquierda y la pistola en la derecha. El bebé volvió a llorar en sueños, y Teresa abrió la puerta y le habló suavemente.

Se detuvo.

—¡Hola, señorita! —La cara se le crispó, amarilla bajo la luz de la vela; tenía la boca sonriente, los dientes negros, las encías sanguinolentas y una cicatriz en carne viva en el cuello. Sacudió la cabeza con un tic nervioso. Hakeswill se echó a reír—. ¡Hey! ¿Se acuerda de mí?

Teresa miró a la niña, la bayoneta estaba encima de la cuna de Antonia. Teresa se quedó boquiabierta. Knowles la empujó a un lado y levantó el sable, pero de la pistola salió un fogonazo, despertando al bebé, y la bala empujó a Knowles hacia atrás, hacia atrás de la puerta y cayó. El último sonido que escuchó en su vida fue la risita aguda de Hakeswill.

Hakeswill sostuvo la bayoneta encima de la niña y volvió a meterse la pistola que todavía humeaba en la casaca.

Volvió sus ojos azules hacia Teresa, ella tenía los ojos fijos en la bayoneta, y él le sonrió.

—A él no lo necesitábamos, ¿verdad, señorita? Sólo se necesitan dos para lo que vamos a hacer. —Soltó su risotada peculiar, una carcajada de loco, pero sus ojos no

se movían y seguía sosteniendo la bayoneta con firmeza—. Cierre la puerta, señorita.

La muchacha lo insultó y él se echó a reír. Era más bella de lo que recordaba, su cabello negro enmarcaba el fino rostro. Hakeswill se inclinó y pasó la mano derecha por debajo del bebé. Estaba llorando. Teresa se adelantó hacia la niña, pero la bayoneta brilló en el aire y se detuvo. Hakeswill cogió al bebé, y envolviéndolo con las sábanas lo aguantó en su brazo derecho, dobló el brazo izquierdo para que la bayoneta quedara junto a la garganta, blanda y diminuta.

—He dicho que cierre la puerta.

Lo decía en voz baja, muy baja. Hakeswill percibió el miedo en la cara de la mujer y aún sintió más fuerte el deseo.

Cerró la puerta, que golpeó los pies inertes de Knowles. Hakeswill le hizo una señal con la cabeza.

—Pase el pestillo.

Así lo hizo.

El sombrero aún estaba en la cunita. Hakeswill lo sintió porque le hubiera gustado que su madre, cuyo retrato llevaba en la parte interior de la copa, viera esto, pero no podía ser. Caminó lentamente hacia Teresa que retrocedía, hacia la cama donde estaba su fusil. Él le sonrió burlonamente, se le crispó la cara y en su voz reflejó su triunfo.

—Sólo usted y yo, señorita. Sólo usted y Obadiah.

Capítulo 29

—¿Por dónde?

—¡Sabe Dios!

Sharpe buscaba, hecho un basilisco, una calle principal. La brecha central daba a un laberinto de callejuelas, así que escogió una al azar y empezó a correr.

—¡Por aquí!

Se oían gritos y disparos por todas partes; se veían cuerpos tirados en la calleja. Estaba todo demasiado oscuro para poder decir si los cuerpos eran franceses o españoles. El callejón apestaba a sangre, a muerte, a la porquería que se había lanzado desde las ventanas superiores; los dos hombres resbalaban al querer correr. Se vio una luz que provenía de un cruce y Sharpe giró instintivamente. Seguía corriendo, sosteniendo su espada ensangrentada como si fuera una lanza.

De una puerta que se abrió delante de ellos salieron unos hombres a la calle, la bloquearon; tras ellos venían barriles de vino, grandes toneles que martillaron con las culatas de los mosquetes hasta que las duelas saltaron y el vino brotó como si fuera una cascada sobre los guijarros. Los hombres se dejaron caer, pusieron la boca y las manos bajo el chorro líquido. Sharpe y Harper los separaron a patadas, empujándolos al pasar y fueron a dar a una plazoleta. Una casa estaba ardiendo, era la que desprendía la luz que los había atraído, y bajo su resplandor vieron una descripción medieval del infierno. La gente de Badajoz padecía los tormentos de los demonios con casacas rojas.

Una mujer desnuda, llorosa y ensangrentada, vagaba por el centro de la plaza. Estaba demasiado castigada y todo le daba igual. Habían abusado de ella tantos que ya no le importaba nada, así que cuando nuevos hombres procedentes de la brecha reciente la agarraron y la echaron al suelo, no protestó, sino que siguió gimiendo, y todo lo que veía a su alrededor le tenía sin cuidado. Algunas mujeres luchaban, otras habían muerto, las más habían visto morir a sus hijos, y alrededor de ellas los vencedores retozaban, medio desnudos, medio bebidos, iluminados por el fuego y engalanados con su botín.

Algunos de esos diablos luchaban, se peleaban por mujeres o por vino. Sharpe vio a dos soldados portugueses que atravesaban a un sargento británico con una bayoneta, agarraban a la mujer que tenía debajo y la arrastraban al interior de una casa. Su hijo, gritando, corrió detrás tambaleándose, pero la puerta se cerró de golpe y el niño se quedó fuera. La cara de Harper dejaba ver la terrible rabia que sentía. Le dio una patada a la puerta, la abrió de golpe y penetró en la casa. Disparó un tiro que astilló el dintel, y salieron los portugueses, uno tras otro, lanzados como alma que lleva el diablo, y el irlandés cogió al niño, se lo entregó a la mujer y cerró la puerta lo mejor que pudo.

Se encogió de hombros y miró a Sharpe.

—Otros vendrán a por ella.

¿Por dónde tirar? Había dos caminos que llevaban a lo alto de la colina, el más largo estaba a la izquierda, y ése fue el que Sharpe cogió, abriéndose paso a empujones por entre el alboroto y las escenas dantescas. Hubo un momento en que, inexplicablemente, le pareció que por el pavimento rodaban monedas de plata que nadie cogía. Una a una se abrían las puertas de las casas de un disparo, una ciudad entera en manos de un ejército que no tenía nada. Pocos hombres mostraban un mínimo de decencia, pocos protegían a una mujer o a una familia, pero los hombres decentes eran frecuentemente derribados de un disparo. Se disparaba contra los oficiales que intentaban detener la carnicería. La disciplina había muerto. La chusma gobernaba en Badajoz.

Los gritos ensordecían a los dos hombres y se vieron lanzados contra una pared por una horda de mujeres desnudas que babeando y escupiendo habían surgido de detrás de una puerta que no estaba atrancada. Una monja les gritó desde el umbral, pero salieron más mujeres de dentro y Sharpe entendió que un manicomio se estaba vaciando por las calles de Badajoz. No tenía sentido encerrar a los locos en un manicomio esta noche. Se oían gritos por detrás, gritos de júbilo de los soldados que embestían contra las locas. Uno empujó a la monja, otro saltó sobre las espaldas desnudas de una mujer, la agarró con furia, tomó los cabellos grises como riendas, y todos los soldados intentaron cabalgar sobre una loca.

—¡Aquí, señor! —exclamó Harper señalando.

Enfrente y delante de ellos estaba la torre de la catedral, su perfil cuadrado y almenado se dibujaba claramente en el cielo estrellado, de sus arcos provenía el tañido de las campanas que sonaba monótono, arriba unos borrachos se colgaban de las cuerdas en señal de victoria.

Se detuvieron al final de la calle, enfrente de la catedral. A su izquierda quedaba una plaza, en la que las violaciones que se estaban produciendo bajo los árboles quedaban iluminadas por las llamas de una fogata. A su derecha se abría una calleja oscura. Sharpe se quedó mirándola fijamente, pero le estiraron del brazo, y cuando se giró vio una niña menuda que lloraba y se colgaba de su manga. La habían sacado de una casa y sus perseguidores venían tras ella; se asía a aquel hombre alto cuyo rostro no parecía estar contagiado por la locura.

—¡Señor! ¡Señor!

Los que la seguían, vestidos con las vueltas blancas del 43, alcanzaron a la muchacha y Sharpe sacó su espada y le dio un corte en el brazo a uno de los hombres. Entonces vio que sus bayonetas se preparaban para atacar y que la muchacha le estorbaba. Volvió a blandir la espada, pero las bayonetas británicas le obligaban a retroceder, Harper se colocó entre él y sus atacantes haciendo girar el fusil de siete

cañones como si fuera una porra y los otros se echaron atrás.

—¡Por aquí! —gritó Sharpe con la niña todavía colgada a él.

Se adentró en una callejuela. Harper iba detrás amenazando a los hombres del 43 con su arma hasta que desistieron y fueron en busca de botines más fáciles. El sargento se dio media vuelta y siguió a Sharpe, pero vio que el callejón no tenía salida. Sharpe echó una maldición.

Harper agarró a la muchacha, que lo rehuyó, pero luego vio que la tocaba con suavidad y que su voz denotaba premura.

—¿*Dónde está la casa Moreno?*

Era todo lo que sabía de español, y la muchacha sacudió la cabeza como si no supiera. El lo volvió a intentar dejando que su voz le infundiera confianza a la chiquilla.

—*Casa Moreno. ¿Comprendo? ¿Dónde está la casa Moreno?*

Como ella contestó en español, rápida y excitada, señalando hacia la catedral, Sharpe volvió a renegar.

—No lo sabe. Regresemos.

Empezó a avanzar, pero Harper levantó una mano.

—¡No, mire!

Había unas escaleras que llevaban a una puerta lateral y el irlandés empujó a Sharpe hacia ella.

—Quiere decir que por la catedral. ¡Es un atajo!

La muchacha tropezó con su vestido, pero Harper la cogió y ella se aferró a su mano mientras él empujaba la puerta claveteada para abrirla. Sharpe oyó que el irlandés contenía la respiración.

La catedral había sido un refugio, un santuario, pero ya no lo era. Las tropas la habían invadido, habían perseguido a las mujeres allí refugiadas, las habían cogido y ahora, bajo la miríada de velas, las estaban violando. A una monja con el hábito desgarrado la estaban abriendo de piernas en el altar mayor mientras un irlandés del 88 que había descendido desde el castillo intentaba en vano subir hasta ella. Estaba demasiado borracho. La muchacha jadeó, empezó a gritar, pero Harper la agarraba con firmeza.

—¿*Casa Moreno? ¿Sí?*

Ella asintió con la cabeza, demasiado aterrada para hablar. Los condujo por el ancho espacio del crucero, entre el altar y el trascoro, y rodeó la enorme araña que, al cortarles los cables, se había estrellado contra las losas y había aplastado a un cabo del 7 que todavía se retorció bajo su peso. Los muertos yacían en el suelo y los heridos, gimiendo de dolor, se arrastraban hacia la oscuridad de la nave. «No nos abandones ni de noche ni de día.» Un sacerdote que había intentado detener a los soldados yacía muerto junto a la puerta norte. Sharpe y Harper pisaron su cuerpo, salieron a la plaza,

y la muchacha volvió a señalar hacia la derecha. Ellos echaron a correr hasta que ella volvió a estirar a Harper señalándole de nuevo a la derecha, hacia una oscura callejuela que era un hervidero de tropas que iban aporreando las puertas cerradas y, ante la frustración, disparaban contra las ventanas superiores atrancadas. Harper protegía a la muchacha, la apretaba contra sí, mientras se iban abriendo paso entre los hombres. La espada de Sharpe era su pasaporte. La muchacha les gritó algo y señaló. Sharpe vio las siluetas oscuras de dos árboles y entendió que había llegado.

Se oyeron gritos de júbilo en la puerta de entrada, un crujido y un gran chasquido. Un grupo de hombres que estaba frente a ellos desapareció al entrar en tropel en el patio de los Moreno. Les estaban esperando barricadas, grandes barricadas, llenas de vino, y los hombres se dejaron caer y se olvidaron de lo demás, mientras en su oficina de contabilidad Rafael Moreno rezaba para que hubiera preparado vino suficiente para los soldados y colocado bastantes cerrojos en la puerta.

Hakeswill se enfureció. Oyó el tumulto que se había armado abajo y el crujido de las puertas y le escupió a Teresa.

—¡Deprisa!

Una bala astilló el cuarterón y se alojó en el techo, él se dio media vuelta, temeroso de Sharpe, pero era tan sólo una bala perdida de las calles. El bebé estaba incómodo en los brazos de Hakeswill, pero era la mejor amenaza que él tenía y todavía no lo quería matar. La bayoneta seguía pegada a la garganta de Antonia, sus lloros apagaban los suspiros jadeantes de Hakeswill. Hakeswill hizo rechinar los dientes y volvió a chillar.

—¡Deprisa!

Ella todavía estaba vestida, maldita, ¡y él quería acabar pronto! Tan sólo se había quitado los zapatos, él volvió a tirar de la bayoneta, salió un chorrito de sangre, y vio que los brazos de Teresa se dirigían hacia el cierre de su vestido.

—Así es, señorita, no queremos que muera la niña, ¿verdad? —dijo con su risita que se volvió como una tos torturadora.

Teresa miraba la espada contra la garganta de su hija. No se atrevía a atacarlo, no se atrevía, y él dejó de toser y volvió a abrir los ojos.

—Siga, reina.

Teresa se deshizo lentamente el nudo que tenía en el cuello haciendo ver que toqueteaba la tela, y vio cómo se excitaba su rostro y luego empezaba a tragar saliva con rapidez, de forma que la nuez le tiraba del extremo de la cicatriz.

—¡Deprisa, reina, deprisa!

Hakeswill estaba excitado. Ella, la zorra, lo había humillado y ahora le tocaba a él. Ella iba a morir, lo mismo que su bastarda, pero él primero se lo pasaría bien y empezó a pensar en cómo iba a hacer para aguantar el bebé mientras la hacía suya, y vio que ella se lo tomaba con calma.

—Primero rajaré esta garganta, señorita, luego la suya. Pero si quiere que esta bastarda viva es mejor que se desnude, ¡y rápido!

La puerta se movió con la patada de Harper, el estallido hizo que Hakeswill se girara rápidamente y luego la cerradura saltó, la puerta se estremeció y Hakeswill puso la bayoneta vertical sobre la garganta de Antonia.

—¡Quieto!

Teresa había alcanzado el fusil. Estaba inmóvil. Harper había atravesado la puerta y su impulso lo había lanzado a la cuna. También él se quedó absolutamente inmóvil cuando al caer se fijó en la bayoneta de cuarenta centímetros. Sharpe, con la niña detrás de él, se detuvo en la puerta y su espada, que se dirigía a Hakeswill, se quedó a medio, estocada y su punta manchada de sangre quedó temblando en el centro de la habitación.

Hakeswill se echó a reír.

—Un poco tarde, Sharpy. Así te llaman, ¿no, Sharpy? O Dick. Afortunado Sharpe. Ya me acuerdo. El listillo de Sharpy. Pero eso no evitó que te azotaran, ¿eh?

Sharpe miró a Harper, a Teresa, otra vez a Hakeswill. Hizo un gesto hacia el cuerpo de Knowles.

—¿Ha hecho usted esto?

Hakeswill soltó su risita y levantó los hombros.

—Eres un cabrón listillo, ¿eh, Sharpy? Claro que lo hice yo. El muy cabrón vino a proteger a tu dama. —Sonrió con desprecio mirando a Teresa—. Ahora es mi dama.

Ella tenía el vestido abierto por el cuello y Hakeswill vio la cruz de oro sobre su piel morena. El la deseaba, quería tener esa piel en sus manos, ¡y la tendría! ¡Y la mataría! Y Sharpe tendría que mirar porque ninguno de ellos se atrevería a tocarlo mientras siguiera amenazando a la niña.

La muchacha que estaba detrás de Sharpe no hacía más que gimotear y Hakeswill giró la cabeza hacia la puerta.

—¿Tienes ahí una puta, Sharpy? ¡La tienes! ¡Hazla entrar!

La muchacha pisó el cuerpo de Knowles y entró en la habitación. Se movía lentamente, aterrada por el hombre de piel amarilla y vientre prominente que sostenía al bebé. Fue a colocarse junto a Harper, y sin querer le dio una patada al chaco de Hakeswill que se había caído de la cuna. El sombrero rodó y fue a parar al lado de Harper. Hakeswill la seguía observando.

—Muy bonita. Una señorita muy bonita. —Dejó escapar su risita—. ¿Te gusta el irlandés, verdad, reina? —Ella temblaba al verlo, y Hakeswill se echó a reír—. Es un cerdo. Todos los irlandeses de mierda lo son. Estarás mejor conmigo, reina. —Sus ojos azules se dirigieron a Sharpe—. Cierra la puerta, Sharpy. Con suavidad.

Sharpe cerró la puerta con cuidado para no alarmar al hombre que tenía en sus manos a su hija. No le veía la cara a Antonia, tan sólo la bayoneta que estaba encima

del bulto de ropa. Hakeswill se rió de él.

—Muy bien. Ahora puedes mirar, Sharpy.

Miró a Harper inmóvil en su sitio.

—Y tú, cerdo. Puedes mirar. De pie.

Hakeswill no estaba seguro de cómo iba a hacerlo; pero ya se le ocurriría algo, pues sabía que mientras tuviera a la niña en su poder los tendría a todos ellos también. Le gustaba la muchachilla, la de Harper. A juzgar por la manera en que lo miraba se la podría llevar a la ciudad, pero primero tendría que matar a Sharpe y a Harper porque sabían que había matado a Knowles. Sacudió la cabeza. ¡Los mataría porque los odiaba! Se echó a reír y vio que Harper no se había movido.

—¡Te he dicho que te pongas de pie, tú, irlandés de mierda! ¡De pie!

Harper se puso de pie, el corazón le latía con fuerza. Tenía en la mano el chacó. Había visto el retrato en el fondo y no sabía de quién se trataba, pero se levantó aguantando con una mano el sombrero y con la otra rebuscando dentro. Vio que Hakeswill se ponía nervioso. La bayoneta temblaba.

—Dámelo. —Su voz era como un gemido—. ¡Dámelo!

—Deja al bebé.

Nadie más se movía. Teresa no entendía nada, ni Sharpe, y Harper tan sólo tenía una vaga idea; una corazonada, algo pequeño que era lo único a que agarrarse en esta espiral de locura. Hakeswill estaba nervioso, su rostro se sacudía con espasmos.

—¡Dámelo! —gemía—. ¡Mi mamá! ¡Mi mamá! ¡Dámela!

La voz del de Ulster era suave, le salía de lo profundo del pecho.

—Tengo las uñas sobre sus ojos, Hakeswill, ojos blandos, ojos blandos y se los voy a sacar, Hakeswill, se los voy a sacar, y tu mamá gritará.

—¡No! ¡No! ¡No!

Hakeswill se tambaleaba, lloriqueando, temblando. El bebé también lloraba. Miró con su cara amarilla a Harper y con voz suplicante.

—No lo hagas. No lo hagas. A mi mamá, no.

—Lo haré, lo haré y lo haré a menos que dejes a la niña, a menos que la dejes.

Hablaba como si le hablara a un niño y Hakeswill se iba balanceando con esa entonación. Su cara se crispaba violentamente y de repente desapareció el miedo y miró a Harper.

—¿Te crees que soy tonto?

—A mamá le duele.

—¡No! —gritó, y es que durante un instante le volvió la locura.

Sharpe observaba aterrado cómo el gran hombre se tambaleaba y se refugiaba en una locura que siempre había parecido tener cerca. Ahora estaba en cuclillas, con las rodillas por debajo del bebé, y se mecía mientras gemía, aunque la bayoneta aún estaba sobre la niña y Sharpe seguía sin atreverse a moverse.

—Tu madre me está diciendo algo, Obadiah.

La voz de Harper hizo que Hakeswill se girara hacia él. Tenía el sombrero junto a su oído.

—Quiere que dejes a la niña, que dejes a la niña, quiere que la ayudes, que la ayudes porque le gustan sus ojos. Tiene unos ojos bonitos, Obadiah, los ojos de mamá.

La respiración del sargento era entrecortada y asintió con la cabeza.

—Lo haré, lo haré. ¡Dame a mi madre!

—Ella va hacia ti, ya va, deja a la niña, déjala, déjala.

Harper dio un paso lentamente hacia el sargento y tendió el sombrero, no muy lejos. El rostro de Hakeswill era el de un niño que haría cualquier cosa para que no le dieran una paliza. Asintió con la cabeza y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Estoy dejando el bebé, mamá, dejando el bebé. Obadiah no quería hacerle daño a la niña.

Y la espada se retiró de la garganta, y su sombrero se acercó, y luego Hakeswill, todavía llorando y con la cara crispada, dejó al bebé sobre la cuna y se giró muy rápido para coger el sombrero.

—¡Cabrón! —exclamó Harper, retirando el sombrero y lanzándole un puñetazo.

Teresa agarró con rapidez a la niña para ponerla a salvo, la dejó en la cuna, y se volvió, tenía el fusil en la mano. Sharpe arremetió con la espada pero Hakeswill retrocedía por el puñetazo y la hoja falló la estocada. Hakeswill, caído, todavía no tenía el sombrero. Volvió por él. El fusil disparó a menos de cuatro pasos de distancia, pero él aún iba por el sombrero. Harper le dio una patada y lo envió hacia atrás. Sharpe volvió a fallar el segundo toque.

—¡Deténgalo!

Harper lanzó el sombrero a un lado y agarró a Hakeswill. Teresa, que no acertaba a creer que hubiera fallado el tiro, blandió el arma descargada hacia el sargento y el cañón describió una curva en el aire y golpeó a Harper en el brazo, de manera que falló el golpe y tan sólo le dio a la mochila de Hakeswill. Él la agarró, tiró de ella. Hakeswill les chillaba, blandió su puño y estiró de manera que las correas de la mochila se rompieron y Harper se quedó con ella en la mano. Hakeswill buscaba el sombrero. Había ido a parar entre Sharpe y su espada. A Hakeswill se le escapó un gemido porque hacía tan sólo unos días que había encontrado a su madre y ahora ya no la tenía. Su madre, la única persona que lo había querido, que había enviado a su tío para que lo rescatara del cadalso y ahora la perdía. Volvió a gemir. Dio un tajo con la bayoneta y luego saltó hasta la ventana destrozada, quitó las astillas del cuarterón y sacó una pierna al balcón. Los tres fueron a por él pero blandió la bayoneta, pasó la otra pierna y saltó.

—¡Deténganlo! —les gritó Harper a Sharpe y a Teresa que le estaban bloqueando

el paso.

Los hizo a un lado de un empujón, se descolgó el fusil de siete cañones con el que no había disparado en las murallas y se lo apoyó en el hombro. Hakeswill estaba tendido en la calle, se puso en pie y ahora era Harper el que no podía fallar. Sus labios esbozaron una sonrisa, apretó el gatillo, el arma le golpeó el hombro como la coza de una mula y la ventana se llenó de humo.

—¡Le he dado al cabrón!

Se oyó una risita aguda que venía de la calle. Se reía. Harper aventó el humo, se asomó al balcón y allí, en las sombras, la silueta horrible se alejaba, sin sombrero. Sus pasos se perdían entre los gritos de la ciudad. Estaba vivo. Harper sacudió la cabeza.

—¡No se le puede matar al cabrón!

—Eso es lo que dice él.

Sharpe dejó caer la espada y se dio la vuelta. Teresa le sonreía y le enseñaba el bulto, y él empezó a llorar, no sabía por qué, y cogió a su hija en sus brazos y la besó, probando la sangre que tenía en el cuello. Era suya. Un bebé, una hija, Antonia; que lloraba, que estaba viva y que era suya.

Epílogo

Al día siguiente los casó un sacerdote que temblaba de miedo. Continuaba el saqueo de la ciudad: se veían arder los tejados, se oían gritos desesperados por las calles. Los hombres de Sharpe, los que habían ido a la casa, arreglaron el patio y echaron a los borrachos. Resultaba un lugar extraño para una boda. Clayton, Peters y Gutteridge vigilaban la entrada principal con los mosquetes cargados, un humo irritante flotaba sobre el patio y Sharpe no entendió ni palabra de la ceremonia. Harper y Hogan miraban con cara de estúpida alegría, según Sharpe. El sargento gritó de alegría cuando Sharpe le dijo que Teresa y él iban a casarse; Harper le dio una palmada a Sharpe en la espalda como si tuvieran el mismo rango, y le aseguró que Isabella y él se alegraban por ellos.

—¿Isabella?

—La chiquilla, señor.

—¿Aún está aquí? —preguntó Sharpe mientras sentía su espalda como si le hubiera dado un cañón francés de cuatro.

Harper se ruborizó.

—Yo creo que a ella le gustará quedarse conmigo, un poquito, ya me entiende. Eso si a usted no le importa, señor.

—¿Importarme? ¿Por qué habría de importarme? ¿Pero cómo diablos lo sabe? Usted no habla español y ella no habla inglés.

—Un hombre se da cuenta de esas cosas. —Harper pronunció las palabras con cierto misterio, como si Sharpe no fuera a entenderlo. Luego sonrió—. Pero me alegro de que usted haga lo correcto, señor, yo también lo haré.

Sharpe se echó a reír.

—¿Pero quién diablos es usted para decirme lo que está bien?

Harper se encogió de hombros.

—Yo creo en la verdadera fe, como está mandado. Usted tendrá que educar a la niña en la fe católica.

—Yo no tengo intención de educar a la niña.

—¡Ah!, es cierto. Eso es trabajo de la mujer, desde luego.

—No quiero decir eso.

Lo que él quería decir era que Teresa no se iba a quedar con el ejército, ni él ir a las colinas, seguiría alejado de su hija y de su mujer. No sería de inmediato, pero llegaría el momento en que tendría que marcharse, y él se preguntaba si se casaba tan sólo para darle un apellido a Antonia, que fuera legítima, como él. Se sintió incómodo durante la ceremonia, si es que un sacerdote asustado entre soldados que sonreían con ironía constituía una ceremonia. Sin embargo, sintió una tímida alegría, se sentía orgulloso porque Teresa estaba junto a él, y él pensaba que la amaba. Jane

Gibbons estaba a muchas leguas de camino no sólo físicamente. Sharpe estaba atento a las palabras, pero se sentía incómodo, y observaba la alegría que mostraba el tío de Teresa.

Marido y mujer, padre de una hija y capitán de una compañía. Sharpe levantó la vista por encima de los árboles hacia el cielo infinito donde sobrevolaban los cernícalos. Teresa le tiró del codo, le dijo algo en español y él creyó entender lo que le había dicho. La miró, su belleza, su esbeltez, los ojos negros y duros, le hicieron sentirse como un tonto al ver que Harper sonreía burlón, igual que hacían Hogan y la compañía, como también lo hacía la muchacha, Isabella, que lloraba de alegría. Sharpe sonrió a su mujer. «Te quiero.» La besó, recordó aquel primer beso, bajo las lanzas, que lo había conducido hasta allí. Sonrió al pensarlo, porque se alegraba y Teresa, feliz al verlo sonreír, se cogió de su brazo.

—¿Puedo besar a la novia, Richard? —preguntó Hogan sonriéndoles a ambos.

Le dio un abrazo y le plantó un beso sonoro que hizo que los hombres de Sharpe se regocijaran. La tía les aplaudió, le dijo algo a Sharpe muy rápido en español, y luego le sacudió los restos de suciedad y de sangre que le quedaban en el uniforme. Después el teniente Price se empeñó en besar a la novia, y la novia se empeñó en besar a Patrick Harper, y mientras Sharpe intentaba esconder su alegría porque él creía que mostrar una emoción, cualquier emoción, era exponer una debilidad.

—Aquí tiene —dijo Hogan con una copa de vino en la mano—. Obsequio del tío de la novia. A su salud, Richard.

—Es una forma peculiar de casarse.

—Todas lo son, lo haga como lo haga. —Hogan hizo señas a la criada que aguantaba a Antonia, hizo incorporar a la niña y le echó unas gotitas de vino tinto en la boca—. Aquí tienes, cielo. No todas las chiquillas pueden ir a la boda de sus padres.

Al menos la niña estaba bien. Se había curado de la enfermedad, fuera lo que fuera, y los doctores, que le habían dado gracias a Dios porque ellos no habían hecho nada, habían dicho que era un mal que tenía que ver con el crecimiento. Habían encogido los hombros, se habían embolsado sus honorarios pensando en por qué Dios les perdonaba la vida a los bastardos.

Se marcharon de la ciudad aquella misma tarde. Constituían un grupo armado que podía defenderse de la violencia que todavía asolaba Badajoz. Los muertos yacían abandonados en las calles. Salieron por el portillo de Santa María. El foso aún estaba lleno a rebosar de cuerpos, eran tantos que los cientos de muertos desprendían calor. Unos hombres rebuscaban por entre la carnicería, a ver si encontraban a hermanos, hijos o amigos. Otros permanecían en el borde del foso llorando por un ejército, como había llorado Wellington cuando estuvo en el glacis. El montón seguía humeando bajo el frío de abril. Teresa, al ver las murallas medio en ruinas por

primera vez, murmuró algo en español y Sharpe vio que sus ojos se dirigían hacia lo alto de las murallas, hacia los cañones ahora en silencio, y se dio cuenta de que se estaba imaginando su potencia.

El coronel Windham estaba en el glacis, miraba fijamente allí donde había muerto su amigo Collett y se volvió cuando Sharpe y su grupo subían las escaleras para salir del foso.

—¿Sharpe?

—¿Señor?

Windham lo saludó con una formalidad que resultaba extraña entre tanta muerte.

—Es usted un hombre valiente, Sharpe.

Sharpe se sintió incómodo. Se encogió de hombros.

—Gracias. Y usted, señor. Vi el ataque. —Se calló, no tenía palabras, luego se acordó del retrato. Lo sacó de la casaca y le entregó la imagen arrugada y manchada de su mujer al coronel—. He pensado que le gustaría, señor.

Windham lo miró, le dio la vuelta, lo volvió del derecho y luego se dirigió a Sharpe.

—¿Dónde diablos lo ha encontrado?

—Estaba en el sombrero de un hombre llamado Obadiah Hakeswill, señor, que lo había robado. También robó mi catalejo. —La lente estaba en la mochila de Hakeswill y ahora en la de Sharpe. Hizo un gesto con la cabeza hacia Harper que estaba junto a Isabella—. El sargento Harper, señor, no robó nada.

Windham hizo un gesto con la cabeza. La brisa le sacudía el penacho del gorro militar.

—¿Le ha devuelto su graduación de sargento? —preguntó el coronel sonriendo con resignación.

—Sí, coronel. Y luego le daré su fusil y su casaca verde. Si usted no pone objeción alguna.

—No, Sharpe. La compañía es suya. —Windham le sonrió levemente a Sharpe, tal vez recordando la conversación que habían tenido sobre la humildad, luego miró a Harper—. ¡Sargento!

—¿Mi coronel? —El sargento Harper dio un paso al frente, se cuadró.

—Le debo una disculpa —dijo Windham, incómodo por tenerle que hablar así a un sargento.

—¡No ha de disculparse de nada, señor! —dijo Harper con cara seria y con gran formalidad en su comportamiento—. Un galón devuelto resulta muy atractivo para las señoras, señor.

—¡Maldito canalla! —exclamó Windham, pues se sentía aliviado al verse libre de cualquier apuro. Le hizo un gesto a Sharpe con la cabeza—. Vaya, capitán Sharpe.

Volvieron caminando hacia el campamento, dejaron atrás el hedor de los muertos,

y desvaneciéndose los ruidos de la ciudad. Pasaron por delante de las trincheras y de las baterías, Sharpe vio que un artillero había plantado flores sobre un parapeto. El tiempo estaba cambiando, empezaba a hacer calor, adelantándose al verano. Él sabía que el ejército se volvería a poner en marcha pronto, hacia el norte y hacia el este, hacia el corazón de España.

Badajoz ya estaba.

Aquella noche, a una legua de Sevilla, una figura crispada rebuscaba bajo un mojón de la carretera, murmurando algo para sí. Sabía que allí no lo podían matar. Extrajo el bulto de hule con los bienes robados. Hakeswill desertaba. Sabía que no podía regresar. Había un testigo de la muerte de Knowles, el retrato estaba en el gorro militar del sargento y sabía que tan sólo le esperaba un pelotón de ejecución. Respiró el aire nocturno, no se sentía preocupado. Iría a algún sitio y encontraría algo, como siempre había hecho, y ésta no era la primera noche en que se encontraba totalmente solo, sin hogar. La silueta oscura se adentró en la noche buscando maldad.

Un hombre penetraba en una brecha recién abierta sólo por una cosa, por orgullo, y Sharpe lo había hecho. Había permanecido en el extremo superior de un portillo, temeroso de fracasar, y había descendido a un horror tal que manchaba la victoria como la sangre mancha la espada. Ahora estaba estirado, despierto, pensando en las calles por las que corría el vino, la plata, la locura y la sangre.

Era mucho lo que había deseado: un grado de capitán, la venganza de un funcionario, una compañía, una mujer a la que amar, una hija a la que no conocía: sus esperanzas se cumplieron en Badajoz. Estaba en la tienda de Leroy, su propietario estaba en el hospital con una herida mortal. La noche era tranquila, oscura y silenciosa por primera vez desde hacía semanas y habían conseguido una gran victoria. Las puertas de España se habían abierto de golpe. Miró a su mujer, hermosa bajo la luz del fuego que se transparentaba a través de la lona, y se maravilló de saberse casado. Luego miró a la niña, de cabello negro y nariz chata, que dormía entre los dos y se llenó de amor, incomprensible e incontrolablemente. Le dio un beso a su hija, Antonia, y bajo la luz de la llama le pareció tremendamente pequeña e indefensa. Sin embargo estaba viva, y era su único familiar que llevaba su misma sangre. Ella era suya, para protegerla como debía proteger a todas las otras almas a las que gustaba, que estaban orgullosas de él y orgullosas de estar en su tropa, su compañía de fusileros: ¡la Compañía de Sharpe!

Nota histórica

La mañana del 7 de abril de 1812, Philippon y los supervivientes de la ciudadela rindieron el fuerte de San Cristóbal, sellando así una de las victorias más famosas del ejército británico: la toma de Badajoz.

Al día siguiente, a eso de mediodía, Wellington dio la orden de que se levantara un cadalso en la plaza del pueblo frente a la catedral y, aunque no hay noticia de que así se hiciera, la amenaza resultó suficiente para que se restableciera el orden en las calles de la población. Así acabó uno de los episodios más conocidos del ejército británico: el saqueo de Badajoz. En esta historia he intentado presentar algunas razones que explican el porqué de un saqueo tan despiadado. Las reglas de la guerra lo justificaban y el instinto de los soldados que habían sobrevivido a una lucha tan horrible lo exigía. Esos soldados también sospechaban, no sin motivo, que los habitantes de Badajoz estaban del lado de los franceses. Nada de esto probablemente sirva de excusa a su comportamiento. Muchos de los soldados que saquearon la ciudad no habían participado en el asalto, pero para el soldado ordinario cualquier cosa se justificaba con razones suficientes aquella noche decisiva del mes de abril. Algunos historiadores sugieren tímidamente que Wellington permitió el saqueo y dejó que se prolongara más allá del primer día, como señal de advertencia a las otras ciudades con guarniciones francesas. Si la idea de la advertencia es cierta no funcionó, y así lo habrían de descubrir los británicos un año después en San Sebastián. Allí la batalla resultó igual de dura y el saqueo posterior igual de horrible.

El saqueo de Badajoz no escatimó una historia de amor famosa. Un teniente de los fusileros del 95, Harry Smith, conoció a una chiquilla española de catorce años con la que se casó, Juana María de los Dolores de León, que huía de aquellos horrores, de los que no resultó totalmente ilesa: le habían arrancado salvajemente los pendientes de las orejas, y el teniente Smith la vio y la protegió. Años después, cuando a su marido le concedieron el título de sir, a una ciudad de Sudáfrica le dieron el nombre de ella, que a su vez habría de conocer un famoso sitio: Ladysmith.

He procurado ser fiel a los acontecimientos de la campaña. Por ejemplo, existieron los cañones incrustados en la muralla de Ciudad Rodrigo, como también es cierta la historia del batallón de Nottinghamshire que cargó atravesando los tablones. Las batallas que se describen en la historia tuvieron lugar efectivamente, aunque el ataque en el embalse no se realizó con el empuje de un batallón, ni tan pronto durante el asedio. Sucedió el 2 de abril al mando del teniente Stanway de ingenieros, quien, al igual que el desafortunado Fitchett, se equivocó al no poner suficiente pólvora y la explosión se malogró.

La mañana del 7 de abril, entre las ruinas, se encontró una serie de cuerpos todavía calientes, y los observadores calcularon que habría unos mil doscientos o mil

trescientos muertos. Wellington lloró al verlos. Muchos historiadores le han echado la culpa de atacar demasiado pronto, aunque, dadas las presiones a las que se le sometió y la falta de unos conocimientos adecuados de ingeniería, resulta difícil criticar su decisión. La visión retrospectiva lo muestra como un gran general. Badajoz se ganó por puro valor, valor como el del teniente coronel Ridge de los fusileros del quinto cuyas hazañas he tomado prestadas y se las he atribuido al capitán Robert Knowles. Ridge murió de un disparo al final de la lucha, y Napier le dedicó un epitafio famoso: «Ningún hombre murió aquella noche con mayor gloria y, sin embargo, muchos fueron los que murieron y mucha la gloria».

La novela no hace justicia con la Quinta División, cuyo asalto al baluarte de San Vicente, realizado más bien tarde, fue el mayor responsable de la caída de la ciudad. No hubo ningún destacamento suicida en la tercera brecha, la central, y los relatos de la noche difieren respecto a si algún hombre llegó siquiera a alcanzarla. La División Ligera aseguraba que algunos de sus muertos fueron reconocidos por sus pendientes, pero la mayoría de los supervivientes discreparon. Así pues, con la libertad que se otorga el novelista, le he atribuido el éxito a Sharpe. Tuvo lugar finalmente un ataque general en las brechas abiertas, con éxito, que Wellington no ordenó hasta estar seguro de que la Quinta División se encontraba en la retaguardia de los defensores. Los puristas también se sentirán ofendidos por el hecho de que Sharpe atacara Ciudad Rodrigo con la Tercera División y Badajoz con la Cuarta, pero ése es el destino de los soldados de ficción que siempre están allí donde la lucha es más intensa, incluso cuando eso conlleva un descuido respecto a la composición de las divisiones. Algunos batallones participaron en ambos asaltos, en particular los de la Tercera División y la División Ligera, así que mi pecado no es muy grave.

He procurado ser exacto, salvo en las excepciones mencionadas anteriormente, con los acontecimientos históricos. Las cartas y diarios de la campaña son, como siempre, un tesoro de información. Así, por ejemplo, los detalles que aparecen en el libro, relativos a las condiciones climáticas están sacados de los diarios. Siempre me siento en deuda con esos soldados muertos hace tanto tiempo cuyo recuerdo saqueo inmisericorde. Un mito debería enterrarse. Badajoz no se asaltó el Domingo de Resurrección. El 6 de abril era el segundo lunes después de Pascua de 1812, y eso ni la imaginación puede cambiarlo.

Las murallas del castillo de Badajoz están igual, lo único que tiene añadido el escenario es una carretera que pasa al pie de la colina del castillo. Las brechas abiertas en los dos baluartes se han reparado y el foso es en la actualidad un jardín público. El glacis ha desaparecido por completo. Los accesos a las brechas, como la colina de San Miguel, están edificadas. El acceso al de Trinidad se halla oculto por unas construcciones amorfas y el de Santa María por una plaza de toros moderna y horrorosa. La zona correspondiente a la brecha abierta en la parte central sigue

constituyendo un pasaje por entre las murallas, las defensas entre los dos baluartes están bastante destruidas, pero uno puede escalar por los parapetos y adentrarse en las troneras y maravillarse del valor de los hombres que atacaron tal lugar. Las defensas de Ciudad Rodrigo están mejor conservadas; las reconstrucciones que se han efectuado en el boquete abierto por los atacantes son visibles por encima del glacis, mientras que las señales de las balas de los cañones británicos todavía se aprecian en la torre de la iglesia. El fuerte de San Cristóbal, al otro lado del río en las afueras de Badajoz, está prácticamente restaurado en su totalidad. El South Essex podría entrar mañana e instalarse para defenderlo en tan sólo una hora. Lo que está mejor conservado son las defensas de Elvas, al otro lado de la frontera con Portugal, y todo ello merece ser visitado.

Las placas conmemorativas que hay en el baluarte Trinidad de las murallas (por donde la carretera de Madrid entra en Badajoz) conmemoran el asalto y saqueo de la ciudad, pero no el del 6 de abril de 1812, sino el del 14 de agosto de 1936, y algunos habitantes todavía recuerdan la masacre que siguió al asalto de las tropas de Franco. La historia se repite tristemente en Badajoz. No es una ciudad bonita; algunas personas la describen como sombría, como si los fantasmas de demasiadas batallas acecharan por las calles, pero a mí no me pareció así. Al igual que en otros lugares de Portugal y de España, yo me encontré con mucha amabilidad y cortesía, y recibí todo tipo de ayuda para mis investigaciones.

Las últimas palabras de este libro se las podemos dejar a un hombre que estaba acostumbrado a decir la última palabra: Wellington. Cuando escribió al Ministerio de la Guerra dijo refiriéndose a las 5.000 bajas: «La toma de Badajoz ofrece un ejemplo claro de la gallardía de nuestras tropas como nunca hasta ahora han exhibido. Pero yo deseo de verdad no volver a ser nunca más el instrumento que los enfrente a una prueba semejante».

Notas

[1] Véase *Sharpe y el águila del imperio*, Edhasa, 1997 y Quinteto, 2002. <<

[2] Véase *Sharpe y el oro de los españoles*, Edhasa, 1997 y Quinteto, 2002. <<

[3] El adjetivo inglés *sharp* tiene, entre otros, los siguientes significados: astuto, listo; agudo, penetrante; rápido. (N. de la T.) <<